Las

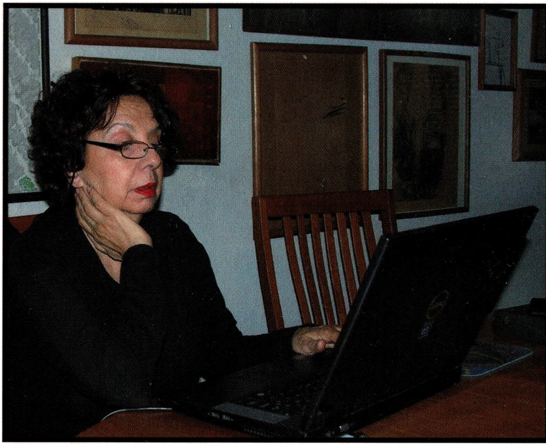
REHENAS

Historia oculta de once presas de la dictadura

Marisa Ruiz Rafael Sanseviero



FIN DE SIGLO
EDITORIAL



Marisa Ruiz

Nací en Montevideo, residí desde muy joven en varios países de América Latina. Estudié historia latinoamericana, uno de mis grandes amores,en Chile, Colombia y México. Volví al país con la democracia y disfruté de aquellos primeros años de alegría y participación. Durante una larga estadía en Estados Unidos,redescubrí temas que cobraron para mí otra significación: la articulación entre derechos humanos y género, a los que dediqué esfuerzo y entusiasmo. Tengo una familia con esposo, hijas, nietos y un perro. Escribí un par de libros sobre mujeres uruguayas y derechos humanos y algunos artículos sobre temas relacionados a los anteriores. Actualmente integro el Grupo de Género de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, pertenezco al Sistema Nacional de Investigadores (ANII) y soy docente de Historia de las Ideas y de Pensamiento Histórico y Social en la Facultad de Derecho, ambas de la Universidad de la República. Mi obsesión por hacer visible a las mujeres, en la historia en general y en la historia reciente en particular, y mi compromiso con la lucha contra la impunidad me convocaron a escribir sobre las rehenas.

Las rehenas
Historia oculta de once presas de la dictadura

Marisa Ruiz - Rafael Sanseviero



ISBN 978-9974-49-576-0

Editorial Fin de Siglo
Convención 1537
Tel/Fax 2908 87 81 /2908 87 82
e-mail editorial@findesiglo.com.uy

Queda hecho el depósito que ordena la ley
Impreso en Uruguay - 2012

Primera edición - setiembre de 2012 - 1000 ejemplares

Diseño de portada:
Nelson Olivera

Diagramación y armado:
Hugo Ferraro

Corrección de estilo:
María Lila Ltaif

Marisa Ruiz dedica este libro a sus nietos Nicolás y Sebastián

Rafael Sanseviero se lo dedica a Lucía, Martín, Renée, Mauro. A Eva y Oscar

Índice

Las once *rehenas* de la dictadura uruguaya

> *... Visitación no lo conoció al abrirle la puerta, y pensó que llevaba el propósito de vender algo, ignorante de que nada podía venderse en un pueblo que se hundía sin remedio en el tremedal del olvido. Era un hombre decrépito. Aunque su voz estaba también cuarteada por la incertidumbre y sus manos parecían dudar de la existencia de las cosas, era evidente que venía de un mundo donde todavía los hombres podían dormir y recordar. José Arcadio Buendía lo encontró sentado en la sala, abanicándose con un remendado sombrero, mientras leía con atención compasiva los letreros pegados en las paredes. Lo saludó con amplias muestras de afecto, temiendo haberlo conocido en otro tiempo y ahora no recordarlo. Pero el visitante advirtió su falsedad. Se sintió olvidado, no con el olvido remediable del corazón, sino con otro olvido más cruel e irrevocable que él conocía muy bien, porque era el olvido de la muerte. Entonces comprendió. Abrió la maleta atiborrada de objetos indescifrables, y de entre ellos sacó un maletín con muchos frascos. Le dio a beber a José Arcadio Buendía una sustancia de color apacible y la luz se hizo en su memoria. Los ojos se humedecieron de llanto antes de verse a sí mismo en una sala absurda donde los objetos estaban marcados.*
>
> GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

> *El entretejido de poder y memoria es muy sutil y se refleja tanto en las áreas particulares de poder en las que las mujeres y los hombres se encuentran a diario, como los diferentes niveles de discurso público. Las memorias que apoyan el mantenimiento de las estructuras de poder existentes tienen por lo general un espacio social y una fácil trasmisión asegurada. La pregunta intrínseca sería por qué y cómo las relaciones de poder entre hombres y mujeres han producido algunas memorias que prevalecen sobre otras. Qué es lo que hace que algunas memorias sean más significativas que otras y cómo este dominio se relaciona con otros tipos de sumisión.*
>
> Género y Memoria [1]

Entre junio de 1973 y setiembre de 1976 la dictadura uruguaya mantuvo en condición de "rehenes" a once tupamaras detenidas y recluidas en el curso de la represión contra la insurgencia. Ellas fueron Alba Antúnez, Cristina Cabrera, Elisa Michelini, Flavia Schilling, Gracia Dri, Yessie Macchi, Lía Maciel, Maria Elena Curbelo, Miriam Montero, Raquel Dupont y Stella Sánchez. La condición de rehenes supuso quedar instaladas en un régimen de vida diseñado y ejecutado con la finalidad de provocar sufrimiento continuo y sin otra finalidad que el daño mismo.

---

[1] Selma Leydesdorff, Luisa Passerini y Paul Thompson (eds.), «Gender and Memory». En *International Yearbook of Oral History and Life Stories*, vol IV. Oxford: Oxford University Press. 1996. Traducido por María Laura Bermúdez.

Algunos meses después que las primeras mujeres, fueron colocados en idéntica situación nueve prisioneros políticos hombres integrantes de la misma organización que ellas. Desde el final de la dictadura y hasta el presente, la epopeya de esos nueve rehenes hombres es unánimemente reconocida como símbolo de la resistencia a la represión dictatorial.

La memoria de las mujeres rehenes desapareció o nunca existió. Este libro es un primer resultado de una investigación realizada con la deliberada finalidad de recuperar esa historia, dar la palabra a sus protagonistas y develar las razones de su invisibilización.

Ruiz-Sanseviero

Capítulo I

El foco y la sombra. «Rehenes» a escena en un acto fundacional

Corrían los días de fines de guerra,
había un soldado regresando intacto,
intacto del frío mortal de la tierra,
intacto de flores de horror en su cuarto.
Silvio Rodríguez[1]

El ingreso de los rehenes a la escena política se produjo el día de su liberación y fue un acto fundacional de las memorias de la posdictadura.

La «conferencia de prensa» que ofrecieron al ser liberados algunos de los últimos presos varones del Movimiento de Liberación Nacional, Tupamaros (MLN-T) constituyó un *hecho social* que instituyó una *personalidad pública* —los rehenes— *y una personería* que fue la representación vicaria de la prisión política durante la dictadura.

En esa conferencia comparecieron siete de los nueve dirigentes del MLN que habían sido rehenes, y fue el lugar simbólico desde el cual hicieron su ingreso en la política posdictatorial.

> Se abrieron las grandes puertas del edificio de la calle Canelones para dar paso a la prensa. ¡No había más presos políticos! ¡Ya no había más presos políticos [...] Otra voz rescatada del silencio tomaba la palabra. La de Eleuterio Fernández Huidobro, uno de los fundadores del MLN. Rehén. Quiero decir... exrehén. Liberado hacía una hora. «Ustedes tienen que comprender lo siguiente: nosotros todos, pero muy especialmente los que fuimos rehenes... Hemos vivido enterrados vivos [...] A nosotros nos sacó el pueblo de la cárcel, el pueblo uruguayo. Y vimos irse a todos los compañeros. Y tuvimos el orgullo de ser los últimos en irnos. Nosotros podríamos haber venido a hablar en nombre de una estrella que inventamos nosotros, y de una palabra —tupamaros— que la inventamos nosotros los que están aquí presentes, y de un nombre de un movimiento que lo inventamos nosotros, y de una consigna —patria para todos— que la inventamos nosotros, pensamos que era mejor hablarles a todos ustedes, al pueblo, y le vamos a hablar a todos los compañeros cuando nos reencontremos [...] en nombre nada más que de un puñado de viejos luchadores.»[2]

---

[1] Fragmento de la canción *La gaviota*.

[2] *Las Bases* n.º 20, domingo 17 de marzo de 1985, pp. 9-10.

A partir de esas definiciones y tras un complejo proceso de más de veinte años, algunos de aquellos «viejos luchadores» son figuras principales de la elite gobernante uruguaya. En el momento de la redacción final de esta investigación, uno de ellos es presidente de la República, fue elegido en 2009 por más de la mitad del electorado.[3]

No todos quienes estuvieron presentes en la conferencia de prensa del 14 de marzo de 1985 continuaron vinculados a la conducción del MLN, y algunos de ellos ni siquiera permanecieron en la organización. Pero la mayoría mantuvo una vinculación más o menos directa con el quehacer político.[4] La gravitación emocional y política de «los viejos» —nombre de resonancias castrenses con que fueron identificados en su tiempo de rehenes— resultó fundamental para reagrupar una organización que cargaba con más de una década de prisión, exilio y dispersión. La participación de algunos rehenes es muy visible en instancias claves durante el proceso de construcción de la nueva influencia política de los tupamaros en la sociedad.[5] Haber sido «rehén de la dictadura» constituyó un capital político muy reconocido en la personalidad pública de algunos integrantes de la actual elite gobernante uruguaya.

A continuación se expondrá el cuadro cultural —discursos y subjetividades públicas— cuyo foco se concentró en los rehenes hombres dejando en la sombra, entre otras, a las mujeres rehenas.

El fin de la prisión política y el retorno de la democracia

La relevancia de la conferencia de prensa de los rehenes derivó del hecho de que la amnistía a los presos políticos y el cierre de las cárceles fueron un símbolo clave entre los que consagraron el fin de la dictadura.

---

[3] Los gobiernos del Frente Amplio fueron encabezados el primero (2005-2010) por el doctor Tabaré Vázquez y el segundo (2010-2015) por José Mujica.

[4] Ejemplos son el actual presidente (José Mujica), el actual ministro de Defensa (Eleuterio Fernández Huidobro) y el exdirector de Cultura de la Intendencia de Montevideo (Mauricio Rosencof).

[5] Las «mateadas a cielo abierto» fueron una de las principales estrategias de reencuentro de los tupamaros con la sociedad. De un relevamiento de 19 de ellas ocurridas entre 1987 y 1997 sobre los más variados tema políticos, surgen como únicos protagonistas cuatro de los rehenes: Julio Marenales, José Mujica, Eleuterio Fernández Huidobro, Jorge Zabalza, y en un acto Raúl Sendic. Ninguna mujer participó en esas instancias consideradas claves por ellos mismos. Fuente: *Mate Amargo*.

La sociedad civil, los partidos políticos que animaron la lucha contra la dictadura y las luchas desarrolladas en el exilio habían colocado la libertad de «los presos políticos» entre los objetivos cruciales de la agenda de transición democrática. Era un significado que se correspondía con el lugar que tuvieron la prisión política y las torturas en el dispositivo terrorista del Estado.

Al cabo de más de una década de políticas de Estado dominadas y fundamentadas por la lógica de la guerra, la *amnistía a los presos políticos* representaba un acto de reparación respecto a una sociedad civil que hasta ese momento había sido el sujeto privilegiado de las políticas represivas.

La amnistía a los presos y el juicio y castigo por los crímenes expresaban un reclamo de justicia y también el restablecimiento del contrato social abolido por el terror dictatorial. Ambos objetivos expresarían, en caso de concretarse, la renuncia del Estado a volver a ejercer el terror.[6]

A partir de la derrota del proyecto de reforma constitucional mediante el cual la dictadura procuró dotar a su política terrorista de un consenso de derecho para así institucionalizarse (1980), se generaron condiciones para el despliegue de la resistencia política y social en escenarios progresivamente públicos. No fue un proceso exento de violencia,[7] pero aun en esas condiciones entre 1981 y 1984 la capacidad de expresión de la disidencia aumentó hasta volverse incontenible.

---

[6] Miguel Benasayag expone a partir de la experiencia argentina estas tensiones y propone lo siguiente sobre el valor de los juicios a las juntas militares y su valor reparatorio: «... el juicio no tiene como única finalidad castigar a los culpables, constituye en primer lugar una sanción, comprendida como una escansión simbólica, cuyo objetivo es *nombrar una prohibición* [la de torturar, como expresión del imperio del más fuerte], para fundar nuevamente el campo de la legalidad [...] Esta escansión-sanción es, en efecto, la respuesta de un Estado de derecho que afirma su renuncia a *ser el más fuerte*». Miguel Benasayag. *Utopía y libertad.* Buenos Aires: EUDEBA, 1998, p. 59.
De otra manera se acerca a esta problemática M. Ossiel. Opina que los juicios a la junta militar argentina fueron realizados con la intención de que el Estado proveyera un mecanismo institucional para el duelo colectivo. Este se realizaría, entre otros mecanismos, por medio de los juicios, formando parte de la memoria colectiva. Mark Osiel. *Mass atrocity, collective memory and the law.* New Brunswick y Londres: Transaction Publishers, 1997, pp. 67-68.

[7] Entre 1980 y 1985 fueron detenidas y torturadas no menos de 200 personas. En ese lapso fue asesinado en la tortura el doctor Vladimir Roslik (Militante del Partido Comunista). Fuente: Álvaro Rico (coord.). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de estado en el Uruguay (1973-1985)*, 3 tomos. Montevideo: Facultad de Humanidades-CEIU, 2008. pp. 70-260. Disponible en ‹http://medios.presidencia.gub.uy/jm_portal/2011/noticias/NO_B889/pres_inv_historica/presentacion_investigacion.pdf›. Visitado el 4 de marzo de 2012.

Las resistencias que hasta ese momento habían estado confinadas a la clandestinidad pasan a ocupar el espacio público mediante «caceroleadas» y apagones voluntarios, huelgas de hambre, reclamos y movilizaciones del mundo del trabajo y el cooperativismo, acciones estudiantiles de muy variada índole, estrategias ingeniosas para erosionar la censura en los medios de comunicación y en el mundo del arte, entre otras.

En ese contexto se instaló el reclamo de amnistía para los presos como una consigna central que estuvo presente en los hitos más significativos del proceso de recuperación de la iniciativa democrática y creció a lo largo de los años 1983 y 1984. Así fue el 1.º de mayo de 1983, en la marcha de los estudiantes de setiembre del mismo año y en el acto convocado por todos los partidos políticos el 27 de noviembre.[8]

En ese nuevo clima comenzó un proceso de «diálogo» entre los partidos políticos y la dictadura que concluyó con una fórmula transaccional que dio paso a elecciones nacionales (noviembre de 1984) y a la entrega del gobierno en febrero-marzo de 1985.

Aquellas conversaciones entre el poder militar y sectores de la posición dieron lugar al Pacto del Club Naval (3 de agosto de 1984). Si bien se reconocen significados contradictorios a ese acuerdo entre Fuerzas Armadas y partidos políticos,[9] para los fines de este trabajo es relevante que entre sus principales resultados estuvieron la realización de elecciones, la entrega del gobierno y la aceleración del proceso de liberación de las personas presas.[10]

Sin embargo, para la Navidad de 1984, ya con un gobierno democrático electo, todavía había cerca de 300 personas presas. Entonces el debate sobre la amnistía ocupó el centro de la escena política y social durante los meses siguientes a las elecciones que marcaron el retorno a la vida democrática (diciembre de 1984, enero y febrero de 1985).

Un clima de intensa movilización caracterizó el debate legislativo sobre la amnistía y las condiciones de liberación de quienes todavía

8 Primera proclama de todos los partidos políticos y fuerzas sociales contra la dictadura. Alberto Candeau: «Ese mismo pueblo que dijo NO tres años [reclama que] se liberará de inmediato a todos los que fueron privados de su libertad por causa de sus ideas y se repararán, en todo cuanto resulte posible, las arbitrariedades cometidas a lo largo de una década de ejercicio discrecional del Poder». Charles G. Gillespie. *Negociando la democracia. Políticos y generales en Uruguay*. Montevideo: FCU-ICP, 1996.

9 Wilson Ferreira Aldunate, el líder de la resistencia blanca, estaba preso desde su regreso al país, el 16 de junio de ese año, luego de una década de exilio. Esa situación marginó de toda negociación al Partido Nacional. Por ello los protagonistas del pacto fueron el Partido Colorado y el Frente Amplio junto con una casi inexistente Unión Cívica. Ibídem, pp. 153-228.

10 Gerardo Caetano y José Rilla. *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI*. Montevideo: CLAEH-Fin de Siglo, 2005, pp. 364-265.

permanecían en las cárceles. Ello se refleja en la prensa de la época, que da cuenta del clima social y de la amplitud del espectro de quienes se pronunciaban a favor de la amnistía mientras debatían las nuevas elites políticas.[11] También se evidencia un proceso de vigilancia pública sobre las condiciones de presas y presos, así como una atención constante sobre las libertades que se producían. Ello denota una apropiación e identificación social con la suerte de las personas presas.[12]

Una transición discursiva y un acto fundacional

Desde el comienzo del debate por la amnistía, los actores manejaron diferentes opciones: los más pesimistas pensaban en abril como la fecha para una liberación total, y los más optimistas —frenteamplistas

[11] A modo de ejemplo: «Diversas entidades religiosas, así como la iglesia católica uruguaya, se han pronunciado en varias oportunidades a favor de una amnistía» (*Búsqueda*, jueves 27 de diciembre de 1984). Manuel Flores Mora: «Vaciar las cárceles del país: El 1.º de marzo los derechos humanos seguirán en todo su esplendor en la Republica» (*La Hora*, miércoles 2 de enero de 1985). Desde la última quincena de enero hasta la asunción del nuevo Poder Legislativo, se reproducen varias veces por semana noticias de marchas populares por la amnistía, tanto en Montevideo como en otros departamentos. «Hoy a las 19 hs en la plaza Libertad. A un año del paro general, por amnistía general» (*La Hora*, viernes 18 de enero 1985). «Marchas por amnistía hoy a las 19 hs» (y se detallan media docena de recorridos por diferentes barrios de la capital) (*La Hora*, sábado 26 de enero de 1985). «Amnistía de los presos fue celebrada como triunfo de las movilizaciones populares» (*Búsqueda*, jueves 14 de marzo de 1985).

[12] «Situación de los presos gravemente enfermos» (*Asamblea*, jueves 10 de enero de 1985). «Denuncian castigos en el penal de Libertad» (*Búsqueda*, domingo 13 de enero de 1985). «Nuevo castigo a Rosencof» (*Aquí*, martes 15 de enero de 1985). «Nuevas sanciones en Libertad y Punta de Rieles» (*Aquí*, martes 22 de enero de 1985). «Corren riesgo otros dos presos políticos» (*Asamblea*, jueves 7 de febrero de 1985). «Aún permanecen en las cárceles cerca de 400 compatriotas. Las Fuerzas Armadas no cumplen el compromiso» (*La Hora*, miércoles 13 de febrero 1985). «Aún quedan 34 mujeres en Punta de Rieles. Tres presas políticas liberadas el martes» (*La Hora*, martes 14 de febrero de 1985). «Persecución y hostigamiento en Punta de Rieles. Sanciones con calabozo y aislamiento a Ivonne Trías, Élida Baldomir, María Elia Topolansky, Miriam Fernández, Rosita Barriex y Estela Saravia» (*La Hora*, miércoles 15 de febrero de 1985). «Fueron liberados cinco presos políticos. 14 Libertades firmadas» (*La Hora*, miércoles 27 de febrero de 1985). «Aún permanecen en prisión 326 presos políticos. Fueron liberados otros 18 compañeros de Libertad, Punta de Rieles y Punta Carretas» (*La Hora*, viernes 1 de marzo de 1985). «Fueron liberados entre varios presos, Turiansky y E. Michelini» (*Últimas Noticias*, sábado 2 de marzo de 1985).

e integrantes del Partido Nacional— proponían principios de marzo en el marco de una amnistía general e irrestricta.[13] El presidente electo, Julio María Sanguinetti, fundó una firme posición en torno a la idea de amnistiar únicamente a las personas presas no imputadas de «delitos de sangre», y reservar para estas últimas, que eran alrededor de un centenar, el recurso del indulto.[14]

A iniciativa del Partido Nacional, el 26 de febrero se convocó una sesión extraordinaria de la Cámara de Diputados para considerar el tema. Se presentó un proyecto conjunto del Partido Nacional y el Frente Amplio que en su artículo 1 decretaba: «la amnistía de todos los delitos políticos y comunes, conexos con estos, cometidos a partir del 1.° de enero de 1962». El proyecto ordenaba que las personas presas fueran liberadas 24 horas después de la entrada en vigencia de la ley. El Partido Colorado expresó en el informe en minoría su oposición al proyecto por razones de oportunidad y de fondo:[15] solicitaba que se esperara un proyecto de pacificación nacional que sería remitido por el Poder Ejecutivo después del 1.º de marzo. Y respecto al fondo del asunto proponía no amnistiar a las personas acusadas de delitos de sangre y usar otras herramientas jurídicas como el indulto. No obstante ello, el 5 de marzo, en una sesión ordinaria, la Cámara de Diputados aprobó por mayoría el proyecto de amnistía conjunto del Partido Nacional y el Frente Amplio.

En su primera comunicación a la población después de asumir su cargo, el presidente de la República expuso su aspiración a un consenso político en el que la liberación de los presos se inscribiera en un modelo de pacificación, que casi dos años después daría a luz la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado que consagró la impunidad para los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura. Su pretensión de establecer una diferenciación nítida entre presos de conciencia y quienes hubieran cometido hechos de sangre se fundamentaba en un sentido más amplio: «Queremos encontrar soluciones honorables para todos y sobre todo deseamos que se termine con los presos de rehenes de un enfrentamiento político ni tampoco con una solución

---

[13] «La amnistía sale; el juego político derivó ahora hacia la determinación de los plazos y formas», en *Búsqueda,* 27 de diciembre de 1984.

[14] Ibídem.

[15] Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, t. 616, p. 148. Sesión del 28 de febrero de 1985.

legal que eluda condenar claramente el empleo de la violencia».[16] Este enfoque coloca la violencia nuevamente como atributo exclusivo de las organizaciones insurgentes. En esa formulación desaparecen todas las otras responsabilidades por el terrorismo estatal que se había extendido por una década.[17]

Finalmente, el Partido Nacional se plegó a la votación del proyecto del Poder Ejecutivo, que fue aprobado con el voto negativo del Frente Amplio a algunos artículos: «... que significaban hacer una categorización de presos, autores y co-autores de delitos de sangre y los demás por otro».[18] Este proyecto fue reenviado a Diputados, donde fue aprobado por mayoría con el voto en contra de la Unión Colorada y Batllista, y finalmente fue promulgado por el Poder Ejecutivo.

La ley constaba de catorce artículos y tenía pocas pero sustanciales diferencias con el proyecto conjunto Frente Amplio-Partido Nacional, aunque durante las discusiones parlamentarias se habían logrado incluir algunos puntos importantes.[19]

Aprobada y promulgada la amnistía, las cárceles se desocuparon en pocos días: Libertad se vació el 13, Punta de Rieles se cerró el 4 de marzo y las personas presas de ambos penales fueron trasladadas a la

---

[16] *Búsqueda*, año XIV, n.º 271, Montevideo, 7 al 13 de marzo de 1985.

[17] Álvaro Rico se refiere a este proceso destacando que: «... luego de quince años de crisis, autoritarismo y dictadura, el Estado de derecho, la democracia, los partidos y los políticos y gobernantes seguían siendo los mismos de siempre, cumpliendo las mismas funciones virtuosas. La reposición acrítica de esa narrativa, por un lado, relegó la importancia de la sociedad civil como factor instituyente en la lucha antidictatorial y en el proceso de transición a la democracia; por otro lado invisibilizó la crisis y ruptura por la que atravesaron esas mismas instituciones en la etapa predictadura, así como la responsabilidad del sistema de político y de partidos, de civiles y militares, en el desenlace golpista». Álvaro Rico. *Cómo nos domina la clase gobernante.* Montevideo: Trilce, 2005, p. 18.

[18] *Búsqueda*, año XIV, n.º 271, Montevideo, 7 al 13 de marzo de 1985.

[19] Por ejemplo que la libertad de la persona no debía ser dictaminada por el juez militar en causa, sino por la Suprema Corte de Justicia. Se negoció que cada año ya cumplido valiera por tres, lo que aseguraba la salida de todas las personas, ya que la pena máxima que tenían algunos presos era de treinta años. El artículo 5 excluía expresamente de la amnistía a los funcionarios militares, policiales y civiles que hubieran cometido delitos «crueles, inhumanos o degradantes o de la detención de personas luego desaparecidas y por quienes hubieren encubierto cualquiera de dichas conductas». Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, t. 616, p. 276. Sesión del 8 de marzo de 1985.

Jefatura de Policía.[20] Las últimas liberaciones se produjeron el 14 de marzo. Esa fecha quedó inscrita como el día de la liberación de los presos políticos. [21]

En el ámbito de la opinión pública, el cierre de las cárceles fue vivido y significado como la indicación más elocuente de la derrota de la dictadura. Así lo reproducen los medios de prensa de esos días, que titulaban: «Libres», «Todos libres», «Amnistía, cayó el telón», «Fervorosa recepción a los liberados», «Salieron libres, emoción y alegría».[22]

Entre los últimos liberados y liberadas estaban ocho hombres y tres mujeres que habían sido rehenes.[23] En la conferencia de prensa participaron siete de los nueves rehenes hombres,[24] pero no estuvo presente ninguna rehena.[25]

---

[20] Libertad es el nombre con que fue popularmente conocido el Establecimiento Militar de Reclusión N.º 1, donde se alojaron los presos hombres y se encuentra próximo a la localidad de Libertad, en el departamento de San José; Punta de Rieles es el nombre del Establecimiento Militar de Reclusión N.º 2, cárcel para mujeres presas políticas, situado en la zona del mismo nombre en la ciudad de Montevideo.

[21] Existe en la actualidad una amplia bibliografía que incluye relatos sobre esos últimos días. Entre otros, véanse Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro. *Memorias del calabozo*, t. III. Montevideo: TAE, 1989; Marcelo Estefanel. *El hombre numerado*. Montevideo: Aguilar, 2007; Edda Fabbri. *Oblivión*, Ediciones del Caballo Perdido, 2007; Centro de Integración Cultural, «Bitácoras del final. Crónica de los últimos días de las cárceles políticas uruguayas», en *Escritos de la cárcel*, Montevideo: Centro de Integración Cultural, 1987.

[22] En el último de los artículos mencionados, con la firma de Roy Berocay, se expresaba: «... quienes se escandalizaron [...] al escuchar frente a la cárcel central cánticos [...] a favor de los tupamaros, sobre todo los jóvenes que no vivieron otras épocas [no entendían que] era también una manera de gritar contra más de una década de dictadura...». *Aquí*, martes 19 de marzo de 1985.

[23] El domingo 10 de marzo fueron liberados José Mujica y Jorge Zabalza, y el 12 de marzo, Jorge Manera y Mauricio Rosencof (Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro. *Memorias del calabozo*. Montevideo: TAE, pp. 181-190). El 14 de marzo salieron Alba Antúnez, la única exrehén que quedaba, junto con las compañeras Elena Vasilkis, Beatriz Perla, Graciela Jorge y Berta Aguirre. Fuente: *La Hora*, miércoles 13 de marzo de 1985.

[24] La elección de salir de Jefatura hacia la iglesia de Conventuales fue una decisión que la cúpula del MLN había tomado por razones de seguridad. La conferencia de prensa y la imposibilidad de Raúl Sendic de hablar hicieron que en la madrugada del 14 de marzo los dirigentes-rehenes que quedaban en Cárcel Central discutieran sus primeras declaraciones públicas. Eleuterio Fernández Huidobro sería el que llevaría la voz cantante y leería una carta de Sendic. Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro, o. cit.

[25] Adolfo Wasen había fallecido el año anterior y Raúl Sendic no quiso estar presente por

En el transcurso del debate político sobre la amnistía, se produjo un desplazamiento del eje democrático y antidictatorial impulsado desde los espacios de ciudadanía a otro de naturaleza jurídica e ideológica que contribuyó a sentar las bases de la manera de interpretar el período dictatorial que se haría dominante en la posdictadura: los dos demonios. Ese relato, con su imprescindible hipertrofia del componente bélico, encontró en la conferencia de prensa un símbolo potente y perdurable: al final de la «guerra» se hace entrega de los rehenes.

En tanto la amnistía como acto político daba fe pública de la clausura del terrorismo de Estado, la conferencia de prensa de los rehenes presentados como «los últimos liberados» otorgó a un grupo con un sexo, rostros, nombres y biografías la representación simbólica de un universo social compuesto por muchos miles de personas víctimas directas de la represión y el terrorismo de Estado.

Los titulares de prensa de la semana de la amnistía expresan ese nuevo sentido: «Comienza hoy liberación de presos políticos», «Tupamaros libres anoche», «Sendic saldrá mañana», «Los últimos 47 presos que permanecían por sedición liberados».[26] Se opera así la atribución de un significado a la amnistía a los presos y presas políticas —el perdón a los sediciosos— que será el apoyo argumental a la impunidad para los crímenes de la dictadura, presentada como el complemento necesario del «modelo de pacificación» nacional.

En realidad con la amnistía no comenzaba, sino que finalizaba la liberación de las persona presas. Las detenciones y las liberaciones con sus ritmos y características formaron parte de una racionalidad del terrorismo de Estado que abarcó todos los años de la dictadura.

---

las dificultades para hablar que sobrelleva fruto de las heridas sufridas al ser detenido. Estuvo presente un hijo de Adolfo Wasen y se leyó una carta de Raúl Sendic. Según Gloria Echeveste, el hecho de que ninguna mujer fuera convocada ni consultada para la conferencia de prensa provocó malestar entre ellas, por lo cual realizaron una reunión en una «iglesia de La Teja para preparar un encuentro con los hombres y manifestar su desacuerdo sobre el hecho de no haber sido consultas ni invitadas a participar: Hicimos un apunte de las cosas que queríamos plantear a los compañeros. No estábamos de acuerdo con las declaraciones de ellos. ¿Quiénes eran para salir de la cárcel a dar consejos al pueblo, sin haber hecho una comprobación de lo que estaba sucediendo? Es cierto que fue impactante porque fue bastante teatral. Pero a lo que voy es a lo ideológico. A las mujeres el planteo que les hicimos fue ideológico. Ellos tenían que darse un 'baño de pueblo' antes de hablar». Alain Labrousse. *Una historia de los tupamaros*. Montevideo: Fin de Siglo, 2009, p. 179.

[26] *El País*: Año LXVII, n.º 22963, domingo 10 de marzo de 1985; Año LXVII, n.º 22965, miércoles 13 de marzo de 1985; Año LXVII, n.º 22967, viernes 15 de marzo de 1985.

Algunas fuentes identificaron 5.925 personas detenidas entre 1968 y 1985, aunque ese número es insuficiente. Existe información sobre la fecha de detención del 61 % de ellas y sobre la liberación del 59 %. Los períodos durante los cuales fueron detenidas esas personas se dividen prácticamente en mitades, si tomamos como referencia el golpe de Estado de junio de 1973.

Estos valores revelarían que fueron detenidas tantas personas durante la llamada «lucha antisubversiva» como en la década siguiente a aquella, en la que esta política de Estado fue declarada concluida por las Fuerzas Armadas.[27] De la misma manera, el proceso de liberaciones abarcó, con diferentes intensidades, el total del período considerado por los investigadores (1968-1985). De acuerdo con la información disponible, se conoce la fecha de liberación del 59 % de las personas detenidas. Al finalizar 1984 y mientras se desarrollaban el debate político y la movilización social por la amnistía, ya había sido liberado más del 92 % del total de las personas que sufrieron prisión en ese lapso. El número de personas que figuran como liberadas entre enero y marzo de 1985 es 334, que representa aproximadamente el 7,8 % del total. Estos valores pueden ser contrastados y coinciden con información que se encuentra disponible en los diarios de la época.[28]

De esta manera puede asumirse que la liberación del último contingente de presas y presos políticos fue la finalización de un proceso que involucró muchos miles de personas durante todo el período dictatorial. Dentro de ese universo, los rehenes y su martirio representaron sin duda un extremo de la voluntad de daño de la dictadura y de las capacidades de resistencia humana. Pero los atributos de su personalidad política reflejaban insuficientemente la experiencia colectiva del terrorismo de Estado, que se desplegó especialmente a partir de 1973 y abarcó un universo social y político mucho más amplio que las organizaciones insurgentes.[29]

---

[27] En setiembre de 1972 las Fuerzas Armadas declararon formalmente la derrota del MLN y concluido el período de lucha operativa en su contra.

[28] El miércoles 13 de febrero de 1985, poco menos de un mes antes del cierre de las cárceles de Libertad y Punta de Rieles, el diario *La Hora* titulaba: «Aún permanecen en las cárceles cerca de 400 compatriotas», y la noticia citaba fuentes del Ministerio de Defensa y dirigentes políticos de la izquierda (José Germán Araújo y Alba Roballo).

[29] Es de destacar que no hubo ningún año en que no se detuviera y torturara personas. En 1984, ya avanzado el proceso de recuperación de la iniciativa política de las fuerzas democráticas, se produjo una provocación y represión a pobladores de la colonia rusa de San Javier, en el departamento de Río Negro, que tuvo como trágico resultado el

El foco centrado en los rehenes hombres deja en la sombra no solamente a las mujeres rehenas, sino también la represión a las resistencias provenientes de la sociedad civil y los partidos políticos, que fueron objetivos selectivos y masivos de las acciones terroristas del Estado hasta 1984. Ese foco parece oficiar también como una grieta por donde se iría escurriendo el protagonismo ciudadano que acababa de clausurar la década dictatorial con una incontenible explosión popular eminentemente civil.

Rehén de guerra o rehén de dictadura

Las y los rehenes fueron once mujeres y nueve hombres integrantes del MLN, aunque otras personas fueron mantenidas por lapsos menores en condiciones semejantes.[30]

Las mujeres pasaron a esa situación varios meses antes que los hombres y su ronda concluyó también con muchos años de anticipación que la de ellos.[31] El rehenato femenino se interrumpió abruptamente y sin explicaciones, tal como había comenzado, mientras que el de los hombres concluyó mientras avanzaban los acuerdos que condujeron a la recuperación democrática y el final de la dictadura.

Puesta en su contexto, esa «toma de rehenes» solo puede interpretarse como una expresión particularmente violenta dentro del amplio dis-

---

asesinato en la tortura del médico Vladimir Roslik. La detención de los pobladores de San Javier seguida de la tortura y muerte de Roslik ocurrió el mismo día (11 de abril de 1984) en que eran reingresados al penal de Libertad ocho de los nueve rehenes hombres (Adolfo Wasen permaneció hospitalizado por la gravedad de su enfermedad).

30 Las primeras ocho en junio de 1973 fueron Alba Antúnez, María Elena Curbelo, Raquel Dupont, Yessie Macchi, Flavia Schilling, Gracia Dri, Cristina Cabrera y Estela Sánchez. Un segundo grupo estuvo integrado por Miriam Montero y Lía Maciel en 1974, y Elisa Michelini fue la última, en 1975. Las 11 sufrieron ese régimen de rotación en unidades militares del departamento de Montevideo hasta 1976. Los nueve hombres son Eleuterio Fernández Huidobro, Jorge Manera Lluberas, Julio Marenales Sáenz, José Mujica Cordano, Henry Engler, Mauricio Rosencof, Raúl Sendic, Adolfo Wasen Alaniz y Jorge Zabalza. Fueron trasladados del penal de Libertad el 7 de setiembre de 1973 para ser sometidos a confinamiento; rotaron en parejas por diferentes cuarteles de todo el país. Este régimen terminó el 16 de abril 1984, cuando fueron retornados al penal de Libertad. Miguel Ángel Campodónico. *Mujica.* Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 199, p. 124; *Memorias del calabozo*, o. cit, t. III. Montevideo: TAE.

31 Según las entrevistadas para esta investigación, «ronda» o «rotación» son los nombres que adoptaron los militares para designar la situación de las mujeres rehenas. A lo largo de esta investigación usaremos indistintamente cualquiera de las tres (ronda, rotación o rehenas).

positivo de «pedagogía del miedo» desplegado por el Estado terrorista. Las «rondas» consistieron en el mantenimiento de un grupo de personas en «situación de tortura» por lapsos indeterminados con la finalidad de mortificar y ejemplarizar.[32] Asumimos como «situación de tortura» el sometimiento de una persona o grupo de personas a «... un dispositivo intencional [...] con la finalidad de destruir las creencias y convicciones de la víctima, despojarlo de la constelación identificatoria que lo constituye como sujeto. Sus autores son agentes de un poder violento que está destinada a la sumisión y parálisis de la sociedad gobernada». El núcleo de la situación de tortura es «el tiempo infinito de un horror sin límites; y los medios empleados hambre, sed, dolor hasta el suplicio y martirio refinados; aislamiento-privación sensorial, mensajes contradictorios, humillación, son técnicas al servicio de un plan concertado que apunta a la demolición de la víctima».[33] Como testimonian las y los protagonistas, esa caracterización corresponde al programa implementado durante unas rondas que duraron todo lo que la dictadura pudo mantenerlas.

Al igual que la propia dictadura, el «rehenato» se justificó como «acto de guerra» contra la subversión dentro de la lógica de represalia preventiva contra organizaciones que habían desarrollado la lucha armada. Una semántica bélica compartida por los militares y las víctimas que da razón al nombre —rehenes—, pero no explica las cualidades ni los significados del martirio al que fueron sometidos.

La ronda —denominación militar del rehenato femenino adoptada por las propias presas— no comienza en un momento de alta conflictividad entre el MLN y el gobierno. Por el contrario, hacía ya nueve meses que las Fuerzas Armadas habían anunciado el cese de las operaciones militares contra un aparato militar insurgente que reputaban derrotado. La ronda de los hombres comenzará un año después de proclamada esa victoria gubernamental.

El inicio de la ronda se produce una semana antes del golpe de Estado y coincide con el momento en que la derecha militar y civil arremete contra la debilitada institucionalidad democrática en lo que sería el inicio de un proceso de represión abierta contra toda la población.

---

[32] «La dictadura uruguaya funcionó como un gran sistema de poder político y control social basado en una pedagogía del miedo que se ejemplificaba con la detención, la tortura y la prisión ejercidas con la máxima arbitrariedad y un claro, expreso y 'justificado' uso de la violencia.» Daniel Gil, *El capitán por su boca muere o la piedad de Eros*. Montevideo: Trilce, 1999, p. 38.

[33] Marcelo Viñar y Maren Ulriksen. *Fracturas de memoria*. Montevideo: Trilce, 1993, p. 131.

Por eso creemos que las rondas deberían leerse como un escalón más alto de una pedagogía orientada a toda la sociedad donde «el martirio de algunos es referente simbólico de punición para todos».[34] Un significado que nada tiene que ver con el «acto de guerra» que evoca la nominación «rehén». Las rondas serán parte de una gramática terrorista orientada a toda la población, cuya expresión más radical es el asesinato deliberado, la muerte en la sala de torturas o la desaparición. Pero que se construye con gradaciones que abarcan múltiples formas del terror y la intimidación: categorización de los ciudadanos en A, B o C, clausura del espacio público, censura de prensa, proscripción de los partidos y dirigentes políticos, persecución a los sindicatos, entre otros procedimientos.

Para esos efectos de amedrentamiento social hay una expresión paradigmática del poder totalitario: la apropiación del cuerpo de las personas y su disposición por parte de un poder arbitrario; apropiación que se concretó material y simbólicamente en la prisión prolongada y la tortura ejercidas en forma masiva. Una violencia «deliberada y arbitraria» que las rondas de mujeres y hombres señalarían como la realización de un poder absoluto en el que impera «el tiempo de un horror infinito sin límites».[35]

Las rondas interrumpieron el ciclo de la arbitrariedad represiva ya conocida: persecución-detención-tortura-prisión. La ronda femenina —en junio del 73— inauguró una modalidad de violencia en que las cárceles ya no serían más aquellas que conocieron las y los tupamaros —y por su intermedio la sociedad— antes del golpe de Estado. No serán ya un lugar de encierro donde es posible el reagrupamiento, el estudio, la curación de heridas... y la eventual preparación de fugas.[36] La ronda *dirá* que estar en prisión puede ser también un tiempo infinito

---

[34] Ibídem, p. 132.

[35] Ibídem.

[36] Se realizaron cuatro fugas masivas de las cárceles uruguayas, dos de hombres y dos de mujeres. Las de mujeres se denominaron «Paloma» y «Estrella» (8 de marzo de 1970 y 30 de julio de 1971). (Graciela Jorge. *Historia de 13 Palomas y 38 Estrellas. La fuga de la Cárcel de Mujeres*. Montevideo: TAE, 1994). Los hombres protagonizaron dos fugas, una el 6 de setiembre de 1971 y otra el 12 de abril de 1972 (Carlos Demasi [comp.], Álvaro Rico, Jorge Landinelli y María Sara López. *La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria-CEIU-Facultad de Humanidades, s/f). También hubo fugas de juzgados, comisarías o cuarteles. Véase sobre esto: Samuel Blixen. *Historia de hombres libres en cautiverio*. Montevideo: Trilce, 2004. A pesar de su título, también cuenta algunas de mujeres libres.

de tormento, y esa presencia ominosa convertirá a las cárceles políticas uruguayas en salas de espera de un posible nuevo tiempo de torturas.

Ese mensaje que las rondas enuncian dramáticamente obliga a leerlas como un acto de radicalización de la violencia institucional dirigida a las y los prisioneros políticos, a sus familias, y a través de ellas a toda la colectividad. La experiencia de once mujeres y nueve hombres mantenidos en situación de tortura es la más potente imagen de los sentidos que la dictadura quiso proyectar durante una década sobre toda la sociedad.

Sin embargo, una conferencia de prensa de «rehenes», en coincidencia con un conjunto de mensajes producidos durante el debate sobre la amnistía, operó un salto en el tiempo que restableció para esos últimos presos —los rehenes— sus anteriores atributos bélicos y políticos. De esa manera se escamotea su principal significado contemporáneo: ser quienes clausuraban el ciclo de la prisión política masiva y cuya liberación daba fe del fin de la violencia estatal que terminaba con ese acto.

La amnistía y el cierre de las cárceles representados por la conferencia de prensa de los rehenes quedan inscritos en un discurso que restablece el sentido común de 1972 para buscar suprimir el núcleo central de la dictadura como fenómeno político y cultural: el totalitarismo terrorista contra la sociedad civil y política.

La reposición de los «rehenes» en su antigua condición de sujetos beligerantes —combatientes— los sustrae de aquella parte de su propia historia que compartían con la sociedad durante la dictadura: la condición de víctimas de un poder totalitario.

Así se empiezan a desdibujar las señas de identidad de la dictadura para dar paso a otro relato que adquirirá tal potencia que ni siquiera los avances posteriores en el conocimiento de la violencia ejercida por el Estado serán capaces de desmontar. La fuerte implantación de la teoría de los dos demonios como explicación de la dictadura permitiría que figuras claves de la política nacional siguieran apoyando su discurso en una interpretación cuyo origen era el discurso de autojustificación de los dictadores.[37] Allí, ensom-

[37] Los ejemplos de la potencia de la teoría de los dos demonios son muchos. Mencionaremos solo uno de ellos. En la sentencia en segunda instancia contra el dictador Juan María Bordaberry (junio 2007), el juez sostiene que este «... integraba el COSENA, dio el golpe de Estado, compartía la teoría aniquiladora del enemigo y la operativa del aparato represivo. [...] se trató de un régimen de fuerza, sin base legítima, que instrumentó y llevó a cabo políticas de persecución de los opositores, las que impuso mediante el terror estatalmente organizado». Disponible en <http://www.laondadigital.com/laonda/laonda/Documentos/Sentencia%20de%20segunda%20instancia%20-%20%20Borda-

brecidos detrás de la historia de la guerra, quedaban desaparecidos el martirologio social, la epopeya civil, y también las mujeres. No se trata de una situación que pueda reputarse deliberada por parte de los últimos liberados. Simplemente ocurrió así, y de esa manera quedó inscrito simbólicamente. La conferencia de prensa brindada por los últimos presos al cerrarse el ciclo de la prisión política en Uruguay no registró la presencia de la sociedad civil, solo estaban los «rehenes de guerra», y fueron solo hombres.

En suma

El impacto emocional del conocimiento del martirio de los rehenes al momento de ser liberados es razón suficiente para entender la concentración de miradas sobre sus personas. La liberación de los rehenes se produce al cabo de más una década de argumentaciones políticas del poder focalizadas en «la subversión», una razón más para que la atención pública se dirigiera prioritariamente hacia los principales «dirigentes sediciosos» al momento de ser liberados.[38]

Ese momento consagra un desglose simbólico en el campo de las víctimas de la dictadura, en el que quedan simbólicamente relegados

berry%20y%20Juan%20Carlos%20Blanco.htm>. No obstante, en 2008 Julio María Sanguinetti afirmó, sin que se levantara una sola voz desde ámbitos académicos o políticos para contradecirlo: «Los hechos dicen, además, que la policía nunca tuvo métodos sofisticados de apremio y que, cuando se excedió en ellos, fueron bastante primitivos. En cualquier caso, el uso generalizado de la degradante tortura, vino más tarde, con la intervención de las Fuerzas Armadas, y tampoco respondió a una operación técnicamente compleja y planificada: la picana eléctrica y el tristemente famoso submarino (introducir el rostro del preso en cualquier recipiente con agua hasta cerca de la asfixia) fueron el resultado de una actitud improvisada y brutal». La *Investigación histórica sobre la violencia y el terrorismo de estado en Uruguay* ha aportado información relevante para calificar de otro modo lo que se define como «carácter improvisado» de la práctica de la tortura durante la dictadura. Allí se afirma que esa investigación pudo identificar 116 muertos y asesinados, 172 desaparecidos, 50 lugares públicos de detención, 11 sitios clandestinos y, hasta ese momento, 2 sitios de enterramiento clandestino. Todos ellos ocurrido en predios que son propiedad del Estado y funcionando bajo la responsabilidad de sus agentes. Enumeración basada en Rico (coord.). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado*, o. cit.

38 Dos titulares de semanarios dan el tono de muchos otros artículos, notas y reflexiones al respecto: «Pensando en los tupas», por Milton Schinca (*Las Bases*, domingo 31 de marzo de 1985) y «En busca de una nueva realidad. MLN: ¿cómo sale y en qué está? » (*Aquí*, martes 19 de marzo de 1985).

los sujetos políticos no armados —*no combatientes*— y las mujeres; aun aquellas que sí participaron en la lucha armada. Porque la conferencia de prensa no contó con la presencia de ninguna de las rehenas. Ni siquiera Elisa Michelini, la única de ellas que se identificó públicamente como rehena al momento de su liberación.[39]

Es posible asumir muchas explicaciones circunstanciales a la ausencia de las rehenas en la conferencia de prensa. Pero son razones insuficientes para dar cuenta de una invisibilización reproducida a lo largo de dos décadas durante las cuales las historias y los testimonios acerca de las y los tupamaros ocuparon siempre y cada vez más los escenarios públicos. Durante ese tiempo los hombres expusieron su condición de rehenes dando lugar a una sólida identidad, en cambio la mayoría de «las de la ronda» se reencuentran con esta parte de su propia historia recién cuando las convocamos a testimoniar.

Así expuestas las circunstancias, el propósito de esta investigación fue develar un hecho político: ¿cuáles son las relaciones de poder que se expresan y se fortalecen con el silenciamiento radical y la negación de las rehenas?

---

[39] «...Yo a Punta de Rieles llegué en el 76, antes estuve en cabildo, en «la Ronda», pero hay compañeras que vieron abrirse el penal y ahora lo ven cerrarse» (*Las Bases*, año 1, n.º 18, domingo 24 de febrero de 1985). «Hay un estado interior de sentirme libre que no lo perdí nunca [...] pasé hasta tres meses en un calabozo aislada y otra cantidad de cosas como los momentos de la represión cuando fui una rehén...» (*Aquí*, año II, n.º 96, miércoles 13 de marzo de 1985).

Capítulo II

Mujeres y política:

de la sociedad civil a la sociedad armada

La historia de las rehenas no se completa exponiendo lo que sufrieron en manos de los militares; reclama indagar qué hicieron ellas con sus vidas que concitó semejante odio del régimen dictatorial. ¿Quiénes fueron estas mujeres antes de ser militantes, perseguidas, torturadas, rehenas?

Es una recuperación necesaria para tender un puente de comprensión entre las subjetividades de dos tiempos no tan lejanos, pero que parecen corresponder a geografías o épocas remotas.

Cuatro décadas y sucesivas capas de discursos explicativos, justificativos o denigratorios sobre el MLN, ocultan y vuelven inasibles a las personas que pasaron de gritar: «¡Basta ya de dialogar, hay que armarse pa luchar!» durante las movilizaciones callejeras de los últimos sesentas, a encuadrarse en una organización política en armas.[1]

Para el sentido común de la primera década del siglo XXI esa opción resulta incomprensible y seguramente para muchas personas cuestionable. Pero fue un recorrido político que hicieron miles de jóvenes y adolescentes entre los sesenta y setenta y cuyas proyecciones influyeron hondamente en la historia colectiva uruguaya.

Tomaremos la palabra de las rehenas para buscar pistas sobre las siguientes interrogantes: ¿Quiénes eran estas mujeres que fueron elegidas por los militares para aplicarles un tratamiento particularmente odioso? ¿Por qué hicieron la opción política por una organización armada en una sociedad que ofrecía muchas opciones de izquierda? ¿Esa opción por la política mediante las armas representó para ellas un mayor nivel de emancipación como mujeres?

En la primera parte de este capítulo, indagaremos sobre las raíces sociales y culturales de la opción política hecha por las rehenas a partir de sus propios recuerdos. Luego, hurgaremos en las circunstancias contextuales que hicieron atractiva o necesaria su opción por la política armada. Por último, trataremos de develar los significados que tuvo para ellas la opción armada como ruptura con los lugares socialmente asignados a las mujeres de entonces.

---

[1] Una de las consignas más utilizadas por los sectores estudiantiles afines al MLN durante los años 1969 y 1970 para marcar el peso de las opciones «no reformistas» en las movilizaciones callejeras. Para las influencias políticas de izquierda véanse, entre otros: Gerardo Leibner. *Camaradas y compañeros; una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, t. II, *La era Arismendi 1955-1973*, C. 14, pp. 515-570; Vania Markarian. *El 68 uruguayo*, pp.65-98; y Hugo Cores. *Memorias*, pp. 83-85.

A la sombra de las gurisas en flor. Presentación de las rehenas

Los orígenes sitúan a las militantes que serán rehenas en escenarios familiares de trabajadores modestos o de clase media. Sus recuerdos evocan marcas culturales claras tales como el igualitarismo, un difuso y marcado sentido de la justicia, confianza en las instituciones como productoras de bienes públicos. También revelan familias con pertenencias políticas a las principales tradiciones del siglo XX: blancos, colorados, socialistas. Ninguna mencionó una familia apolítica, si por tal se entiende carente de interés por la cosa pública.

La infancia y primera adolescencia se caracterizan por una estabilidad amable y esperanzada, atravesada por conflictos, propia de esas clases sociales en aquella época:[2]

> Mi madre es modista y trabajó toda la vida como modista [...] mi padre era un *siete-oficios*, un *buscavida*. Hizo montones de cosas en su vida. Somos siete hermanos y fuimos siempre muy unidos. Fuimos una familia muy pobre, que peleamos mucho, formábamos parte de todas las comunidades en las que vivíamos y no éramos marginados de la sociedad. Yo no me sentí segregada nunca en ningún lugar por ser de una familia muy pobre. Era una mentalidad de un Uruguay diferente. Tuve una infancia feliz. Tuve una linda casa, me sentía parte de la escuela, como después me sentí parte del liceo, me sentía parte del barrio, jugaba, me divertía, iba a los cumpleaños, hacíamos las murgas del barrio, el corso del barrio... (Alba Antúnez).[3]

> ... Yo nací en Montevideo de una familia de clase media que podría haber sido alta, pero nunca tuvimos plata. Mi padre era juez de Paz. Mi madre nada, era ama de casa nomás. Mientras vivió mi padre éramos dos hermanas que hicimos lo que se hacía en esa época, íbamos al liceo (Raquel Dupont).[4]

---

[2] La amplitud de cada transcripción obedece a la extensión que cada entrevistada le dio a este tema. El testimonio de Elisa Michelini no incluye ninguna referencia autobiográfica ni familiar. Es necesario aclarar que el relato de Michelini fue el único que no pudo ser grabado, por no quererlo la testimoniante.

[3] Entrevista personal a Alba Antúnez por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en mayo y junio de 2006, Montevideo.

[4] Entrevista personal a Raquel Dupont realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en octubre de 2007, Montevideo.

... Mi abuelo, como hombre de aquella época, estaba bien económicamente, trabajaba en la aduana, era despachante de aduana en Montevideo y además era químico autodidacta [...] Estudié en escuelas católicas (salvo el paso traumático de segundo año en escuela pública). Colegio de las Hermanas de la Virgen Niña, en la calle Millán. Escuela del Perpetuo Socorro en Sayago. El liceo lo hice en el Clara Jackson de Heber.[5] Éramos pobres, pero mi madre se las arreglaba, con mi madrina, que era maestra en el Perpetuo Socorro, para que yo fuera a la escuela privada. ¡Repetí cuarto año de liceo y tuve mi primer novio! Hice secretariado, y me empleé al poco tiempo en una empresa de importación y exportación en la Ciudad Vieja. Luego trabajé con mi tía en una agencia de publicidad. Concurrí al nocturno y di los exámenes de cuarto. Y entré a preparatorios de Ingeniería. Después trabajé en la Asociación de Remolacheros del Uruguay hasta que caí presa por primera vez... (Stella Sánchez).[6]

Incluso cuando se denotan familias con diferentes lugares sociales hay rasgos que revelan similares relaciones con la sociedad y la época.

Cuando yo nací mis padres vivían en Malvín, en lo que eran los ranchos de Malvín, que era de mis abuelos. Malvín eran todas como casas quintas. Y bueno, después nos mudamos varias veces. Mi mamá es maestra y mi padre era obrero portuario. Yo estudié. Fui a la escuela Noruega, la de la calle Barreiro que tiene ese maravilloso árbol. Todos los que pasamos por esa escuela tenemos fotos adentro del árbol. Allí hice la escuela de música. Fui al liceo y después pasé a hacer el bachillerato en el IAVA (Lía Maciel).[7]

Mi familia era una familia trabajadora con un padre que era peluquero y mi madre que daba clases de música. Pero nunca nos había faltado la comida en la mesa ni nada de las cosas imprescindibles... (María Elena Curbelo).[8]

---

[5] La entrevistada se refiere a varios colegios religiosos católicos en barrios, algunos periféricos y otros residenciales, a los que concurrían sectores modestos y medios.

[6] Entrevista personal a Stella Sánchez realizada por Rafael Sanseviero en agosto de 2008, en Aceguá, Cerro Largo.

[7] Entrevista personal a Lía Maciel realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en junio de 2006, Montevideo.

[8] Entrevista personal a María Elena Curbelo realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en octubre de 2006, Bella Unión. Otra fuente es un testimonio escrito por Curbelo después de su liberación en 1978, en el que denuncia las torturas y las condiciones carcelarias. Allí decía: «Nací en un hogar de trabajadores en Montevideo, mi padre

> Yo era oriunda del Cerro,[9] del tiempo de los frigoríficos. Soy nieta de herrero del frigorífico Swift, que trabajó treinta años al lado de la fragua, era yugoslavo. Mi abuela de ascendencia checa, mi mamá nacida en territorio croata de hoy llegó al país a los seis años. Papá nació en el interior de la República, hizo tres años en la escuela rural. A mi papá su papá le puso un vintén y una banana en el bolsillo y lo mandó a la casa de los más grandes. Se hizo anarco-sindicalista, era de la Federación Autónoma de la Carne [sindicato], fue perseguido, nos allanaron mi casa. En aquel momento conocí la solidaridad de las muchachas obreras. Después mi papá estudió por su cuenta, empezó a vender *castings*, se hizo periodista, llegó a escribir en *Marcha*[10] algunas cosas. Mi mamá más inclinada a la pintura, tuvo su contacto con el taller Torres,[11] era gente de empuje. Después mamá incluso hizo clases en la Alianza. Yo la escuela y liceo los hice en el Cerro. Después hice Arquitectura, estudiaba en el Centro. Una experiencia muy sólida, aquella vieja Facultad de Arquitectura. Era una linda época aquella y aquel país (Miriam Montero).[12]

En la generación de las rehenas parece entrelazarse una densa carga de tradiciones y luchas de la historia uruguaya.

> Yo nazco en Cardona, mi mamá era química farmacéutica, pero después se compró una librería; mi papá era electricista. Cardona era un pueblito pequeño, mi papá era presocialista; en aquella época solo en mi casa se recibía... *Época*[13]... *Sol.* Mi mamá batllista de «la catorce», pero mi

era peluquero y mi madre trabajadora en una tienda. Los dos autodidactas. Mi padre adoraba estudiar, en especial geografía, termina dando clases liceales de geografía y mi madre fue posteriormente profesora de música. Mi niñez fue normal, salvo que estuve operada por haber nacido con un problema en la columna (espina bífida). A los 15 años caminaba y corría como una persona normal». Testimonio de María Elena Curbelo. Mimeo.

[9] Barrio popular de Montevideo.

[10] El semanario *Marcha* marcó un hito en la historia cultural del Uruguay. Fue fundado en 1939 y clausurado en 1974 por la dictadura. De ideología de izquierda independiente. Fue un mojón cultural en América Latina y dio a conocer todo tipo de autores, literarios y sociales, formando e influyendo en varios grupos políticos y culturales.

[11] Creado en 1943 en Montevideo por el pintor uruguayo Joaquín Torres García. Entre sus colaboradores se contaron artistas plásticos de fama como Gonzalo Fonseca, Julio Alpuy, Elsa Andrada, Horacio, Anhelo Hernández y Augusto Torres, entre otros.

[12] Entrevista personal a Miriam Montero realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en mayo de 2006, Montevideo.

[13] *Época* y *El Sol* eran semanarios de izquierda, el primero independiente y el segundo socialista, que tuvieron varias etapas de publicación pero fueron clausurados en 1967.

> abuelo paterno era un guerrero blanco que estuvo preso en Isla de Flores... muy guerrero, caudillo de la zona, con él entré en la política escuchando el Chicotazo...[14] y además militando, porque mi abuelo me llevaba a todos los eventos políticos de los blancos... (Cristina Cabrera).[15]

Algunas de ellas tuvieron las primeras aproximaciones al MLN directamente por sus familias.

> Mi familia pertenecía a la clase media y soy criada en un hogar socialista. Mi abuelo estaba en el Partido Socialista, por ese lado siempre hubo ideas y contactos. Mi madre ha sido una militante socialista desde muy chica y por ese lado conocía muchos de los primeros compañeros que crearon el MLN (Gracia Dri).[16]

Las reconfiguraciones políticas de la sociedad uruguaya en los cincuenta y sesenta parecen haber influido directamente en este tipo de familias.

> Empecé la escuela en Estados Unidos y terminé escuela y liceo en el Crandon[17] (Uruguay), porque cuando empecé mi padre era militar y funcionario de la Junta Interamericana de Defensa. Se puede decir que mi familia era de una clase media típica uruguaya que se podía permitir determinado tipo de nivel de vida sin zozobra. No mucho más que eso, tenía buenos ingresos, pero con dos hijas no daba para mucho más. Mi familia... era muy liberal. Mi padre era un batllista[18] que en los últimos

---

[14] Benito Nardone (conocido como *Chicotazo*) fue un líder populista del interior del país. Se hizo famoso por sus audiciones radiales en Radio Rural, en las que «daba chicote» (fustigaba) al gobierno en la segunda mitad de los cincuenta. Era conservador y anticomunista. Investigaciones posteriores develaron su vinculación con la CIA. Realizó varios cambios de tiendas políticas, llegó a ocupar altos cargos, entre ellos el de presidente del Consejo Nacional de Gobierno en 1960 (Clara Aldrighi, «La estación montevideana de la CIA», en *Brecha*, Montevideo, 25 de noviembre de 2005).

[15] Entrevista personal a Gracia Dri realizada por Rafael Sanseviero el 7 de enero de 2007; Punta del Este, Maldonado.

[16] Ibídem.

[17] Colegio bilingüe metodista fundado a fines del siglo XIX al que concurrieron hijos e hijas de sectores sociales acomodados.

[18] Se refiere a una corriente del Partido Colorado fundada por José Batlle y Ordóñez en las primeras décadas del siglo XX conocida como «el reformismo». Eran partidarios de un Estado benefactor en general y fundaron una legislación social que marcó al país (José Pedro Barrán y Benjamín Nahum. *Batlle, los estancieros y el Imperio británico: el nacimiento del batllismo*. Montevideo: EBO, 1979).

> años de su vida se fue corriendo cada vez más a la izquierda hasta terminar con los fundadores del Frente Amplio. Pero cuando yo era pequeña él era un batllista de la 15 sin mucha historia política, sin mucha militancia política... Mi familia era muy librepensadora, con una ideología muy liberal, típica de tano uruguayo (Yessie Macchi).[19]

En las cartas de Flavia Schilling se encuentran referencias a una niñez feliz junto a sus tres hermanas y sus padres en Brasil, interrumpida en 1964[20], cuando fue forzoso que la familia acompañara el exilio político de su padre en Uruguay. Durante el lapso que media entre la instalación de los Schilling en Montevideo y la detención de Flavia, ellos aparecen como una familia de intelectuales de izquierda de clase media integrada sin dificultades a la cultura uruguaya.

Sobre esta matriz cultural, en la que fácilmente se podría identificar una parte significativa de la sociedad uruguaya, se imprimirán las primeras experiencias sociales, militantes y también de violencia política sufridas directamente.

Una sociedad policial y el ingreso al MLN

La mayoría de las rehenas accedieron al mundo de la militancia a través de experiencias en el movimiento estudiantil o de organizaciones solidarias de origen cristiano.

> Desde el liceo militaba gremialmente, era una adolescente muy inquieta por la parte social y sobre todo de la parte gremial. Y después en el 68 entré al IAVA[21] y la militancia fue mucho más fuerte (Lía Maciel).[22]

> ... Yo tengo recuerdos en mi infancia de preocuparme y sentir mucho la injusticia social. Cuando tenía 12 o 13 años me vinculo con Emaús,

[19] Entrevista personal a Yessie Macchi realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en julio y agosto de 2006, Montevideo.

[20] En Brasil se desencadenó un golpe de Estado militar contra el gobierno progresista de João Goulart en marzo de 1964. Posteriormente se probó la injerencia de Estados Unidos. Se reprimió violentamente a la oposición y hubo múltiples casos de torturas.

[21] El Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, conocido también por su sigla IAVA, es un establecimiento de educación secundaria fundado en el siglo XIX. Corresponde a la etapa educacional preuniversitaria, denominada *preparatorios* en Uruguay.

[22] Entrevista a Maciel.

> donde el padre Sierra hacía un trabajo asistencial que a mí me llegó mucho, apoyando familias en barrios muy carenciados. Mi familia era una familia trabajadora donde nunca nos había faltado la comida en la mesa ni nada de las cosas imprescindibles, pero ver botijas de mi edad en una situación totalmente diferente motivó mis primeras preguntas. Creo que ahí arranca todo, y después con la situación política que había, además de la injusticia social. Pasa por mí lo que pasaba en la mayoría de los jóvenes de esa edad, que es entrar a vincularte en el gremio estudiantil, primero en el IAVA y después en Facultad de Medicina. Allí me abrí a lo que era el vínculo entre el estudiante y el trabajador, porque seguí muy de cerca los conflictos de la fábrica de Alpargatas o los del Cerro.[23] Son todas cosas que te van marcando y creo que de esa misma forma natural que entré a militar... (María Elena Curbelo).

> Nazco en un pueblo con mucha inquietud cultural y milito desde los 15 años, muchísimo, en la juventud agraria católica, que después tuvo muchos presos; hasta un *cura* (Cristina Cabrera).[24]

En esos ámbitos se integraron a colectivos sociales en los que obtuvieron un nuevo conocimiento de la sociedad y de sus propias potencialidades de acción. La articulación entre militancia social y política se alimentó en el ejercicio del debate sobre temas que abarcaban desde asuntos cotidianos, reivindicativos o solidarios, hasta las proyecciones antiimperialistas de las luchas o los modelos deseables y deseados de una nueva sociedad.

> Todos los conflictos estaban a flor de piel, los vivíamos, los discutíamos y opinábamos, porque estaban en la puerta de nuestras vidas. No había que ir a buscarlos a ningún lado. Después vino el conflicto del boleto, también lo viví en el liceo. Hubo ocupaciones, después vinieron conflictos estudiantiles más serios. Después se dio todo el tema del apoyo a los sindicatos, de la huelga Alpargatas, y yo participé en todo eso desde el liceo y desde preparatorios, y ya casi sin solución de continuidad estaba dentro del MLN. Era muy jovencita, muy niña, pero era una jovencita de ese Uruguay (Alba Antúnez).

---

[23] La entrevistada se refiere al mundo fabril que estaba en plena efervescencia en la década del sesenta. Véanse: Leibner, o. cit.; Hugo Cores. *Uruguay hacia la dictadura, 1968-1973. La ofensiva de la derecha, la resistencia popular y los errores de la izquierda.* Montevideo: EBO, 1999, pp. 23-46.

[24] Entrevista personal a Cristina Cabrera realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero el día 28 de agosto de 2006, Montevideo.

Las rehenas refieren haber circulado por una oferta política de izquierda que entonces era amplia, pero siempre contestataria a una sociedad percibida como injusta y progresivamente autoritaria.

> Después empecé a estudiar agronomía y ahí... Empezó lo del 68[25] y me integré primero a la Juventud Socialista y a la Juventud Comunista, pero no me sentí muy realizada, y después empecé a tener contacto con compañeros que estaban en los grupos para tirar piedras, hacer revueltas y todo eso... (Gracia Dri).
>
> Si no recuerdo mal, empecé el nocturno y la militancia en 1967. Asambleas estudiantiles donde me peleaba con los «bolches» que rompían los huevos y siempre estaban en contra de todo, y desde ahí simpaticé con los socialistas y con los tupas. Después el Vásquez Acevedo, las manifestaciones del 68 y 69, lo que pasamos todos correteando con los milicos, tirando piedras y corriendo (Stella Sánchez).

El ingreso al MLN fue recordado por algunas como consecuencia del agotamiento de las expectativas en las formas tradicionales de hacer política. Incluyen en un mismo rechazo las tradiciones de la derecha como de las izquierdas legales, principalmente de inspiración marxista en cualquiera de sus expresiones.

> Tenía 18 y ya había hecho una incursión por varios grupos de izquierda. Era muy celosa de mi independencia personal. Entonces miraba a los grupos de izquierda. Tenía un noviecito que era del Partido Comunista y ahí me metí con las juventudes comunistas y no me gustó. Después me metí con los trotskistas y me gustó menos. Después seguí con el MIR,[26] ahí estuve un año y tampoco me gustó (Yessie Macchi).
>
> Al MLN lo veía como una alternativa con la cual me identificaba mucho más que cualquiera de las otras que había. El Partido Colorado y

---

[25] El año 1968 ha quedado en la memoria de sus protagonistas como una inflexión en la historia de la militancia política en Uruguay, estudiantil y gremial. Véanse: Gerardo Leibner. *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, t. II. *La era Arismendi*. Montevideo: Trilce, 2011; Vania Markarian. *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, pp. 37-64.

[26] El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), fundado en 1963, es una escisión de la Juventud Comunista que apoyó a China en la polémica internacional que desarrollo con la URSS en 1960. (Eduardo Rey Tristán. *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973*. Montevideo: Fin de Siglo, 2005, p. 284.)

> Partido Nacional ya directamente no me interesaban. Y dentro de la izquierda lo más fuerte era la Juventud Comunista y después había otros grupos menores. Por mi formación familiar nunca se me hubiera ocurrido en aquel momento ingresar al Partido Comunista. Así que yo buscaba algo distinto y lo encontré en el MLN (Lía Maciel).

Un rasgo directamente asociado al atractivo político del MLN es la temprana contaminación de las militancias adolescentes con la naturalización de la violencia que fue dominando el escenario público uruguayo.

> Hasta que un día me tomé un ómnibus y fui a parar al arroyo Pantanoso[27] en medio de unos relajos tremendos que había con los milicos a caballo y la gente en la calle. Yo no sabía qué se trataba. Y ahí me metí con la gente y me sentí feliz mientras tiraba piedras; me parecía bárbaro poder tirar piedras en vez de estar teorizando todo el tiempo. Se puede decir que fue una consecuencia natural de lo que había sido mi búsqueda de todos esos grupos, por algo que fuera más real. Estaba podrida quizás de mi raíz social y quería tocar tierra, sentir la tierra, quería hacer algo palpable. Bueno, eso me lo dio el MLN. Y quedé fascinada (Yessie Macchi).

Uruguay no fue ajeno al despliegue de violencia simbólica de la llamada guerra fría, que instituyó una racionalidad binaria en la que las regiones, los países, los grupos sociales y los partidos políticos se transformaron en bandos progresivamente irreconciliables. La mayoría de las rehenas llegaron a sus 20 años durante un proceso de «brutalización de la política» cuya característica fue la creciente legitimidad de diferentes formas de violencia abierta como modo de gestionar los conflictos y reorganizar los consensos sociales.[28]

En Uruguay las violencias estatales o contestatarias no fueron una creación de los sesenta; pero entonces la novedad fue la radicalización de la violencia institucional y sobre todo la resistencia social al monopolio estatal de la violencia material y simbólica.

---

[27] El arroyo Pantanoso separa la popular barriada del Cerro del resto de Montevideo. La entrevistada se refería a las numerosas movilizaciones que los obreros de la carne, cuyos frigoríficos estaban en el Cerro, protagonizaban por diversos motivos en la década de los sesenta.

[28] Aníbal Corti, «La brutalización de la política en la crisis de la democracia uruguaya», en Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé, *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay*. Montevideo: CSIC-CEIU-CEIL-ICP-Udelar-Trilce, 2004.

En sentido amplio se trató de una disputa centrada privilegiadamente alrededor de lo que en términos contemporáneos definiríamos como el ejercicio del derecho a la libertad de expresión. Esa lucha se desarrolló en múltiples escenarios, tales como los medios de comunicación que sufren censura y clausuras; en los sindicatos de trabajadores y estudiantes que soportan persecuciones, cierre o allanamiento de locales y militarización de sus integrantes; en instituciones públicas como la Universidad de la República o el Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria cuyas autoridades son descalificadas y los centros de estudio objeto de permanentes acciones policiales dirigidas especialmente contra los estudiantes.

Una de las características de la resistencia a la violencia estatal fue la disputa por el uso del espacio público mediante enfrentamientos con las fuerzas policiales y militares. Allí ocuparon un papel protagónico las personas jóvenes, especialmente trabajadores y estudiantes, quienes independientemente de sus identidades partidarias personales incorporaron la disputa cuerpo a cuerpo con los aparatos represivos como una dimensión de la lucha política.[29]

En ese período la violencia de las instituciones del Estado y el discurso político se focalizaron, entre otros sujetos —«subversivos», «sindicalistas», «comunistas», «anarquistas», «prensa agitadora»—, en unas juventudes uruguayas representadas entonces como irritantes, perturbadoras, disruptivas: *extrañas al orden social*. En esas clasificaciones se fundamentaba una violencia ejercida por un orden estatal y por unos actores políticos cuyas virtudes históricas para administrar conflictos y producir consensos democráticos se habían agotado.

Esas reacciones estatales a la insurgencia de las juventudes presentan dos características que tendrán una influencia significativa en la subjetividad colectiva, y un impacto especial en ellas. Una son los discursos oficiales y las acciones represivas tendientes a reforzar la autoridad estatal frente a unos sujetos sociales sin capacidad real de desafío al poder, como los jóvenes. El segundo rasgo de las acciones estatales para «restablecer el orden» es su desproporción respecto a las «ofensas al poder» realmente infligidas por las y los jóvenes.[30]

---

[29] Ver, entre otros, Carlos Demasi, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico y Jaime Yaffé. *La dictadura cívica- militar. Uruguay 1973-1985*. Montevideo: CEUI-EBO, 2009; Clara Aldrighi. *La izquierda ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Trilce, 2001; Hugo Cores. *Uruguay hacia la dictadura. Memorias de la resistencia*, o. cit.

[30] En uno de los pocos trabajos contemporáneos de los acontecimientos, en el que se

Así las juventudes estudiantiles y las propias instituciones de enseñanza pasaron a ser blanco sistemático de las argumentaciones y prácticas represivas. La «agitación» estudiantil y sindical ocupó un lugar privilegiado junto a «la subversión» entre los fundamentos por los cuales a partir de 1968 el gobierno formalizó un «estado de sitio» de hecho mediante el uso permanente de una figura jurídica excepcional llamada «medidas prontas de seguridad».[31]

De manera que la generación militante de las futuras rehenas llegó a la vida política en un cuadro en el que la condición de jóvenes de por sí implicaba un estado de beligerancia con el poder del Estado.[32] Un trágico indicador de tal beligerancia está dado por el hecho de que entre agosto de 1968 y enero de 1969 son asesinados en movilizaciones callejeras tres estudiantes y un trabajador sindicalizado; los primeros, en acciones represivas formales y el último, por un militar vestido de particular que disparó contra trabajadores que realizaban una manifestación.

El ingreso de estas mujeres a la lucha política ocurre en una sociedad donde la violencia como principal argumento de la política se va legitimando de hecho, por lo que el MLN no surge como respuesta a una dictadura añosa ni enfrenta una intervención militar extranjera, como otras experiencias guerrilleras de América. En sentido estricto fue un movimiento político en armas que atrajo a quienes sentían agotadas las posibilidades legales de transformar una sociedad injusta y autoritaria. Tal opción hicieron las rehenas sin sentirse protagonistas de un hecho fuera de lugar, sino más bien sintiendo que ocupaban el sitio que las circunstancias políticas y su ética señalaban como el más adecuado.

> Y después entré al IAVA y la militancia mucho más fuerte y me integré al MLN en el 68 con 17 años. Contacto y me integraron, punto. La lucha armada para mí en aquel momento era muy claro que no había

---

intentaba analizar los rasgos de la «insurgencia juvenil» sesentista, José Pedro Massera caracterizaba la intervención de la enseñanza media ocurrida en 1970 diciendo que «Pacheco le había 'mandado los padrinos' a un liceal». Aludía irónicamente a la costumbre, muy en uso entonces en la clase política y el estamento militar, de zanjar las «ofensas» producidas en el espacio público por razones políticas mediante duelos. J. P. Massera, *Lenin y los estudiantes* (inédito).

[31] Medidas de excepción que representaban en su extremo un virtual estado de sitio que el Poder Ejecutivo administraba discrecionalmente. Fueron mantenidas con indiferencia de los pronunciamientos en contrario del Poder Legislativo.

[32] Ver: François Graña. *Los padres de Mariana. Maria Emilia Islas y Jorge Zaffaroni: la pasión militante*. Montevideo: Trilce, 2011.

> otra. Era un pensamiento muy simple pero lo discutíamos mucho, en mi casa con mi padre y mi madre, que era terrible porque para ella la lucha armada era una cosa inadmisible. Para mi padre no, mi padre tenía otra postura, decía que era posible una opción así, aunque no en este momento. Eran discusiones que me llevaban a pensar y repensar, pero el MLN me hablaba desde los hechos y desde las repercusiones que los hechos tenían a nivel de la sociedad uruguaya, que en general en aquel momento eran positivas (Lía Maciel).

La influencia del MLN creció como una presencia al mismo tiempo pública y privada, tan rotunda en sus mensajes como relativamente inasible en su clandestinidad; un despliegue que se extendía desde el espacio público de mayor visibilidad hasta la intimidad de lo cotidiano y familiar.

> Yo no estaba en ningún grupo determinado, pero me sentí identificada con el MLN y por ahí empezó todo. Estábamos para tirar piedras y hacer revueltas. Y después por ese lado empecé a conocer gente que después más adelante estuvo en el MLN. A mi casa siempre venían amigos de mi madre que estaban vinculados con el MLN y por ese lado empecé primero a tirar volantecitos y después de repente ya estaba metida en el MLN (Gracia Dri).

El MLN trajo un lenguaje nuevo para la política de izquierda uruguaya, que llamó la atención y despertó expectativas de una nueva política.

> ... Es que yo en el MLN encontraba un fiel reflejo de lo que pensaba que éramos nosotros en tanto uruguayos. A mí me hablaban en mi mismo lenguaje, entendía lo que decían, tenía que ver con nuestras problemáticas, con nuestras vidas, con nuestras cosas, y eso era lo que yo comprendía, lo que a mí me llegaba y lo que yo pensaba que estaba a mi alcance cambiar. Hice la opción por el MLN, que es un movimiento armado, porque es lo más cercano con mi forma de pensar y ver mi país. Porque estaba convencida de que no iban a dejarnos cambiar el mundo si no era por la fuerza. Y tampoco estaba tan claro en aquel momento la posibilidad real de una opción electoral (Alba Antúnez).

La cercanía entre las luchas sociales y la presencia pública del MLN se combinó con oportunidades de vinculación en ámbitos familiares, entre amigos, parejas o compañeros de otras militancias.

> Me vinculé primero a la Comisión Sindical, o sea el vínculo entre el estudiante y el trabajador... de esa forma natural que entré a militar

en el gremio, en determinado momento se me presenta como una cosa valedera la opción de luchar de una forma diferente y buscar otro camino para acabar con la injusticia social. Y me integro bien convencida del paso que daba. Yo había seguido bastante de cerca el proceso de la revolución cubana y para ese momento del país y esa democracia tan recortada y esos políticos corruptos, la opción de la lucha armada me parece la más valedera (María Elena Curbelo).

... En realidad el MLN me llegó a mí. Aún no sabía por qué era, pero me parecía bárbaro poder tirar piedras en vez de estar teorizando todo el tiempo. Al poco tiempo conocí al Pepe [Mujica] en un rancho. Ahí empezamos a conversar junto con otro compañero que había estado en el MIR conmigo y decidimos tener un contacto. Llegó a nosotros el *Viejo* Julio Marenales y entramos al MLN (Yessie Macchi).

A los 16 años estudiaba magisterio y empezó un noviazgo con el Flaco Bidegain que era portero del Banco República. Tenía casi 18 años y estudiaba para ser militar. El padre era caudillo blanco y jefe de Policía de Colonia; el Flaco era de Wilson. Cuando viene la huelga de los bancarios se viene para Montevideo porque lo trasladan de banco y ahí entra en contacto con alguien del MLN... (Cristina Cabrera).

Algunas rehenas accedieron a la militancia tupamara a mayor distancia de las luchas cotidianas, en otro tipo de momentos vitales, en el marco de procesos de reflexión y maduración de su visión del país.

Y después tengo el viaje de Arquitectura a Europa. Con una beca de seis meses me quedé en Yugoslavia haciendo un trabajo que vinculaba la universidad con la realidad. Estuve sola, no conocía el idioma, eso genera necesidades de idioma y de gente. Entonces juntaba ánimo, leía, y ahí empecé a leer aquellos discursos del MLN que me llegaron mucho, sobre todo por la distancia. Cuando yo volví tenía un año de ausencia del país, pero tenía presente y maduro lo que estaba pasando en América Latina (Miriam Montero).

... Tampoco estaba en la edad de la novelería; porque hay muchas que entraron por la novelería... Yo había entendido que ciertas cosas había que cambiarlas y que yo podía meterme ahí a hacer alguna cosa mínima. Además, con modestia. Yo no pensé que yo era «la guerrillera», porque ya no tenía edad para estar en eso. Simplemente creí que el país estaba como el culo y me gustaban los tupas (Raquel Dupont).[33]

[33] Raquel ingresó al MLN con alrededor de 40 años.

La mayoría de las rehenas colocan su ingreso al MLN como una consecuencia del momento social y político en que el movimiento se manifestó con su propuesta política armada a la sociedad uruguaya. En sus relatos son muy escasos aquellos rasgos de mesianismo propios de las epopeyas bélicas, y en la misma forma refieren una relación distante con las armas. Su expectativa en el MLN parece fundarse más en la eficiencia de la invocación al poder letal de las armas que en su utilización efectiva.

Su manera de recordarse integrantes de una guerrilla coincide con cierto plano de argumentación táctica del MLN respecto a que el objetivo de la «propaganda armada» era provocar autoconfianza en la sociedad reprimida y golpear la moral de los integrantes del aparato represivo, pero no necesariamente derrotarlo en el campo estrictamente militar. Y menos aún provocar muertes o daños a las personas de los funcionarios policiales o militares.

El ingreso masivo de militantes —entre ellos la mayoría de las rehenas— coincide con el momento de mayor atractivo político de un MLN que había despertado la simpatía de la población. Es la época conocida como «Robin Hood».[34] Entonces el MLN no centraba su accionar en la producción de miedo ni muertes, sino en una exuberante exhibición de talento, capacidad operativa, información calificada, capacidad de infiltrarse en el Estado y en el ámbito privado... todo ello unido a la presunción de un real o supuesto poder militar.

Las rehenas recordaron su relación personal con las lógicas de una organización armada y con las armas como objetos en esa polisémica localización simbólica de la cuestión de las armas y su utilización. De hecho se revela que la flexibilidad del MLN permitió incluir en un proyecto político armado a personas que no se sentían en condiciones de usar armas.

> Como yo siempre fui buena artesana me dieron un encuadre de servicios y allá marché a hacer bombas que no servían para nada. Me qui-

[34] Ese *atractivo político* del MLN coincide con el momento de su mayor influencia en la agenda pública. Puede haber sido un punto de inflexión hacia la declinación de la imagen del MLN en la opinión pública el de la muerte del agente norteamericano D. A. Mitrione a manos de la organización (1970). Sin embargo, la relación entre el MLN y la sociedad mantuvo fluidez especialmente en 1971 cuando dio a conocer una decisión de no realizar acciones para favorecer la realización de las elecciones nacionales. «Tregua» relativa que combinó con acciones espectaculares como la gran fuga de 111 presos de la cárcel de Punta Carretas. El momento de mayor influencia política del MLN en la agenda pública será, evidentemente, en el primer semestre de 1972 cuando obtendrá la declaración del estado de guerra interno por parte del Parlamento Nacional.

> sieron mandar a Pando.[35] Yo había hecho todo la vigilancia de observar cómo era, de sacar cuentas, de quién entraba a la comisaría, ir al banco, y todo eso, pero nunca había agarrado un arma en mi vida porque en mi casa no había armas. Y viene el Bebe y me dice: «Vamos a Pando», y yo le digo: «Pero yo no puedo, tengo miedo, yo no sé agarrar un arma y no puedo agarrar un arma y apuntarle a alguien, porque no puedo, entendés, no puedo, no está en mí» (Cristina Cabrera).

Con mayor o menor claridad, algunas de las rehenas refirieron su rechazo a rasgos de fetichismo en la relación de algunos militantes con las armas.

> Los compañeros me decían cuando salía a hacer contactos: «¿Vas a ir con el fierro?», «No, yo con fierro por la calle no». Y me miraban como bicho raro. Ocasionalmente si lo necesitaba lo tenía a mano. Nunca lo usaba por gusto; nada más que cuando había que usarlo. Nunca maté a nadie, empezando por ahí; y yo no era una obsesiva de las armas… (Raquel Dupont).

> Entrabas en principio el tema era la propaganda, la pintura de los muros, las volanteadas; o juntar ropa para los clandestinos, facilitar encuentros de clandestinos con familia. Después pasé a lo que llamaban el grupo de acción en formación, donde la mayor parte de las acciones tenían que ver con acciones propagandísticas, como la toma de una fábrica donde conversábamos con los obreros; la toma de una pequeña radio. Y después directo a los grupos de acción mismo, que en ese momento no lo viví como algo tan raro. Pero te voy a decir que estando en el MLN y desde siempre detesté el juego de las armas y que para alguna gente el arma es el centro del mundo. En los grupos de formación yo decía: «Odio las armas». Sentía a las armas como algo lamentablemente necesario. Por eso nunca jugué con las armas ni me sentí más potente por tener una. Era parte del movimiento armado porque pensaba que las cosas tenían que cambiar y que no se podía por las buenas. Me sumo a eso porque no quiero ir atrás de la película, la verdad es esa… (Alba Antúnez).

En un extremo las armas aparecen en estos recuerdos como un recurso discursivo antes que objetos efectivamente destinados a usarse. Parecían parte del relato de una impronta generacional, una expresión de voluntad de sacrificio más que de daño.

---

[35] La toma de Pando el 8 de octubre de 1969 por el MLN en una acción de propaganda armada causó la muerte de tres militantes jóvenes. Murieron también un civil y un policía. Para una historia detallada de este episodio, véase Rolando W. Sasso. *8 de octubre de 1969. La toma de Pando. La revolución joven.* Montevideo: Fin de Siglo, 2005.

> Eso del poder que uno tenía cuando teníamos 20 años, que creemos que podemos cambiar el mundo por la fuerza de las armas o del discurso... (Flavia Schilling).

> Como toda la masa que entró en aquella época a la organización, yo era de un grupo de base que debíamos estudiar y entrenarnos. Nos reuníamos para leer los documentos, aprender sobre armas y entrenarnos físicamente. Conocer los tipos de armas, las marcas, los calibres, saber desarmarlas, limpiarlas y apuntar. Creo que practiqué solamente una o dos veces el tiro. Nunca puse en práctica nada de eso. Soy curiosa, me gustan la acción y el movimiento, la emoción, por eso quería saber de las armas, conocerlas, tenerlas en la mano, pero nunca llegué a concientizar que tendría que tirar a una persona con ellas. Todo aquello era muy fantasioso y de película. Hasta ahora no sé cómo hice para correr por los techos y saltar abismos entre uno y otros cuando estuve en la acción de propaganda armada en Niboplast. Quise zafar del cerco pero me detuvieron y cuando me enfrenté con un policía no me animé a tirar. Me pasaron por la cabeza imágenes de ese hombre con una familia y preferí tirar el revólver y entregarme. Era 30 de marzo y yo me casaba el 4 de abril... (Stella Sánchez).

Incluso la única de nuestras entrevistadas que dice haber pasado por la experiencia del enfrentamiento y muerte de un enemigo refiere una relación con las armas que aparece distante de la fetichización militarista atribuida a muchos militantes varones.

> Estaba preparada interiormente para lo que podía ser un enfrentamiento y tuve que matar en combate. No me tocó la triste experiencia de tener que ajusticiar a alguien en frío. Fue en combate y me pareció parte de la lucha. Ahora no voy a elaborar una teoría que tuve terror, que sentí culpa, porque no pasó eso. Se dio así: o tirar o nos tiraban y nos mataban. En realidad tuve pocos enfrentamientos, porque estaba preparada para más. En una organización que había optado por la lucha armada había muchos compañeros que sin armas no iban a ninguna parte. Y que en vez de estar estudiando cosas que debían estudiar —o lo que fuera que tuvieran que hacer— se pasaban todo el día con el arma, enseñando el arma, con ejercicios de tiro que no hacían falta. En mi caso —que generalizaría a muchísimas mujeres que conocí adentro del MLN— yo siempre milité en el sector militar y sin embargo mi relación con las armas era completamente utilitaria. La usaba cuando necesitaba usarla. Generalmente andaba desarmada, nunca tuve ninguna devoción con eso. No eran parte de mi cuerpo ni de mi vida. Si me preguntás en qué

> consistía mi vida en ese momento, te digo que era una vida política cien por ciento, en el afecto a los compañeros y en una convicción patriótica. Pero nunca dentro de eso pondría la parte de lucha armada (Yessie Macchi).

Por sus personalidades políticas y militantes, las apreciaciones de Yessie Macchi y de Raquel Dupont sobre su relación con las armas parecen especialmente significativas.

Raquel es recordada como una combatiente aguerrida que fue detenida a cargo de los presos-secuestrados por el MLN en la llamada «cárcel del pueblo», donde fue la última en desistir de la decisión de ejecutar a los prisioneros en caso de ser detectadas por las fuerzas represivas. Otros testimonios mencionan su fiereza enfrentando a los militares torturadores; era lo que en términos militantes de entonces se definía como una «dura» dentro de los cuadros de la organización.

A partir de una dotación de atributos bélicos similares, Yessie Macchi devino figura paradigmática y casi legendaria de la guerrillera urbana, con fuerte implantación a nivel nacional e internacional. Sus historias alimentaron la leyenda de los «tupas» entre militantes, amigos y simpatizantes.[36]

Los perfiles del mito de Yessie la guerrillera revelan la estima de la organización por las mujeres capaces de actuar en la guerra con audacia y sin medir consecuencias como lo haría un hombre. Algunas de las acciones más espectaculares de la leyenda del MLN registran su presencia desempeñando —reales o imaginarios— roles de primer nivel, incluso en situaciones marcadas por la dureza y hasta la crueldad.

Uno de los más trascendentes fue la decisión de ejecutar a Daniel Anthony Mitrione, jefe del equipo de instructores del Programa de Seguridad Pública, dependiente de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID). Los tupamaros contaban con información que lo señalaban como un agente encargado de capacitar para la tortura a personal policial y militar. Mitrione fue secuestrado, al tiempo que otros funcionarios diplomáticos, como parte del Plan Satán que el MLN realizó para obtener la liberación de numerosos tupamaros presos. El gobierno se negó desde el principio a negociar con el MLN, a pesar de la presión de Estados Unidos por una negociación liberadora. La situación duró

[36] En la portada de la revista *North American Congress on Latin America*, apareció la foto de Yessie Macchi bajo el título «Women in struggle». Diciembre de 1972, volumen 006, issue 10. El tema central de ese número era: Toward a Science of Women's Liberation. Disponible en: ‹https://nacla.org/issietpc?editionnid=1›. Visitado el 19 de marzo de 2010.

pocos días: el secuestro fue el 31 de julio y la muerte de Mitrione el 9 de agosto. Esa muerte enajenó parte de las simpatías populares hacia el MLN y para muchos marcó el comienzo de la declinación de la etapa Robin Hood.[37] Yessie Macchi estuvo entre quienes decidieron qué hacer en ese momento crucial, y su testimonio al respecto coincide con los perfiles de una guerrillera convencida de los «extremos de la guerra». «Tomamos la decisión de ejecutarlo porque el gobierno había rechazado negociar, e insistía en eso con más fuerza después de la caída de Almería. No veíamos otra salida. Es cierto que estábamos tensos por la caída de los dirigentes, pero no fue una decisión tomada emotivamente.»[38]

Otra referencia señala la participación de Yessie Macchi en la toma del pueblo de Soca por un comando del MLN.[39] Se le atribuye no haber imaginado antes de la acción la posibilidad de dar muerte a policías, pero también que durante los enfrentamientos pasó sobre un herido comentando: «Este milico está pronto», mientras proponía ejecutar a otro policía.[40]

Es posible que la difusión de perfiles combatientes, aguerridos y hasta despiadados de Yessie se deba a que su trayectoria y las acciones en las que participó alimentaron una mitología que era funcional a propios y ajenos. De esa manera se habría convertido en un objeto de atención más atractivo para la academia y las obras testimoniales, hasta configurar un tipo de «personaje» coherente con los perfiles esperables de una guerrillera.

En esa localización entre las leyendas de la guerrilla urbana, resulta relevante la coincidencia con todas las rehenas en cuanto a atribuir un lugar subalterno a las armas dentro de lo simbólicamente relevante para las tupamaras. Es posible que cierto tono desmitificador del «factor armado» en los testimonios brindados para nuestra investigación obedezca a que se producen en un contexto cultural significativamente diferente y reflejan en buena medida una sensibilidad actual sobre el tema. Al igual que algunos varones del MLN, ello podría expresar un olvido de las partes más cuestionables de la «vida armada», porque la

---

[37] Clara Aldrighi. *La intervención de Estados Unidos en Uruguay (1965-1973), t. 1, El caso Mitrione*. Montevideo: Trilce, 2007, pp. 9-16, 295.

[38] Ibídem, p. 234.

[39] Elizabeth Hampsten. «Flor de susto en Soca», en *Testimonio y memoria en el Uruguay. Seminario «Del testimonio a la historia»*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Editorial Crysol, 2002.

[40] Ibídem, p. 23.

memoria puede tamizar los recuerdos para permitir la supervivencia de aquellos aspectos de la vida anterior que son tolerables con valores contemporáneos.[41]

Sin embargo, es un hecho que no hay registro público de hombres del MLN que hayan afirmado públicamente que antes o después de la dictadura «odiaban» las armas y que estas no ocuparon un lugar importante en su pasado militante.

Esa distancia del fetichsimo del «fierro» entre las mujeres encuentra otra expresión llamativa en la falta de referencias a la figura de Ernesto Guevara.[42] En la personalidad de «el Che» los militantes encontraron, y no solo tupamaros, estímulo, modelo y también justificación *ex post* de algunas de sus más cruciales determinaciones políticas. La Revolución cubana, el humor del 68 y la «caída en combate» del Che son algunas de las señales más recurridas por los militantes cuando describen su camino hacia la lucha armada.[43] En cambio las rehenas exponen sus motivos para asumir esa misma opción política sin que a lo largo de decenas de horas de grabaciones se mencione más que una sola vez el nombre de Guevara, y como referencia general empastada en el fondo de un cuadro de la época: «Con un poco de miedo al principio, fui haciendo amistades, hablábamos de ideales, de justicia, del Che, escuchábamos música revolucionaria y veíamos cine ídem. Después los documentos del Movimiento. Hasta ahora mi formación cristiana se cruza con la política y le dice que sí al socialismo» (Stella Sánchez). La ausencia entre las referencias de las rehenas a la figura que resume las virtudes hipermasculinas del guerrero revolucionario podría interpretarse como señal de

---

[41] Véase Leonardo Haberkorn. *Historias tupamaras. Nueve testimonios sobre los mitos del ML*. Montevideo: Fin de Siglo, 2008.

[42] «Fierro» es la voz lunfarda que nombra el revólver y las armas en general y fue adoptada por las culturas militantes a partir de su convivencia con presos por delitos comunes.

[43] Un ejemplo entre muchos está en las memorias del dirigente tupamaro David Cámpora, quien era simpatizante del MLN y la muerte del Che lo empujó a dejar de ser un «espectador inútil»: «... Hasta que aquella noche llegó, inabarcable la muerte del Che. Y se detuvieron, frente a la protesta roja del muerto, a conversarla en la intimidad del Volkswagen de Víctor, con Berta y la Negra y con la vergüenza. Vergüenza de no haber estado en su lugar, en eso que sabían que era inexcusable hacer: camino, forma y oportunidad. No fue tanto tristeza ni impresión por la muerte del hombre, que comprobación de cuánto se perdía de aquello que funcionaba a todo vapor, que uno, espectador inútil, aplaudía... Esta noche te diste cuenta de que se te habían gastado todos los pretextos que habías interpuesto adecuadamente para evitar que un día te encanaran, te torturaran o te mataran». Ernesto González Bermejo. *Las manos en el fuego*. Montevideo: EBO, s/f, pp. 37-38.

una forma de aproximarse, experimentar y/o recordar la lucha armada que disiente de manera significativa de la masculina y dominante.

Guerrillas, guerrilleras y desigualdad de género

Un relevamiento de los niveles, planos y formas de discriminación de las mujeres que pudieron caracterizar al MLN resultaría un insumo importante a la hora de intentar aprehender las fuentes de la invisibilización radical de las rehenas. También sería clave develar las posibles fracturas de las discriminaciones que se produjeron en una organización política tan original para el lugar y la época como lo fue el MLN.

Sin embargo, así como casi no hay estudios que aborden el papel de las mujeres pertenecientes a partidos o movimientos políticos legales[44] —un asunto que no parece despertar preocupaciones teóricas ni prácticas—, tampoco los hay sobre las organizaciones insurgentes.

Existen algunos estudios sobre otras experiencias guerrilleras que, aunque refieren a realidades significativamente diferentes de la uruguaya, dan cuenta de la complejidad del problema. En particular revelan las peculiaridades y los conflictos que rodean el surgimiento de una conciencia de las mujeres «para sí», es decir, feminista, a partir de su protagonismo en experiencias insurgentes.

Se trata de fenómenos que caracterizaron a procesos centroamericanos, pero no a los del Cono Sur. Ello se explica en primer lugar por los contextos históricos y culturales que vieron el nacimiento de cada guerrilla y, significativamente, por el destino que tuvieron las guerrillas y las guerrilleras del norte y del sur de América Latina. Un ejemplo clásico es el zapatismo; este surgió después de la eclosión del movimiento feminista —la segunda oleada—, mientras que el MLN y las guerrillas conosureñas surgieron en los tempranos sesenta y fueron derrotadas militarmente en los primeros setenta. Las mujeres participantes en estos últimos movimientos vendrán a conocer el feminismo al cabo de más de una década de prisión o en los exilios.

No obstante tales diferencias, parece de interés incluir algunas señales producidas durante esos procesos porque son indicadoras de conflictividades específicamente vinculadas a la presencia de la mujer en la lucha armada.

Para una mirada amplia sobre el tema nos parecen significativos cuatro hallazgos sobre las tensiones entre la condición de guerrilleras y la autono-

---

[44] Para ver un tratamiento de la presencia femenina en la dictadura y en la temprana democracia: Marisa Ruiz. *Ciudadanas en tiempos de incertidumbre*. Montevideo: Doble Clic, 2010.

mía de las mujeres contenidas en un estudio del tema en El Salvador, Nicaragua y México (zapatistas).[45]

El primero es que los movimientos guerrilleros estudiados produjeron feministas porque muchas veces el nuevo encuadre político y social permitió por primera vez a esas mujeres conocer relaciones más igualitarias a partir de las cuales pudieron desarrollar habilidades y tomar confianza en sus actos.

En segundo lugar, señala que en apoyo de procesos individuales operaron nítidas experiencias colectivas, como los movimientos de mujeres que se fundaron como redes de apoyo a la guerrilla durante los procesos revolucionarios. Esas redes devendrán luego en núcleos sociales de apoyo a los movimientos feministas.

Un tercer rasgo significativo es que las dirigentes feministas no aparecieron entre los cuadros superiores de las estructuras revolucionarias, sino que fueron las mujeres de responsabilidades medias (con nuevas capacidades y ejercicio del mando) quienes se trasformaron en feministas. La autora explica este fenómeno, entre otros motivos, porque al concluir los procesos revolucionarios los cuadros medios femeninos fueron restituidos a los roles tradicionales.

Por último, expone que las mujeres con gran prestigio y que mantuvieron puestos de mando no parecen percibir ni darles relevancia a las prácticas sexistas de su organización. Ello denotaría su asimilación a la cultura dominante y la renuncia a utilizar el poder político para luchar contra la discriminación y subordinación femenina. Estos datos surgen del análisis de procesos ocurridos en el marco de revoluciones triunfantes (sandinismo) o de movimientos insurgentes fuertemente implantados en sus medios sociales (zapatismo, FMLN). Cuando ocurrieron todas esas experiencias el feminismo constituía ya una sólida corriente de reflexión y práctica política trasnacional.

Un ideal de igualdad en la guerrilla urbana: la mujer que puede ser hombre

En el Uruguay de los sesenta y primeros setenta el feminismo casi no tenía expresiones relevantes y dentro de la izquierda era un tema sin

---

[45] Karen Kampwirth. *Women and guerrilla movements: Nicaragua, El Salvador, Chiapas, Cuba.* Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 2002.

voceras ni escuchas.[46] Entonces las militancias políticas y gremiales eran consideradas las más importantes, y se desarrollaban en estructuras que reproducían los patrones sexistas y discriminatorios de la sociedad. La izquierda resignificó la histórica autocomplacencia uruguaya sumiendo cualquier reivindicación de igualdad entre hombres y mujeres en un enfoque «de clase» tradicional. A ello contribuyeron tanto factores de orden ideológico de las izquierdas como un conjunto de conquistas históricas, como la temprana obtención del voto femenino (1932), la ley de derechos civiles de la mujer (1946), el derecho al divorcio por sola voluntad de la mujer desde principios de siglo y el aborto legal entre 1934 y 1938.

Como proyección del pensamiento de una dirigencia feminista de corte liberal —en las luchas sufragistas—, se consolidó una convicción colectiva de que la igualdad entre hombres y mujeres estaba suficientemente realizada en el Uruguay del medio siglo XX.[47] Una percepción sobre el asunto de la justicia de género que era funcional al humor cultural de la época de derechas e izquierdas, y que en los años sesenta se fortalecía con datos tales como el crecimiento de la matrícula estudiantil y la mano de obra femenina.

En semejante contexto, la irrupción de mujeres en la lucha política dentro de un proyecto militar representaba en sí misma la ruptura de un orden simbólico fuertemente arraigado. Lo cual no satisface la interrogante sobre si la militancia en el MLN supuso para las mujeres subversiones concretas a la subordinación de género más allá del campo estrictamente político. Para explorar ese nivel nos basaremos en fuentes indirectas y en los testimonios de las entrevistadas.

En primer lugar, tomaremos algunas referencias presentes en los documentos fundacionales del MLN sobre la «temática» de la mujer. En las Actas Tupamaras («voz oficial» desde los inicios de la organización) hay un apartado, titulado «El papel de la mujer», en el que se reconocía que la mujer sentía desde lo profundo de sí misma la necesidad de ser una revolucionaria, pero su camino militante estaba pleno de dificultades porque el capitalismo la educaba mujer en un papel dependiente,

[46] Mercedes Terra en su libro *Historia y memorias de Lil Gonella de Chouy Terra. Una mujer del mañana* matiza estas opiniones. Escribe sobre una organización hasta ahora poco estudiada, el Movimiento Femenino por la Justicia y la Paz Social. Estaba integrada por mujeres progresistas que preocupadas por la profundización represiva en 1968 (asesinato en las calles de los primeros estudiantes) se movilizaron en forma pacífica por la paz y el diálogo. No eran feministas, sino mujeres y madres que trabajaban en solidaridad; pp. 137-184.

[47] Entre otras, Alba Cassina de Nogara, Ofelia Machado Bonnet.

limitando su creatividad y agresividad: «Primera dificultad, pues, que retrasa su ubicación... romper con una educación y una cultura que la hacen espectadora de la historia que construyen los hombres». Se señalaba deseable que «el trabajo de equipo supere a los prejuicios, de modo que no haya tareas de hombres o tareas de mujeres, sino la complementación necesaria que exige toda tarea revolucionaria». A partir de la integración al MLN la mujer tendría un lugar definido en la medida en que «asumiera con eficacia un compromiso». Este apartado decía textualmente:

> Por último y esto no carece de importancia, la mujer es quien aporta constantemente, por su sola presencia, un elemento importante para la unidad y camaradería de los revolucionarios. El toque femenino que menciona el Che en la *Guerra de guerrilla...* se da en distintos planos, sea en una comida que la mujer puede realizar con esmero y oportunidad; sea en el gesto fraterno que alivia tensiones provocadas por la lucha; sea en su permanente actitud de acercamiento humano que ayuda a quienes la rodean a profundizar la identificación de los compañeros con la revolución. Muchas veces, su ternura y la de sus hijos llegan a integrar hondamente el mundo afectivo de aquellos con quienes convive...[48]

Se trata de una asignación de tareas que reproduce para las mujeres los roles dominantes en la sociedad, tales como cuidadora, auxiliar, compañera de vida del combatiente, retaguardia de su vida privada. El sentido discriminador de semejante distribución de funciones se confirma en las palabras de un dirigente (hombre) entrevistado durante el apogeo del MLN, quien sostiene que la igualdad entre sexos para los integrantes de la organización se basa en la experiencia de guerra compartida por hombres y mujeres. «Primero le diría que nunca es más igual un hombre a una mujer que detrás de una pistola 45.»[49] Así resultaría que la práctica más igualadora para hombres y mujeres se produce en situaciones de guerra, que son precisamente aquellas que menos «naturalmente» se atribuían a las mujeres.

---

[48] José Harari, tesis de Doctorado en Economía y Sociedad de la Universidad de París *Contribución a la historia del ideario del MLN Tupamaros. Análisis critico*, t. l. Montevideo: Ediciones Plural, 1987.

[49] Leopoldo Madruga «Tupamaros y gobierno: Dos poderes en pugna», en Omar Costa, *Los tupamaros*. México: Colección Ancho Mundo, 1971, p. 174. Esta entrevista realizada a Mauricio Rosencof (alias Urbano) fue publicada originariamente en Prensa Latina en setiembre de 1970.

Los testimonios dan cuenta de prácticas militantes impregnadas de grandes supervivencias de las tradiciones sociales y culturales de subordinación femenina. Consideraremos ahora algunos testimonios contenidos en un libro escrito y publicado en París (1980), que se basó en entrevistas a seis mujeres que habían pertenecido al MLN, pasaron por la clandestinidad y sufrieron el exilio.[50] En su mayor parte habían sido estudiantes de capas medias o altas, al igual que una parte significativa de las y los militantes del MLN.

Cuando fueron entrevistadas todas estaban radicadas en Francia y sus testimonios evidencian la proximidad con los acontecimientos evocados y analizados. Tal vez la distancia geográfica y el anonimato de las entrevistas habilitó que esas militantes hablaran de temas que casi siempre permanecen enmascarados o apenas sugeridos. Tal es el caso de las violencias de base sexual sufridas durante la tortura o situaciones que muchas de ellas consideran prácticas discriminatorias hacia las mujeres vividas dentro del MLN. Este último asunto es de interés para nuestros fines y por ello incluiremos algunas caracterizaciones de las relaciones de género surgidas de esas entrevistas.

Una opinión compartida por varias entrevistadas fue que las pruebas de ingreso al MLN y la obtención de puestos de responsabilidad, especialmente a nivel militar, habían sido más difíciles para las mujeres que para cualquier hombre. También refieren la existencia de estereotipos de mujer militante de los cuales no resultaba sencillo evadirse: estos referían una mujer viril, asexuada, desaliñada, o, en las antípodas, bonita, con gran libertad sexual y que usaba su seducción como un arma más.[51]

Todas mencionan la existencia de una amplia libertad sexual dentro de la organización que no se proyectaba sobre el plano reproductivo. La maternidad era vista como un obstáculo para el pleno desempeño en la militancia, sobre todo en los frentes militares. Por eso alrededor del cuarto mes de embarazo se retiraba a las embarazadas de esos frentes —los más prestigiosos— para enviarlas a tareas de servicios: «la sexualidad femenina, el deseo de tener o no niños, la libre disposición de nuestros cuerpos como mujeres no estaba tenido en cuenta».[52]

---

[50] Ana María Araújo. *Tupamaras. Des femmes de l'Uruguay.* Paris: De Femmes, 1980. Este libro es una mirada crítica desde los ochenta al tema de la inserción de la mujer en el MLN. Las referencias citadas son traducción libre de Marisa Ruiz.

[51] Araújo, o. cit., pp. 216, 217. Semejantes descripciones parecen caracterizar los arquetipos trasmitidos por los militantes de las dos mujeres más conocidas en la organización: Alicia Rey Morales y Yessie Macchi. Nota de los autores.

[52] Araújo, o. cit., p. 163.

En otro orden, mencionan un fuerte sesgo por sexo en la consideración y reconocimiento de los hombres y las mujeres prisioneros.[53] Mientras se consideraba que los hombres presos estaban en situación de dedicarse a la elaboración teórica y la planificación de la guerra —y de hecho así lo hicieron—, las mujeres presas no fueron consultadas ni formularon aportes para ninguna de esas actividades.[54] En ese plano se mencionaron los diferentes significados que atribuyó la organización a las fugas de mujeres y de hombres. Las primeras habrían sido presentadas como acciones de propaganda armada simpáticas, atrevidas, en las que se ponían en juego el humor y la oportunidad.[55] La liberación de los hombres, en cambio, se significó siempre como la demostración del poder militar del MLN, el pleno despliegue de sus capacidades técnicas y conspirativas puestas al servicio de la liberación de los cuadros dirigentes más importantes y vitales para la organización.[56]

Respecto a la vida clandestina, aludieron a la pérdida de referencias vitales, especialmente por no tener nada propio, ni casa ni pareja ni ningún tipo de pertenencia. No glorificaron su vida cotidiana en la clandestinidad, y la catalogaron como dura y a veces alienante.

> Sus energías, sus actividades, su afectividad se realizaban y expresaban al interior de la organización. La organización se vuelve su único cuadro de referencia, de ella lo reciben todo, desde la asistencia médica a las armas con las que van a afrontar al enemigo y al mundo «exterior». Sus vidas son vividas exclusivamente en función de los intereses de la organización.[57]

Los problemas personales que en la primera etapa histórica del MLN dicen haberse vivido como secundarios, en la última aparecían como signos de debilidad ideológica. Señalan también que la división de tareas entre hombres y mujeres se realizaba conforme a pautas tradicionales, sobre todo cuando los hombres de la pareja eran militantes; y la militante

---

[53] Ibídem, p. 179.

[54] Algunos libros especializados en el MLN relatan que en 1970, después de la caída de la primera dirección, Punta Carretas se había convertido en una usina de ideas. Los dirigentes apresados discutían temas que iban desde la reforma agraria nacional hasta planes estratégicos como el Plan Tatú. Véanse Samuel Blixen. *Sendic*. 2000, pp. 210-212; Clara Aldrighi. *La izquierda armada*. 2001, p. 125.

[55] Hay una versión de que en un allanamiento se encontraron las fotos de las fugadas alrededor de una leyenda que decía: «Sin ella no se puede hacer la revolución».

[56] Araújo, o. cit., p. 180.

[57] Ibídem, p. 182.

mujer desde el momento en que se convertía en madre asumía estas funciones, así como toda la responsabilidad de la educación y crianza de los hijos. Esas actitudes resultaban más evidentes cuando los militantes eran los hombres y sus parejas no militantes quedaban relegadas al cuidado de la casa como única actividad; en estos casos los testimonios evidencian un gran rencor contra su pareja y contra la organización.[58]

Se percibía un divorcio entre lo público a nivel organizacional —lo que puede ser público en una organización clandestina— y lo privado: hablan de hombres entregados a los ideales y las actividades revolucionarias, pero que en algunos casos eran «golpeadores» con sus mujeres sin que la organización interviniera de manera significativa.[59]

Una de las entrevistadas reafirmó el valor místico que se otorgaba a los cuadros femeninos militares, porque constituían una excepción a la regla de las otras militantes que eran utilizadas para prestar servicios y disimular con su vida familiar un lugar clandestino. La mujer del frente militar habría dado un doble salto de acuerdo a la concepción imperante en el MLN: uno por pertenecer a la organización y otro más por estar en un frente clásico de hombres.[60]

No obstante todas las críticas que formulan, para algunas de las entrevistadas las mujeres tupamaras representaron el principio de una revuelta concreta contra la imagen tradicional de la mujer, porque más allá de las limitaciones señaladas, la mujer guerrillera protagonizó una ruptura importante para el imaginario colectivo de la época.[61] También dicen que las mujeres habrían asumido con mayor profundidad el compromiso militante, en forma más concreta y realista, porque para ser militantes debían romper con las estructuras culturales dominantes.[62]

Una revolución en la calle que no llegó a la casa ni a la cama[63]

La voz de las rehenas reporta experiencias de militancia en el MLN que reflejan registros diferentes y en algunos aspectos contradictorios.

---

[58] Ibídem, p. 206.

[59] Ibídem, pp. 219-220

[60] Ibídem.

[61] Ibídem.

[62] Ibídem, p. 207.

[63] Se alude a la consigna de las mujeres argentinas que participaron en las revueltas del 2001 en adelante: «Revolución en la plaza, en la casa y en la cama».

En alguna medida la marca de ese período en sus vidas está ligada a los diferentes «encuadres» dentro de la organización y también a sus destinos posteriores. En general parecen confirmar la mayor dificultad que tuvieron las «mujeres con gran prestigio y que ocupan puestos de mando» para percibir las prácticas sexistas y discriminatorias.

Entre estas uruguayas, quienes desempañaron funciones relevantes —especialmente en la lucha armada— aportan una imagen más distante de la reflexión crítica sobre la discriminación, mientras que quienes tuvieron funciones auxiliares o de servicios incorporan elementos críticos más próximos a los testimonios reseñados entre las tupamaras exiliadas en Francia.

> ... Yo entré al MLN cuando tenía como mucho unos cincuenta militantes. Y así como era pequeño también había pocas mujeres, es un mito aquello de que en el MLN había muchas mujeres. En aquel momento había pocas y tuve que pasar —otras compañeras lo pasaron peor— por algunas pruebas absurdas. Porque una de las cosas que yo defendía mucho era mi género y mi sexualidad, por eso a mí me costaba tanto meterme en una organización política... Era muy joven, vivía sola y tenía total libertad, de movimiento, libertad sexual, no estaba atada a nadie, y yo disfrutaba de eso. Entonces eso también chocaba a los compañeros del MLN, que siempre toda la izquierda de aquella época, si chocabas un poco, te salías de lo general, o eras una infiltrada de la CIA, o eras una pequeña burguesa, o eras cosas horribles. Y después de una serie de pruebas absurdas, que me puso sobre todo el Pepe [Mujica]... como por ejemplo la primera vez que me llevó a mí a una operación militar que era simplemente afanar en unos invernaderos de unos japoneses para después poder comprarnos la primera arma. Me llamó a las 12 de la noche de un día con una tormenta tremenda y él pensaba que yo no iba a ir. Y yo fui y me revolqué en el barro como todos. A esa altura de mi vida yo ya había librado las batallas por ser mujer y por ser libre, por ser dueña de mí misma... Entré en la organización pisando fuerte... yo nunca me sentí discriminada. Al contrario, me sentí muy respetada. Y además mi compañero me valoraba enormemente, era más que un respeto, un cariñoso espaldarazo... (Yessie Macchi).

El testimonio de Yessie Macchi revela unas mujeres militantes que ven crecer su identidad política de militante guerrillera sin que ello suponga un desarrollo equivalente en el reconocimiento y respeto a sus personas, voluntad y autonomía.

Las largas clandestinidades fueron momentos cruciales, en lo político y lo vital, para la mayoría de las rehenas. Esas circunstancias revela-

ron pliegues y articulaciones de subordinación femenina naturalizados en una organización política dominada por las lógicas masculinizadas de la guerra.

> ... De Cabildo nos fugamos 38 mujeres en el Operativo Estrella. Estuve más de nueve meses clandestina. Anduvimos por los caños, también toda una aventura. Pero después vino una época difícil de clandestinidad. Primero, el temor siempre de que te agarraran, después que los compañeros te decían que nosotros éramos de oro, sagrados, que no nos podían agarrar de ninguna manera porque los clandestinos éramos como un símbolo. Entonces pasé encerrada como si estuviera en la cárcel. Tuve un curso en un altillo. Me pusieron ahí y me dejaron días sin ir a verme, estaba medio loca ya. Era una compartimentación cerrada, y yo era muy disciplinada, así que me aguantaba. Abría la ventana o la puerta pero no podía salir para afuera para que no me vieran los vecinos. Después me pasaron para varios lugares. Cuando vino mi contacto les pedí: «Denme algo para hacer, quiero salir a la calle». Ahí me consiguieron ropa y la cédula falsa. Y empezamos a hacer contactos y reuniones. Íbamos para un lado, para el otro, siempre con cuidado, y la vida era puras planificaciones. Planificábamos apretar autos para una acción, pero nosotros no participábamos. O sea que, la verdad, en los nueve meses de clandestina no hice prácticamente nada. A la clandestinidad yo de luminosa no le encontré nada... (Stella Sánchez).

Incluso quienes se sintieron respetadas y consideradas por sus pares hombres encontraron en la maternidad —un rasgo biológica y culturalmente unido a la condición femenina— una desventaja crítica para la realización del ideal de guerrillera.

> Cuando entré al MLN yo era un proyecto de mujer, vamos a empezar por ahí. Era una adolescente y siempre me sentí bien. Tuve una experiencia muy peculiar porque me tocó funcionar con gente que no era machista, o que era poco machista, y que estaba abierta por lo tanto a modificar su pensamiento y su conducta. Siempre me sentí muy cómoda, muy respetada siempre, muy tenida en cuenta en mis puntos de vista, mis aportes. Y las poquísimas experiencias que tuve negativas posteriormente fueron analizadas y juzgadas en grupo siempre. Me acuerdo por ejemplo que una era el tema de los embarazos, la maternidad en el aparato militar, la gente que estaba en el aparato militar. En la medida en que la organización crecía, que había muchas mujeres jóvenes, estaba planteado ese tema de una manera muy confusa. El MLN no tenía una directiva que dijera que estaba prohibido, sino que se discutió y lo que sí cada persona

> decía: «Yo tal cosa», y si yo consideraba que sí era correcto tener hijos, seguramente el aparato militar no me iba a obligar. Era medio disparatado, pero sin embargo hubo gente que estuvo en el aparato militar y tuvo hijos. Que a mí me pareció un disparate (Lía Maciel).

Ser mujeres y jóvenes dentro de un universo masculino y añoso en edades y trayectorias militantes pudo representar una ventaja. Pero fue un tipo de ventaja fundada en la falta de poder implícita en esa situación de género y edad en el interior de la estructura militante clandestina.

> Yo salgo en la fuga y vamos a locales en lugares ocultos, y al poquito tiempo se da la fuga masiva de Punta Carretas. Nosotros en julio, ellos en setiembre, y pasamos a vivir juntos clandestinos hombres y mujeres. Ahí yo me encuentro por primera vez con el viejo MLN, porque yo formaba parte de las nuevas generaciones del MLN y mis responsables antes de la caída también. Y me encuentro con toda la parte positiva de eso y con todas las complejidades de los viejos compañeros. Hay muchísimos que ya hace tiempo que están presos. Y ahí se dan choques generacionales impresionantes; también en lo político. De repente me pongo a conversar con un compañero que no conoce las movilizaciones del Frente Amplio; porque nunca las vivió y no sabe lo que es ese fenómeno en la piel. En ese clima me sorprendo porque para mí el MLN era todo luz y en esa clandestinidad aparecen sombras fuertes. Hay compañeros que vienen juntos de muchos años y tienen historias de cárceles, de otras caídas, de enfrentamientos, de celdas juntos. Esas historias pesan y en los «berretines» aparece todo. Vos sentís que hay corrientes subterráneas en algunos casos que no alcanzás a darte cuenta de qué se trata. Y hubo momentos que me sentí chiquita porque había un mundo del que se me escapaban una cantidad de cosas, entre otras razones porque no conocía a ninguno de los viejos compañeros. Hasta que un día se ve que con la única persona que nadie tiene ningún problema era conmigo, y de golpe me veo siendo responsable de los cantones. No porque sea una crack, sino porque conmigo no tienen problema, no tienen historias; no tienen que buscar una doble intención en las cosas que digo, en las que hago ni en nada. Paso a ser la responsable de ese grupo en esa convivencia y a ser el apoyo de los que vienen a lugares conflictivos. Yo acolchono y hablo con uno y con otro. Creo que tenía a favor que yo era muy gurisa y muy fresca, sin carga, y aireaba un poco los lugares… (Alba Antúnez).

Otra rehena explica por la cultura predominante en el MLN que su condición femenina y juventud hayan sido motivo de agravios, descalificaciones y circunstancias dramáticas durante la clandestinidad.

> Primero vivía con clandestinos en Montevideo y estudiaba magisterio de mañana; pero cuando hay reuniones yo me quedaba encerrada en mi cuarto... Me trataban como a una nenita... era muy delgadita y pequeñita, una porquería. Y me pasé a la clandestinidad sin haber recibido ninguna noción de nada; siempre era «la esposa de». Después de mi primera fuga tuve un encuadre, porque como fugada ya tenía un estatus. Estuve en muchos lugares hasta que llegué a la columna del interior. Después me cambiaron, y fue una lástima porque allí éramos todos iguales; porque estaba Sendic, que encaraba todas las tareas como uno más. Si había que limpiar limpiaba y si había que «apretar un auto» él iba primero. Cuando pasé a la columna de «los importantes» nada que ver, ellos eran grandes jefes y tú eres indio allá abajo y no les importaba nada. Estando clandestina me llevaron a una casa y la señora decía: «Ah, qué suerte, bueno, encargate de esto», y me usaba de empleada doméstica. Yo sin problemas porque total como estaba encerrada hacía las cosas sin drama. Pero cuando decía que tenía una tarea del MLN querían que antes le hiciera todas las labores de la casa. Esas señoras-compañeras pedían una «estrella» —como nos llamaban a las de la última fuga— en verdad para tener una doméstica. A eso sumale el machismo, porque siendo esposa de alguien estabas a salvo, pero mujer sola y clandestina era lo peor que te puede pasar, porque eras un ser despreciable o tenías que estar dispuesta a ver con quién te ibas a acostar para sobrevivir. Fue tan duro que tuve ganas de suicidarme... Me fui a Kibón a pegarme un tiro pero no pude. Así era el estado de desconcierto que tenía. Y después me mandaron a hacer vigilancia a todas las comisarías para que me agarraran, porque lo que querían era deshacerse de mí y de muchas otras que éramos disidentes ahí adentro... (Cristina Cabrera).

En la temprana experiencia carcelaria se produjo un episodio que revela la supervivencia de la clásica división de roles. En enero de 1973 comenzó la concentración carcelaria de hombres y mujeres. Antes de ser trasladados al penal de Libertad los dirigentes hombres dejaron una carta a las mujeres que ocuparían su lugar en Punta de Rieles. Las rehenas involucradas disienten respecto al significado de la carta, pero no en cuanto a su contenido: los hombres dejaban indicaciones acerca de cómo ellas debían desarrollar su vida en la prisión y afrontar las relaciones con los militares a cargo de la cárcel.

> Sí, habían dejado una carta los compañeros; se la habían dejado al director del penal, Albornoz. Él nos la entregó, se leyó, se discutió y se

tomaron decisiones al respecto porque no se compartía lo que la carta planteaba. La carta daba lineamientos para ubicarnos un poco respecto a cómo era la relación con el director del penal, qué era lo que los milicos planteaban, y qué pensaban los compañeros que teníamos que hacer. En general no se compartía. Creo que fue Raquel la que recibió esa carta, pero no estoy segura (Lía Maciel).

Mirá, a mí me dejó una carta el Viejo Marenales. Entonces un día me llama el coronel. Estaba el Viejo en el despacho —que era un tipo de terror, Viejo de mierda— y yo no le ponía cara de interés para nada. Y me la dio. Y el Viejo [Marenales] me hablaba de la experiencia y esas cosas, ¡qué sé yo! ¡Qué me voy a acordar lo que decía! Éramos amigos, entonces hablaba de la experiencia que habían vivido ellos, que nosotros íbamos a estar en el mismo lugar, que lo que era la convivencia. Esas pavadas, pero nada de darnos línea política, porque línea política no nos daban... (Raquel Dupont).

La famosa carta que nos dejan en Punta de Rieles los hombres cuando se los llevan a Libertad tiene un sobreentendido: no nos podemos conducir por nosotras mismas. Nos tienen que dar orientaciones... (Miriam Montero).

Si las circunstancias de la lucha armada igualaron a mujeres y hombres en algo más que el riesgo de sus vidas, los testimonios no aportan vivencias de trasgresiones significativas a las representaciones, los roles y las diferencias de poder real entre unos y otras en la organización clandestina. Ello no niega que la participación política a través de la lucha armada suponga una subversión de sentidos dominantes de la feminidad hegemónica.

Hubo rupturas porque para las tupamaras, al igual que para todas las mujeres, la militancia supuso fugar de las clausuras dentro de lo privado y doméstico para intervenir en la escena pública. Porque la lucha clandestina conllevaba la renuncia explícita o un fuerte cuestionamiento al rasgo más fuertemente asociado a la condición femenina tradicional, como es el mandato de maternidad. Y porque con independencia del lugar militante ocupado por cada una, la política armada implicaba la disposición a producir muerte, una «tarea» culturalmente restringida al dominio masculino. Pero en sentido estricto estas militantes parecen haber abandonado los roles políticamente asignados a las mujeres sin que necesariamente la militancia llevara a que se desarrollaran relaciones más igualitarias con sus pares hombres.

En suma

La recuperación que hacen las rehenas de sus propios recorridos en la opción por la política armada permite identificar cuatro trazos que probablemente sean comunes a una parte significativa de una generación de adolescentes y jóvenes. El primero es una fuerte impregnación de las principales referencias culturales dominantes en el Uruguay del siglo XX. Lo segundo es reaccionar con intensidad y pasión contra las injusticias, participando en una diversidad de prácticas sociales, especialmente en movimientos estudiantiles y solidarios de diferente inspiración. Lo tercero es sentir agotadas las expectativas hacia las formas tradicionales de la política, incluso los partidos de izquierda. Y lo cuarto y último es su socialización generacional cuando el país se caracterizó por la creciente legitimidad de la violencia como instrumento político.

La lucha armada emerge como una reacción a esas circunstancias sociales y culturales, pero en sus experiencias no parece haber producido condiciones para superar formas cruciales de subordinación basadas en el género.



Alba Antúnez



Estela Sánchez



María Elena Curbelo

Estas son las fotos de calidad de impresión que fue posible obtener de las propias entrevistadas, tomadas antes de su caída



Margarita Michelini



Yessie Macchi



Los 15 de Lía Maciel con familiares y amigos

Capítulo III

Política en armas

Durante el año 1972 se condensaron unas mutaciones que se habían ido acumulando durante más de un lustro en las instituciones del Estado y la subjetividad colectiva. Representaron un viraje cultural que tuvo como uno de sus rasgos más sobresalientes el nuevo costo de la disidencia. La amenaza del poder se concentrará cada vez más en ataques a la integridad de las personas en las modalidades de encarcelamiento, tortura y muerte. Semejantes formas de violencia no fueron novedades de ese año, pero sí lo fueron su magnitud y la secuencia de actos políticos, legislativos y jurídicos que legitimaron e hicieron permanentes unos rasgos de «brutalidad política» que hasta entonces eran tendencia.

Así es que durante 1972 se establece un nuevo orden de relaciones entre las personas y el Estado cuyo organizador conceptual y operativo será un consenso de guerra.

En ese contexto y antes de la ronda, las rehenas, como muchos cientos de personas, experimentaron en sí mismas las transformaciones del Estado y la cultura dominante. En pocos meses pasaron de protagonizar una épica revolucionaria casi triunfante a ser víctimas de un poder cuyo designio y práctica fueron destruir a las personas militantes y todo lo que representaban.

Aunque algunas rehenas fueron detenidas por primera vez en 1972, para la mayoría de ellas las reclusiones no eran novedad, ya que habían protagonizando fugas y experiencias de vida clandestina en los años previos. Desde diciembre de 1968 las presas políticas, en su mayoría integrantes del MLN, habían sido concentradas en una cárcel ubicada en un barrio céntrico de Montevideo que hasta ese momento albergaba presas por delitos «comunes».[1] Esa cárcel era administrada por una orden religiosa y funcionaba en unas condiciones que todos los testimonios revelan como laxas, al punto que permitieron la autoorganización de las presas y la realización de dos fugas.

Es posible suponer que la reclusión de mujeres en esas condiciones correspondería a una baja peligrosidad. Sin embargo, durante el mismo período los hombres contaron con condiciones de reclusión también favorables a la realización de sus militancias, lo que incluyó fugas masivas de carácter espectacular. Esa situación cambió radicalmente en la primera

[1] Se la conoce como «cárcel de Cabildo». Está ubicada en el barrio La Comercial, en la calle Cabildo, limitada por las calles Pagoda, Acevedo Díaz y Nicaragua.

mitad de 1972. En ese lapso se consolidó un consenso suficiente para imprimir en el discurso y la práctica estatales un giro hacia la derecha en el que la sedición y los sediciosos pasaron a constituir *un otro* que debía ser erradicado a cualquier precio y en cualquier modalidad de acción.

Es nuestra hipótesis que la ronda de rehenas y rehenes representó un extremo de violencia estatal que adquiere sentido en función de una cultura que se había instituido durante el período inmediatamente anterior. Es decir que sin el conjunto de experiencias de persecución, secuestros, interrogatorios, torturas, asesinatos, confinamientos, la ronda no habría alcanzado la eficacia simbólica deseada por sus perpetradores.

Antes de indagar la ronda femenina, parece importante situar a sus protagonistas en el contexto de ese año crucial. Para esa finalidad consideraremos algunos hitos de la transformación estatal y de los discursos políticos durante 1972, así como algunas percepciones y apreciaciones de las rehenas durante la persecución, la tortura y los primeros períodos de confinamiento en los albores de la implementación de la prisión prolongada.

Del Estado represor al terrorismo de Estado: el consenso de guerra

La política uruguaya en 1972 supuso como cierto que la actividad del MLN representaba una amenaza inminente a la estabilidad de las instituciones democráticas. Esa conjetura dio lugar al cambio político institucional más radical de todos los operados hasta entonces: el 15 de abril el Estado amenazado se declaró en guerra, y en julio de ese año el Poder Legislativo introdujo la «doctrina de la seguridad nacional» en el derecho positivo uruguayo.[2]

Un año después, las Fuerzas Armadas y otras civiles encabezadas por el presidente de la República demostraron que la amenaza más seria provenía de quienes habían reclamado defender al Estado de la subversión izquierdista. Para entonces era claro que el MLN no representaba ningún peligro inminente ni potencial, pero la conjetura de su peligrosidad operó como acelerador de un proceso de *degeneración del orden político democrático y autotransformación del Estado de derecho en Estado policial*.[3]

---

[2] Aníbal Corti, o. cit.

[3] Rico describe así ese proceso que abarcó sin retrocesos el período de 1967 a 1973: «Cuando las funciones policiales del Estado de derecho (reducidas al mantenimiento del

A partir de 1973 las formas de represión a la disidencia y, más en general, la relación entre el Estado y la sociedad abandonarán los atributos que antes permitieron presentar a la sociedad uruguaya como una excepción democrática entre los países de América Latina. En el transcurso de 1972 se empezaron a poner en práctica doctrinas y procedimientos que serán constitutivos del Estado policial-terrorista: toda la población quedó en situación de sospecha y amenaza de privación de la libertad, de pérdida de la integridad física y riesgo de muerte arbitrariamente provocada. Todo ello ejecutado por agentes del Estado.

Los «argumentos» del nuevo orden serán el asesinato de personas, la mayoría de ellas en situación de tortura, la prisión indeterminada —inicio de las «desapariciones»— y las torturas aplicadas en forma masiva.

En la experiencia colectiva y personal de quienes serían rehenas, la «autotransformación» del Estado de derecho en Estado policial-terrorista significó el pasaje de un momento de plena confianza en su poder para «cambiar el mundo» a la derrota y enajenación radical de todo derecho.

La «deshumanización» del Estado encarnará en ellas, al igual que en decenas de miles de ciudadanos y ciudadanas durante los años siguientes. Lo que las diferencia de otros miles de perseguidos y martirizados durante la dictadura es que antes de 1972 y 1973 la experiencia social no reconocía la existencia de las formas de violencia estatal que se inauguraron en ese período.

Lo sustantivo del cambio fue el sometimiento del derrotado político a la ley de guerra sucia, devenido en algo carente de relieves ni derechos a disposición de un poder absoluto y criminal. Los *logros civilizatorios desandados* para llegar a tal deshumanización no ocurrieron a espaldas de la sociedad, sino que, por el contrario, fueron el centro del debate político y la disputa simbólica durante 1972.

Cuando el Parlamento uruguayo declaró el «estado de guerra interno» contra el MLN fue porque la derecha había consolidado un consenso político sobre la capacidad de esa organización de ejercer un daño

---

orden público) predominan sobre los fines garantistas (establecimiento de medios para asegurar los derechos de los ciudadanos y poner límites al ejercicio del poder público) y cuando las funciones coercitivas y represivas predominan sobre sus funciones asistenciales y hegemónicas, *el poder del Estado* se «deshumaniza», se torna un Estado aparato que vuelve a restablecer aquella relación de identidad y correspondencia originaria entre poder y fuerza; entre fines políticos y policiales; entre funciones militares y policiales, desandando importantes logros civilizatorios». Álvaro Rico. *Cómo nos domina la clase gobernante*. Montevideo: Trilce, 2005, p. 51. Las cursivas son de los autores.

significativo al poder dominante. Fue un «éxito» del método de propaganda armada que abrió el espacio para que las Fuerzas Armadas ejercieran toda su capacidad de violencia y en pocos meses desarticularan la organización insurgente.[4]

Hubo una flagrante desproporción entre la capacidad efectiva de daño que el MLN podía producirle al aparato militar del Estado y la representación pública de ese poder desafiante.[5] Sin embargo, en ese momento la certeza del poder tupamaro fue un valor asumido como cierto por los militantes del MLN y la elite política, hasta consolidar una conciencia pública dominada por la idea de que el país se encontraba efectivamente inmerso en una guerra.[6] Un fatalismo que no se expresaba únicamente

---

[4] Sobre un momento similar en la lucha armada en Argentina, apunta Pilar Calveiro que «frente a un ejército tan poderoso como el argentino, en 1974 los guerrilleros ya no se planteaban ser francotiradores, debilitar, fraccionar y abrir brechas en él [sino que] querían construir otro semejante o de mayor potencia. Poder contra poder. La guerrilla había nacido como forma de resistencia y hostigamiento contra la estructura monolítica militar, pero ahora aspiraba a parecerse a ella y disputarle su lugar. Se colocaban así en el lugar más vulnerable; las Fuerzas Armadas respondieron con todo su potencial de violencia». Pilar Calveiro. *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue, 2004, p. 17.

[5] Actualmente es posible trazar un cuadro comprehensivo de esa *desproporción* a partir de aportes de los propios protagonistas. En numerosos trabajos de investigación, dirigentes y militantes con responsabilidades directas en el aparato militar del MLN han volcado testimonios elocuentes. Por ejemplo, Marcelo Estefanel dice en entrevista de Alfonso Lessa: «Pensábamos que estábamos prontos, es más, el Plan 72, que fue aprobado en el simposio de febrero de ese año, era pasar a una etapa superior. Ya no se trataba de enfrentar a la Policía sino de enfrentar al ejército [...] para que cuando reaccionara enfrentarlo [pero] no esperaba una intervención tan abierta y frontal de las Fuerzas Armadas como la que siguió al 14 de abril [y] cuando empezaron las caídas del 72 dijimos: 'Vamos a salir igual que en el 70'. Había una especie de inconciencia o de remitirse a la experiencia pasada, inmediata, de confianza ciega...». En A. Lesa. *La revolución imposible*. Montevideo: Fin de Siglo, 2002. Fernández Huidobro, citado por Clara Aldrighi, dice que: «Faltó tiempo [para prepararse y elaborar una táctica adecuada a la nueva situación de 1972] pero también se produjo una desviación 'militarista'. Aunque en realidad fuera por poco militarismo. Vamos a decir la verdad: aquello no era militarismo; era la pavada lo que estaban haciendo. [...] Era una chiquilinada que se llamaba militarismo, pero no le llegaba a las suelas de los zapatos de cualquier alférez salido de la Escuela Militar. Asaltar bancos no es militar ni es nada: lo hace también una banda de delincuentes». En Clara Aldrighi. *Memorias de insurgencia*. Montevideo: EBO, 2009.

[6] En un trabajo sobre el proceso que desembocó en el golpe de Estado se incluye, entre la abundante documentación de la época que confirma el sentido de lo que venimos sosteniendo, una imagen que expone humores y actores del consenso bélico en su máximo despliegue. La primera página del diario *Acción*, que respondía al Partido Colorado, de fecha 15 de abril de 1972, lleva como título en caracteres catástrofe «GUERRA», con

como rechazo a las acciones del MLN o reclamos de mayor represión contra esa organización. También alimentó especulaciones políticas solo comprensibles dentro de un cuadro social en el que la violencia venía subrogando al debate y la búsqueda de consensos democráticos.

Las izquierdas no armadas concurrían a ese momento de inflexión con una conciencia crítica pero confusa sobre la violencia revolucionaria.[7] Confrontaban con la metodología u oportunidad de las acciones del MLN, y enfrentaban con energía los esfuerzos de la derecha por radicalizar los antagonismos.[8] No obstante, admitían —y se preparaban para— la probable preeminencia de la violencia en un cuadro latinoamericano que la señalaba como el «camino más probable».[9] La convicción acerca de la inminencia de un desenlace más o menos cruento, pero siempre signado por las violencias, formaba parte del imaginario de las izquierdas tanto como la violencia formaba parte del panorama social y político. La reconstrucción posdictatorial de las posiciones y acciones de entonces adolece de una hermética amnesia al respecto. Una clausura de los archivos de su memoria histórica especialmente relevante en el caso de los partidos Socialista y Comunista. La recuperación de la trama de construcciones teórico-prácticas del conjunto de la izquierda sobre la violencia revolucionaria no ensombrecerá el papel central del MLN en los cambios políticos operados en 1972, pero permitirá colocar aquel proceso fuera del misérrimo escenario de las conspiraciones y los dos demonios.[10]

---

un colgado que dice «Tupamaros desatan baño de sangre» y con el subtítulo «Acribillan a Vice Ministro, un militar y varios policías». La tapa se completa con una fotografía de un iracundo senador Enrique Erro haciendo uso de la palabra en el Parlamento. A. Rico, J. Landinelli, M. López, *La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)*. Montevideo: FCU-CEIU-FHCE, s/f.

[7] Para una visión de un estudioso del Partido Comunista sobre este tema, véase Gerardo Leibner. «Perspectiva revolucionarios», en *La era Arismendi 1955-1973*, t. II, pp. 478-620.

[8] Véase Samuel Blixen. *Seregni. La mañana siguiente*. Montevideo: Ediciones Brecha, 1997, pp. 91-97. Se relata la actitud pacifista del Frente Amplio y el general Seregni con respecto a buscar una negociación y detener el estado de guerra que se había instalado.

[9] Valga la muy reiterada expresión del dirigente histórico del Partido Comunista Rodney Arismendi.

[10] Un trabajo sobre este punto que merece destacarse es el de de José Luis Picardo, integrante de la UJC y el PCU, preso por muchos años en el penal de Libertad y con responsabilidades en el «aparato militar» del PCU. Aborda este tema desde la concepción y

En similares ambigüedades frente a la insurgencia se encontraban también sectores del centro político que postulaban una interpretación de aquella como evidencia del agotamiento y la inoperancia del elenco gobernante y, en forma abierta o encubierta, propugnaban su sustitución por medios legales.[11]

No obstante lo anterior, toda la documentación histórica evidencia que las derechas civiles y militares impulsaron decisivamente la subjetividad que facilitó el «consenso de guerra», ya sea por oportunismo o como parte de una estrategia de poder que desembocó en el golpe de Estado.

---

experiencia del PCU y expone: «El tema de las 'vías' para llegar al poder fue uno de los más debatidos en la izquierda latinoamericana entre mediados de la década del sesenta y comienzos de la del setenta, en el marco del agudizamiento de la crisis económica y social en el continente, de dictaduras gorilas e intenciones golpistas respaldadas por Estados Unidos, en el mundo bipolar de la guerra fría y bajo el influjo que ejerció la revolución cubana». Sostiene que los comunistas deseaban el camino menos doloroso para que el pueblo llegue al poder, eran conscientes de integrar una América Latina donde el imperialismo amenaza la lucha de los pueblos haciéndola difícil y dura. Afirma que «la revolución en la mayoría de los países de América Latina será previsiblemente armada» e insiste en la conocida tesis del PCU de no confundir «la vía revolucionaria fundamental (armada) con los medios o formas de lucha a usar en cada momento». «No hay que renunciar a ningún método. Hay que subordinarlos a las condiciones concretas del momento que se está viviendo.» Recuerda que Arismendi aconseja «establecer en qué momento debe plantearse el asalto al Poder». Recuerda que el PCU a determinada altura de los acontecimientos pensaba que Uruguay se encaminaba a la dictadura, y el enfrentamiento a ella podía generar, si se daban determinadas condiciones, una situación insurreccional. Aclara Picardo que la estructura militar «se construyó en un período en el cual, aunque descaecidas, las instituciones seguían vigentes en el país y el propio PCU era legal y tenía representación parlamentaria» y «el 'aparato' fue básicamente una reserva de hombres organizados para el combate una estructura logístico-militar constituida en la perspectiva de una situación insurreccional. Es decir, no era un dispositivo de autodefensa popular y del propio partido ante una represión violenta, sino una herramienta concebida estratégicamente para la contraofensiva y, de generarse las condiciones, para la ofensiva insurreccional», extremo que fundamenta mediante una cita de Rodney Arismendi donde ese significado de la estructura militar partidaria queda claramente delineada: «Aun en el caso de la *vía pacífica* más clásicamente definida y que transite por rutas de aproximación admisibles en las formas institucionales de la democracia burguesa –con elecciones triunfantes y todo– la preparación para las formas de la lucha armada y la descomposición del aparato propiamente dicho del estado burgués, dirán la última palabra». José Luis Picardo, «En los años de plomo el Partido Comunista y la lucha armada». Disponible en: <http://www.vadenuevo.com.uy/21labicicleta5.htm>. Visitada el 2 de junio de 2010.

[11] Para obtener mayor información sobre este aspecto puede verse, entre otros trabajos, la extensa documentación expuesta en el trabajo de Nelson Caula y Alberto Silva. *Alto el fuego*. Montevideo: Zonalibro, 2009.

Las Fuerzas Armadas fueron actores principales de ese consenso en la medida en que se situaron en el centro de la escena política bajo la conducción de quienes sostenían la necesidad de una gran dosis de violencia para «derrotar la sedición». Una violencia que para los militares estaba justificada por un mandato de *hacer la guerra* emanado del Poder Legislativo, pero se alimentaba también del temor instalado entre sus integrantes de ser víctimas de un plan de ataques letales que los tenía como principales objetivos.[12] Un temor que las acciones desarrolladas por el MLN a partir del 14 de abril de 1972 permitieron confirmar y resignificar de manera favorable a los intereses de las derechas y los grupos más ambiciosos de poder en el interior de las Fuerzas Armadas.

Así, la conjetura sobre el poder tupamaro dio lugar a un despliegue de violencia legitimada por el Estado de derecho y orientada a arrasar a la guerrilla en sus bases materiales, políticas y humanas.

Inmersas en la guerra

A partir de la declaración del estado de guerra y la suspensión de las garantías individuales no hubo acciones que realmente pudieran con-

[12] La gravitación de esta apreciación del peligro inminente que corrían en esos meses la oficialidad, clases y tropas está documentada también en numerosas obras, todas ellas tendientes a justificar las acciones de la guerra sucia. Véanse, entre otros: J. Tróccoli. «La ira de Leviatán», en *Revista Tres*, Montevideo, 1996; J. Tróccoli. *La hora del depredador*. Montevideo: Fin de Siglo, 1997; Centro Militar-Centro de Oficiales Retirados de las Fuerzas Armadas. *Nuestra verdad*. Montevideo: Tradinco, 2008; W. Craviotto. *La verdadera historia jamás contada. Políticos-tupamaros-militares*. Montevideo: Zonalibro, 2005; J. Sanguinetti. *La agonía de una democracia*. Montevideo: Taurus, 2008.
Los documentos y planes incautados a los tupamaros en 1972 daban sentido y urgencia a esos temores. «La guerrilla urbana se caracteriza por tener prácticamente todos los objetivos del enemigo a su alcance para un golpe sorpresivo. Por ejemplo emboscar y *aniquilar* contingentes enemigos [ ] sería una operación *sencilla y cotidiana* para una guerrilla urbana. Todos los agentes del régimen, empezando por el Presidente y sus Ministros estarían expuestos a una emboscada de *aniquilamiento* [ ] todo está al alcance de los explosivos de un movimiento urbano que no trepidará en *sacrificar vidas humanas* para llevara a cabo sus propósitos.» Harari, o. cit., p. 323. Diferentes testimonios dan cuenta de planes, muchas veces desesperados, que intentaron implementar las direcciones de columnas y grupos que se mantuvieron activos en los meses posteriores a abril de 1972. Marcelo Estefanel, por ejemplo, dice: «Si todo hubiera salido como estaba previsto en aquellas jornadas hubieran muerto más personas a manos del MLN y probablemente más tupamaros hubieran perdido la vida en la contraofensiva de las Fuerzas Conjuntas». Entrevista citada por Alfonso Lessa. *La revolución imposible*. Montevideo: Fin de Siglo, 2002, p. 256.

siderarse «actos de guerra».[13] El MLN sufrió una represión abierta y sin controles democráticos eficientes, lo cual inmediatamente produjo la desarticulación de su aparato militar y la limitación de sus recursos políticos. En este último terreno su principal pérdida fue quedar incapacitado para entablar un diálogo con la sociedad con su propia voz.[14] El poder político y militar del Estado impuso la representación de los insurgentes como enemigos de la nación y delincuentes de los más peligrosos, para quienes la única respuesta posible era la aniquilación. Así, los esfuerzos de la izquierda legal por volver al cuadro político previo a abril fracasaron, y el 10 de julio se votó en el Parlamento la Ley de Seguridad del Estado que consagraba en forma permanente lo que en el estado de guerra era todavía transitorio.

Es poco probable que los mandos militares y el elenco gobernante dudaran acerca de la inminente derrota del MLN, pero el consenso por la violencia de Estado estaba consolidado y con una capacidad de iniciativa que solo empezaría a ser subvertido en 1980. Hasta ese momento en la sociedad uruguaya solo quedaría espacio para la resistencia y el sacrificio de las personas.

Todas las militancias políticas opositoras que se realizaron a partir de ese período y hasta el ocaso de la dictadura (1983-1984) quedaron progresivamente adscritas a la condición clandestina.[15]

---

[13] Algunas acciones del MLN, como el ataque a la casa del comandante en jefe del Ejército, que dejó cuatro soldados muertos, y el asesinato del general Artigas Álvarez, en mayo y julio de ese año, operaron como refuerzos simbólicos de la situación de guerra. Como los mismos protagonistas lo refieren, esas acciones estaban destinadas a demostrar que el MLN estaba vivo. En los hechos no pudieron amedrentar a las Fuerzas Armadas con un poderío del que carecían, pero mantuvieron viva la tensión necesaria para que el actor militar fortaleciera su protagonismo alrededor del consenso de guerra.

[14] Existe abundante análisis acerca de las maneras en que se fueron produciendo las inflexiones negativas a los intereses del MLN en su capacidad de dialogar con la sociedad uruguaya. Para apreciar la magnitud de ese recorrido puede leerse un casi olvidado libro de Antonio Mercader y Jorge de Vera: *Tupamaros: estrategia y acción*. Montevideo: ALFA, 1969. Los autores dan cuenta de una investigación periodística sobre el MLN, al que califican de «movimiento de resistencia armada ante el poder constituido», que «no llegó por casualidad», cuya génesis, ideario y modo de actuar «despierta el legítimo interés de la sociedad». Incluye un conjunto de documentos y apreciaciones sobre el MLN, entre los cuales merece destacarse el desmentido a la versión oficial de la muerte de un comisario de policía que los autores cierran con la siguiente afirmación: «Los tupamaros pues, no tienen muertes sobre su conciencia», p. 132.

[15] En Uruguay no se han estudiado de manera sistemática las experiencias de la clandestinidad en la izquierda armada ni menos aún de la izquierda «desarmada»; sí existen

En el caso del MLN la clandestinidad fue una condición constitutiva de su nacimiento, crecimiento y accionar, pero hasta el período 1971-1972 la condición del militante incluía alternancia entre clandestinidades, prisiones, fugas y nuevas clandestinidades, con períodos semilegales y personas que vivían legalmente y militaban en forma oculta. Hasta cierto momento la elección del escenario de militancia dependió en forma significativa de las decisiones de la propia organización. Aquellas clandestinidades fruto de una opción política propia o del movimiento eran vividas como realizaciones personales y colectivas. Un ejemplo típico fue Yessie Macchi, cuyas clandestinidades y cárceles abarcaron prácticamente la totalidad de su vida como militante, y recordó esas etapas de su vida como un momento de amplia realización y felicidad.

> ... a mí me daba la impresión de que yo había descubierto el paraíso dentro de la organización. Siempre lo viví con mucha alegría [...] dentro de la organización yo viví la máxima felicidad. Es difícil de creer que estando clandestino, buscado y en condiciones además de mala alimentación puedas sentirte feliz (Yessie Macchi).

Las clandestinidades de 1972, especialmente después de abril, tienen cada vez más por objetivo eludir la captura, la tortura y el asesinato. En 1971 todos los hombres fugados de Punta Carretas fueron cooptados para la clandestinidad con la finalidad de aportar al despliegue de los planes políticos militares —y también de participar en las luchas internas por el poder en la organización.[16]

Esta situación cambiará radicalmente a partir de abril de 1972 cuando la ofensiva represiva colocará el exilio inmediato casi como la única opción que daba ciertas garantías de supervivencia para la organización y las personas. A las mujeres escapadas de Cabildo se les abrió la opción de pasar a la clandestinidad o salir del país en 1971 y 1972, pero todas las rehenas optaron por quedarse en las clandestinidades.[17]

---

memorias, novelas y biografías que aportan pistas sobre la actividad y la subjetividad de la «militancia en armas» durante los sesenta y setenta. Con respecto a la clandestinidad en el MLN, véase Aldrighi, *La izquierda armada*, o. cit., pp. 131-137.

[16] Véase Samuel Blixen. *La comisión aspirina*. Montevideo: Trilce 2007.

[17] Aldrighi refiere ese período así: «A partir de 1972, el aprisionamiento de miles de tupamaros provocó un repliegue general del aparato militar y político no alcanzado por la ofensiva de las Fuerzas Conjuntas, con la reducción y posterior desaparición de la actividad militar y el exilio de cientos de militantes [...] desde mediados de 1972, en

Lía Maciel fue detenida por primera vez el 4 de julio de 1971, se fugó el 29 de ese mismo mes, pasó a la clandestinidad y permaneció en esa situación hasta ser detenida nuevamente en agosto de 1972. Raquel Dupont fue detenida en 1970 por dar cobertura en su casa a las actividades de la dirección del MLN. Pese a que tenía posibilidades de ser liberada —esa opción le fue planteada—, también optó por la fuga y la clandestinidad.

> Entonces ellos [la dirección del MLN] me dijeron: «Mirá, vos si no te querés ir [en la fuga] no te vayas, porque a vos en quince días te cambian la carátula y te vas». «No, Dios me libre.» Porque yo me iba de ahí, y ¿adónde me iba? Me iba a la Carlos Nery y después me mandaban a Chile.[18] No, muchas gracias. Digo: «No, no, no, yo me voy por los caños». «Bueno, ta, pero no tenés obligación de irte.» Y me fui por los caños. Y estuve casi un año ahí. Y efectivamente [riendo] a los quince días largaron a todos los compañeros que eran de la dirección, ¿te das cuenta? No tenía ni gollete eso. ¿Y dónde fueron a parar? A Chile.[19] Y después con todas las odiseas que ya conocemos, ¿no? A mí no me interesó. Además, yo soy muy rotunda para esas cosas. Yo dije: «Ah, no, yo no me metí en el MLN para irme a Chile, loco»… (Raquel Dupont).

plena ofensiva de las Fuerzas Conjuntas se produjo la gran emigración de militantes del MLN y especialmente de algunos cuadros de responsabilidad aún en libertad. Se trató de un expatrio masivo pero planificado; en la mayoría de los casos se salía del país con autorización y financiación del MLN, documentación, observadores en el momento del embarque, vínculos en el lugar de arribo. Gran parte de las salidas se produjo por las vías ordinarias de Montevideo, Carrasco y Colonia. También se utilizó la frontera del río Uruguay». *La izquierda armada*, o. cit., pp. 115-117.

[18] Se refiere a una antigua escuela de *nurses* donde quedaban «internadas» por lapsos indefinidos las mujeres que permanecían detenidas a disposición del Poder Ejecutivo en el marco de las medidas prontas de seguridad, una figura jurídica de excepción que fue utilizada en forma casi permanente por el gobierno entre 1968 y 1971.

[19] Durante varias instancias del gobierno de Jorge Pacheco Areco se instauraron las medidas prontas de seguridad, medida similar al estado de sitio en otras constituciones. Como el Parlamento podía levantarlas, esto sucedió varias veces, pero a medida que la represión se ahondaba, el Poder Ejecutivo las reimplantaba. Esas medidas permitían la detención de personas, y además volver a apresar a la persona una vez que el juez le concedía la libertad. También se preveía que ante esta forma de prisión la persona pudiera optar por viajar fuera del país. La opción chilena fue la escogida por la mayoría, de los/las presos/as liberados, durante el breve interregno de la Unidad Popular, 1970-1973. Clara Aldrighi y Guillermo Waksman, «Chile, la gran ilusión», en Silvia Dutrénit Bielous (comp.) *El Uruguay del exilio. Gentes, circunstancias, escenarios.* Montevideo: Trilce, 2006.

Cristina Cabrera pasó a la clandestinidad en 1969, a los 19 años y siendo una militante periférica a quien ser la pareja de Raúl Bidegain[20] y sus dos fugas de la cárcel de Cabildo contribuyeron a colocar en un lugar privilegiado entre las personas buscadas antes y después de abril de 1972.

Esas opciones políticas que van tomando muchas militantes —fugarse, permanecer clandestinas para participar activamente en la ejecución de los planes políticos de la organización— aparecen dominadas por la convicción y el compromiso revolucionario, pero también se las percibe inscritas en cierta ingenuidad alimentada por la reiterada experiencia de ingreso y salida de las cárceles, ya fuera por medios legales —libertades otorgadas por el Poder Judicial— o en las fugas que iban construyendo la ilusión de integrar una organización invencible.

En el recuerdo de la mayoría de ellas respecto a las características que adquirió la vida clandestina a lo largo de 1971, se percibe la tensión política y emocional que pasó a ser dominante a medida que la «lógica de la guerra» fue instalándose entre los tupamaros y en el país.

En lo ideológico esta etapa fue de discusión en torno a dos líneas, la del enfrentamiento armando con todas sus consecuencias y la de una semitregua que se aprovecharía para trabajar con las masas y solidificar la presencia del MLN en la sociedad uruguaya.

Yessie Macchi encontró grandes cambios en la organización cuando se reincorporó después de su segunda fuga en julio de 1971:

> ... Adentro de la organización [había] una discusión muy férrea, muy dura... con respecto a la integración nuestra como personas que éramos requeridos, pero si el MLN iba a adherir o no al Frente Amplio... que fue lo que prevaleció. Había muchos compañeros que lo consideraban casi una traición. Fue una discusión muy fuerte. Yo salí y esa discusión todavía se estaba procesando, si bien ya se había decidido apoyar y dar una tregua mientras duraba la campaña electoral. La famosa primera tregua del MLN.[21] Se había decidido apoyar a Erro en las elecciones.

[20] El integrante del MLN Raúl Bidegain fue conocido mediáticamente por su fuga del penal de Punta Carretas, donde su hermano, menor de edad, ocupó su lugar y él salió por la puerta del penal el 17 de julio de 1971. En Especiales de Di Candia, «Elecciones en el país convulsionado que precedió a la dictadura militar», en *El País Digital*, 14 de agosto de 2004. Visitado el 3 de marzo de 2010.

[21] Yessie Macchi se refiere a las discusiones que provienen del deseo de participantes del MLN de actuar en el plano político mediante un movimiento que representara una cara diferente y complementaria. Esto tuvo su oportunidad en 1971 cuando se funda

> Y a su vez se estaba conformando el 26 de Marzo. Todo eso sucedió en el corto período que yo estuve presa, de manera que cuando salí había muchas novedades. Me encontré con un proceso de discusión muy fuerte, que nunca se había dado con esa carga dentro de la organización... (Yessie Macchi).

Alba Antúnez también eligió la clandestinidad. Después de su primera caída arribó a Cabildo, se enteró de que se preparaba una fuga y se unió a sus compañeras. Viviendo en la clandestinidad percibió cosas nuevas.[22] Vivió ese período como un cambio en su relación con la organización. Hasta entonces había sentido que a ella «no se le escapaba nada» de lo que pasaba —«aunque se me escaparían un montón de cosas»—, y a partir de la convivencia en los cantones, posterior a la fuga de Punta Carretas, percibió claramente la existencia de tensiones que no podía abarcar con su experiencia.[23]

---

el Movimiento 26 de Marzo, que apoyó e integró el Frente Amplio. En ese momento se produjo lo que se llamó «la primera tregua del MLN», la suspensión de acciones armadas durante un período de tiempo. Para Leibner, o. cit., esto duró tres semanas. Para ver más profundamente el Movimiento 26 de Marzo, Eduardo Rey Tristán, o. cit., cáp. 7, «Participación política legal e izquierda revolucionaria: el M. I. 26 de marzo», pp. 335-359.

[22] Hemos referido esta evocación de Antúnez en el capítulo anterior.

[23] Aldrighi en la obra anteriormente citada sostiene que: «La mayor crisis en la dirección política del MLN se produjo en momentos inmediatamente posteriores a la fuga de 1971. Ya en las primeras reuniones se verificó un malestar y una suerte de desconfianza entre los antiguos dirigentes y algunos integrantes de la dirección que los había reemplazado en 1970 [...] durante el período 1970-1972 salieron a luz elementos latentes de contradicción entre diversas corrientes y personalidades internas, que la *leadership* histórica hasta 1970 había logrado conciliar o neutralizar con su ascendencia. Se inicia entonces una larga crisis de poder que no tardaría en manifestarse y que se revelaría en toda su gravedad bajo los embates de la represión en 1972» (o. cit. pp. 125-126). Ese proceso de deterioro de los vínculos políticos y personales es recreado en un trabajo de memorias de Samuel Blixen donde refiere algunos perfiles de esa crisis entre 1971 y principios de 1972. Entonces muchos de los fugados en setiembre habían sido recapturados y devueltos a Punta Carretas, la misma cárcel de la que volverían a fugar el 12 de abril de 1972 (en la llamada «Operación Gallo»), horas antes que el MLN lanzara la ofensiva militar contra el «escuadrón de la muerte» que daría inicio a la cruenta represión militar que terminaría en la derrota de la organización. Blixen recupera en esas páginas una convivencia carcelaria conflictiva y, sobre todo, cargada de desconfianzas «mientras se prepara esa última fuga de dirigentes y presos comunes». El relato está centrado en la presencia de Héctor Amodio Pérez, figura sobre la que recae la representación de la línea «militarista», «aventurera», «arribista», ajena a la tradición encarnada en las viejas direcciones (Blixen, Samuel. 2007 *La comisión aspirina.* Montevideo:

El recuerdo de Lía Maciel sobre ese período refleja la transición entre dos momentos de la experiencia clandestina.

> ... Al estar clandestina mi vida era dentro del MLN. Salimos en julio y durante dos meses y medio o tres meses viví en una casa de familia. Tenía un documento falso, con un nombre, un apellido, todo eso. Supuestamente era del interior, una estudiante que había venido a estudiar. Conseguí trabajo en una casa y con cama, donde había unos niños pequeños que yo tenía que cuidar a esos niños en un horario, y a cambio de eso me daban casa, comida y un sueldo. O sea que yo viví legalmente siendo clandestina. Trabajaba y al mismo tiempo militaba [...] Y eso fue hasta las elecciones [de 1971] porque hubo una decisión de que todos los que estábamos clandestinos debíamos pasar ya a los locales clandestinos como una cuestión de seguridad. Todos guardados en los locales donde había berretines grandes, nos teníamos que quedar por un tiempo, escondidos. Entonces un buen día tuve que desaparecer del trabajo con un cuento de que tenía que irme con mi familia o no sé qué, bueno, nunca más volví (Lía Maciel).

En 1972 la iniciativa pasó a estar completamente en manos de las fuerzas represivas y la clandestinidad adquirió características dramáticas. Recorrer pensiones, dormir detrás de los mostradores donde las dejaba algún bolichero amigo, pernoctar en estaciones de ómnibus, en parques, comer salteado e irse enterando de la caída o muerte de amigos, dirigentes, conocidos combinaban la precariedad económica con el dolor moral. Ese proceso fue vivido de diferentes maneras por las y los militantes según el encuadre político que tuvieran.

Raquel Dupont vivió esa etapa como una clandestinidad muy hermética luego de fugarse de Cabildo en julio de 1971 hasta que las Fuerzas Armadas la volvieron a detener en el allanamiento de la cárcel del pueblo —uno de los sitios más buscados de Montevideo— en mayo de 1972. Raquel junto con otra mujer y dos hombres eran los custodias de las personas que se mantenían secuestradas allí —Ulises Pereyra

---

Trilce, 2007, pp. 20, 53 -127). En ese clima cargado de desconfianzas, tensiones, disputas encubiertas (con sistemas de comunicación destinados a burlar los cercos policiales y los cercos de enemigos dentro de la «orga»), fueron tomadas las resoluciones de lanzar una ofensiva militar contra las fuerzas armadas y policiales. Desde la perspectiva que da el conocimiento del estado del comando tupamaro en ese momento, esa opción parece una «fuga hacia adelante» donde la suerte en «la guerra» serían la medida del valor y poder de las diferentes corrientes en pugna en la interna del MLN.

Reverbel y Carlos Frick Davie—.[24] Su recuerdo sobre la manera en que afrontaron la orden de entregar uno de los baluartes del poder tupamaro —la cárcel del pueblo— y no matar a los prisioneros, como tenían ordenado en caso de allanamiento, da cuenta del dramatismo de las decisiones que debían adoptar en soledad estas militantes frente a los virajes de una confrontación en la que entraban en juego intereses y variables cuyas alternativas escapaban al control de estos hombres y mujeres.

> ... Lo que no sabíamos era lo que estaba pasando afuera... A todo esto empezó a cantar el Amodio Pérez. Entonces un día como tantos viene el compañero y dice: «Están los milicos, los verdes». Nosotros teníamos una orden de resistir, y teníamos los fierros ahí. Y el compañero nos dice: «Nada de resistencia, hay que entregarse». «¿Entregarse?», dije yo. Y yo que soy medio protestona: «¿Cómo entregarse?». «Sí, sí, entregarse.» «Ni loca.» «Sí, sí, hay que entregarse.» «Ay, dios mío», dijimos. Nos miramos, no sabíamos qué hacer. Nos entró un pedo en la cabeza. Entonces le dije primero a Frick: «Mire una cosa, Frick, están los del Ejército ahí, así que usted se va a ir para su casa. Así que nosotros le vamos a dar la ropa y se arregla». El viejo dijo: «No, yo me voy así como estoy». Y el otro sí se emperifolló todo, pidió el traje que había traído y se vistió. ¡Un boludo! Y nosotros tuvimos que hacer de tripas corazón. Y entonces subimos y a ellos los metieron en un vehículo ahí, y ahí chau pinela. Ahí nos metieron a nosotros en el celular ese y nos fuimos al Batallón Florida, que era el que había hecho el operativo (Raquel Dupont).

Lía Maciel, detenida por última vez el 10 de agosto de 1972, marca una clara diferencia entre su primer período de clandestina en 1971 y lo que debió enfrentar en 1972. Matiza la situación de debacle de la organización con fuertes experiencias de solidaridad experimentadas durante esa etapa:

> ... Ya no había más columnas ni nada, eran destacamentos, se le había dado otra forma organizativa, éramos tan pocos que ya ni siquiera forma teníamos. Teníamos contactos con determinada gente unos, con determinada otra, y así cada uno. Mucho en esos meses fue de auto-

---

[24] U. Pereira Reverbel, exdirector de la empresa de energía y comunicaciones del Estado (UTE), estaba secuestrado desde el 30 de marzo de 1971, y Carlos Frick Davie (exministro de Agricultura) desde el 14 de mayo de 1971). Martha Machado Ferrer y Carlos Fagúndez Ramos. *Los años duros. Cronología documentada (1964-1973)*. Montevideo: Monte Sexto, 1987, p. 117.

> valerse, ya no había locales, cada uno arreglarse como pudiera. Todos tuvimos la opción de irnos o de quedarse. Yo no me quise ir, me quise quedar... Realmente una experiencia muy linda en esa etapa fue el apoyo de la gente. Para mí esa fue otra de las experiencias que me impactó mucho y que me comprometió más aún, fue ver la actitud de la gente, las puertas de las casas se abrían. En una casa comías, en otra te bañabas, en otra dormías... En una casa te decían: «Acá podés venir solo en tal horario porque nadie más que yo sabe». En otra casa te decían: «Acá podés venir a comer». El apoyo de la población fue impresionante. Sobreviví meses de esa manera y no sé ni quién eran, cómo se llamaban ni quiénes eran ni dónde era la casa, porque yo entraba compartimentada. Pero fue realmente una experiencia muy fuerte porque de esa manera sobreviviendo de mes a mes (Lía Maciel).

Gracia Dri fue detenida como resultado del allanamiento a su domicilio, donde se desarrollaba una reunión de dirigentes del MLN. Huyó junto con un grupo por los caños de desagüe. En esa circunstancia fue herida en la columna vertebral y aunque la evacuaron para trasladarla a un hospital clandestino fue detenida buscando asistencia en un centro de salud. Cayó con una infección importante, producto de haber estado más de 24 horas literalmente en un baño de excrementos; tras un breve pasaje por el Hospital Militar y por la Jefatura de Policía de Montevideo terminó recluida en el Regimiento 6.º de Caballería. Su recuerdo de ese episodio da cuenta de la desigualdad de fuerzas y capacidades de acción entre el MLN y las Fuerzas Armadas.

> Yo caí el 20 de mayo. El 18 de mayo agarraron mi casa y estaban Amodio, el Pepe Mujica, la *Negra* Alicia Rey, Líber Delucía, La casa cayó porque cuando estábamos haciendo el berretín pasó por la puerta un compañero y nos vio sacando tierra y un montón de cosas por la puerta de mi casa. El 18 de mayo lo agarran en la esquina en un contacto. Entonces yo dije: «Acá nos vienen en cualquier momento», porque uno sabía que a la gente le daban duro. Estábamos haciendo la vigilancia en la ventana, vimos que vinieron los milicos y los compañeros se metieron en el berretín y ahí nos fuimos por las cloacas porque teníamos una comunicación. No encontraron para salir por ningún lado por las cloacas, ellos dijeron que sabían pero la cuestión es que no encontramos nada. Tarde de la noche los milicos empezaron a entrar por todos lados a las cloacas, salió el Amodio con el Flaco y no sé si alguien más, se fueron de ahí y fueron a buscar gente de apoyo. Nunca vinieron y nosotros seguimos toda la noche, y cuando estábamos en un lugar sentimos

> voces y pensamos que eran los compañeros que venían a buscarnos. Y de repente sentimos que dicen: «Pah, qué olor que hay acá», y dijimos: «No son los compañeros», porque los compañeros no se quejaban del olor... Cuando los milicos llegaron por el caño que estábamos nosotros, que vinieron así y encontraron el caño nuestro y nos vieron y dijeron: «Alto, alto», salimos y empezamos a caminar rápido y ahí tiran un tiro y me dan a mí. Entonces yo me caí y la *Negra* Alicia Rey enseguida dijo: «No, no, yo me entrego, yo me entrego, yo soy Alicia Rey», y nosotros rajamos. Primero no me podía levantar y dije: «Yo me entrego también... sigan, sigan, yo me quedo acá». De pronto sentí que me podía levantar y me fui con los otros. Y esa fue la noche más larga de mi vida. Estuvimos toda la noche ahí, y llovía y tratábamos de salir por algún lado, pero por cada lugar que tratábamos de salir venían los milicos. Nos metíamos en la mierda hasta el pecho y cuando no se podía más me mandaban a mí para que reconociera, levantábamos las chapas y vichábamos dónde estábamos ahora. Yo conocía mucho Pocitos, Villa Biarritz, pero cuando lo mirás de allá abajo no reconocés nada. La cuestión es que decidimos salir por una tapa y parar un auto y entonces salimos ahí y paramos una camioneta, le hablamos al tipo y nos fuimos. Había un local que era como un restaurante, una cosa así, y ahí pude dormir toda la noche en una cama y a la mañana siguiente me dieron zapatos de hombre y chaqueta de hombre, me pude lavar y todo, y me llevaron para el hospital de campaña del Prado. Y cuando vamos en la camioneta nos empiezan a seguir los milicos, nos paramos en el hospital y el chofer no sabía qué hacer y me decía: «Largate vos, porque vos sos la que me quemás», quería que me largara en marcha. Y yo no estaba bien y no podía... Bueno, entonces salimos para ahí para la Casa Galicia a meternos entre la gente, pero no encontrábamos ningún lugar, salimos para afuera y ahí están los milicos y nos agarraron... (Gracia Dri).[25]

Cristina Cabrera aporta una visión crítica del MLN a partir de la experiencia en las clandestinidades que le tocó vivir hasta su detención definitiva en julio de 1972.

> ... Cada dirección que salía tenía una oración diferente, entonces aquello era: foco partido, y después íbamos a ser el brazo del 26 de Marzo, y después había que apoyar a Wilson, la revolución burguesa y yo qué sé, eso fue el acabose. Y de la noche a la mañana surgieron MP-40, que son armas automáticas con treinta balas en un minuto, es decir unas

---

[25] Casa Galicia es el nombre de un conocido centro de atención de salud. Entrevista para esta investigación.

armas automáticas que nunca habíamos tenido, siempre teníamos los revólveres de la policía y alguna armita más, aparecieron unas armas automáticas así, en el medio de ese descalabre político. Porque la organización estaba fracturada. El Bebe se había ido, Amodio se peleaba con este, este se peleaba con el otro, depende quién estuviera para dónde ibas a agarrar, a mí me dieron un arma automática que en mi vida había tocado, nada más que para desarmarlas y limpiarlas... pero nunca tiré a nada, ni a un blanco.[26] En medio de eso caigo presa. Estoy en la casa de un compañero y otro compañero canta ese local, salimos por el fondo, yo cierro la puerta, pero los milicos rodean la casa y me balean. Tenía cinco tipos tirándome y levanto los brazos pero igual tiran, las dos heridas las tengo debajo del brazo. Yo tenía arma, un revólver de esos chiquitos y dije: «Bueno, estos si me encuentran el arma arriba estoy sonada». Así que suavemente me deslicé contra un techo de lata que estaba todo agujereado, contra una pared de lata, salía toda luz porque habían acribillado, solo uno me embocó, pero los demás le erraron, entonces me deslicé así suavemente contra la pared, me senté, me saqué el revólver de encima y lo metí dentro de unos arbustitos ahí, porque eran las tres de la mañana... (Cristina Cabrera).

Miriam Montero fue detenida por última vez el 25 de mayo en medio de la intensa persecución que sufría en ese momento la organización; el 21 de abril fue la última vez que vio a su compañero, que luego moriría durante la represión al MLN. Habían compartido un tiempo de clandestinidades juntos, después las condiciones de la militancia los separaron y finalmente en ese mes volvieron a encontrarse hasta que a las dos de la tarde llegaron las fuerzas represivas a su alojamiento y se inició una persecución que culminaría con la captura de Miriam.

Stella Sánchez experimentó después de su fuga de Cabildo una clandestinidad muy compartimentada, con pocos contactos y muchas mudanzas, hasta que pudo volver a militar, planificar acciones (entre otras, hacer relevamientos en Punta del Este, en preparación del verano caliente del 71).[27] Tiene algunos gratos recuerdos de esa etapa de su

---

[26] El Bebe es el nombre por el que fue conocido Raúl Sendic.

[27] El verano de 1970 se inició con el secuestro el 10 de enero del embajador Geoffrey Jackson. Alguna prensa se había hecho eco de declaraciones de que la temporada 70-71 en Punta del Este sería perturbada por acciones del MLN contra sitios de esparcimiento turístico. Otras explicaciones atribuyeron el fracaso de ese veraneo a problemas cambiarios que perjudicaban a los veraneantes extranjeros. Según las declaraciones de Sánchez, se habrían hecho algunos sondeos en Punta del Este para conocer posibles objetivos para las acciones del MLN, tales como restaurantes, *boîtes*, etc.

vida porque tuvo una buena pareja, que le dio respaldo afectivo. Sus recuerdos son calmos incluso cuando recuperan la incidencia de los conflictos políticos en su ánimo.

> Entonces, pasé encerrada como si estuviera en la cárcel porque me pasaban de un lado a otro. Ahí fue cuando conocí a Jorge, hacíamos entrenamiento, estudiábamos documentos, seguíamos en la formación, estábamos en la discusión si nos tirábamos por la política o nos tirábamos por el tema de continuar con las armas, yo estaba por el tema de la política. Con Jorge cuando salíamos nos íbamos para afuera en la moto de él o alguna cosa así. Ahí yo disfrutaba un poco de las cosas, pero después lo demás era militancia y encierro. Y cuando se dio el tiempo de las discusiones, que después prácticamente terminó en nada, porque yo tengo la imagen o el recuerdo de aquel momento en que me encargaron un CAT,[28] muy pocas veces pudimos funcionar para empezar a trabajar en esos temas porque ya enseguida después se empezó a agravar la situación y nos cuidábamos mucho. No podíamos andar boyando mucho por ahí. Así que cuando se resolvió el tema yo tengo el recuerdo de que la mayoría había elegido por el lado político y después se salió todo aquel problema de que salieron a hacer aquellas acciones armadas,[29] y ahí ninguno entendíamos nada porque la comunicación ya no era buena. En aquel momento estábamos medio nerviosos, estábamos nerviosos, estábamos mal (Stella Sánchez).

Flavia Schilling pasó a la clandestinidad en abril de 1972 a los 19 años después de haberse integrado al MLN a poco de ingresar a la Facultad de Medicina. El 24 de noviembre de 1972 fue detenida junto con su compañero, con quien deambulaba por las calles, en el contexto de una organización en desbandada. Su padre evoca la detención de la siguiente manera:

> *Flavia e seu companheiro, que tinhan sido seguidos durante boa parte da tarde por dois oficiais do exercito à paisana, foram detidos em plena*

[28] En 1970 y ligado a la creación de la columna 70, se dio a las células periféricas que existían desde los inicios del MLN un tipo de organización y características de número reducido, funcionamiento clandestino y realización de tarea de difusión y estudio de objetivos. Se pasaron a llamar Comando de Apoyo Tupamaro (CAT) y se pensó que fortalecerían el frente de masas. Eduardo Rey Tristán. *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya. 1955-1973*. Montevideo: Fin de Siglo, 2005, pp. 148-149.

[29] Se refiere a las acciones contra integrantes del «escuadrón de la muerte» y de las Fuerzas Armadas realizadas a partir de abril de 1972.

> *rûa e postos contra um muro com os braços levantados. Enquanto um dos militares foi a buscar reforços. O outros ameaçavam com uma P 38. No caso de Flavia, a conciencia revolucionaria ou, simplesmente, o terror à tortura que sabia inevitavel, atuou. Virando-se bruscamente, atirou a bolsa com as roupas que levaba no rostro do oficial e correu. Jà havia vencido os primeiros vinte metros quando una segunda bala alcançou no pescoço, um ferimento prácticamente mortal.*[30]

Flavia recordó ese momento y su acción como dominada por el miedo:

> ... yo tuve la suerte de ser presa con una bala en el cuello, y no sé qué hubiera pasado conmigo en la sesión de tortura. Entonces no me hice matar, y de eso nunca me olvidé que no me hice matar por heroísmo... yo soy una sobreviviente, sino porque yo tenía mucha clareza del miedo que... tenía. Entonces muchas veces en eso que aparece como heroísmo hay miedo. Muchos héroes de hecho fueron movidos a la acción heroica por un miedo, por una situación que sabías cuál era precisamente el final, era esa hora, tú reaccionas, y a veces te colocas realmente en una situación de muerte. Yo sobreviví por puro caso no, pero yo nunca me olvidé de eso, que yo corrí por miedo, no fue por el heroísmo y coraje, yo no sé si eso existe... (Flavia Schilling).

Elisa Michelini fue detenida también en el 72 en su casa, junto con su madre, quien se resistió a dejar que su hija fuera detenida. Ambas fueron trasladadas al Grupo Artillería 1 (cuartel de La Paloma).

María Elena Curbelo fue requerida en 1970 y cayó presa en 1972, vivió una larga clandestinidad de dos años, especialmente complicada por padecer una enfermedad congénita. En esas condiciones recordó haberse sentido protegida en algunos lugares porque era la única mujer clandestina. Las dificultades de la clandestinidad para una persona enferma fueron muy grandes, y en su caso la causa indirecta de su detención.

---

[30] «Flavia y su compañero fueron detenidos en plena calle y puestos contra un muro con los brazos levantados por dos oficiales de particular que los habían seguido durante la tarde. Mientras uno de los militares fue a buscar refuerzos y el otro los amenazaba con una [pistola] P 38. El caso es que Flavia actuó, ya fuera por conciencia revolucionaria o simplemente por terror a la tortura que sabía inevitable. Girando bruscamente tiró en la cara del oficial la bolsa con ropas que llevaba y corrió. Ya se había alejado veinte metros cuando una segunda bala la hirió en el pescuezo, provocándole una herida prácticamente mortal.» Traducción de M. R. y R. S. con base en Paulo Schilling. *Querida familia*. Porto Alegre: Editora CooJornal, 1978.

> ... en un «rastrillo»[31] de pensiones de la Comercial. Nosotros hacía muchos días que no íbamos a los lugares habituales porque estaban cayendo todos los locales. Era julio, que fue un mes durísimo, muy frío, más frío para nosotros, y dormimos muchas noches a la intemperie. Me acuerdo de ir al parque Rivera y dormir en los baños... o al parque Tompkinson, o en alguna obra en construcción... Algunas noches estuvimos con la compañera que cayó conmigo en situaciones así. En ese momento estaba sana entre comillas, porque siempre mis piernas tendían a hincharse más que una persona normal. Entonces en la medida en que dormíamos mal y de día estábamos todo el día caminando, empecé con edemas en las piernas y hacía uno o dos días que estaba haciendo fiebre, y nos arriesgamos a alquilar en una pensión. La verdad es que no llamamos la atención en esa pensión, pero cayó un rastrillo buscando a un compañero. O sea que alguien en la tortura era interrogado sobre otro compañero, para zafar de ese momento inventó que estaba en una pensión de la Comercial. Ahí hicieron una razia en todas las pensiones de la Comercial, y le encuentran un papel con un apunte que había hecho la otra compañera, que no lo había destruido, y a partir de ahí les llama la atención y nos llevan a las dos. Entonces las primeras horas en el cuartel yo estaba de plantón, pero ellos me interrogaban por la otra persona, no por mí. En determinado momento me identifican, y ahí me sacan del plantón y me dejan esperando. Yo no sabía qué era, ¿no? Porque encapuchado no sabés (María Elena Curbelo).

Alba Antúnez pasó en la clandestinidad entre el 29 de julio de 1971 y el 26 de julio de 1972, y recuerda esa etapa en términos que dan cuenta de las tensiones que dominaron las vidas de las y los militantes en ese período.

> ... adentro las discusiones estaban muy reñidas; muy actuado afuera y muy batallado adentro. Ese año sí fue peligroso y doloroso. Julio fue tremendo, cuando ya lo único que faltaba era la caída del Bebe. Fue el año de la debacle, de la muerte de muchísimos compañeros, de muchísimas decisiones muy difíciles. Fue un año de opciones muy profundas. La primera que hice fue entrar en el MLN, la segunda fue salir de la cárcel y la tercera quedarme en el país ese año. Estuve acá hasta el último momento de hálito de vida organizada del MLN, cuando se planteaba la salida del país a cada minuto. «Yo me quedo acá, yo voy a pelear.» Y ahí no era que nadie nos lo contara o una posibilidad remota. Nosotros

[31] Tipo de operación represiva que consistía en el allanamiento simultáneo de todas las casas de un barrio.

teníamos información permanente: «Cayó fulanito, lo torturaron en tal lugar, en tal otro, dijo esto, lo otro, no dijo nada. Cayó tal cantón». Así minuto a minuto. Y la posibilidad inmediata era la tortura al máximo o la muerte, o la cárcel, y entonces uno optaba minuto a minuto. En abril sí es cuando se intensifica todo tanto, en ese año de discusiones impresionantes llega un punto en que se debaten dos grandes líneas adentro de la organización. La «72», que es un enfrentamiento armado, con las consecuencias de cada uno. Y otra línea que es una semitregua como lo que se había hecho para las elecciones. Y bueno, se discutieron mucho esas dos líneas, y yo recuerdo de haber salido de una reunión de esas, que le dije a un compañero que ahora está muerto: «¡Esto así va a ser un baño de sangre!»... y salí rodándome las lágrimas, ¡lo que nunca me había pasado! Una sensación de mucha tristeza. A tal punto que salí llorando del local y me quedé en una parada de un ómnibus, y llovía impresionante y yo tenía tal tristeza. Esto no tiene nada que ver con que me sintiera sin un lugar ahí ni mucho menos. Era por la realidad que se vivía... ya estábamos inmersos en la guerra. Estaba esperando un ómnibus, y llovía mucho y de repente se acerca un muchacho y me dice: «Disculpá, tomá». Y yo desconfiada lo miro y él me da un papel: «Estos fueron tus ojos». Me dejó un poema sobre mis ojos y la tristeza de mi mirada... (Alba Antúnez).

El rasgo más representativo de aquella generación de jóvenes protagonistas de un momento crucial de la historia política uruguaya parece ser la obstinación en la voluntad de lucha a pesar del fatalismo y la tristeza por estar «inmersas» en una guerra, que en su propia voz y al momento de recordarla parece más inesperada que buscada.

A pesar de todos los anticipos teóricos y discursivos sobre el fascismo y la dictadura inminentes, esa generación encontró *su destino trastocado* en manos de un Estado que se reveló como agente terrorista sobre los cuerpos de las y los perseguidos.[32]

Lo que el sentido común contemporáneo reputaría como «lucidez» no prevaleció sobre la determinación de continuar la lucha hasta agotarse el proyecto político-militar que terminó también con la vida de muchas y muchos de ellos mismos.[33]

---

[32] Viñar y Ulriksen, o. cit.

[33] Pilar Calveiro analiza las condiciones en que se produjo la derrota de los proyectos insurgentes durante la dictadura argentina en términos que pueden echar luz sobre la experiencia que evocan las rehenas sobre el año 1972: «El incremento de la represión y las condiciones internas de las organizaciones cerraron una trampa mortal. Los mili-

No existió ningún punto de encuentro o (re)conciliación entre esa generación y la racionalidad que impulsaron desde entonces las derechas civiles y militares.

La guerra sucia y las personas

Las y los detenidos durante 1972 experimentarán en sus personas las transformaciones de un Estado que empieza a ejercer un nivel superior de violencia expresiva para informar a la sociedad la nueva manera de ejercerse el poder.[34]

Cuando se instaló la conjetura de que el MLN representaba un peligro inminente para la existencia del Uruguay «como nación libre y democrática», la necesidad de defenderlo desencadenó una lógica de aniquilación que se extendió como una mancha de aceite y sofocó muchos reflejos democráticos.

El consenso para la destrucción del «enemigo interno» se construyó mediante alegatos y demandas de «técnicas represivas» de las Fuerzas Armadas, articulados con discursos de una elite que dio soporte conceptual a la mutación terrorista del Estado uruguayo. Aunque los antecedentes intelectuales de ese proceso pueden rastrearse muy atrás en

---

tantes convivían con la muerte desde 1975; desde entonces cada vez era más próxima la posibilidad de su aniquilamiento que de sobrevivir. Aunque muchos en un rasgo de lucidez política o de instinto de supervivencia abandonaron las organizaciones para salir al exterior o esconderse dentro del país [...] un gran número permaneció hasta el fin. ¿Por qué? La fidelidad a los principios originales del movimiento, para entones bastante desvirtuados, fue una parte. La sensación de haber emprendido un camino sin retorno hizo el resto. Los militantes que siguieron hasta el fin, lo que en la mayoría de los casos significó su propio fin, estaban atrapados en una oscura sensación de deuda moral o culpa con sus propios compañeros muertos [...] La guerrilla había llegado a un punto en que sabía más cómo morir que cómo vivir o sobrevivir, aunque estas posibilidades fueran cada vez más inciertas». Pilar Calveiro. *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue, 2004, p. 20.

[34] «El martirio de algunos es referente simbólico de punición para todos, y conduce a la parálisis social mediante el terror y amedrentamiento [porque] la tortura toca ese punto de intersección que es fundamental de lo humano: el cuerpo y la palabra. Usar el martirio físico «el dolor impensable» para quebrar la palabra es precisamente la manera como se constituye el paradigma del horror [ ] la mente humana sabe [ ] que es más soportable la propia desaparición que la del ideal y lo sagrado. Ese es el punto de terror que busca y toca la tortura, y que es eficaz, aun antes de ser ejercido, siempre que su presencia planee sobre la ciudad.» Viñar y Ulriksen, o. cit., p. 132.

el tiempo, la batalla política por la construcción del consenso de guerra tuvo como epicentro el período que va de abril a julio de 1972, entre la declaración parlamentaria del estado de guerra interno y la aprobación de la Ley de Seguridad del Estado.

Durante ese período el espacio público fue ocupado simbólica y emocionalmente mediante discursos «de guerra» de los políticos de derecha, los partes y comunicados militares sobre «la marcha de la guerra» repetidos diariamente en todos los medios de comunicación y la saturación de las calles por la tropa en disposición y acción de combate. A cierta altura de 1972 estaba completamente restringido el espacio político y emocional para enunciar una duda razonable sobre la realidad de la guerra.[35]

Una guerra que no se libró en trincheras convencionales, sino en los espacios de comunicación pública, en salas de tortura y mazmorras. Porque la tortura fue el principal recurso de gobierno durante la dictadura.[36] En apoyo a esta caracterización del lugar de la tortura en la dictadura puede considerarse la opinión de Gil: «La dictadura uruguaya funcionó como un gran sistema de poder político y control social basado en una pedagogía del miedo que se ejemplificaba con la detención, la tortura y la prisión ejercidas con la máxima arbitrariedad y un claro, expreso y 'justificado' uso de la violencia».[37]

La tortura no era novedad en las prácticas del Estado uruguayo, pero permanecía relativamente enmascarada, aun cuando era rutinaria en la «investigación» policial y el tratamiento a los niños y adolescentes «institucionalizados».

---

35 La publicación de Julio Sanguinetti *La agonía de una democracia (2008), crónica comentada de una década (1963-1973)* incluye un fragmento de un artículo titulado «Lo inconstitucional es la guerrilla», del diario *Acción* (que él dirigía en ese momento): «Comprendemos que no sea agradable para nadie aceptar la jurisdicción militar, pero cualquiera en el país advierte que la justicia ordinaria no está en situación de servir los intereses de la ley. ¿Por qué? Porque la forma de guerra ha cambiado y se parece a la delincuencia común, pese a que es guerra».

36 Sanseviero sostiene que durante la dictadura la tortura alcanzó la jerarquía de principal forma de gobierno. «En el Uruguay las torturas no fueron episodios aislados, excepciones ni desvíos. Fueron un recurso principal dentro de una pedagogía del poder que organizó simbólicamente las relaciones entre el Estado y la sociedad uruguaya durante más de una década. La tortura fue un hecho social que durante la dictadura alcanzó su máxima jerarquía como sistema de gobierno dirigido a destruir las capacidades colectivas de resistir la opresión política.» Rafael Sanseviero, «Soldaditos de plomo, muñequitas de trapo», en Soledad González y Mariana Risso (comps.). *Las Laurencias*. Montevideo: Trilce (en prensa).

37 Daniel Gil, o. cit.

Lo singular de aquel momento fue que la tortura se generalizó como una práctica estatal «secreta», oficialmente negada y desmentida, pero al mismo tiempo argumentada y defendida. Los militares fundamentaron la necesidad de torturar como un «mal necesario» para desarticular el aparato del enemigo; y las derechas civiles aceptaron ese argumento.[38]

En un juego de símbolos contradictorios —en el que la palabra de Estado negaba aquello que los cuerpos martirizados o muertos certificaban— la tortura quedó instalada como un dato ominoso del Uruguay en guerra. El rumor fue la principal vía de difusión de aquello que estaba prohibido decir en voz alta, pero de diferentes maneras se dejaba saber hasta en los detalles más brutales. La información que las víctimas van filtrando se condensa en la caracterización dada por un militante del MLN: «[A partir de la declaración del estado de guerra] los tipos tenían 30 días antes de pasarte al juez durante los cuales podían hacer lo que querían...».[39] Los *tipos* era un Estado elevado a fuerza mayor de la sociedad por la violencia de su aparato militar, y *podían hacer lo que querían* con las personas categorizadas como enemigas.

Se había consolidado una situación para la cual muy pocas personas en el Uruguay estaban preparadas, si es que alguna lo estaba además de los torturadores. Tampoco la gran masa de insurgentes.[40] No se trataba de *brutalidad y malos tratos*, descripciones que califican de modo insuficiente unos procedimientos que formaron parte sustancial de un

---

[38] A. Corti, o. cit.

[39] M. Estefanel, o. cit.

[40] Por su elocuencia, vale la pena traer a este momento de la discusión el testimonio de una sobreviviente argentina, militante peronista de base, secuestrada durante la guerra sucia. «Uno estaba preparado para casi todo, pero no para el trato ruin, para el bastardeo [...] uno cuando militaba se imaginaba que era una persona política y que si te detenían más allá de la tortura que ya se sabía que sucedía [para lo que no estaba preparada era para] un trato que creo que yo sería incapaz de tener, por más que fueran mis enemigos políticos, serían mis enemigos, les daría esa categoría, sin embargo nosotros éramos tratados por ellos como una escoria social. Nosotros veníamos de una historia de trabajo, de militancia, de estudio, de ser buenos hijos, buenos amigos. A mí eso me pegó mucho más duro que todas las otras cosas [...] ver a mujeres y a hombres en esa situación, manoseados por lúmpenes [...] nosotros nos enteramos hace veinte años que un policía puede ser policía y violador, de hombres y mujeres [...] Eso no es un interrogatorio a un detenido. Yo para todo lo que era político estaba preparada, para la tortura también. [...] mi golpe emocional, que creo que todavía me dura, fue no estar preparada para lo otro, para lo denigrante». María del Socorro Alonso, en Noemí Ciollaro, *Pájaros sin luz. Testimonios de mujeres de desaparecidos*. Buenos Aires: Planeta, 1999.

sistema cuyo objetivo fue *destruir las creencias y convicciones de la víctima, para despojarla de la constelación identificatoria que lo constituye como sujeto*.[41] Mediante la imposición de suplicios que exceden las «necesidades de la información operativa» —un tipo o nivel de tortura para la que sí creían estar preparados los militantes— se coloca a las personas en un *no lugar* que rompe su relación con el universo de significados anteriores a la instalación del terror. Allí un servidor público y las instituciones en nombre de las que actúa se convierten en agentes de una degradación inimaginable que deshumaniza a la víctima y trastoca toda relación social anterior. El núcleo del cambio en las relaciones en el interior de la sociedad es una nueva cualidad del Estado que pasa a ejercer sobre las personas unas violencias hasta entonces inimaginables, y lo hace en forma secreta pero argumentando públicamente su necesidad.

Durante el año 1972, la izquierda y el centro político libraron una intensa batalla —principalmente en el Parlamento y en la prensa— cuyo objetivo fue denunciar y debatir sobre las torturas que se infligían en dependencias del Estado, para intentar detenerlas mediante pronunciamientos de los órganos políticos.

Fue una batalla perdida porque no se evitó que las Fuerzas Armadas prosiguieran torturando ni se obtuvo un categórico pronunciamiento político de condena a esa práctica.

Ante las denuncias y «pedidos de informes» —en el Poder Legislativo— y los reclamos de «cuidado» por parte del Poder Ejecutivo, las Fuerzas Armadas reaccionaron con violencia discursiva. Los mandos militares caracterizaron esos reclamos como parte de la estrategia de la sedición para evitar «su derrota». Las mayorías políticas no tuvieron capacidad o voluntad para confrontar esa tesis, y la transformación del Estado en una agencia torturadora sin freno ni control tuvo luego del 14 de abril de 1972 su período de legitimación de facto y de jure.[42] Esa fue

---

[41] Viñar y Ulriksen, o. cit., p. 151.

[42] Estos procesos ocurren por gradaciones y transformaciones muchas veces imperceptibles en la conciencia colectiva que se está transformando y que al transformarse transforma su visión de la realidad y la realidad misma. Podríamos decir que el *hábitus de la guerra* se volvió dominante proveyendo sentido a lo que sucedía y fundamento a lo que debía suceder. (Usamos *hábitus* en el sentido que le da Pierre Bourdieu a esa categoría como «estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas» [en *La distinción*. Madrid: Taurus, 1998]). Dentro del conjunto de situaciones de violencia estatal que pueden identificarse como señales de los virajes que se producían

la naturaleza de la guerra en la que quedaron inmersas las rehenas como parte del movimiento insurgente.

Todavía es una materia pendiente la construcción de una visión comprehensiva de las prácticas y la experiencia de la tortura, especialmente la sufrida por las mujeres durante la dictadura uruguaya.[43] Existen testimonios de luchas, de militancias y de cárcel en los que aparecen denuncias y referencias a las torturas vividas, pero hay muy pocos trabajos dedicados a la recuperación de ese momento crucial en las trayectorias de las personas.

Estudios realizados en muchos países revelan que la representación de las experiencias de tortura enfrenta la restricción ética de no revictimizar a las personas ni banalizar las situaciones.[44] Otra limitante para representar el horror es que la promesa de verdad de la memoria *zozobra ante la pobreza del lenguaje*.[45] Hay una saga de víctimas en diferentes lugares del mundo que han luchado contra la *frustración inevitable* de contar.[46] Su dificultad evidente es recuperar desde la racionalidad de los sentidos comunes aquello que constituye *la interrupción de todo*

---

ese año, hay dos momentos de impunidad muy notorios: el primero en el tiempo es el asesinato por el Ejército de ocho obreros militantes del Partido Comunista en el local de la seccional 20 dos noches después de declarado el estado de guerra; el segundo es el asesinato de un militante democristiano por la torturas a que fue sometido en el cuartel de Santa Clara del Olimar, departamento de Treinta y Tres. Este último hecho, al igual que el primero, es denunciado y debatido en el Poder Legislativo, donde es interpelado el ministro de Defensa. La declaración del Poder Legislativo manifiesta su confianza en que las Fuerzas Armadas respeten la dignidad humana y reclama *juicio y castigo* a los responsables de los «excesos». A esta declaración siguen una asamblea militar y un pronunciamiento en el que se afirma que los militares no serán investigados y se acusa de «enemigos del régimen republicano democrático» a quienes solicitan investigar, juzgar y castigar la tortura y muerte de Luis Batalla. Poco después de este llamado al orden, el Poder Legislativo aprueba la Ley de Seguridad del Estado, que le da carácter permanente al fuero militar y a la suspensión de las garantías individuales.

[43] Hay algunos trabajos excepcionales como *El tigre y la nieve*, de Fernando Buttazzoni (1986), que, aunque se sitúa en Argentina, recupera la historia de una militante uruguaya; *Un día, una noche, todos los días*, de Mirta Macedo (1999); *Crónica de una derrota*, de J. J. Martínez (2003); *El furgón de los locos*, de Carlos Liscano (2007).

[44] Jean Franco realizó un estudio de este problema en *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin American in the Cold War*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, cap. 10 «Obstinate memory: tainted memory», pp. 234-259.

[45] Jean Franco, o. cit., p. 242.

[46] Primo Levi, Robert Antelme, Arthur Koestler, Alexander Slolzhentsyn, entre los más notorios.

sentido.[47] Tal vez por esas razones el esfuerzo de decir sobre la tortura produce testimonios estereotipados, descriptivos de situaciones desencarnadas; unas formas de decir que se interpretan como la imposibilidad de soportar o hacer soportar a otros esa realidad llamada tortura.

La palabra de las rehenas no escapó a esas formas elípticas, pudorosas y cargadas de recelos; nosotros afrontamos el desafío de comunicación con respeto hacia ellas y por la investigación.

No obstante las diferencias entre unas y otras, resulta incontrastable que todas las rehenas, al igual que cientos de militantes detenidos durante 1972, sufrieron en sus cuerpos la nueva violencia del Estado desde la captura y por muchos meses.[48] Las once rehenas fueron detenidas en episodios de mayor o menor violencia durante ese año 1972. Todas fueron torturadas a lo largo de dilatados períodos y de manera especial cuando fueron rehenas, aunque los patrones de tortura difirieran en función de una suma de variables entre las que siempre lo decisivo era la voluntad de los militares.

Cristina Cabrera, Flavia Schilling, Yessie Macchi y Gracia Dri fueron gravemente heridas durante su captura, por tanto todas ellas hicieron un pasaje por el Hospital Militar. María Elena Curbelo debido a su precario estado físico también arribó al Hospital Militar rápidamente.

La internación en el Hospital Militar no significaba el fin de la tortura. Para algunas de ellas era apenas una suspensión, como lo fue para Yessie Macchi, Cristina Cabrera y Flavia Schilling. Pero siempre retornaban a la tortura o vivían, como María Elena Curbelo, en una situación que calificó de «tortura permanente».

Como «agujero negro» más denso que lo referido a los castigos físicos y psicológicos se encuentra el hecho de que la tortura, en especial

---

47 «...la tortura actúa siempre como interrupción de todo sentido. Y cuando se la puede contar quiere decir que se está de regreso en el mundo del sentido. En otras palabras, ese paso es tal que del otro lado ya no hay más lenguaje, no hay más imagen [...] no puede ser un relato verdaderamente completo, pues la vivencia de la interrupción del sentido *no se puede decir*». Miguel Benasayag. *Utopía y libertad*. Buenos Aires: Eudeba, 1998, p. 29. «La tortura se sitúa en la bisagra que articula al cuerpo de carne y sangre con el cuerpo social, y la palabra que sella el contrato tácito y explícito entre individuo y *socius*. La amenaza omnipresente del cuerpo en agonía determina una nueva relación con la palabra: el consentimiento por sumisión, la adhesión por la violencia, el suplicio por la trasgresión, el simulacro como impostura adaptativa.» Viñar, o. cit., p. 135.

48 Las luchas entre poder y resistencia se producen en muy variados escenarios materiales y simbólicos, pero cuando las personas son aprisionadas ese territorio pasan a ser sus propios cuerpos. Sanseviero, o. cit.

con las mujeres, tomó carácter de agresión y humillación sexual. Explícitamente se las castigó porque siendo el cuerpo de la mujer «portador de la vida» ellas lo pusieron, según la versión de los militares, «al servicio de la subversión y la muerte».[49]

Las violencias vinculadas a la sexualidad son un elemento constitutivo de la situación de tortura para hombres y mujeres, aunque en la mayoría de los testimonios aparece dicho con eufemismos o pasado rápidamente de largo.

La mayoría de las rehenas refieren haber sufrido esas violencias en una gama de situaciones en las que aparecen desde la agresión verbal, la amenaza explícita o implícita de violación, al «manoseo» del cuerpo concentrado en las partes más sensibles desde el punto de vista simbólico, hasta en un caso la violación entendida como una agresión genital consumada.[50]

Para las mujeres prisioneras la violencia sexual está presente hasta en las más inocuas de las situaciones que componen la vida en la cárcel, y se prolonga mucho más allá del momento de la tortura con fines de interrogatorio. Existe siempre como amenaza latente, de manera especial cuando se encuentran a merced de los captores y fuera de todo control social.

> ... el acoso sexual permanente en los calabozos. Eso es duro, eso sí es duro porque a veces no tenés escape ninguno, porque puede pasar cualquiera por ahí y ver que quiere entrar en un calabozo. Si es un oficial no tenés escape ninguno, o un suboficial [...] El acoso sexual es una de las cosas más duras. Y aunque no llegue a culminar en una violación o en un manoseo, de cualquier manera estás siempre calculando qué vas a hacer o qué podés hacer o qué podés decir para evitar caer en una situación de la cual después no tenés salida. Yo una cosa que aprendí, estando sola en un lugar, sin compañeros, es a callarme la boca, no hablar ni tratar de defenderme ni nada. Porque eso puede llevar a situaciones de muerte incluso. Estando en un calabozo rodeada de compañeros gritaba... (Yessie Macchi).

---

[49] Dice un oficial de las Fuerzas Armadas: «No había mas remedio que traer las mujeres porque eran combatientes, eran tan soldados, tan aguerridas [...] podía haber sido el Pepe [Mujica] o [Antonio] Mas Mas, cualquiera de esos que tienen un montón de boletas». En entrevista para la película *Decile a Mario que no vuelva*, de Mario Handler.

[50] En varios documentos Yessie Macchi formula la misma declaración: «[un militar la interpela]: usted no me va a decir que en los cuarteles se violan mujeres [Yessie Macchi]: me vinieron ganas de decirle muchas cosas en ese momento porque yo misma había sido violada en un cuartel dos veces...». En entrevista para la película *Decile a Mario que no vuelva*, de Mario Handler, y en «Sobre Yessie Macchi», de Fabián Werner, *Cuadernos de la historia reciente*, Montevideo: EBO, 2007.

Si Yessie Macchi revela la soledad del calabozo como un peligro especial para las mujeres prisioneras, Lía Maciel llama la atención sobre las maneras en que se relacionan múltiples actos o situaciones de la vida cotidiana con las violencias asociadas a su condición de mujeres: «el baño», «las miradas», «las palabras», «la juventud»:

> ... El baño lo mismo, te llevaban al baño tres veces por día, [...] Bueno, y llegabas al baño, y eran milicos hombres. Nosotros ahí no teníamos a las soldados. Y te dejaban la puerta abierta, o te la abrían por gusto, era, esa parte espantosa, desagradable. No es violación. Es ultraje. Porque es la mirada, el mirarte, el decirte cosas o insinuarte cosas y la amenaza. Para mí la tortura no es [solo] el interrogatorio, la tortura fue toda la cárcel. Si vos te ponés a pensar fríamente lo que hacían los tipos, que se dedicaron a torturar gente durante trece años. No picana, sino en otro sentido. Yo creo que lo fundamental de ahí es esa situación de incertidumbre, de inseguridad, de que no sabés qué va a pasar mañana. Era una situación, ellos tenían todo unas películas de nosotros. Lindas por ser jóvenes, no es porque fuéramos lindas. Quiero decir que en esa situación concreta estábamos regaladas... (Lía Maciel).

Las experiencias de las rehenas y otras mujeres presas en nuestro país y en países vecinos, así como variados testimonios, revelan lo que la mirada de los guardias representa para una mujer en cualquier circunstancia de su permanencia en unidades militares, sea en el baño o a través de la mirilla o ventana de la celda. Esa mirada condensa para esa mujer los significados dominantes sobre lo masculino-femenino, y al mismo tiempo actualiza la totalidad de las experiencias de violencia recientes en la tortura.

Cristina Cabrera atribuye a su precario estado de salud y a su actitud el no haber recibido agresiones sexuales directas, aunque dice saber que su experiencia difiere de la de otras compañeras.

Varias de las rehenas se refieren a la tortura de manera circunspecta, escatiman detalles, no hacen grandes descripciones épicas al estilo de algunos testimonios de hombres; tienen gran cuidado de no recaer en la victimización o autocompasión.

Muchas veces es necesario asomarse por encima de la barrera de pudor para imaginar la vida en situación de tortura. Tal es el caso de Alba Antúnez, quien se refiere veladamente a las torturas, no las describe y casi no las menciona.

> Como siempre pasa, bueno, tuve todos los primeros interrogatorios, que fueron en los mismos términos que en cualquier lugar, que eso también es real, más allá de que ahí se hubieran dado las negociaciones[51] [...]
> —¿Te referís a que te torturaron?
> —Sí, claro, sí. Eso fue igual, igual, como en todo el Uruguay... (Alba Antúnez).

Alba refirió el significado de *vivirse mujer* en esos momentos como un elemento más de tortura que utilizaron los militares.

> ... yo no me iba a sentir más degradada porque me manosearan que porque me azotaran con una manguera... me toca esto como capaz... que a un compañero que estuvo operado le van a tratar de abrir donde tuvo la herida... (Alba Antúnez).

Esa manera de exponer la situación de tortura parece haber sido una actitud asumida por muchas de ellas desde el momento mismo de ser detenidas y torturadas, también como una forma de resistencia a las representaciones de lo femenino dominantes en los medios militares. Flavia Schilling recuerda que ellas trataban de no permitir que se les diera el lugar de víctimas, que se sentían y actuaban como personas responsables de sus propias decisiones, rechazaban el trato como si fueran un «rebaño de mujercitas arrastradas o engañadas» por sus compañeros sentimentales.

Algunas rehenas fueron más elocuentes y comunicativas. Yessie Macchi recuperó recuerdos de sus prolongadas experiencias en la tortura. Cayó herida y embarazada, fue golpeada en el mismo lugar de su detención, pateada al extremo que perdió el embarazo; tuvo doble fractura de fémur por lo que fue operada y enyesada, pero antes sufrió la tortura psicológica de enterarse de la muerte de su compañero Leonel Martínez Platero por una foto que le tiraron en la cara diciéndole que habían traído un «fiambre» de Parque del Plata y preguntando con sorna si no sería su «macho». A los cinco meses le sacaron el yeso y la torturaron en el Batallón 2 de Infantería y después en la Región n.º 1. Los torturadores fueron un equipo mixto de oficiales:

> Me desnudan completamente. Me golpean con lo que quieren. Me zambullen. Me manosean. Utilizan mis genitales para practicar el vejamen

[51] Se refiere a las negociaciones entre el MLN y los oficiales del Batallón Florida, donde fue detenida. Véase Samuel Blixen, *Sendic*, pp. 260-274.

> que se les ocurra. Las sesiones duran seis horas. Una de descanso. El médico me toma la presión, cura heridas, me palpa el corazón. Dos veces por día viene la comida. No quiero. Me embuchan.[52]

Miriam Montero fue explícita con respecto a las torturas padecidas: submarino, picana, carreras encapuchada contra una pared con ganchos de claraboya y —lo recordó angustiosamente— en el Batallón Florida el submarino con tabla. Ese tipo de submarino, atar la persona a una tabla y volcarla inclinada en un tacho con agua, hace que el torturador pierda la medida de la respuesta del torturado porque no siente la fuerza que hace el primero hacia arriba, como sucede en el submarino común. Miriam dejó de sentir las extremidades inferiores en un momento determinado. Luego de esta experiencia, creyeron que tenía daños neurológicos severos.

Stella Sánchez fue sometida en sus interrogatorios a simulacros de fusilamiento, submarino y golpes; lo que recordaba con más angustia era la capucha, porque sufría de claustrofobia y se ahogaba. De todas maneras duró poco, porque, según ella, rápidamente se percataron de que era una periférica sin conexiones. Estuvo en la tortura desde abril, mes de su caída, hasta agosto, cuando la trasladaron al kilómetro 14.

Elisa Michelini entregó una versión parca de sus períodos de tortura. Recordó que en el momento de la detención «solo» fue torturada psicológicamente, entre otras formas le mostraron a los compañeros torturados, torturándolos frente a ella, «destrozándolos» delante de ella. Posteriormente es sacada para el centro clandestino de torturas conocido como «casa de Punta Gorda» («infierno chico», en la jerga de los detenidos de 1975), donde afirma haber sufrido por primera vez tortura física. Al cabo de un mes es incorporada a la ronda —rehena— junto a Yessie Macchi en el Batallón Florida. Aunque ella no aporta detalles ni formula apreciaciones sobre la tortura recibida en esa segunda ocasión, Yessie recordó que al encontrarse «Elisa venía de la tortura directamente, venía de la casa de Punta Gorda, que yo ya les conté que yo ya había estado ahí también. Venía, en mi recuerdo por lo menos, venía deshecha, pero no deshecha de la cabeza, deshecha físicamente, ella era un trapito…».

Gracia Dri fue operada de la herida en la columna sin anestesia en el Hospital Militar, y antes de estar plenamente recuperada fue trasladada primero a Jefatura de Policía de Montevideo y después al 6.º de Caba-

---

52 Mónica Bottero. *Mujeres*. Montevideo: Monte Sexto, 1988, p. 55.

llería. En ese lugar fue torturada física y emocionalmente. Le pisaban los pies descalzos con botas militares, lo cual mereció este comentario en su recuerdo: «... pero no me los rompieron, por suerte...»; también menciona haber sufrido «submarino seco» y simulacros de fusilamiento. Su evocación de esas experiencias carece de adjetivos.

María Elena Curbelo a partir del momento en que fue detenida vivió su enfermedad como la tortura mejor administrada por sus captores:

> ... después ahí sí empiezan los interrogatorios para mí; la picana me la hicieron ahí. Ahí había un capitán, Carbone, es el nombre que más recuerdo, y bueno, ellos buscaban puntos sensibles. Tanto a mí como a la otra compañera, por ejemplo, las encías, la lengua, la boca, yo tenía dos caries recién arregladas y voló la pasta. Después conmigo fue eso y la columna, y después en la médula en la espalda, porque como no tengo protección.[53] Entonces ahí a los dos o tres días, como la médula está debajo de la piel, tuve como una reacción meníngea, o sea empecé con mucho dolor de cabeza, por irritación de la médula, y con vómitos. Ahí fue la primera vez que me llevaron al Hospital Militar. Y bueno, esa historia se repite varias veces. Yo me descompenso, me llevan, me recauchutan, y vuelvo. Después de esos dos primeros meses que fueron bastante duros empiezo a repetir el problema que tuve de niña, fue como que lo que se hubiera arreglado se desarreglara. Empiezo a caminar con dificultad, a renguear y a tener problemas para orinar. Los problemas de la médula te pueden provocar o incontinencia o retención, y ahí empiezo a no poder orinar. Me llevan de vuelta, muchas veces al hospital y vuelvo. Siempre volvía al kilómetro 14. De repente al kilómetro 14 iba alguien de alguna otra unidad a interrogarme. En un momento en el kilómetro 14 me pasan a enfermería con las compañeras y ahí yo ya no orinaba nada y me ponen sonda permanente. Como no había pincita para cerrar la sonda le ponían una ampollita para taparla. Yo la tenía que destapar y vaciaba la vejiga así, pero la sonda hay que cambiarla cada ocho días, y en un momento tuve como una bolita adentro que se pega si no la cambiás, y en un momento hice una complicación porque estuve como un mes sin que me la cambiaran. Entonces ahí las compañeras se movilizaron. Hubo prácticamente casi una huelga de hambre para que me llevaran al hospital, vinieron con todo un simulacro, me subieron en una parihuela, me sacaron de la enfermería diciendo que iba para el hospital y me metieron en un calabozo. Ahí vino otro médico, un urólo-

[53] Hace referencia a la zona donde fue operada de niña y su «médula» quedó expuesta, apenas cubierta por la piel.

go, pero ahí estaba funcionando como médico asesor de las torturas, y me la saca, dice: «Está tapada», y la deja. Ese calabozo habían querido hacerlo medio como si fuera para enfermos pero no era; habían puesto una cama y algo como si fuera una mesita de luz, polvorienta, mugrienta, horrible, él me saca la sonda, la deja ahí, viene, la destapa y esa misma sonda me la vuelve a poner, con lo cual me agarré una infección impresionante. Y después al final como al mes y medio me cambian la sonda. Después ahí mismo tuve otro interrogatorio, que lo recuerdo y me da como un escalofrío. Fue con Gavazzo[54] y me dijo: «¿Vinieron de otros lados, no? Vinieron de la Marina, ta, ta. Bueno, ahora vienen de la CIA». Él se autodenominaba de la CIA e incluso me muestra un yesquero que decía CIA. Y el mecanismo que usa para interrogarme es empezar a jugar, sacarme la tapa y jugar con la sondita. Decía que me iba a echar ácido si no le contestaba. No cumplió ninguna de sus amenazas, pero igual el chucho lo sentís, y siempre me quedó esa imagen de él jugando con la sonda y yo esposada... (María Elena Curbelo).

Cristina Cabrera afirma no haber pasado «por la máquina»:

... a mí no me torturaron, porque el Pajarito Silveira lo intentó y Gavazzo también, y yo le dije: «¿Ahora? Yo caí en julio y estamos en octubre. ¿Qué querés que te diga? ¿De qué? Si ya no queda nada»... (Cristina Cabrera).

Sin embargo sus compañeras recordaron que el estado de salud en que fue detenida —baleada y con el hígado deshecho—, unido a la falta de atención y el trato rutinario en los cuarteles, constituía un riesgo cotidiano para su vida. Durante esos meses y también durante la ronda su vida estuvo centrada en evitar la muerte.

Con diferencias significativas en las experiencias concretas que cada una afrontó, los testimonios revelan las maneras diferentes con las que en cada una de ellas se realizaba el programa destructivo llevado adelante contra las personas en el marco de la guerra sucia.

Después de los primeros tiempos de interrogatorios, que en la mayoría de los casos se produjeron en un régimen de torturas que no tenía antecedentes en la experiencia de estas mujeres ni de la propia organización, casi todas las rehenas fueron confinadas junto a centenares de

[54] José *Nino* Gavazzo es uno de los militares uruguayos que más testimonios de torturador tiene en su haber. Véase por ejemplo Taller, testimonio y memoria del colectivo de expresas políticas. *Los ovillos de la memoria*. Montevideo: Senda, 2006, capítulo «Viaje a la noche», pp. 89-118.

otras presas en diferentes unidades militares hasta converger en enero de 1973 en el penal de Punta de Rieles.

La estadía en los cuarteles representó en muchos aspectos la continuidad de las torturas, sea porque algunas fueron interrogadas y torturadas nuevamente —porque esa posibilidad estaba siempre presente para cualquiera de ellas, porque convivían con los militares torturadores—, sea porque en las unidades debían soportar la tortura a otras personas.

Los cuarteles fueron escenarios de nuevas experiencias que las rehenas valoraron de maneras diferentes. En primer lugar fue el encuentro con la situación de reclusión en que un colectivo muy diverso comenzó a experimentar los desafíos de la convivencia humana y política en condiciones de derrota y en un estricto régimen militar.

> Después [de la máquina] fui a parar ahí al Florida y a fines de setiembre nos llevaron a todas las mujeres para el 9.° de Caballería. Porque ya habían empezado las negociaciones por todo el tema de los ilícitos, que ya cuando yo caí estaban en eso, estaban conversando, se estaba viendo. En el noveno estuvimos hasta el verano más o menos, que nos llevaron a una gran parte de nosotras al kilómetro 14. Ahí en el noveno era un enorme barracón de los soldados. Éramos 150 mujeres metidas ahí adentro, en cuchetas de a tres y de a dos. Un hacinamiento, estaban pegaditas las cuchetas. Después nos llevaron a la Escuela de Armas y Servicios a algunas y a otras a la enfermería, y después de ahí a Punta de Rieles, por febrero de, del 73... (Lía Maciel).

En primera instancia fue un encuentro marcado por la necesidad de autoorganizarse, curar heridas, fortalecerse en lo personal y como colectivo. Para algunas una última oportunidad de intentar incidir en la política. También fue la primera oportunidad de debatir la política, cuestionarse y revalorizar las opciones hechas.

Muchas evocaron las «pequeñas» resistencias que les permitieron tomar un lugar de lucha frente a los militares. En el noveno les ofrecieron pasar la mayor parte del día al aire libre y salir del hacinamiento a cambio de que lavaran la ropa de los soldados. Después de discutirlo colectivamente la respuesta fue negativa:

> ... como funcionábamos políticamente, viene la propuesta, donde la divulgamos a todas las compañeras que se discuta. Las 150 discutieron. La posición que sale es que no aceptamos la propuesta porque ropa de milicos no lavamos, una cuestión de principios (Lía Maciel).

En la Escuela de Armas y Servicios del Ejército —situada y conocida como «kilómetro 14»— reunieron una gran cantidad de mujeres, amontonadas en viejos vagones de trenes, en cuchetas dobles y con las ventanas tapiadas. El calor era asfixiante y las condiciones higiénicas mínimas. En esa situación, un día cuando se servía el «rancho cuartelero» en una enorme olla, las presas encontraron que había un trapo adentro.[55]

La reacción fue unánime: se negaron a comer, pidieron hablar con los oficiales y ante la orden de comer eso o quedarse sin comer, afrontaron en ayunas el plantón, que fue el castigo por ese enfrentamiento.

Los recuerdos de algunas de las rehenas traen a primer plano otros registros de ese primer pasaje por los cuarteles.

> Una barraca grandísima, con cuchetas de tres camas, unas pegadas con otras de forma que teníamos que entrar por los pies de la cama. Juntaron a todas las mujeres de todos los cuarteles ahí. Fue una locura. Parecía ciencia ficción. Muchas compañeras en estado psicológico crítico gritaban durante la noche, lloraban por sus hijos o sus parejas. El comportamiento era caótico. Algunas más fuertes trataban de organizar, consolar, dar palabras de aliento. Al principio un grupo intentamos hablar, poner orden, llamar la atención sobre la solidaridad y el compañerismo, que la comida debía alcanzar para todas. No fuimos escuchadas por la mayoría. Me quedé alrededor de quince días encima de mi cucheta viendo cómo hacían la cola y cómo algunas trataban de poner orden en ese caos. Cuando terminaban de comer, yo bajaba, juntaba la grasa de los platos y comía con pedazos de galletas que quedaban por arriba de una mesa. Cuando el comando se dio cuenta que no daban abasto con la cantidad de gente, dejaron que nos comunicáramos por carta con la familias y pidiéramos comida. Allí se regularizó un poco la situación y empecé a «llegar» al guiso. Con los paquetes que traía la familia empezamos a hacer intercambios con lo que teníamos de más por lo que teníamos de menos. Empezamos también con la rotación para limpiar el piso y los baños. Todo tomó un cierto aire de normalidad, pero la psicosis era grande. Empezaron a correr rumores, que fulanita era traidora, que menganita se había acostado con un milico, que zutanita estaba rayada, que a aquella le habían robado el hijo, a otra le habían matado el compañero, que había discusiones por quién tomaba el comando ahí adentro... por todo. El clima era de desconfianza, de persecución. Ahí nos empezamos a dar real cuenta de que habían terminado con la organización y de cuántas limitaciones teníamos como personas... (Stella Sánchez).

---

[55] «Rancho» es el nombre que recibe la comida que se sirve diariamente a la tropa. Es un alimento basto, de baja calidad y servido groseramente. En el caso de las y los prisioneros esas cualidades se agravaban con la escasez y mayor merma de la calidad.

También amargo es el recuerdo de Gracia Dri de ese primer período:

> ... cuando yo llego al 9.º de Caballería después de todo lo que había pasado, los interrogatorios y todo. La gente que estaba ahí adentro que se suponía que eran compañeros, para mí eran compañeras todas, pero yo era una idiota. Te robaban las cosas, no te querían dar de comer. ¿Sabés lo que te decían? Habían recibido comida, nosotras veníamos del 6.º de Caballería y nunca nos habían entregado un paquete con comida, apenas cuando nos daban un paquete con ropa era una fiesta. No habíamos visto una fruta durante no sé cuántos meses y no te digo una torta que te mandan de tu casa. Decían que no convidaban porque tenía valor afectivo... [...] Con Luce Fabbri y yo que nos hicimos terribles amigas en la cana ahí y les hicimos un *sketch* a todas las otras, a las que estaban ahí de lo egoístas que eran (Gracia Dri).

Sin embargo Gracia recupera también el progreso del sentido de solidaridad, la unidad y el cambio de los estados de ánimo.

> ... cuando estábamos en el 6.º de Caballería yo era la voz cantante y estaba para conseguir algo para las compañeras, conseguir un baño caliente... yo no tenía problemas de hablar. Como yo estaba baleada, mejor que me quemara yo y no otro. Cuando íbamos al 9.º de Caballería habían designadas por los milicos, quienes iban a ser las representantes no hacían nada, era gente colaboradora, gente buena pero sin ningún concepto. Por eso después dimos un golpe interno. Después sacaron a la mitad, éramos 270 mujeres ahí adentro de una barraca y sacaron la mitad y se las llevaron para el 1.º de Infantería o el 3.º de Infantería y dejaban la otra mitad. Yo fui una de las que me quedé y seguí yo siendo como representante, pero no era yo sola, hablábamos con los milicos si había algún problema. Con Luce Fabbri éramos muy gurisas en nuestra manera de ser. Yo tenía 22 años pero era muy gurisa, nos pasábamos poniendo el plantón por ejemplo, entre nosotros, organizamos una guerrilla de agua, cosas idiotas, hacíamos sombras chinas, nos tirábamos de la cucheta de arriba para el piso con las frazadas y hacíamos, y todo el mundo se cagaba de risa, un montón de pavadas, pero bueno, al final este quedaste marcada... (Gracia Dri).

Durante el pasaje por los cuarteles, algunas de ellas vivieron algunos de los intentos del MLN de incidir en la oficialidad militar. Eran los mismos militares que las habían perseguido, capturado, interrogado, torturado y que las mantenían como un bien muy preciado en la disputa

que se desarrollaba en ese momento entre las diferentes unidades militares por ver quién tenía mayores éxitos en la lucha contra los «tupas».

> Yo creo que una cosa que nos marcaba bastante era que hasta ese momento nosotros no encasillábamos demasiado a la gente. A nosotros no nos parecía descabellado que gente de muchos lugares, incluido el Ejército, pudiera tener la posibilidad de pensar en una salida diferente a matarnos totalmente entre los dos bandos [...] Ya no sé cómo calificarlos. Pero estaban muy profesionalizados en todo eso. Ellos te decían que la primera etapa de la tortura debía existir y punto. «Si yo si no torturo, vos información no me vas a dar, así que yo tengo, en principio, que sacarte. Después vemos qué más.» Eso te lo decían tal cual. Eran muy profesionales, hacían toda la primera etapa de tortura y veían hasta dónde ibas a dar y después ta, llegó un punto que bueno: «Aquí paramos y entonces te decimos que estamos en otra». ¡La cabeza era esa! Una especie de pragmatismo terrible en el medio de una batalla. Pero era así (Alba Antúnez).

Mediante una singular alianza entre captores y presos, algunos dirigentes tupamaros creyeron abierta la posibilidad de seguir incidiendo en la política, esta vez utilizando las armas del Estado. Ese proceso tuvo su primer episodio en la llamada «tregua» del mes de julio, instancia en la que algunas de las rehenas participaron todavía en la clandestinidad y otras, ya en los cuarteles.

> ... Y la mayoría de nosotras teníamos una posición muy «nosotros estamos de este lado y ellos están del otro» y no hay transa. Quizás no fuera muy política, algo muy clásico, ¿no?, pero era un poco lo que la mayor parte de nosotros pensábamos. Veníamos de experiencias muy distintas incluyendo las que caían en distintos momentos. Creo que hace mucho a esto. Por ejemplo el período de la tregua lo viví afuera y sinceramente cuando salió, el compañero que salió, uno de los que salió con la propuesta de las condiciones para la tregua, sentí que eran inadmisibles. Entonces afuera lo vivimos con mucha indignación eso. Ahora, después que caí presa y vi lo que era adentro la situación, entendí por qué desde adentro de repente podían tener esas variables sobre ese punto. Pero también yo creo que desde ahí se perfilan como diferentes enfoques políticos y diferentes análisis de la realidad. Lo que también lleva por ejemplo a que se embarquen en todo este tema de los ilícitos, de trabajo con los ilícitos, y bueno, y también ahí hay diferencias, ¿no? Yo siempre me quedé muy contenta de que me hubieran llevado al noveno y que hubiera zafado de eso, porque para mí en ese momento eso era una cosa que no me cabía en la cabeza... (Lía Maciel).

Alba Antúnez recordó haber manejado con otra flexibilidad las negociaciones de la tregua y sus potencialidades políticas.

> Nos llegó la información y la propuesta de la tregua, y la sentimos real, en la piel, porque de estar cayendo permanentemente gente, eso cesó por un tiempo y la tregua se dio tal cual. No nos cerramos a ninguno de los planteos aunque teníamos terrible desconfianza y teníamos claro que no eran negociables determinados puntos que tenían que ver con el sustento mismo de nuestra lucha y no eran negociables los compañeros ni las armas, rendirnos. El desbarranque total se daba en medio de planteos de estas características, con un pueblo muy convulsionado, y es difícil decir cuál era la estrategia porque estábamos siendo derrotados militarmente, lo cual es solo un aspecto del tema, y teníamos claro que políticamente todavía no estábamos derrotados. Nosotros éramos interlocutores válidos, y muy válidos porque nadie teniendo el 99 % o el 98 % de la organización en sus manos dice «vale la pena hablar con esta gente» si realmente eso no va a tener consecuencias políticas serias (Alba Antúnez).

Sobre la misma propuesta de tregua, María Elena Curbelo recuperó nítida su posición contraria a negociar con los militares.

> Claro, yo lo viví afuera. En ese momento se consulta la opinión a los que eran más viejos, en el sentido de lo que se plantea por parte de los militares de Florida de la entrega de los clandestinos viejos, de la dirección, una claudicación pública, y que a cambio de eso ellos iban a hacer parte de lo que era la plataforma del MLN, en el sentido de nacionalización de la banca y la reforma agraria. Iban a asumir el lugar de la revolución. Y bueno, en ese momento los que estábamos afuera todo el mundo fue muy clarito a decir que no… (María Elena Curbelo).

Yessie Macchi tuvo oportunidad de dialogar con sus captores, pero no compartió la iniciativa de la «tregua». Se encontraba recluida en el Hospital Militar, alternando tratamiento médico con interrogatorios y torturas, en un calabozo especial donde recibía la visita periódica del coronel Ramón Trabal. En una entrevista periodística reveló detalles de su postura al respecto. «Fue muy interesante todo lo que conversamos, me enteraba por él de todo lo que pasaba en los distintos cuarteles, de las negociaciones del MLN con los milicos, incluso quiso llevarme cuando las negociaciones para el Batallón Florida y yo me negué porque no estaba de acuerdo con ellas.»[56]

---

[56] «En esos días no podía pensar, lloraba.» Fabián Werner. *Cuadernos de la historia reciente*. Montevideo: EBO, 2007, p. 24.

En la misma dirección se manifestó Lía Maciel.

> … La tregua fue en julio. Tregua que por otra parte no respetaron. Yo estaba en un local en ese momento, en Manga, y por ejemplo ahí la tregua fue rota cuando nos fueron a buscar ahí. Salimos con un tiroteo, mataron a un compañero, Cristina Cabrera se salvó pero quedó hecha un colador y de ahí fue al hospital y quedó con un cuarto de hígado (Lía Maciel).

Otras presas asumieron con convicción política esas instancias de negociación y posible convergencia con los militares. Especialmente la singular alianza que se tejió en el Batallón Florida alrededor de los «ilícitos económicos».

> En las conversaciones para la tregua yo no estuve. Pero en lo de los ilícitos sí. Nosotros teníamos cantidad de datos porque nosotros teníamos un servicio de inteligencia de la gran siete, y teníamos compañeros en todos lados. Legales que trabajaban acá, allá, y bueno, entonces durante un tiempo la historia era todos los días nos reuníamos ahí en el Florida para trabajar juntos y después quedó como que en la nada… (Raquel Dupont).

Alba Antúnez recupera un vívido recuerdo de las condiciones en que se produjo aquella colaboración en la investigación de los ilícitos económicos, sus expectativas y condicionantes.

> Pasada la primera etapa de torturas se dio que vi a Amodio en un interrogatorio, lo vi uniformado. Cuando terminó esta primera etapa de interrogatorios me plantearon su versión de las cosas. Yo sabía todo desde antes de caer, pero me hice la que no. «¿Vos sabés quiénes somos nosotros?, porque nosotros somos unos tipos bárbaros. Que nosotros hay parte de lo que ustedes plantean que estamos de acuerdo, lo que pasa es que no estuvimos de acuerdo con cómo lo plantearon al final, que al principio todo muy bien —todo ese, todo ese rollo muy sólido—, que al principio todo muy bien y que después no, porque se la agarraron con nosotros, y que nosotros nos vemos obligados a hacerte lo que te hicimos. Pero acá hay muchos compañeros tuyos que ya están conversando con nosotros…» Y me cuentan todo, en su versión, de todo esto. Entonces yo les dije que no les creía nada de lo que me están planteando porque ellos me acababan de torturar, que no tenía por qué creerles. Después más adelante se dio el tema de los ilícitos. Esa era la cabeza nuestra, dentro, y de los compañeros que estaban ahí. Que todo eso era trabajar para meter una cuña. Era una cuña grande

> porque en realidad había cabezas muy diferentes y había una parte a trabajar políticamente, como trabajás cualquier sector. Hay que seguir para adelante, hay que seguir abriendo cabezas, que vean qué es lo que hay. No sabíamos cuál iba a ser la salida final de todo aquello, el golpe de Estado no estaba dado. Lo que para nosotros era importantísimo era que estábamos juntos. Estábamos en un barracón grande y no solo no estábamos torturados, sino que era como una presión de nuestra parte que no se torturara en ningún lugar. Era una de las premisas. Y nuestro contacto con el afuera era imprescindible para saber qué estaba pasando en ese plano. Yo recuerdo que a nosotros nos llegó una información en aquel momento de torturas en el interior y ahí dijimos no se hace más nada... (Alba Antúnez).

En las cartas de Flavia Schilling emergen perfiles muy nítidos de la expectativa que había despertado en algunas y algunos de los presos tupamaros la «tendencia progresista» en las Fuerzas Armadas. Las cartas de Flavia son explicadas en notas a pie de página por su hermana Claudia Schilling:

> *Esta euforia, generalizada entre os tupamaros presos, se inspirava na já mencionada tendência peruana dos oficiais jovens. Num dado momento, a sintonia entre a direção de MLN (na prisão) e setores da oficialidade chegou a concretizar-se em planos comuns, com o projeto do porto de aguas profundas de La Paloma, elaborado por engenheiros tupamaros e divulgado por* Mate Amargo, *publicação que refletia o pensamento dos oficiais progressistas. A tendência progressista foi finalmente derrotada e o regime uruguaio se transformou no mais repressivo da América Latina.*[57]

Con independencia de las valoraciones políticas que alentaran o desalentaran expectativas sobre coincidencia con corrientes militares, las posiciones de las presas están atravesadas por la experiencia de la tortura. Ya sea para rechazar todo diálogo con los militares o para utilizar el diálogo como una forma de parar la «máquina» —aunque sea temporalmente—, la tortura es el núcleo ordenador de la vida de las prisioneras y los prisioneros durante aquel período.

---

[57] Claudia Schilling, en Flavia Schilling. *Querida libertad.* San Pablo: ED. GED, 1980, p. 21.

En suma

Este conjunto de mujeres jóvenes transitaron la persecución y sus últimas clandestinidades, la tortura y el pasaje por los cuarteles forzadas a afrontar en la incertidumbre una realidad política que cambiaba vertiginosamente sin que pudieran ejercer ya control sobre los acontecimientos externos. Sí podían, y lo afrontaron inmediatamente, construir su propio espacio de resistencia en el interior del nuevo poder terrorista que se estrenaba en sus cuerpos y personas. En medio de cambios y mutaciones políticas sin precedentes en el país, debieron descubrir sus capacidades de resistencia a la prisión prolongada en manos de un poder decidido a arrasar lo que representaba el principal sentido vital de las y los prisioneros políticos: hacer una revolución.

Capítulo IV

Un gran misterio, el nuevo lenguaje del poder

La fecha de inicio de la ronda de rehenas habría sido el 20 de junio de 1973, según recuerdan las protagonistas y otras entrevistadas.

Ese día fueron secuestradas de la cárcel de Punta de Rieles, sin explicación ni motivo evidente, Alba Antúnez, Cristina Cabrera, Flavia Schilling, Gracia Dri, Yessie Macchi, María Elena Curbelo, Raquel Dupont y Stella Sánchez. En setiembre de ese mismo año iniciaron su ronda nueve hombres dirigentes del MLN que estaban recluidos en la cárcel de Libertad. En marzo de 1974, después de ser torturadas en un cuartel, son pasadas a condición de rehenas Lía Maciel y Miriam Montero, quienes estaban recluidas en Punta de Rieles desde 1973. Elisa Michelini es la mujer rehén número once a partir de setiembre de 1975; estaba recluida en la cárcel de Cabildo y antes de ser incorporada a la rotación fue torturada en un centro clandestino.

No hay respuestas concluyentes a las preguntas sobre por qué fueron quienes fueron las primeras rehenas, o por qué la ronda comenzó con las mujeres y no con los hombres, cuando el elenco director del MLN era absolutamente masculino.

En este capítulo se analizará el contexto político en el que empieza la ronda, las diferencias entre los momentos en que se producen las tandas de rehenas y algunas hipótesis acerca de los motivos y las finalidades.

Un solo verano de felicidad

La ronda de las mujeres fue un acto de fuerza que cambió la forma en que se habían establecido hasta ese momento las relaciones entre las prisioneras y sus captores.

Cuando trasladaban al primer grupo de rehenas habían transcurrido apenas pocos meses desde la inauguración de la cárcel de Punta de Rieles como penal de mujeres. Esa cárcel había comenzado a funcionar como lugar penitenciario exclusivamente femenino en febrero de 1973, consolidando la perspectiva de una prisión prolongada para un grupo de personas que dejaban atrás la incertidumbre extrema vivida durante sus secuestros, torturas y convivencia con un enemigo con mucho odio y pocos controles.

> … [En el cuartel] estábamos juntas pero estábamos en el predio del territorio del cuartel y eso implicaba toda la amenaza permanente de la

tortura que se daba. Muchas veces te llamaban «fulana», y la llevaban y bueno... (Sonia Mosquera).[1]

La prisión fue vivida como un lugar donde reconstruir el mundo de solidaridades, recuperarse física y anímicamente, organizar la vida cotidiana con ciertos grados de autonomía y proyectarse hacia un futuro incierto pero accesible, al menos en su voluntad.

Na penitenciária a tarefa constante nossa era dar objetivo a nossa existência para não amargurarmos, porque se não a gente começa pensar na nossa juventude que estão sendo desperdiçada [...], na vida de nossos companheiros que se frustra, nos anos que tenemos que passar nesta rotina mediocre, e se termina enlouquecendo...[2] (Flavia Schilling).

Durante esos primeros meses las necesidades militares de organización y buen funcionamiento parecen dominar las decisiones de un comando que según las entrevistadas carecía de formación y experiencia.

... cuando llegamos a la cárcel fue una etapa muy especial; éramos ciento y pico inauguramos el penal de Punta de Rieles. En ese momento estaba Albornoz, que era un teniente coronel a cargo de supervisarnos. Él lo primero que hizo fue venir a hablar con nosotros. A mí justamente me pusieron en la celda donde estaba Yessie, donde estaban prácticamente todas ellas [las que serán las rehenas], ahí se establece un diálogo en el cual Albornoz se pone en papel de negociador, establece una buena comunicación para poder construir condiciones en las que nos sintamos lo mejor posible. O sea se presenta, la presentación de Albornoz es un tipo paternalista, que viene a negociar, a dialogar y además con «humildad» pregunta qué es lo que quieren [...] Punta de Rieles es el paraíso en ese momento en relación a los lugares de donde venían, era tocar el cielo con las manos... (Sonia Mosquera).

---

[1] Entrevista a Sonia Mosquera realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en mayo y junio de 2006. Sonia Mosquera es una destacada militante del MLN que no estuvo entre «las de la ronda». Su testimonio, al igual que el de Ivonne Trías (presa por su militancia en la Organización Popular Revolucionaria 33 Orientales), aporta la perspectiva de quienes estuvieron en la cárcel antes, durante y después de la ronda. Ambas militantes permanecieron en Punta de Rieles desde su inauguración hasta su cierre.

[2] Carta de Flavia Schilling fechada el 19 de febrero de 1973, en Paulo Schilling (comp.) *Querida familia*, CooJornal, 1978, p. 29.

La calificación de paraíso, con las salvedades que las propias entrevistadas formulan, se repite en el recuerdo de mujeres presas integrantes de diferentes organizaciones políticas.

> ... Cuando se inaugura [la cárcel] nos llevan desde los cuarteles. Estuve desde el primer día hasta el último. En ese primer momento vivimos esa especie de paraíso que consistía en una libertad de traslado entre un sector y otro, donde todo el mundo se movía donde quería, ibas a trabajar a la quinta, volvías. Los grupos se organizaban entre las propias presas (Ivonne Trías)[3].

Las informaciones sugieren que las necesidades militares de orden y eficacia carcelaria coincidieron con otras, de autoorganización de las mujeres presas, lo cual dio lugar a dinámicas de múltiples significados.

> ... hubo un grupo de compañeras que asumimos también la responsabilidad de la organización interna en alguna medida en forma evidente y en otra no. Ellos estaban desbordados, con mucha cantidad de mujeres con las que no sabían qué hacer, cómo organizar. Y nosotros en el afán de mantenernos comunicadas dijimos: «Bueno, rápidamente talleres de trabajo, que venga gente de todos los sectores, rápidamente la cocina». Y a su vez también empezamos en la organización política, ni que hablar, dentro del grupo. Que eso sí no era evidente para ellos. Pero era presumible en algunos casos y en otros menos (Alba Antúnez).

Para las mujeres presas un primer desafío fue utilizar los espacios abiertos dentro de la rutina carcelaria para reconstruir los vínculos políticos y personales en una colectividad difusa que afrontaba una experiencia en más de un sentido desconocida.

> ... Había también mucha confusión y los militares ayudaban a esa confusión, entonces podía haber gente que por falta de experiencia o por lo que fuera dio algún elemento, pero a su vez ellos habían creado un [ambiente que] en un primer momento parecía que medio penal acusaba a la otra mitad del penal, de que yo caí por fulana y yo... [por mengana]. Entonces, ir ordenando eso, ir limando, ir ubicando las distintas situaciones nos exigió, y creo que se hizo bien. Que no solo se entendió, sino que se contuvo, hubo un proceso de decir... «Estamos en esta situación

[3] Entrevista a Ivonne Trías realizada por Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero en agosto de 2007, Montevideo.

y tenemos que fortalecernos, no es el momento de estar señalando determinada debilidad o determinada cosa, sino estar fortaleciendo» (María Elena Curbelo).

Era un colectivo diverso y contradictorio en el que la sombra de las torturas y los interrogatorios dejó larvadas secuelas de culpas, acusaciones y desconfianzas que parecen haber sido el primer frente de batalla para la incipiente organización.

Porque el penal estaba muy sacudido. Y es lógico que estuviera sacudido, porque eran 173 compañeras en aquel momento, todas del MLN menos dos. Que muchas de ellas habían sido simplemente simpatizantes o no eran ni siquiera simpatizantes, habían prestado un auto... Venían de interrogatorios durísimos, venían todas de la tortura, y estaban las delatadas con las delatoras, todas juntas, conviviendo, todas con pesadillas de noche, con gritos. Era una situación sumamente difícil, delicada, estabas en medio de un infierno, pero nos organizamos muy rápidamente del duelo... (Yessie Macchi).

La superación de las heridas personales formaba una misma materia con la recuperación de una comunidad de visiones y perspectivas políticas.

E incrível o trabalho que dá. Existe muita gente (principalmente os «leves») que só pensa em sair e os problemas de todo tipo aparecem, desde o existencial, passando pelos psíquicos, não são muito numerosos mas existem. Existem e encham a paciência. [E dos meses depois.] Vamos de mal a pior aqui na «Punta». Ontem foram os primeiros ataques de histeria. Sabem o que é a histeria? Começa uma, continua outra, e outra, e depois ficam todas nervosas que só por casualidade não mais foram a tapas (Flavia Schilling).[4]

Uno de los atributos recordados de aquel período fue la mejora en las condiciones de vida cotidianas a partir de una disciplina de trabajo hasta cierto punto voluntaria y autónoma.

Cualquier cosa que nos ocurriera que nos devolviera un poco de normalidad era un alivio. El encuentro con compañeras, cara a cara, saber quién era quién, conocer a las «famosas». Las conversaciones eran más

[4] Flavia Schilling, carta fechada el 6 de abril de 1973, en Flavia Schilling. *Querida libertade*. San Pablo: GED, 1980, p. 23.

> tranquilas, las historias angustiantes, pero había cosa de unión y de «vamos a recuperarnos» y de esperanza a pesar de todo... Comenzamos a tener rutinas de trabajo, nos asignaron la quinta. A mí me encantaba. No importaba que fuéramos a romper terrones duros, estaba al aire libre, al sol y tenía dónde descargar mi energía. Por supuesto que todas estas cosas las fuimos conquistando con reivindicaciones Todo organizadito, al poco tiempo empezó aquel espíritu para organizarse, para trabajar y pedir, teníamos que salir, empezó a resurgir la vida... (Stella Sánchez).

También le permitió reencontrarse con sus propias capacidades de lucha por la dignidad de su vida cotidiana.

> ... nosotros éramos muy demandantes las mujeres, muy demandantes. Por ejemplo, a los poquitos días de estar ahí a nuestro sector llegó la comida y era muy escasa, faltaban ocho o nueve platos sirviendo platos normales o medianamente normales. Nosotros dijimos que la comida era poca y nos dijeron que paciencia. Dijimos que paciencia no y empezamos toda una lucha con ellos: no nos movíamos de determinado lugar hasta que no viniera la comida y el resto no comía si no venían esos nueve platos. Hasta que terminaron viniendo los nueve platos de comida. [...] nosotros éramos demandantes, teníamos diálogo con ellos en la medida de lo posible y cuando no había diálogo tomábamos medidas... (Alba Antúnez).

Esa organización de las presas que circuló entre lo permitido y lo oculto —el «funcionamiento» político— se legitimó por la conducción que ejercieron militantes prestigiosas, representativas para sus compañeras y también ante el comando de la cárcel.

> Invité a dos compañeras más y conformamos como una dirección interna de la cárcel. Eso fue en febrero del 73. Una de ellas fue Alba y la otra fue María Elena Curbelo (Yessie Macchi).

> ... Yo creo que ellos [los militares] aprovecharon esa situación, me parece que lo tuvieron en cuenta, y bueno, buscaron un acercamiento. Y yo te diría fundamentalmente Yessie, que era una figura política que tenía peso, que la llamaban permanentemente, pero muchas veces venía Albornoz a la propia celda donde estábamos, que éramos como dieciocho, y hablaba en colectivo (Sonia Mosquera).

El «funcionamiento» político constituyó un centro de la represión en las cárceles de la dictadura uruguaya a partir del golpe de Estado de 1973.

Hasta ese momento los mandos a cargo parecen haber mantenido una actitud esencialmente ambigua. Sin formalizar el «funcionamiento», de hecho lo habilitaban porque contaban con la capacidad de organización y disciplina autónoma de presos y presas para la gestión y los equilibrios básicos en la vida carcelaria. Mientras tanto los servicios de inteligencia observaban para obtener información relevante acerca de las personas presas y a veces también de los movimientos de resistencia organizada a partir de los grupos de familiares.[5] Por eso parece razonable concluir que no solamente los comandos «inteligentes» y amigables favorecerían la organización de las presas; probablemente también otras corrientes militares acumulaban información y experiencia para el futuro inmediato.

> [En ese primer tiempo las presas le propusieron al comando que hubiera una] encargada del sector, porque ahí había distintos pisos y eran distintos sectores, y entonces había que distribuir a la gente. Entonces Albornoz, me parece, que buscó la forma de que esa situación pudiera ser controlada por nosotros, entonces él pide, le pide a Yessie, que haga una lista de gente, de compañeras que le merezcan confianza de ella para distribuir en los distintos sectores y esa lista se hace... (Sonia Mosquera).

Ser observadas y reconocidas como líderes no fue una situación inadvertida por las presas, pero fue un riesgo que parecieron asumir como amortización de la organización de una vida digna y políticamente relevante en las cárceles.

> ... vos sabés que yo soy una de las últimas [detenidas] a final del 72, herida, entonces [cuando llego al penal] ya hay una dinámica estableci-

[5] La vigilancia de cada detalle de la vida de las personas presas constituyó una actividad permanente a la que las Fuerzas Armadas dedicaron extraordinarios recursos materiales y humanos. Esto aparece de diferentes maneras en numerosos relatos y testimonios. Actualmente se dispone de un recurso directo al haberse dado acceso —todavía en forma parcial y restringida— a los archivos de inteligencia. Allí puede comprobarse en forma documental cómo para cada persona presa se acumulan cientos de planillas donde aparece consignada la información pormenorizada de absolutamente todos los aspectos vigilables de su vida en las cárceles. Desde los temas que escribe y le escriben sus familiares en la correspondencia, hasta el contenido textual de las conversaciones telefónicas con sus familiares en cada visita, por citar lo más evidente. Cada anotación se acompaña de valoraciones hechas por el soldado, clase u oficial censor, para alimentar una permanente evaluación de la peligrosidad de cada persona en términos de su posible «recuperación ideológica» o actividad conspirativa en la prisión. Rafael Sanseviero (testimonio inédito).

> da, yo voy primero a un lugar y después sale una negociación para que me vaya a otro donde había algunos conflictos. Un poco en la idea de que tal vez nosotros también ayudemos a la gestión de los conflictos, y es esa la celda de que te hablo, donde hay una chica que tenía ataques histéricos, no, en fin, una celda compleja, digamos, del punto de vista emocional [...] y entonces hay un momento que, claro, eso es importante para Albornoz, incluso detectar quiénes son las personas con perfil de tal vez un liderazgo, algo así... (Flavia Schilling).

> Ellos habían llamado, habían tenido tiempo de observar cómo nos organizábamos y entonces llamaron a Yessie, a Lucía Topolansky y algunas otras, que no me acuerdo quiénes eran, para decirles que iba a haber un cambio, que organizaran de otra manera... y miraban actuar... (Ivonne Trías).

Durante enero, febrero y marzo de 1973 en Punta de Rieles parece haberse vivido un momento excepcional fruto de la coincidencia entre las necesidades de las prisioneras y sus carceleros de afrontar una nueva realidad. En ese marco las mujeres empezaron a recomponer aquellas virtudes colectivas e individuales que pudieran haber sido afectadas durante la represión del año anterior.

El primer trimestre de 1973 habría concluido entonces con un grupo de mujeres presas políticas en plena recuperación de su sentido de pertenencia a una colectividad, del afecto mutuo, de las prácticas solidarias y de la vinculación con un proyecto político. Un proceso de recreación de la identidad colectiva que destacó a un grupo de presas por sus cualidades de liderazgo anterior y reciente.

Pero las condiciones que se imponen a las prisioneras de una cárcel política están supeditadas a las necesidades políticas de sus captores, y en los meses siguientes al *breve paraíso* del verano de 1973 esas necesidades parecen haber cambiado de signo mientras las Fuerzas Armadas se decantaban hacia la derecha terrorista.

> [En algún momento] empezó a modificarse esa libertad que había. Yo no tengo precisión de los meses y las fechas, pero después de los comunicados [4 y 7 de las Fuerzas Armadas] se cortó eso, esa relación así de libertad (Ivonne Trías).

En la memoria de la vida cotidiana quedó registrada la influencia de ese proceso que matizó, cuestionó y finalmente terminó con la política de convivencia cooperativa entre prisioneras y carceleros.

> ... Enero, febrero, marzo, abril... cuatro meses duró la gloria de aquel penal que iba a ser de parejas y... de aquellos cuentos de hadas. De ahí en más la cosa fue cada vez más grave [...] en esa etapa ya empieza a haber otro tipo de trabajos, ahí es cuando empiezan los primeros trabajos forzados, que son trabajos que no tienen significado, eso que después va a ser la pauta durante todos los años de cárcel... (Lía Maciel).

Las entrevistadas recuperan episodios que revelan la influencia de un clima político que se alejaba del lenguaje que hasta ese momento trataban de sostener las presas y el comando. Así, por ejemplo, a raíz de la fuga de cuatro tupamaros que habían integrado un grupo asesor[6] de los mandos militares cuando «investigaban» ilícitos económicos[7] y estaban recluidos en una carpa dentro del Grupo de Artillería n.º 2, se produce un diálogo entre presas y comando que revela contradicciones, conflictos, mentalidades y nuevos límites que se van dibujando en la interna militar.

> ... Viene Albornoz a advertirnos que nos sancionan. Fue la primera sanción que tuvimos sacando las visitas, trancan la entrega de paquetes, anula los recreos, pero él en realidad no vino autoritariamente a decirnos eso, sino en el estilo de siempre, que él no tenía nada que ver porque la sanción venía de otro lado pero que él entendía que no estaba mal la sanción, porque ellos estaban de alguna manera creando condiciones para que nosotros tuviéramos una prisión buena y resulta que le hacíamos eso... (Sonia Mosquera).

A principios de febrero Alba Antúnez fue trasladada durante algunos días del penal a una unidad militar. Durante un «interrogatorio particularmente violento» fue sorprendida por comentarios de los militares torturadores que revelaban la confrontación entre facciones militares y dejaban entrever posibles relaciones con los motivos de su interrogatorio.

---

[6] Véase el capítulo «Los cuatro» de Samuel Blixen. *Fugas. Historia de hombres libres en cautiverio*. Montevideo: Trilce, 2004, pp. 81-87.

[7] El juicio de Samuel Blixen sobre estos hechos se resume en: «El trabajo de los tupamaros prisioneros en la investigación de ilícitos económicos se centró en las actividades de la banca, los cambios de moneda y las maniobras de importación y exportación. De hecho, se acumularon pruebas como para reprimir a toda la rosca oligárquica. Esa fue la razón de que los mandos cortaran de cuajo la investigación de los más graves ilícitos; en cambio, fueron detenidos, interrogados y torturados pequeños cambistas». Blixen, *Sendic*, o. cit., p. 273. Véase también Aníbal Corti, o. cit., pp. 58-61.

> … unos días antes del comunicado 4 y 7,[8] me sacaron a un interrogatorio que fue particularmente violento, en el que estuve al borde de la muerte. En ese momento un grupo de oficiales cuando yo estaba realmente mal me dijeron: «No creas que acá va a venir fulanito ni menganito ni zutanito. Porque de acá, de esto no te salva ni ellos ni nadie». Y me nombraron una serie de oficiales del Ejército, como si un grupo de ellos pudiera salvarme a mí en esas circunstancias. A las claras se notaba que el comentario era fruto de una situación que se daba entre ellos, porque yo no pensaba que ninguno de ellos me fuera a venir a salvar de nada, eran cosas que se daban entre ellos. Y después en el rehenato sí, muchas veces me dijeron: «Vos conocés demasiado de las Fuerzas Armadas»… (Alba Antúnez).

A partir de marzo las tensiones fueron escalando en intensidad, frecuencia y significado político hasta alcanzar sus mayores niveles entre el 18 de mayo y el 20 de junio cuando empieza la ronda.

Aun sin coincidencias absolutas sobre fechas y detalles durante ese proceso de provocaciones y reacciones, la coherencia de significados permite asumir que los hechos recordados por las entrevistadas ocurrieron, aunque no necesariamente en el orden ni en el momento exacto que recuerda cada una de ellas.

Un punto de inflexión pareció haber sido el 18 de mayo, Día del Ejército, que coincidía con el primer aniversario de la muerte de cuatro soldados[9] mientras custodiaban la casa del comandante en jefe. Los militares decidieron someter a las presas a la escucha de discursos que glorificaban a las

---

[8] Los comunicados 4 y 7 fueron muy debatidos en el momento en que se produjeron, febrero de 1973. Aparentemente trasuntaban un matiz populista y progresista de las Fuerzas Armadas, con aspiraciones tales como eliminar la deuda externa, redistribuir la tierra y combatir los ilícitos económicos, entre otros. El apoyo tácito que lograron estos documentos en algunos sectores de la izquierda uruguaya fue muy discutido. Véase Magdalena Broquetas e Isabel Wschebor, «El tiempo de los 'militares honestos'. Acerca de las interpretaciones de febrero de 1973», en Marchesi, Markarian, Rico y Yaffé, *El presente de la dictadura*, o. cit.

[9] El episodio de la muerte de cuatro soldados que custodiaban el domicilio del general Florencio Gravina el 18 de mayo de 1972 es interpretado por la historiadora Aldrighi de la siguiente manera: «valorado por el MLN como una acción de hostigamiento pero también punitiva contra las Fuerzas Armadas, por no cumplir estas las normas bélicas que excluyen el uso de la tortura. Fue considerado una acción defensiva legítima en guerra: se respondía con una emboscada a las emboscadas que tendían las FFAA, tanto a los militantes armados como desarmados, y que concluían con la muerte de los mismos». Clara Aldrighi. *La izquierda armada: ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Trilce, 2001, p. 160.

Fuerzas Armadas en su lucha contra la subversión. Una de las versiones sobre lo que sucedió aquel día es que las presas «rompieron filas» durante la formación, sin permiso y pese a estar rodeadas de ametralladoras. Otra, que todas las mujeres «formadas» en el patio empezaron un movimiento con los pies sobre las piedras del suelo provocando un sonido que distorsionaba los discursos militares. Un tercer relato dice que durante 48 horas nadie salió al recreo y se permaneció en las celdas en absoluta inmovilidad.

Otro episodio que ocurrió inmediatamente antes del inicio de la ronda fue una reacción de las mujeres presas al recibir la noticia de la trágica muerte de Roberto Luzardo[10] —pareja de una de ellas— ocurrida el 9 de junio de 1973 al cabo de una terrible agonía en el Hospital Militar.

> Entonces nosotros hacemos una medida de silencio, coordinamos todos los sectores y lo único que hacíamos era silencio. Es terrible un silencio sepulcral de 175 mujeres en silencio absoluto durante un día entero... Eso fue demostrativo de que se pudo lograr una medida colectiva y después se da que sacan [a las rehenas]... (Sonia Mosquera).

Hacia junio de 1973 se habrían agotado las condiciones que facilitaron un funcionamiento político que era tolerado porque ayudaba a racionalizar la vida carcelaria. En ese momento el funcionamiento habría pasado a percibirse como un recurso de las presas para enfrentar provocaciones y resistir nuevas opresiones.

Las nuevas políticas carcelarias pueden explicar la represión a la organización y la represalia contra las organizadoras, pero no la desmesura de la ronda. Esta no fue casualidad o anomalía, sino un acto de poder para castigar y comunicar algo más que la prohibición de funcionamiento en la cárcel.

---

[10] Roberto Luzardo fue un integrante del MLN detenido y herido en agosto de 1972. Permaneció en el Hospital Militar, con la médula espinal dañada y cuadripléjico, sin recibir asistencia hasta su muerte, en junio de 1973. Las razones de este tratamiento son la acusación de pertenecer al grupo del MLN que asesinó al general Artigas Álvarez, hermano del dictador Gregorio Álvarez. Según reciente sentencia judicial, estaría probado que este oficial habría dado personalmente la orden de privación de asistencia. El fallo judicial dictado por el juez penal Juan Carlos Fernández Lecchini condenó al dictador Gregorio Álvarez como cómplice del homicidio del tupamaro Roberto Luzardo, detenido en un operativo represivo donde fue herido de bala y muerto en el Hospital Militar luego de que se diera la orden de que no fuera atendido ni curado. Roger Rodríguez. «Estertores de la ley de impunidad». Disponible en: ‹http://www.carasycaretas.com.uy/detail.asp?IdEdition=110&IdTopic=3›. Visitado el 3 de marzo de 2012.

Con todas las restricciones que impone la carencia de fuentes directas y usando solo la información brindada por las protagonistas, formulamos un recorte de aquellos perfiles de las rehenas de la primera rotación que podrían haber sido significativos para los militares.

Antecedentes históricos valorados por los militares: haber tenido responsabilidades o fama militante-militar, haber participado en fugas, haber vivido clandestinidades prolongadas (Yessie Macchi, Alba Antúnez, Raquel Dupont, María Elena Curbelo, Cristina Cabrera).

Durante la detención: haber protagonizado reales o presuntos enfrentamientos armados y haber sido detenidas gravemente heridas (Yessie Macchi, Gracia Dri, Cristina Cabrera, Flavia Schilling).

En la prisión: haberse destacado como voceras colectivas y haber asumido liderazgos políticos u organizativos en cuarteles y los primeros meses de cárcel (Alba Antúnez, Yessie Macchi, Raquel Dupont, Flavia Schilling, Cristina Cabrera, Gracia Dri, Stella Sánchez).

Como esas características son compartidas con otras prisioneras que no integraron la ronda, queda abierta la interrogante de por qué precisamente esas ocho y no otras con antecedentes o trayectorias similares.

Algo que parece común a las ocho es que entre 1972 y 1973, ya sea en forma individual o como parte de colectivos, todas ellas dialogaron y fueron interlocutoras con militares que decían alentar un entendimiento con el MLN y salidas a la crisis política del país diferentes de las que triunfaron en la puja interna de las Fuerzas Armadas. Aunque muchas de ellas no creyeran en la palabra de los militares que se pronunciaban proclives a entendimientos con los tupamaros y otras fuerzas de izquierda, la dinámica de los primeros meses en Punta de Rieles las sitúa en la proximidad de tales militares.

Las herederas

Para indagar más ampliamente en el significado que pudo tener el inicio de la ronda como acto de poder es necesario señalar que el problema dominante para los militares en ese momento era construir condiciones políticas para tomar el poder. Ese objetivo político les reclamaba utilizar todos sus recursos materiales y simbólicos. Uno de ellos era el prestigio obtenido durante la reciente «lucha antisubversiva». Sin operaciones militares en el horizonte inmediato, se hizo necesario resignificar a los antiguos insurgentes. De manera que para las institu-

ciones militares el MLN pudo dejar de ser aquel «enemigo peligroso que debe ser derrotado a cualquier precio» y ser presentado como el tributo o botín que certificaba la victoria de las Fuerzas Armadas en «la guerra». Entonces los cuarteles y cárceles abarrotados de prisioneros y prisioneras se convirtieron en el principal capital de unas Fuerzas Armadas que ejercían un nuevo rol de conducción política en la sociedad y aspiraban a incrementarlo.

Ese capital político, a veces esquivo y siempre complejo de manejar, fue utilizado con distintas finalidades, intenciones y niveles de éxito durante el lapso que va de mediados de 1972 al golpe de Estado un año después.

Hay profusa documentación que evidencia diferentes improntas de relaciones entre los captores y *sus* prisioneros; unas diferencias que aparecen dominadas por la finalidad de incrementar el prestigio e influencia de jefes y unidades en el marco de la lucha de facciones por el control en el interior de las Fuerzas Armadas.

Los dirigentes del MLN jugaron sus propias cartas en los espacios que generaban las contradicciones y apetencias militares, en particular con un difuso grupo de oficiales cuya apariencia discursiva habilitó que se los calificara como «progresistas» o «peruanistas». No hay memoria propia de la existencia y obra de esos hipotéticos protagonistas de un intento de salida progresista a la crisis política uruguaya. Su pensamiento y acciones parecen haberse desmenuzado en el aluvión ultraderechista de 1973 en adelante. Así lo percibieron observadoras directas de episodios de esas luchas internas.

> ... hubo una reunión en el Centro Militar donde discutían todos estos temas [se refiere a la investigación conjunta de tupamaros y militares sobre los ilícitos económicos][11] y había una mayoría de los oficiales del Florida con una posición un poco diferente respecto a cómo se iba a seguir todo este tema. Y ellos fueron, los trajeron del Centro Militar al Florida, y en el Florida les quitaron los grados, los raparon, les quitaron las armas y los vimos salir al recreo. Salían un rato ellos y atrás después salíamos nosotros [...] Así que quedaron presos [...] Yo sé que hubo gente que estuvo

[11] La investigación conjunta de los ilícitos económicos emprendida por integrantes del MLN y de las Fuerzas Armadas fue propuesta por los primeros y apoyado por los segundos, a partir del razonamiento de que había varios tipos de subversión en el país y una de ellas era la que estafaba y enajenaba la soberanía. La fuente de estas investigaciones fue la abundante documentación que poseía sobre eso el MLN. Esa cooperación duró poco tiempo y fue cortado por los mandos militares cuando se llegó a los ilícitos más graves. Pero fueron detenidas y torturadas figuras de poca monta en estos negocios. Véanse Blixen, *Sendic*, o. cit., p. 273, y Corti, «La brutalización», o. cit., pp. 57-60.

> mucho tiempo separada. Hubo capitanes de ahí que fueron para el interior, que desaparecieron. Desaparecieron te digo, ¿eh? (Alba Antúnez).

Las primeras mujeres que llegaron a Punta de Rieles encontraron una orientación política marcada por los dirigentes que estuvieron en esa cárcel antes que ellas.

> En los primeros meses que pasamos en la cárcel había una política muy distendida. El comandante era Albornoz y cuando nosotras llegamos ahí, en cierto modo heredamos la relación que tenían los compañeros con el comandante. Una relación que no puedo decir fuera de amistad, pero sí de una cierta confianza y de diálogo. Creo que dejaron una carta con recomendaciones a las compañeras del MLN que cuidaran esa relación, que era importante. Nosotras llegamos en enero, y en febrero fueron los comunicados. Como estaba ese tipo de relación el comando se sintió en libertad de preguntarle a todos los grupos políticos qué opinaban de los comunicados 4 y 7. Ahí tuvimos un primer momento de discrepancias internas... (Ivonne Trías).

No se puede aprehender el significado de ese momento y las opciones políticas que se tomaron sin recordar que la pretensión de hacer política *en y con* el factor militar no fue una ocurrencia tupamara. Las iniciativas de los dirigentes del MLN abrevaban en una cultura nacional nunca reconocida pero densa de experiencias que acostumbraba hacer sentir el peso de las armas en el consenso democrático. Así lo hicieron incluso, o especialmente, aquellos partidos políticos que nunca reconocieron sus propias actividades en ese plano. No de otra forma se explican la apelación y el prestigio social de candidaturas políticas de militares en períodos de crisis de representación. Los partidos fundacionales (blancos y colorados) utilizaron su anclaje institucional en las Fuerzas Armadas para repartir el poder interno utilizando las lealtades partidarias como variable clave para decidir los destinos y carreras de los oficiales. En último término, el proceso que culminó en el autogolpe de Estado, con injerencia de sectores colorados y blancos, fue la expresión radical pero no única de apelar al consenso armado como manera de zanjar pleitos políticos e institucionales.

Para situar lo que puede haber sido un vínculo político entre representantes de alguna corriente militar y las que serán rehenas es necesario afinar más y recuperar un dato clave del humor político de entonces: la ilusión del progresismo militar.

La izquierda política y social —incluso el movimiento sindical— buscó influir abiertamente en las orientaciones de los militares mediante sus recursos más potentes: la movilización social y el peso de la opinión pública. Aunque también jugó cartas en el terreno de la captación de cuadros dentro de filas militares.[12]

En las izquierdas legales se expresó una expectativa similar sobre un posible curso progresista de la acción militar. Los líderes tupamaros creyeron ver bases para transitar del enfrentamiento armado a un programa político compartido con los recientes enemigos donde otras expresiones de izquierda vieron razones para esperar una diferenciación entre patriotas y fascistas. Esa orientación fue desplegada porfiadamente por una parte muy significativa de la izquierda hasta bastante avanzada la dictadura.

La relación entablada por presos y presas con el comando a cargo de Punta de Rieles puede situarse entonces como manifestación concreta de una expectativa política ampliamente difundida e indirectamente legitimada por una pluralidad de actores políticos.

En un escenario tan fluido, algunos dirigentes del MLN consideraron que la tolerancia del funcionamiento político durante los primeros tiempos de las cárceles representaba la continuidad de una estrategia que ellos venían de desarrollar en los cuarteles con la finalidad de influir en las decisiones militares.

> Pero quizá no pueda comprenderse bien cómo surgieron y se desarrollaron a principios del 73 [los servicios en la cárcel de Libertad] sin ir un poco más atrás, unos seis meses atrás. [Entonces] fracasadas las negociaciones [de junio-julio del 72 entre tupamaros y militares] se produce un retorno verdaderamente espectacular de la máquina al Batallón Florida [...] hasta detenerse, cuando organizan «el trabajo de los ilícitos económicos» con los milicos [cuando en la relación entre torturador y torturado] se fue dibujando confusamente un planteo político; se trataba de capitanes jóvenes y ambiciosos, que se habían destacado en la represión; de un nivel político mediocre, pero para milicos sobresaliente [...] El 25 de agosto de 1972 David se instala con un equipo de quince compañeros y en una sala especial del Florida, para empezar la investigación de los ilícitos económicos [...] en el mismo cuartel en que le

[12] Para tener mayor información sobre este aspecto, se recomienda ver Sergio Israel. *Agente Rojo*. Montevideo: Fin de Siglo, 2010.

habían dado la máquina, trabajando en común.[13]

La expectativa acerca de las convergencias políticas de militantes con militares no fue unánime entre prisioneros hombres ni mujeres ni tampoco entre quienes serán rehenas. Algunas de ellas dicen haberse manifestado dudosas o francamente enfrentadas a considerar seriamente la «emergencia progresista» entre los militares.

Los elementos que descalificaban a los militares como interlocutores de las mujeres presas podían ser las experiencias recientes de la represión y el horror, las deslealtades y faltas a los compromisos por parte de los militares o razonamientos políticos más complejos.

> Yo no me creía que hubiera militares nacionalistas que quisieran hacer la revolución en el Uruguay cuando yo venía de vivir una experiencia de persecución, de muerte, de tortura que me estaba diciendo que exactamente estaban en el polo opuesto. Lo que primaba era lo otro: una clara voluntad de destrucción al precio que fuera del MLN y después, de todo el resto. Más allá de que entendía que había gente dentro de ellos que tenía un pensamiento más avanzado, más progresista, más nacionalista... los había, estoy segura, como los hubo siempre, pero dentro de lo que fue el análisis de todo eso, nosotros ahí empezamos a pensar que no. Nos duró unos meses, digamos, esa duda o incertidumbre (Lía Maciel).

Algunas dicen haber sostenido una oposición a veces explícita y otras cauta, pero siempre sin plegarse a la expectativa de una política en común con los militares.

> ... me acuerdo qué día llegué porque fue cuando los comunicados 4 y 7. Yo no entendía nada, porque ahí el comandante venía y hablaba con compañeras pesadas y el tipo decía: «Bueno, la Marina está con nosotros», y que en cualquier momento le iban a dar armas a los presos. De manera que algunas de nosotras nos parecía mejor irte por el silencio porque no se entendía nada. Hubo alguna expectativa, sí, hubo. Yo decía: «Capaz que porque vengo de una situación muy dura», porque había pasado de los interrogatorios al hospital y de vuelta a los interrogatorios, que venía como desconfiada de todo... Tomé una actitud de reserva porque cuando ves que hay otros que están tan embalados decís: «Será que yo vengo de una muy dura y, y no tengo aptitud para entender

[13] *Las manos en el fuego*, de Ernesto González Bermejo, basado en las memorias de David Cámpora. Montevideo: EBO, 1985, p. 56.

> esto». Porque había compañeras que por lo menos... tenían una expectativa respecto a la posibilidad de un sector de militares peruanistas (María Elena Curbelo).

Otras sostuvieron haber considerado siempre aquella política militar como una nueva estrategia del Ejército en su lucha contra el MLN.

> ... yo llegué a Punta de Rieles después del resto de las compañeras, a principios de febrero más o menos. Llegué a tiempo para discutir los comunicados 4 y 7 dentro de la cárcel. Había mucha confusión, en todos lados había discusión. Estábamos frente a un enemigo nuevo que no lo conocíamos. Llegué a tiempo como para discutir eso, en mi concepción un poco todavía dirigentista, como para poder poner en orden la casa (Yessie Macchi).

En el otro extremo, varias de quienes serían secuestradas de Punta de Rieles el 20 de junio de 1973 habían participado directamente en las acciones comunes entre militares y prisioneros en los cuarteles.

> Nosotros habíamos hecho un grupo que hablábamos con los milicos, que los compañeros me habían pedido a mí que fuera, entre los cuales estaba Fernández Huidobro, Arturo Dubra, no me acuerdo si estaba Marenales. Yo estaba, también habían llevado a Albita Antúnez, entonces hacíamos como de secretarias (Raquel Dupont).

Meses después de estos episodios, durante los primeros meses de 1973, algunas militantes y dirigentes tupamaras parecen haber considerado todavía las posibilidades de convergencias políticas para lograr una salida progresista a la crisis política e institucional.

> Además el comandante Albornoz hablaba de planes, que ellos tenían como una política, todo ese discurso anticorrupción, antipolíticos tradicionales. En ningún momento mencionaba el tema de la guerrilla, eso no se tocaba, estaba allí pero no se ponía en palabras. Ahí a vos como que te inspiraba cierto respeto porque él reflejaba el ámbito ese y nosotras nos sentíamos reflejadas en ese momento. Pero eso se dio en el primer tiempo y yo creo que nosotros de alguna manera como que registramos todo eso, lo registramos de manera tal que sí, le propusimos una serie de cosas... (Sonia Mosquera).

Para algunas de ellas ese discurso del comando fundamentó un momento de entusiasmo político y vital.

> ... cuando llegamos al penal las compañeras empezaron a contarnos lo que pasaba, lo que estaba pasando, y por supuesto que se nos abrieron

> unas ilusiones increíbles de que podíamos tener un trabajo colectivo y poder salir. Eso era lo que vos pensabas: que podíamos hacer algo en conjunto con los militares y salir adelante... Nosotras pensábamos que estábamos cerca de la libertad. Esto era solo una cuestión pasajera; no sabíamos mucho, pero por lo que veíamos estábamos a punto de la apertura. Y lo adoraba toda la gente a Albornoz (Gracia Dri).

En las cartas que Flavia Schilling envió a su familia entre principios de 1973 y las primeras semanas de la ronda se encuentra un testimonio excepcional de la radicalidad con que algunas prisioneras asumieron la posibilidad de un desarrollo progresista a partir de la iniciativa de los militares. *«É incrível que com as mudanças nas Forças Armadas continuem existindo redutos inexpugnáveis como o Sexto e outros poucos; vejamos se algum dia eles tomem consciência...»* La editora de las cartas comenta así esta afirmación de Flavia: *«A referência à tendência progressista observada entre as Forças Armadas uruguaias, especialmente a oficialidade jovem, notoriamente influenciada pela ideologia tupamara. Houve um momento em que as possibilidades de uma alternativa 'peruanista' foram muito grandes».*[14]

En marzo de 1973 Flavia no oculta sus expectativas acerca del curso que podría tener un desarrollo de la crisis política bajo la conducción de unas Fuerzas Armadas que hubieran «tomado conciencia»:

> *... uma coisa que conversávamos outro dia: neste momento a opinião do preso passou a um plano principal, porque estamos convivendo e conhecemos a fundo (como ninguém) os protagonistas que estão na vanguarda do processo uruguaio. Nos poderá faltar a globalidade da situação política, mas no ponto relativo ao Exército o que colocamos tem que ser respeitado. Inclusive porque vivemos de perto o processo (aparentemente contraditório) dos nossos torturadores chegaram a ter neste momento uma só idéia na cabeça: mudar o pais. E como nos também procuramos a mudança deixamos os rótulos de lado e apoiamos, no que pudemos, a todos honestos e bem intencionados, sejam do grupo, organização ou força que sejam que foram. E vamos pa diante.*[15]

Al cabo de 37 años de aquellos juicios políticos, Flavia Schilling recu-

---

[14] Flavia Schilling, carta fechada el 19 de febrero de 1973, en Flavia Schilling, *Querida libertade.* San Pablo: GED, 1980, pp. 23.

[15] Flavia Schilling, carta del 19 de marzo de 1973, en Paulo Schilling, o. cit., 1978, p. 37.

pera rasgos de las racionalidades políticas de entonces, y algo más importante que las ideas para comprender aquel fenómeno: la voluntad militante de una generación que ni siquiera en la derrota aceptó su derrota.

> Yo lo que recuerdo de eso es que hubo un período inicial de la dictadura que, igual a muchos países otros latinoamericanos, había una cierta ambigüedad. Acá en Brasil fue una cosa en la primera fase con Castelo Branco y otra después. Yo me acuerdo en Perú con Velasco Alvarado que estaba tan presente en los discursos de Uruguay. Había una ambigüedad en torno a la cuestión militar. Puede haber sido ingenuidad, con certeza diría, pero durante los primeros tiempos en la cárcel parecía que los dados no estaban totalmente echados en relación a qué línea triunfaría entre los militares. En aquel momento parecía que había algunos militares podían ser interlocutores nuestros; yo no sé si eso es verdadero o si era juego. Tal vez una cierta ingenuidad política nuestra, pero parecía como que las cosas no se habían definido todavía, no había todavía una cosa definitiva de cuál sería el papel que jugarían aquellas Fuerzas Armadas. Y creo que entre nosotras de alguna manera políticamente —sería ingenuo o no— creíamos que había tal vez la posibilidad de algunos diálogos. Tal vez fuera el resultado de la impotencia, porque uno era muy joven y quería hacer la revolución, y quería un nuevo mundo... y estabas presa. Entonces también te sentías muy potente para cambiar las personas, uno creía mucho en el poder de la palabra, de la persuasión, de la justeza de nuestros ideales y de nuestras luchas... era una percepción joven, una cosa muy joven... (Flavia Schilling).[16]

Algunas cartas de Flavia fechadas en los primeros días de la ronda todavía contienen juicios políticos como los referidos. Esas cartas fueron escritas inmediatamente después del golpe de Estado, cuando todavía se desarrollaba la huelga general del movimiento obrero y estudiantil.[17] En ese momento también afuera de las cárceles hubo sectores del espectro político democrático que alentaron expectativas de frenar a la ultraderecha a partir de la convergencia de la movilización política y la voluntad de sectores militares legalistas o progresistas. Después de julio de 1973 Flavia no volverá a incluir ninguno de los temas que venimos mencionando en las cartas a su familia.

Esta correspondencia es relevante para nuestros propósitos de inves-

---

[16] Rafael Sanseviero realizó dos entrevistas en Porto Alegre a Flavia Schilling en setiembre de 2007 y abril de 2008.

[17] Huelga decretada por la Convención Nacional de Trabajadores, acompañada por la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, que se inició la noche del golpe de Estado (27 de junio) y se prolongó hasta el 11 de julio de 1973.

tigación porque evidencia que los responsables de la censura y el comando aceptaron o desearon que esas opiniones políticas se conocieran públicamente. Es posible suponer que ello obedeció a una corriente de oficiales deseosa de hacer conocer la existencia de una opción militar democrática que recogía la simpatía de los recientes insurgentes para legitimarse como interlocutora de una salida cívica. O por el contrario, se puede sospechar, como sostuvieron otras interpretaciones entonces y ahora, que diseminar información sobre las «corrientes progresistas» fue un designio militar para mantener bajas las defensas sociales contra el golpe de Estado mientras se consolidaban las fuerzas para darlo. También es posible que los «peruanistas» fueran una corriente tan mesiánica y antidemocrática como quienes tomaron el poder y que por ello, una vez derrotados no hayan tenido dificultades para plegarse a la política de los triunfadores.

Cualquiera de las variantes mencionadas puede articularse con las otras. Para nuestros fines no resulta relevante la exégesis de las corrientes militares, sino situar a las rehenas y el inicio de la ronda en esa fase de intensificación de la lucha por el poder entre facciones militares. En ese marco, las divergencias entre rehenas acerca de cómo valorar el «progresismo militar» no impidieron que todas ellas tomaran un lugar destacado en la nueva experiencia de cooperación militar-tupamara que fue la organización de la vida carcelaria al llegar a Punta de Rieles.

Se trató de un tipo de práctica que por sí misma resultaría intolerable para la racionalidad de los golpistas, pero cuyo significado se amplifica en el marco de un proceso de confrontaciones entre militares que transcurre a poco de las experiencias recientes en los cuarteles, y en un momento en que los militares se vieron rodeados de intervenciones que buscaban incidir en su orientación.

En todo caso nada permite sostener que los militares que ejercieron el poder absoluto a partir de ese período hayan desvinculado la cooperación entre las futuras rehenas y el comando de Punta de Rieles durante los primeros meses de 1973.[18]

Este hecho permite sostener la hipótesis de que la elección de las primeras rehenas pudo obedecer —además de otras cualidades personales— a que hubieran sido visualizadas como «aliadas» de una facción militar derrotada. En ese caso el principio de la ronda podría haber teni-

[18] Sobre esto, véase Leonardo Haberkorn, *Milicos y tupas*. Montevideo: Fin de Siglo, 2011, pp. 131-161; Aníbal Corti. «La brutalización», o. cit.; Rodrigo Vescobi. *Ecos revolucionarios. Luchadores sociales, Uruguay, 1968-1973*. Montevideo: Noo, 2003, pp. 115-126.

do la intención de emitir una amenaza indirecta hacia otros integrantes de las Fuerzas Armadas. Las nuevas condiciones de reclusión impuestas a esas mujeres expresarían una violencia que eventualmente podría redirigirse hacia los militares de quienes ellas aparecían como «aliadas».

En este nivel la ronda femenina habría funcionado como un mensaje *entre pares* destinado a afianzar un nuevo poder. Como se ha observado en otras experiencias sociales de violencia «irracional» contra mujeres, las rehenas podrían no interesar únicamente por su potencial «peligrosidad» política, militar u organizativa en la cárcel, sino como un escenario en el que se exhibe un mensaje político dirigido a otros.[19] La ronda describirá a todos —también para los militares remisos a aceptar el nuevo orden— lo que ocurre cuando el poder cambia de manos y el Estado se radicaliza, se vuelve totalitario, terrorista… y mafioso.

En el cuerpo y las vidas de estas mujeres enajenadas de las dignidades vigentes antes del avance terrorista del Estado empezaba a escribirse con el lenguaje de un poder que venía a arrasar todos los límites reconocidos hasta entonces.

Los trazos de esa nueva forma de ejercer el poder fueron reconocidos gradualmente por las propias rehenas, sus familias y compañeras de prisión. Sin embargo, las entrevistadas recuerdan que el 20 de junio de 1973 todas las prisioneras reaccionaron con energía y desesperación porque vivieron la certeza difusa de que algo grave estaba sucediendo.

> Y me acuerdo que se produjo un ambiente… la primera vez que yo oía la palabra traslado con ese sentido dramático que tenía y empezaron a salir de a una… no entendíamos muy bien qué era, si era calabozo o

[19] Al respecto dice Rita Segato cuando analiza los femicidios en Ciudad Juárez: «Pero estoy convencida de que la víctima es el desecho del proceso, una pieza descartable, y de que condicionamientos y exigencias extremas para atravesar el umbral de la pertenencia al grupo de pares se encuentran por detrás del enigma de Ciudad Juárez. Quienes dominan la escena son los otros hombres y no la víctima, cuyo papel es ser consumida para satisfacer la demanda del grupo de pares. Los interlocutores privilegiados en esta escena son los iguales, sean estos aliados o competidores: los miembros de la fratría mafiosa, para garantizar la pertenencia y celebrar su pacto; los antagonistas, para exhibir poder frente a los competidores en los negocios, las autoridades locales, las autoridades federales, los activistas, académicos y periodistas que osen inmiscuirse en el sagrado dominio, los parientes subalternos —padres, hermanos, amigos— de las víctimas. Estas exigencias y formas de exhibicionismo son características del régimen patriarcal en un orden mafioso». Rita L. Segato, «Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez» (nueva versión), Brasilia, 1980, p. 9. Disponible en: ‹http://www.cnm.gov.ar/generarigualdad/attachments/article/157/Territorio_soberania_y_crimenes_de_segundo_estado.pdf›. Visto en julio de 2011.

> si era otra cosa. ¿Qué significaba? En el 73 estaba muy fresco todavía todo lo del cuartel, entonces la idea de que era volver a eso volvía todo muy dramático. Después de esa primera experiencia supimos que cuando aparecía fuera de hora el autito de la doctora o el doctor por el caminito algo iba a pasar. Traslados hubo varios, pero no con esas características [...] Me acuerdo cuando pidieron las cosas de ellas y nosotras reclamábamos: ¿Qué iba a pasar? ¿Dónde estaban y dónde las habían llevado? Después supimos por los familiares, pero no inmediatamente. Cuando se regularizó de cierto modo y las familias de ellas supieron nos enteramos, pero igual era un gran misterio. No sabíamos si estaban ahí como en un depósito o si implicaba torturas otra vez, interrogatorios otra vez, si preguntaban cosas internas de penal... no sabíamos... (Ivonne Trías).

> ... Y de ese día me acuerdo que vinieron, yo estaba en la celda con Yessie y con Stella Sánchez y ya nos enteramos que habían dicho a María Elena y a Raquel en nuestro sector que prepararan sus cosas a Alba Antúnez a Flavia, y ahí preguntamos dónde las llevaban en ese momento... Obviamente al cuartel, pero no supusimos en ningún momento que era una sacada para dejarlas, pensamos que era como un castigo, una sanción y que volvían. Lo que ahí es todas nos juntamos, nos vamos juntando todas en cada uno de los sectores y empezamos a cantarles a cantarles el *cielito de los tupamaros*... (Sonia Mosquera).

Las cualidades del gran misterio represivo se fueron develando a medida que las familias de las rehenas fueron conociendo e informando. Pero desde el principio impactó en la vida en la cárcel porque la ronda puso fin a los vestigios de las expectativas despertadas por el paraíso breve y dio comienzo a una opresión sistemáticamente dirigida a la destrucción de las personas.

> Durante el primer año tuvo el efecto de una amenaza muy fuerte a todo lo que era el funcionamiento político. Fue de golpe, después en un momento que había reuniones y se discutía, después del golpe se mantuvo eso un poco con esta espada sobre nosotras del traslado, hasta que llegó en el 74 una prohibición de actividad política expresa. A partir de allí empezó la etapa más dura y más represiva dentro de la cárcel y cada vez que alguien se reunía a discutir venía la amenaza de que te podían sacar. Y por un tiempo, sobre todo porque no sabíamos muy bien qué había pasado... (Ivonne Trías).[20]

---

[20] Entrevista para esta investigación.

La ronda quedó instalada como una amenaza que dotó de un nuevo sentido a todo lo que ocurría a partir de entonces en la prisión.

Rehenas en tiempo del terror

La instauración de un nuevo orden represivo en el interior de las cárceles coincide con el despliegue del terrorismo de Estado; en esas condiciones se incorporan dos nuevas rehenas a la ronda. En marzo de 1974 son llevadas un grupo de alrededor de otras doce mujeres de Punta de Rieles a un cuartel. En algún momento la mayoría de ellas son devueltas al penal, una es liberada y dos quedan incorporadas a la ronda. Fueron Lía Maciel y Miriam Montero. Si para las primeras ocho rehenas se hace necesario deducir las razones de su elección, para Miriam y Lía parece más transparente que su incorporación a la ronda se relaciona con la represión al «funcionamiento político» en la cárcel y la relación con las organizaciones de apoyo en el exterior.

> Bueno, la sacada de Lía y de Miriam corresponde a una caída que hay afuera del MLN que aparece una cartita sacada de un penal y los tipos se dan cuenta que es de la cárcel de mujeres. En esa carta se decían algunas cosas que quisieron investigar. Como no sabían por dónde venía la cosa, empezaron a sacar gente que les parecía que podía tener relación con una comunicación clandestina con gente de afuera, al azar entonces sacaron a Lucía Topolansky, María del Carmen, Lía Maciel, Miriam Montero, a Adriana Castera, Susana Iglesias y a Alicia... Y allí hubo un interrogatorio pesado y después dejaron a Miriam Montero y a Lía Maciel [en la rotación]... (Sonia Mosquera).

Con reservas y reticencias las protagonistas hacen referencia a la detección de un intento de fuga de la cárcel de Punta de Rieles.

> ... la llegada nuestra hacia esa situación coincidió porque parece ser que se había pedido en ese papelito el ingreso al penal de Ruta 10 de un millón de pesos, en determinado momento. Y ellos decían que ese dinero era para una fuga... Es una lectura. Por lo tanto, lo nuestro responde a un hecho frente al cual ellos castigan a las personas que ellos creen que debemos ser castigados... (Miriam Montero).

Vinculan ese episodio a un embate represivo que abarcó el interior de las cárceles y la organización externa. Se habría tratado de una «caí-

da de militantes del MLN» en que apareció una carta que en la despedida estaba firmada con la palabra «besos», lo que hizo suponer a los militares su procedencia de una cárcel femenina.

> Hubo una caída, afuera en 1974, una caída importante y supongo que algo o alguien habló, o encontraron algún papel, mediante el cual ellos se enteraron de que había un vínculo orgánico entre la organización y nosotras. Ese fue el origen. Eso era muy grave para ellos. Fijate que en esa época estábamos totalmente compartimentados, incomunicados, y para ellos era gravísimo que tuviéramos un vínculo orgánico con la organización; para nosotros no [...] Bueno, yo sé por qué me pusieron [en la ronda] Da la casualidad de que en ese momento yo estaba en la dirección interna y entonces la quedé. Y con Miriam pasó lo mismo. Y las demás volvieron porque no tenían nada que ver. O sea que quedamos porque éramos culpables. Concretamente el vínculo lo tenía yo. Y un día me llevan de vuelta al tacho de cabeza y me dicen: «Sos una hija de puta, ¿por qué no nos dijiste que vos y fulana eran las que...?». Pero ellos siguieron atando cabos y ahí ya nos quedamos en la famosa rotación... (Lía Maciel).

La incorporación de dos nuevas mujeres a la *rotación* en 1974 aparece así directamente vinculada a la represión contra la organización de las presas en la cárcel con una argumentación todavía subsidiaria de la represión de aparatos. Pero la influencia de este nuevo embate sobre las prisioneras y sus familias vino a consolidar el terror como argumento principal del nuevo poder.

> ... porque pasó en el 74 que hubo otras sacadas, ese endurecimiento terrible de la vida interna del penal, teníamos que pedir permiso para ir al baño, rogar en la reja al soldado, había violencia física, calabozos, corte de visitas, calabozo por meses enteros, incomunicación, bueno, todo un ambiente... Empujones, toqueteos, requisas personales, desnudarte, llevarte a empujones, no es que te torturaran pero había una cosa muy pesada para esa etapa se supone que ya no... ya pasó, basta. Ese año fue terrible, no podíamos hablar entre nosotras, no podíamos mirarnos (Ivonne Trías).

El pasaje de Elisa Michelini a condición de rehena en setiembre de 1975 no tuvo las mismas características de drama colectivo que tuvo con sus compañeras anteriores. Sin embargo en un sentido estricto es posible asumir que en su caso se trató de una situación que cabalmente puede asimilarse a la definición de rehén(a).

Elisa estuvo recluida en la cárcel de Cabildo desde 1972 hasta marzo de 1975, cuando fue trasladada y torturada en una casa clandestina. Poco tiempo después fue reubicada en el penal de Punta de Rieles y en setiembre de 1975 ingresó a la ronda en el Batallón Florida.

No parece razonable separar la incorporación de Elisa a la ronda de la lucha en la que estaba empeñado su padre, el senador del Frente Amplio Zelmar Michelini, en el período que va desde el golpe de Estado hasta su asesinato en mayo de 1976.

Este dirigente político era una figura clave entre las que articulaban acuerdos transversales para desplazar a la dictadura. Su capacidad de diálogo abarcaba a toda la izquierda de la que formaba parte, al Partido Nacional en la figura de sus principales dirigentes, representantes civiles de la propia dictadura e incluso figuras tupamaras en el exilio que propiciaban una salida política no armada.[21]

Además era un interlocutor de fuerzas políticas en ámbitos internacionales, como el Partido Demócrata de Estados Unidos o el Tribunal Russell, y sobre temas muy sensibles para la dictadura, como era la tortura.[22]

Michelini había denunciado permanentemente las torturas que se iniciaron en democracia; también fue una voz destacada en la batalla política contra la implantación del estado de guerra e hizo pública la existencia de la «tregua» entre militares y tupamaros, tema en el que se centró para abogar denodadamente por una salida negociada a la crisis de 1972. Ya en el exilio en Buenos Aires, desde el día del golpe de Estado de 1973, uno de los ejes de su accionar fue denunciar internacionalmente el carácter terrorista que asumía la dictadura uruguaya y especialmente la aplicación masiva y sistemática de la tortura. El otro era tejer acuerdos amplios para volver rápidamente al Estado de derecho en Uruguay.

Cuando Elisa fue apresada en 1972, la llevaron al Batallón de Artillería n.º 1 conocido como La Paloma, que era y siguió siendo por mucho tiempo un lugar donde la tortura era especialmente salvaje. En esa ocasión Elisa no fue torturada físicamente, aunque debió presenciar

---

[21] Entre otras fuentes, este aspecto de la personalidad de Zelmar Michelini es mostrado en el documental *Destino final* de Matías Gutiérrez, 2008.

[22] Marisa Ruiz. *La piedra en el zapato. Amnistía y la dictadura uruguaya. La acción de Amnistía Internacional en los sucesos del 20 de mayo de 1976 en Buenos Aires, Argentina.* Montevideo: Universidad de la Republica, Departamento de Publicaciones, 2006, pp. 94-134.

torturas a otras personas. En los interrogatorios no admitió formar parte del MLN. Posteriormente fue trasladada a Jefatura de Policía, donde recibía la visita cotidiana de su padre, alrededor de quien se formaba una «asamblea» de detenidos que denunciaban ante un senador de la República las torturas de que eran objeto. Después Elisa fue traslada a la cárcel de Cabildo, probablemente para evitar que Michelini siguiera siendo testigo de esas situaciones.

Esa cárcel había sido reacondicionada después de las fugas y, a juicio de Elisa, el régimen allí era «una isla de afloje» en comparación con los otros lugares de detención de la época.

Zelmar se exilió en Buenos Aires inmediatamente después de producido el golpe de Estado, y desde allí desplegó una intensa actividad tendiente a aislar a la dictadura, hasta que fue asesinado —mayo de 1976— junto con el dirigente del Partido Nacional Héctor Gutiérrez Ruiz y los militantes tupamaros William Whitelaw y Rosario Barredo. Dos días antes había sido secuestrado el médico comunista exiliado, Manuel Liberof, quien permanece desaparecido.[23] Estas acciones y crímenes fueron realizados por comandos conjuntos argentinos y uruguayos en el marco del Plan Cóndor, y parecen haberse dirigido a golpear simultáneamente al espectro de fuerzas antidictatoriales que por entonces actuaban dentro y fuera de Uruguay.

Un año antes del asesinato de Zelmar Michelini, su hija Elisa fue traslada de la cárcel de Cabildo a la casa de Punta Gorda. Allí fue torturada físicamente por primera vez.

Michelini decía en una carta del 24 de marzo de 1975: «Este asunto está realmente mal. ¡La han vuelto a torturar, después de 30 meses de tenerla detenida! Me han dicho los abogados que quedó bastante mal, pero que lo peor ya pasó, la madre todavía no ha podido verla. Dicen que la tienen 'recuperando'».[24]

En otra carta del 10 de abril es más explícito:

> De Eli, las noticias son aterradoras. No la han podido ver, no tiene visita. Se sabe que le hicieron todo lo que te conté: golpes, plantón, picana, submarino y cualquier atropello. Y ahora, por una compañera de celda, que a su vez le contó a su madre, se sabe que le dijeron que

---

[23] Ibídem, pp. 121-23.

[24] César di Candia. *Ni muerte ni derrota. Testimonios sobre Zelmar Michelini.* Montevideo: Atenea, 1987, p. 221.

> me habían matado y la pobre chiquilina vivió con esa angustia durante días hasta que se encontró con esa chica que lo desmintió. Además, le habían dicho que me mataron porque ella se negó a decir las cosas que le preguntaban....[25]

Michelini siguió expresando en otras cartas que la situación de su hija era por venganza hacia él y no le asombraba que el traslado y la tortura se produjeran después de episodios en los cuales él había denunciado a la dictadura.

Durante esta fase de interrogatorios y tortura, Elisa compartió su suerte con otros numerosos presos y presas llevados al infierno chico desde cuarteles y penales. Su especulación fue que los militares querían profundizar «puntas» de información pendiente para proseguir las acciones represivas, realizar actos propagandísticos de la dictadura, mantener el clima represivo y de guerra. En su caso sospechaba que quisieron añadirle años a su condena, por eso, aunque en el marco de las torturas admitió por primera vez integrar el MLN, cuando enfrentó a los jueces militares volvió a su negativa.[26] Elisa manifestó su convicción de que el ensañamiento contra ella se orientaba a obtener elementos para golpear la imagen de su padre. Estuvo un mes en la tortura en la casa de Punta Gorda, y en abril de 1975 fue trasladada a Punta de Rieles, donde permaneció en el régimen de las otras presas hasta setiembre, cuando fue incorporada a la ronda.

Zelmar Michelini asumió desde el principio que el tratamiento a su hija constituía un chantaje hacia él; un intento de maniatarlo y limitar su actividad política de denuncia y lucha contra la dictadura. Asume que Elisa es una rehén de su actividad política:

> Lo de Eli no se ha definido. Seguramente, es mi impresión basada en algunos indicios, la tomaron como rehén, sumándola a las otras chicas que están en esas condiciones... Te imaginas que me pone frenético, pues bien sé que es por mí que la castigan. ¿Después de tres años comienzan a hacerle todo esto? ¿Ahora descubrieron que tiene tan gran importancia, que la consideran a la par de las mujeres más importantes de la organización...?[27]

---

[25] Ibídem, p. 222.

[26] Entrevista personal a Elisa Michelini realizada por Marisa Ruiz en mayo de 2006.

[27] Di Candia, o. cit., p. 226.

Esas sospechas parecen avaladas por las circunstancias y las fechas. Elisa fue sacada de la cárcel de Cabildo y torturada por primera vez en marzo de 1974, en coincidencia con un momento especialmente significativo de la campaña de su padre contra la tortura en Uruguay. Ese mismo mes el senador se presentó ante el Tribunal Bertrand Russell en Roma y denunció en forma documentada y ardiente la práctica de la tortura como un mecanismo institucionalizado y distintivo del régimen impuesto un año antes en Uruguay:

> En este Tribunal Russell representamos a los que no pueden venir porque han desaparecido de la faz de la Tierra, asesinados por el régimen; a los que no pueden llegar porque han sido mutilados; a los que no pueden hacerse oír porque sus mentes se cerraron para siempre, víctimas de los tormentos padecidos. [...] Todo el aparato militar está destinado, por consiguiente, a perfeccionar los medios que sometan al hombre a un sometimiento siempre creciente, de tal modo que reducido a la impotencia, quebrado física y espiritualmente, termina por decir lo que no quería decir [...] El ejercicio de la tortura es una actividad planificada, una conducta consciente, originada en los altos mandos, consentida, cuando no inspirada, por el propio señor Bordaberry.

La incorporación de Elisa a la ronda coincide con el momento en que la tortura, la prisión masiva y prolongada se transformaban en la principal estrategia terrorista del Estado uruguayo. Acallar la voz de Zelmar Michelini representaba una «inversión» política de extraordinaria importancia para los dictadores.

Ello da sentido a pensar que la incorporación de su hija a la ronda fue un chantaje dirigido a golpearlo emocionalmente y también, si tenían suerte y Elisa «aflojaba», a socavar su imagen política, al menos para la racionalidad de los dictadores.

Esta hipótesis coloca a Elisa como tal vez la única de las veinte personas que pasaron por las rondas para quien la calificación de rehén del régimen tiene un sentido concreto. Y también devela que independientemente de cuáles hubieran sido el origen y la justificación operativa de las diferentes rondas cuando se iniciaron, hacia 1975 eran un recurso político.

En suma

La ronda marcó un cambio simbólico en las modalidades de prisión política, porque interrumpió la secuencia captura-tortura-confinamiento-reclusión.

Sobre ese recorrido planeaba la posibilidad de muerte, la certeza de tormentos sin limitaciones legales ni control social, la permanencia en los cuarteles en condiciones inhumanas y conviviendo con los torturadores, la permanente amenaza del reinicio de los interrogatorios y la tortura.

A mediados de 1973, aun dentro de ese sistema de violencia arbitraria persistía cierta previsibilidad sobre que después de la tortura y el cuartel llegaría la cárcel, y después de la cárcel en algún momento el siguiente paso podría ser la libertad. Para las familias de las personas presas,[28] sus allegados y el conjunto de la sociedad, la cárcel era una institución del terrorismo de Estado conocida y descifrable.

Para la mayoría de las personas llegar a las cárceles representaba una no deseada pero real estabilidad al cabo de años de clandestinidades, persecuciones y amenazas de todo tipo a su integridad. Quienes fueron recluidas en Punta de Rieles durante los primeros meses de 1973 parecen haber experimentado su nueva situación como alivio y apertura de un tiempo de estabilidad y recuperación. Así fue hasta que en el horizonte de la prisión política se dibujó la ronda como una nueva forma de opresión.

Nuestras hipótesis indican entonces que las rondas pueden haber comenzado como resultado de la decisión militar de endurecer las condiciones de vida en las cárceles, reprimir la organización interna y castigar a las líderes. La elección de las primeras rehenas puede haber obedecido, en un principio, a la radicalización de la lucha entre facciones militares, que dejaba a las rehenas y también a algunos dirigentes hombres inscritos en el espacio simbólico de quienes fueron derrotados en la pugna por el poder dentro de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, y sea cual haya sido el origen de las primeras decisiones militares, las características que tuvo la ronda en su transcurso parecen remitir principalmente a las nuevas necesidades expresivas de un Estado que se transformaba en un agente terrorista abierto.

---

[28] Marisa Ruiz. *Ciudadanas en tiempos de incertidumbre.* Montevideo: Doble Clic, 2010. Véase capítulo 3.

Capítulo V

Las rondas

Noche de ronda, qué triste pasas, qué triste cruzas, por mi balcón. Noche de ronda, cómo me hieres, cómo lastimas mi corazón. Luna que se quiebra sobre la tiniebla de mi soledad, ¿a dónde vas? Dime si esta noche tú te vas de ronda como ella se fue, ¿con quién está? Dile que la quiero, dile que me muero, de tanto esperar que vuelva ya... Que las rondas no son buenas, que hacen daño, que dan penas, y que acaban por llorar.

AGUSTÍN LARA[1]

En setiembre de 1975 once mujeres y nueve hombres cumplían su prisión política sometidos a un régimen de rotaciones por diferentes cuarteles. En este capítulo exploraremos la experiencia femenina de las rondas, que es una parte silenciada, segada y negada en los escenarios donde se exponen la opresión y violencia de la dictadura.

Los rehenes y las de la ronda

La sombra de los hombres oscureció el espacio de reconocimiento de las mujeres rehenas. En tanto ellos fueron el patrón de representación de la violencia dictatorial, la peripecia de las mujeres rehenas quedó subsumida en el universo masculinamente sexuado de los presos. Fue una forma de opacidad en la conciencia de sí mismas que incluye en primer lugar a las propias protagonistas.[2] Estas mujeres parecen haberse negado a sí mismas desde el principio como partícipes de la misma modalidad opresiva que sufrieron los hombres rehenes. Se trató de un distingo excluyente que instituyó un *ellos* diferentes de *ellas* que quedó registrado en la mañera de nombrarse.

> ... a los compañeros sí, ya a esa altura les decíamos rehenes. [...] Ellos eran los rehenes y nosotras las de la rotación, las de la ronda, bailando unos boleros... (Yessie Macchi).

---

[1] Canción que las autoridades de la cárcel hacían oír repetidamente a las mujeres presas a partir del momento en que se hizo conocida la situación de las rehenas con la denominación «las de la ronda» o también, a veces, «las de la *rotación*». Comunicación electrónica de Margarita Michelini, octubre de 2008.

[2] La teoría y la investigación han demostrado la prevalencia social, incluyendo en ese campo la conciencia de las personas, de la representación de lo masculino sobre lo femenino.

Esa diferencia fundadora se extendió y masculinizó la condición de rehén hasta borrar a las mujeres de los registros formales e informales.

> Si tú le preguntás al Ñato [Eleuterio Fernández Huidobro] quiénes son las mujeres que estuvieron de rehenes te contestaría: «¿Qué? ¿Cómo? ¿Mujeres rehenes?». Capaz que se inspira y te dice: «Ah, sí, Yessie Macchi». Estoy segura de que no sabe (Lía Maciel).

Esas restricciones valorativas se producen a pesar de que los militares atribuyeron a las mujeres la condición de rehenes en términos similares a como lo hicieron con los hombres. Una situación conocida contemporáneamente con las rondas.

> Cuando me llevaron al Florida ahí me dijeron los milicos que nosotros éramos rehenes, que cualquier cosa que hicieran los compañeros afuera nosotros éramos los primeros candidatos. Me lo dijeron así, en la cara, me lo dijo un oficial (Gracia Dri).

> En uno de los cuarteles, no sé si era el primero o el segundo, me dijeron: «Donde ustedes hagan una sola acción, la van a pagar»... (Raquel Dupont).

> Ahí nos dijeron, no me acuerdo cómo pero nos dijeron que éramos rehenes. El motivo fue presionar a los de afuera, según dijeron ellos, que no querían, pero si mataban alguien afuera nos mataban a nosotros. O sea que los tres años y pico que estuvimos en el calabozo estuvimos bajo pena de muerte (Stella Sánchez).

> Primero cuando llegué nadie me decía nada... Algún oficial dijo: «Vos te estabas portando mal», pero sin muchos detalles. Pero después vino el teniente coronel Arregui, no sé si esa noche o la noche siguiente, vino muy formal y me dijo con todas las letras... «Usted está acá desde ahora y no sabemos hasta cuándo, posiblemente nunca salga de acá. Usted está en una situación que si afuera sus compañeros mueven un dedo usted va a pagar las consecuencias». Me lo dijo con todas las letras: «Usted está acá por ese motivo»... (Alba Antúnez).

La eliminación del rehenato femenino de la memoria colectiva es un hecho consistente y duradero que no puede atribuirse a la ignorancia, porque siempre hubo información disponible sobre ellas, aunque fuera fragmentaria, a veces incompleta y siempre subsumida en la informa-

ción sobre los hombres.[3] Sin embargo esa negación mantenida por décadas perduró cuando socialmente se disponía de tiempo y condiciones para investigar, conocer y dar a conocer.

---

[3] Entre las fuentes disponibles que certifican ese conocimiento ya hemos mencionado algunas denuncias internacionales hechas por Zelmar Michelini poco antes de ser asesinado. Otras informaciones sobre las rehenas que estuvieron disponibles durante los años de la dictadura fueron una denuncia formulada por María Elena Curbelo poco después de ser liberada en 1978 y las cartas de Flavia Schilling publicadas en 1978 y 1980 en Brasil. Otras fuentes son los reportes de Amnistía Internacional. En su informe de 1973-1974 esa organización indicaba que en noviembre de 1973 nueve miembros de la guerrilla urbana habían sido trasladados de la prisión de Libertad a diferentes unidades militares en condición de rehenes para prevenir acciones de su organización en el exterior del país. Amnistía envió un telegrama al gobierno uruguayo recordándole la prohibición de tomar rehenes establecida en la Convención de Ginebra, de la cual Uruguay era signatario, y el gobierno negó estos hechos. En el informe 74/75 hay un comentario que debido a la carencia de marca de género del idioma inglés permite suponer que se hablaba de los dos grupos de personas (hombres y mujeres) en condición de rehenes. En el marco de denuncias por el aumento del número de prisioneros trasladados de sus prisiones a barracas militares, se dice: «Hay instancias individuales, pero los dos grupos mejor conocidos consiste en los miembros líderes de la guerrilla urbana, el Movimiento de liberación Nacional (MLN)». En 1974 se envió una misión en conjunto de Amnistía Internacional y la Comisión Internacional de Juristas que produjo un Informe con un anexo dedicado a la situación del penal de Libertad. En ese informe no se mencionó a rehenes hombres ni mujeres, ni tampoco en el Informe Anual de Amnistía del año 1976. Commission Internationale de Juristas, Informe de la Misión al Uruguay en abril-mayo de 1974 por Niall MacDermot, secretario general de la Comisión Internacional de Juristas e Inger Fahlander del Departamento de Investigación de Amnesty International, p. 3. Amnesty International, Annual Report 1974, 1975, 1976.

Sí figuran varias noticias de las rehenas en la prensa de grupos de exiliados, como Grupo de Información y Solidaridad Uruguay (Grisur). Algunos ejemplos. En el n.º 35, del 7 de noviembre de 1975, se informaba sobre la situación de los nueve rehenes hombres y nueve mujeres. En el n.º 37, del 5 de diciembre de 1976, mencionaban el caso de María Elena Curbelo con sus problemas de salud. El 6 de setiembre de 1976 hay una nota sobre la permanencia en esa condición, por tres años, de los nueve rehenes hombres identificados con nombre y apellido; y además se dice: «En el ámbito de la región n.º 1 los militares mantienen en situación similar (la mayoría a partir del 17 de junio de 1973, fecha en que las sacaron de la cárcel n.º 2, Punta Rieles) a Alba Antúnez de Balmelli, Stella Sánchez, Flavia Schilling, Cristina Cabrera de Bidegain, Yessie Macchi, Gracia Dri, Raquel Dupont, Elena Curbelo de Mirza y Elisa Michelini, esta última a partir de los primeros meses de 1975». Boletín Informaciones Grisur. Es posible que el uso a nivel internacional de la denominación «rehenes», con sus precisos significados en términos de derecho internacional humanitario, haya confiscado por largo tiempo, para los organismos de derechos humanos, entre ellos Amnistía Internacional, el significado real de las rondas. Además, en el idioma inglés es indistinta la palabra que los representa: *hostage*.

La omisión de las rehenas contrasta con la copiosa producción dedicada a recordar y memorar, a veces en forma repetitiva, las historias de algunos pocos hombres tupamaros.

En ese universo bibliográfico los rehenes tienen un «cantar de gesta» emblemático titulado *Memorias del calabozo* en el que se representa espectacularmente el sufrimiento que les fue infligido así como su admirable capacidad de resistencia.[4] El carácter testimonial certifica esas memorias casi como un documento que asume la representación vicaria de todos los hombres rehenes. Ello fue así con independencia del ajuste o desajuste de lo vivido por cada uno de los nueve a lo que relatan de sí mismos dos de ellos, y con la misma racionalidad podría operar la exclusión de las mujeres. Ellas estarían ausentes porque su historia no se ajusta a la descripción de un rehenato narrado desde la racionalidad legitimada, que es la masculina. Y aquello que no se nombra no existió y sigue sin existir. Avanzando nuestro análisis hurgaremos diferentes niveles de desajuste entre la experiencia real de las mujeres rehenas y los discursos dominantes.

Ahora queremos poner de manifiesto uno de los principales fundamentos de la diferenciación-exclusión-negación de las rehenas como rehenas. Este es la comparación de la brutalidad ejercida por los militares contra hombres y mujeres, incluso la diferente duración de la ronda masculina y la femenina.

> Yo no voy a hacer un drama y decir: «¡Ay!, nos destrataban». ¿Qué nos destrataban? Las cosas normales que te pasan si caés en las manos de estos milicos fascistas. ¿Qué te van a decir? «¡Ay, qué divina que sos!» No, claro que no, ¡escuchame!... Pero yo no tengo una visión de que ¡ay, qué horrible! Yo no digo que eso fuera lindo, yo estaba deseando estar con gente y volver al penal, pero... A mí no me castigaban ni me pegaban como a los compañeros, ¡porque hay que ver lo que han sido los rehenes compañeros! Porque cuando dicen: «Vos también fuiste rehén», yo contesto: «¡Ah!, pero no me digas que vas a comparar»... (Raquel Dupont).

Semejante caracterización de la experiencia propia (y de todas) establece una interdicción moral para reivindicar la condición de rehenas y, en un extremo, para mencionar las violencias sufridas durante la ronda.

---

[4] Eleuterio Fernández Huidobro y Mauricio Rosencof. *Memorias del calabozo*. Montevideo: TAE. 1989.

Como si su feminidad también se concretara en el arte de empequeñecerse, estas mujeres aceptan permanecer confinadas en un cercado invisible, otorgando así a los hombres la legitimidad de haber sido y decirse rehenes de la dictadura.[5] Así es que incluso cuando aceptan hablar de su ronda suelen contrastar sus recuerdos con los lugares comunes de la ronda masculina, transformando las agresiones y violencias sufridas por las mujeres en algo difuso y carente de valía para ser enunciado junto a los grandes crímenes que la dictadura cometió contra los hombres.

> El calabozo tenía dos metros por uno, no daba ni para moverte, era oscuro, eran unas caballerizas que habían adaptado para tenernos a nosotras. De mañana te venían a golpear con los palos en las rejas, y aunque no hicieras nada tenías que haberte levantado y sentado. Hubo una época que volvieron a agarrar compañeros y escuchábamos toda la noche las torturas. Fue espantoso, yo me agarraba de las rejas y les gritaba de todo, porque era una desesperación tan grande escuchar los gritos de los compañeros, para volverse loco. Después se fueron ablandando, me dejaban hacer manualidades o me dejaban pintar, me dejaban hacer lo que en otro lado no te dejaban. Yo creo que era un criterio de desgaste, hoy te doy todo esto y mañana te saco todo, porque así vos sentís más, entonces te sacaban el lápiz y no podías escribir, no podías leer, que te doy una manualidad o no te doy nada. En cambio a los muchachos [los rehenes] siempre les fueron aumentando el castigo. Ahí es donde vos decís: ¿cuál es la diferencia con las mujeres? Creo que el machismo tuvo mucho que ver, porque nunca nos trataron tan mal como a los hombres, jamás. Nos trataron mal pero nunca nos trataron como a ellos, nunca nos pusieron en un pozo inmundo ni nos pusieron en una perrera (Stella Sánchez).

En esta evocación sorprende la presentación de la condición femenina como una ventaja de la rehena sobre el rehén; una opinión que comparte Raquel Dupont (*Los milicos eran tan machistas que tratan mejor a las mujeres, justamente por eso*). Contrariando esa percepción, los testimonios dan cuenta de que las relaciones de género aportaron a los militares medios para torturar en forma diferencial a hombres y mujeres, no más o menos. Y sin embargo también en este nivel crucial la comparación con los hombres descalifica, o al menos relativiza, el padecimiento de las mujeres en manos de los opresores. Para las miradas entrenadas en considerar la represión, el sufrimiento y las resistencias

---

[5] Pierre Bourdieu. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 2000.

desde las perspectivas que dan los relatos dominantes —masculinos—, la ronda femenina sería un episodio menor. La descalificación para pensarse-decirse rehenas dentro de una racionalidad masculinizada y excluyente les impone una confiscación simbólica de la significación política y humana de sus propias experiencias vitales. Por eso, a diferencia de lo que han hecho algunos rehenes hombres que no dejan de comunicar sus historias, al cabo de tres décadas sigue siendo necesario romper barreras e inhibiciones para que las rehenas digan cómo fue y cómo vivieron el castigo durante la ronda.

El siguiente apartado es un aporte a llenar ese vacío.

El castigo

Las once rehenas fueron objeto de un sistema de castigos basado en un protocolo de procedimiento que fue aplicado sin interrupciones durante tres años en todas las unidades donde se las mantuvo secuestradas. No fue resultado de una casualidad, capricho ni exceso. Expresó una política oficial de las Fuerzas Armadas, y las diferencias que se evidencian responden tanto al diseño perverso que la orientó como a las peculiaridades que adquiere una política ejecutada por muchos cientos de personas.

El método y objetivos de esa política están resumidos en una denuncia sobre la condición de rehenes que escribió María Elena Curbelo en 1978. Ese documento fue redactado pocas semanas después de su liberación como consecuencia de las presiones que recibió la dictadura para salvar su vida, que estaba seriamente comprometida por las torturas. Allí Curbelo expuso, sin las reticencias que se instalarán más adelante, aquellos rasgos de una experiencia común a hombres y mujeres rehenes de la dictadura.

> El rehén es un compañero que vive en la mayor soledad e incomunicación, no tiene noticias de otros presos como él, no sabe absolutamente nada del mundo que lo rodea, no habla con nadie, ni siquiera con sus carceleros, no oye otras voces humanas, no siente la risa de otra persona, no tiene con quién compartir su alegría o tristeza, no tiene con quién discutir algo que le preocupe. No tiene ningún tipo de vida social, el rehén está sepultado en vida y sus carceleros se proponen, de esta forma, matarlo lentamente. Esta es la peor tortura vista jamás, es la tortura que

> intenta destruir despacio, que intenta la destrucción lenta pero total de los militantes, pesando además sobre ellos la amenaza de que a cualquier acción de su partido u organización política serán fusilados.

Para una aproximación comprehensiva de la vivencia personal durante las rondas, hemos hecho la opción de aportar la palabra de las protagonistas con los mínimos comentarios necesarios para su ordenamiento. La elección de testimonios está guiada por el criterio de incorporar aquellas características de la ronda en que los relatos de diferentes rehenas son congruentes.

Los años de ronda fueron un tiempo de privaciones arbitrarias e inestabilidad producida ex profeso.

> Nosotras rotábamos en Montevideo. ¿Qué iban a hacer con nosotros? No sabíamos. ¿Cuánto tiempo? No sabíamos tampoco. Nosotros no sabíamos qué iba a pasar de un día para el otro. La inseguridad era total. Pasaba que de un día para el otro te decían: «Vamos para otro cuartel», y en ese cuartel las normas eran diferentes y todo cambiaba en un rato. Porque si ibas para el 4.º de Caballería no podías tener agujas de croché, ibas para el otro y te dejaban tener todo, ibas para el otro y no te dejaban tener libros, y en el otro te dejaban tener libros (Gracia Dri).

> La situación variaba con el tiempo y los cuarteles. Había períodos en que estabas mejor, que tenías un libro, que tenías un colchón, y había otros períodos en los que no tenías nada. Estabas eternamente como un bichito. Lo único que hacías era salir al baño, con suerte, una o dos veces al día, que te alcanzaran una comida y punto. En el 6.º de Caballería pasaba atada mucho tiempo, en otros lugares sentada en el piso, porque te sacaban el colchón. Entonces estabas encapuchada y sentada en el piso. En el 1.º de Artillería pasé mucho tiempo únicamente sentada en el piso con una capucha (Alba Antúnez).

> En general no nos dejaban hacer manualidades, prácticamente no podíamos hacer, aunque había lugares más flojos donde nos dejaban tejer, pero todo era muy difícil en otros aspectos. Teóricamente teníamos lectura en casi todos lados, pero había momentos que nos la sacaban o no la dejaban entrar al cuartel. Prácticamente no teníamos visita. Estaba estipulada cada quince días, pero la mayor parte de las veces no la tenías. Y con las cartas era lo mismo. O te venían y te decían: «Mirá, te vino esto y no te la voy a dar». En el mismo cuartel a veces te daban y otras no te la daban. Era muy caprichoso todo. La incertidumbre siempre. Los recreos por ejemplo

> eran todos los días. Entonces te llevaban al recreo y cuando llegabas al recreo y antes de empezar ya se terminó el recreo. Otras veces no era así y teníamos la media hora de recreo (Lía Maciel).
> En San Ramón la infraestructura de los calabozos era muy mala, no tan mala como voy a conocer después otros, pero hasta ese momento era el peor. Eran como caballerizas, un lugar muy chico, muy encerrado, imposible de soportar en verano, y en invierno goteaba por las chapas de zinc continuamente, el frío se condensaba, caían las gotas. Para ir al baño era prácticamente imposible. Yo pasaba días sin ir al baño, por eso me había acomodado una bolsita de nailon y era realmente muy incómodo. Pero sí era muy difícil de soportar todo eso. En general no nos sacaban al recreo nunca (Yessie Macchi).

> En La Paloma lo mismo que en Caballería no tenían lugar para nosotras y nos metieron en los vestuarios de la cancha de fútbol, que era chiquito, pusieron una cucheta, había unos bancos de cemento, piso de baldosa y la puerta entreabierta, en el mes de julio. Y teníamos que dormir con las manos atadas noche tras noche. Tú estate meses en la Artillería 1 en esas condiciones, con la radio las 24 horas en el corredor a todo lo que da, con la tropa hablando conversaciones que vos decís: «Esto es la miseria humana». Y de ahí nos llevaron a Florida, y de Florida a no me acuerdo cuál otro, siempre trotando, la primera vez, otra vez y otra vez... Estaba agotada (Miriam Montero).

Las agresiones a las familias o mediante los familiares fueron extensión y reproducción del ataque a la integridad que sufrían directamente las rehenas.

> A los cuarteles me iba a ver mi abuelo que tenía 70 y pico de años. Pobre, lo revisaban todito, le tocaban el culo. El manoseo era horrible. Y él se ponía horrible... (Gracia Dri).

> Nos mudaban cada tres meses, y por lo menos durante un mes y pico los familiares no sabían dónde estábamos. Preguntaban: «¿Dónde está?». «No sabemos, acá no está más.» Y para ellos ese no está más no sabían qué podía ser, o la mataron, la desaparecieron o sigue en otro cuartel, ¿sigue en la ronda o no sigue en la ronda?, ¿la llevaron para Punta de Rieles? ¿Mejoró la situación o empeoró? Cada tanto toda esa vuelta otra vez durante años. Imaginate mi papá viviendo en Montevideo yendo hasta San Ramón para verme; llevar paquetes, mi madre cocinaba para mí, pobre, me mandaba comida y los tipos venían adelante mío y le ponían querosén. Yo les decía: «Cómanselo ustedes si no me lo quieren

dar». Pero ellos le ponían querosén para que nadie lo comiera. Eso me venía horrible a mí porque yo decía: pobre vieja, cocinando lengua a la vinagreta. Nunca me voy a olvidar la lengua a la vinagreta con querosén, son torturas a los sentimientos que te matan… (Stella Sánchez).

Otra cosa es que Arregui me dijo que era rehén y también mi familia y todo lo que tuviera vinculación conmigo estaba en sus manos. En los primeros tiempos del 4.º de Caballería me decían cotidianamente lo que hacían cada uno de los integrantes de mi familia. «Bueno, tu padre fue al mercado tres y media de la mañana, fue con tu hermano Ruben», mi hermano que me seguía en edad y tenía 16 años. Yo tenía siete hermanos, el más chico tenía seis y ellos sabían los movimientos de todos, de mi madre, de mi padre, de cada uno de mis hermanos, de la escuela, de la UTU, del liceo que iba cada uno, los que trabajaban… (Alba Antúnez).

El aislamiento extremo y la soledad fueron utilizados como recursos claves para la opresión de las personas.

En algunos períodos el aislamiento era total, incomunicación total porque estábamos de a una sola por calabozo. No teníamos nada (Lía Maciel).

… a lo largo de todos esos años yo siempre estaba tratando de alentar a alguien. A Elisa cuando salió de la tortura, a Mario[6] con sus culpas arriba, y antes a otros compañeros. El problema era cuando yo quedaba sola conmigo misma, ya ahí variaba la cosa… Por eso cuando después de mucho tiempo de estar solas a Stella y a mí nos ponen juntas en la misma celda, me pasó que me oriné encima del pantalón. Fijate qué tensión que tendría de estar sola que mi reacción cuando estuve con ella fue orinarme encima… (Yessie Macchi).

Los largos tiempos que pasé sola y sin nada que hacer porque no nos daban nada, yo hacía viajes, por ejemplo, viajaba por Montevideo, recorría todito Montevideo. Pensaba en la familia, en las situaciones vividas, repensaba todo estas cosas con mi madre que habían pasado. Yo qué sé, pensaba, pensaba, pensaba, pensaba las cosas con los compañeros, trataba de hablar por la reja… (Stella Sánchez).

Las mujeres rehenas fueron producidas simbólicamente como un objeto para el odio de oficiales y tropa.

[6] Se refiere a Mario Soto, padre de su hija Paloma.

> Yo dormía atada. En ese lugar dormía atada, encapuchada y tenía un cartel de «Peligrosa» en la puerta. Un milico entró a recorrer y fue a mirar al monstruo y lo que le salió decir fue: «Pero si es una niña»... (Alba Antúnez).

> Cuando llegamos ahí ya nos tenían preparado su lugar que eran unos minicalabozos donde habían puesto un letrero que decía «Asesinas»... Y habían definido las reglas para nosotras muy claras y muy precisas: «verduguearnos» todo el tiempo (Yessie Macchi).

> ... cuando había una visita de un oficial los tipos en los cuarteles siempre los hacen recorrer, les hacen un *tour* y les muestran las posesiones más valiosas: primero las tanquetas, que era una adquisición reciente, después los caballos, después los perros ovejeros y después a nosotras, las rehenes mujeres, que eran los monstruos, mujer y guerrillera... para ellos eras lo peor (Lía Maciel).

Los militares disponían de las rehenes como sujetas odiables e indefensas para la realización de diferentes formas de violencias físicas. Estas situaciones, ya fueran vividas directamente o conocidas, quedaban instaladas como amenazas a la integridad que gravitaban en todo momento, también durante los períodos relativamente calmos.

> En Caballería 6 vivíamos en lo que vendría a ser el duchero, donde hacían deporte y se cambiaban y había una ducha. Eso lo habían transformado como en una especie de calabozo, y ahí estuvimos juntas pero al mismo tiempo fue un lugar de hostigamientos muy fuerte. Nos ataban para dormir, el comandante del cuartel iba personalmente a atarnos o a hacernos atar para dormir cada una en una cucheta; con las manos atadas atrás. Una vez se la llevaron a Flavia e hicieron entrenamiento con un perro ovejero con ella en el campo. Fue una cosa muy fea, y después nos enteramos que con los hombres también hacían entrenamiento para captura con los perros de combate. Lo hicieron con Flavia, aparte de manosearla. A mí me habían dejado atada sola, y cuando trajeron a Flavia me dicen que al día siguiente me va a tocar a mi (Lía Maciel).

> Sí sufrí varias agresiones físicas; no en forma permanente pero sí las hubo. Y siempre estaba bajo amenaza, por supuesto. En el 4.° de Caballería había un oficial que para mí claramente era misógino y con un nivel de agresividad impresionante. Cuando él estaba de guardia yo siempre amanecía con un sopapo. ¡Era claro y ya lo sabía! Tocaba diana y él venía al calabozo y me levantaba de un sopapo. Si él estaba de guardia

el día empezaba así. Cuando murió Trabal, fue el pico grande de agresiones. Me trajeron un recorte de diario con el comunicado de la muerte de Trabal, patearon la puerta, entraron y me golpearon con el diario. Yo no sabía por qué. Hicieron sacar todas mis cosas, me dejaron en el piso y estuve varios días sin colchón sin nada. Después vinieron y me trajeron el recorte de diario con el comunicado de la muerte de los compañeros que mataron en Soca. Entraban todo el tiempo a los gritos y a los golpes. Y después vinieron una tercera vez y me trajeron un recorte en blanco diciendo que ese era el espacio de mi comunicado de muerte. Después vinieron a las cuatro de la mañana con perros y con fusiles, me golpean, me sacan, me atan, me tiran en un camión, me llevan y yo dije: «Bueno, acá terminamos». Y me trasladaron al 5.° de Artillería. Ese era el nivel de inseguridad en el que vivías. Cualquier loco como este que se le antojaba te levantaba a los cachetazos y nunca sabías dónde iba a parar la cosa. Tampoco sabías cuándo te tocaba (Alba Antúnez).

Lo más difícil era aguantar cuando torturaban, porque casi siempre donde nosotros estábamos torturaban, estaba el OCOA[7] arriba haciendo tacho y todo eso. En Artillería 1 me ataban para dormir, en el 9.° el problema eran los perros, en el noveno entre todos los problemas juntos, porque los oficiales de caballería son la última lacra del mundo, tienen una relación asquerosa con sus caballos y son machistas, se emborrachan y eso es lo complicado. No me tocó el 6.°, a Dios gracias, porque ese sí que era bravo, pero el 9.° era bastante pesado, bastante pesado. Por ejemplo, cada media hora te abrían la puerta y te metían un perro adentro en ese calabocito. En el 4.° de Caballería eran doberman, que se terminaron comiendo al perrero que los cuidaba, así que por suerte una noche vinieron y ametrallaron a todo el plantel y los mataron. Eso sí era infernal, era de locos. Los ametrallaron a todos de noche y nosotros pensamos que estaban matando gente, pero no, eran los perros, que los mataron a todos porque estaban todos locos (Cristina Cabrera).

Había un plantel muy embromado de oficiales. Conmigo siempre se la agarraron, no sé con las demás compañeras porque nunca lo hablamos. Estaba ahí uno de los que me había torturado en la Región n.° 1, Taramasco. En fin, había situaciones complicadas. Una vez me torturó la Marina, le pidieron permiso al juez militar, lo dio, y me torturó la Marina ahí mismo. Si bien en otros cuarteles también me torturaron, esa fue una tortura bastante fuerte, embromada. En fin, había sobradas razones por las cuales San Ramón no era un lindo lugar para quedarse sola (Yessie Macchi).

---

[7] Se refiere al Organismo Coordinador de Operaciones Antisubversiva (OCOA), encargado de sectores de la represión en Uruguay. Álvaro Rico, *Investigación histórica...*, o. cit.

Los militares estaban acostumbrados a disponer en forma discrecional de las y los prisioneros. En tales condiciones la violencia de base sexual fue una amenaza específica a la integridad de las mujeres. La exposición a este tipo de violencias tuvo formas más o menos directas según circunstancias aleatorias, pero en conjunto la ronda obligó a sobrevivir en un universo cerrado y amenazante, dominado por un sistema de relaciones humanas degradadas.

> El mayor hostigamiento a las mujeres es la amenaza constante de violación (María Elena Curbelo).

> Cuando vos escuchás a un soldadito que cambia una relación sexual con un teniente por una caja de cigarrillos con filtro eso te destroza. Yo lo que sentí siempre es el miedo por una y por las compañeras. Porque cuando pude hablar con Cristina, ella me lo decía de situaciones que había vivido, que ellos juegan mucho con la amenaza de la violación. Vos sabés que estás es un cuartel donde capaz que nadie sabe que te llevaron, que de repente sos la única mujer, o que la otra mujer está en la otra punta, o no sabés si está. Y los milicos toman, y ahí puede ser una orden o puede ser uno que se desacate. Cuando estás sola siendo mujer el miedo a la violación es una cosa muy presente. Me acuerdo que las otras compañeras les pasó que entraron borrachos y las amenazaban con la violación. Que se abre la puerta y pensás: ¿qué puede pasar? Ese es el mayor miedo que tenés por ti y por las demás; te sentís muy sin nada. Porque además todas las voces que oís son masculinas, te sentís muy indefensa, muy expuesta en la parte más vulnerable tuya… (Miriam Montero).

> ¿Cómo te puedo decir? Por supuesto que vienen y te cargan. Los soldados no se animaban tanto, pero los oficiales que entraban a la pieza a veces trataban. Te decían que eras tan linda, o de que eras así o de que eras asá, que te iban a hacer esto o lo otro. Y cada día yo lo presentía… yo era joven en esa época, era bastante linda, y bueno, la Yessie también. Y nosotras ya habíamos vivido mucho esto de que se enamoraban de nosotros; bueno, no, no se enamoraban, les parecíamos lindas. Tanto a los oficiales como a los soldados, y esto era una cosa que lo sentías todo el tiempo latente y por eso tenías un poco de miedo que algún día se te metieran ahí adentro y trataran de hacer algo. Eso era una cosa que a veces pesaba porque éramos tan jóvenes. Yo no tenía experiencia ninguna. Yo era una gurisa y no tenía experiencias ni de hombres ni de nada. Era una cosa que todo el tiempo la tenías ahí, porque a veces venían y te decían cosas los soldados, cosas medio asquerosas… (Gracia Dri).

> El baño era lo mismo, te llevaban al baño tres veces por día, entonces funcionaba el famoso dicho: «Si tenés ganas o no tenés da lo mismo», y en todos lados era igual. Llegabas al baño y eran milicos hombres que te dejaban la puerta abierta, o te la abrían por gusto, era esa parte espantosa... (Lía Maciel).

> Y hay otra cosa que en el hombre no aparece tanto pero sí en la mujer, es el acoso sexual permanente en los calabozos, ¿no? Eso sí es duro, muy duro, porque a veces no tenés escape ninguno. Si es un oficial o un suboficial no tenés escape ninguno. Es una de las cosas más duras aunque no llegue a culminar en una violación o en un manoseo, de cualquier manera, siempre estás calculando qué vas a hacer o qué podés hacer o qué podés decir para evitar caer en una situación de la cual después no tenés salida. Yo una cosa que aprendí estando sola sin compañeros o sin compañeros cerca es a callarme la boca, no hablar ni tratar de defenderme ni nada. Porque eso puede llevar a situaciones de muerte incluso (Yessie Macchi).

> En realidad podían hacer lo que querían. El comandante del 4.º de Caballería tomaba y un día agarra el tipo y me plantea a mí que yo me tengo que desnudar. Y yo le digo que no me voy a desnudar nada, que vaya a la mierda. Entonces con la fusta me, me levanta el buzo, y ahí, yo no sé cómo me sale decirle: «Usted tiene una hija de 15 años, ¿le gustaría que le hicieran esto a su hija?»... (Lía Maciel).

El régimen de vida durante la ronda se caracteriza por organizar todas las circunstancias cotidianas que dependen de los militares como un sistema destinado a llevar al extremo todos los sufrimientos.

> Los cuidados de la salud en algunos cuarteles era más fácil y en otros no. Por cada vez que pasaba por caballería, los tres meses de caballería me costaban una internación. Llegaba deshidratada, llegaba en un estado de desnutrición total porque como no podía comer muchas cosas y me daban. De mañana te llevaban una vez al baño, dos veces al baño por día; de mañana y después de tarde y de un recreo de media hora que daban. Algunos recreos pensé que eran paredones de fusilamiento, no tenía mucha gracia; porque siempre estábamos encapuchados y el problema mío era controlar la falta de aire de los calabozos porque eran totalmente tapiados, la humedad, que eso me hizo venir como un reuma insoportable. Mi problema era sobrevivir en las condiciones en que yo estaba. Porque yo tenía todas las heridas abiertas y la vesícula se me acodó cuando creció el hígado y era insufrible el dolor. Entonces aguantar en esas condiciones que no podés ir más de dos veces al baño, no tenía

> régimen de comidas, no tenía acceso a medicamentos y tenía cólicos mortales. Me llevaba mucha parte del día sobrevivir, aguantar el dolor y arreglarme las cuentas conmigo misma. Un día un capitán me vio y dijo: «Esta chiquilina se nos muere, traigan un camión y yo me la llevo, que se muere». Y verdaderamente me estaba muriendo. Porque hacía tres días que no orinaba, y tenía conectado el pulmón con el intestino, todo mezclado. Ellos creyeron que era una fístula que no se cerró en la costilla, pero realmente estaba perforado el intestino, tenía tocado el riñón, el pulmón, todo eso, y ahí fue la ultima vez que me operaron ellos y me salvé (Cristina Cabrera).

> Una vez nos enfermamos Yessie y yo. Ella estaba con aquel problema de avitaminosis, que tuvo todo ese problema de las encías, yo también estaba en bajada porque tenía un problema intestinal, que no me paraba la comida en el estómago; como la comía la largaba sin digerir. Ahí adelgacé horrores de kilos, llegué a pesar menos de 50 o 49 kilos, con este lomo que tengo que hoy peso 85. Estuvimos a punto de morirnos las dos, pero no les convenía... Y después nos volvieron a poner en otro cuartel en prerrecuperación (Stella Sánchez).

> Cuando se llevaron a Raquel quedé en un calabozo sola, sin nada, sin libros, sin nada, y ahí el problema mío fue el baño. Porque como yo había estado sondada, y tengo esa vejiga retencionista, para poder hacer pichí tengo que hacer fuerza como si fuera a movilizar el intestino, necesito un wáter. Si no te llevaban al baño, otros compañeros hacen en el calabozo, pero yo no podía hacer en el calabozo, por más que hiciera fuerza no orinaba. Aquello me mataba, la tortura fue golpear y golpear y pedir... igual te llevaban una vez al día. Como a los diez, quince días empecé a hacer lo que se llama un globo vesical, me iba quedando orina, ahí sí me enloquecí, porque al no orinar y acumular en la vejiga te da un dolor insoportable, y estuve como 48 horas que ya aunque iba al baño no hacía nada, y ahí ya terminé, arrodillada en el calabozo. Al final me vio un médico como unos quince días después y me mandó al hospital (María Elena Curbelo).

La vida cotidiana durante la ronda estaba centrada en el resguardo de una estabilidad emocional sistemáticamente agredida.

> Yo realmente nunca me intenté ni me quise matar. Pero recuerdo dos cosas de cuando estaba en el calabozo después de muchos años. Una era el esfuerzo por mantener una unión saludable entre cabeza y físico. Porque vos tenés un físico que se levanta y está todo el día vegetando, se

acuesta y no hace otra cosa. Lo mínimo que podés hacer vos para hacer un poco de ejercicio. Pero que no existe. El tuyo es un físico que está allí durante años y años, y una cabeza que sigue todo su funcionamiento normal y trata de enfrentar todo esto de la mejor manera posible. Entonces yo siempre me decía: «Mucho cuidado con la disociación entre tu cabeza y tu cuerpo». Esa era como una lucha permanente para lograr el equilibrio. Y lo otro era que permanecer todo el tiempo así no te hiciera sentir: ¿para qué estoy acá?, que a veces te pasaba. Por eso te digo que aunque yo nunca tuve intenciones de matarme, pero a veces tenía como unas serenas ganas de no vivir. Me decía: «¿Para qué? ¿Para quién?». Después enseguida encontrás de vuelta la respuesta. Pero eso en algún momento se te puede pasar. No, ganas de matarme no tuve jamás. Pero sí me pasó, de última, preguntarme: «¿Para qué mierda estoy viviendo?»... (Alba Antúnez).

Estela tenía un inconveniente que era que ella sufría de claustrofobia y quien tiene claustrofobia en un cuartel, en un calabazo, es muy bravo. Ella empezó sola en su calabozo con toda la sintomatología de los claustrofóbicos, o sea tener llantos continuos. En el peor momento de su claustrofobia, que ella estaba muy mal, nos pusieron juntas en el 1.º de Ingenieros. Eso fue por fines del año 74. Lo recuerdo porque fue la primera vez que estuvimos juntas y porque coincidió con una bruta biaba que me dieron a mí... (Yessie Macchi).

Estar sola todo el día hablando con uno mismo era un desafío, yo vivía conversando con mi pasado y mi futuro. Aunque nunca creí que me iba a morir presa, estando en el calabozo alguna vez pensé en la posibilidad de que me mataran... Estaba dentro de las probabilidades que había. Pensé qué hacer y cómo vivir esa situación. Si ellos un día venían y decían: «Bueno, venga, fusilamos a todos», pensé cómo vivir ese momento, en morirme con los ojos abiertos, en gritar alguna cosa... (Lía Maciel).

El asunto era matar el tiempo, organizaba mi día en ese pedacito que nos tocaba vivir. En algunos lugares por suerte nos dejaban leer, hacíamos palabras cruzadas, pensarlas y después hacerlas, hacía yoga, después con lo que podía hacía artesanías, con cajas de fósforos, con lo que sea. Desarmé toda una manta y la tejí, porque le sacaba el hilito de la trama, iba armando y tejía una bufanda y cosas de esas. Y cuando no tenía nada me ponía el casete. Yo funciono a casete, y si quiero estoy fuera de esa realidad. En esas condiciones me ponía en una historia en la cabeza y me quedaba así sentadita y me iba con mi cabeza lejos. Pero siempre le decía a mi familia: «Avisame si algún día no tiro de la piolita y vuelvo a

la realidad», porque eso me preocupaba, quedarme en esa fantasía y no saber dónde estaba... (Cristina Cabrera).

A los 22 años por más que vos quieras no tenés experiencias de vida y lamentablemente muchas de mis experiencias de vida las adquirí en los cuarteles. Yo no sabía cómo iba a reaccionar ni nada, pero yo vivía cada día por ese día, yo no vivía pensando en la libertad. La libertad para mí no existía, yo la borré de mi vida, yo no pensaba que iba a salir libre nunca. Así que me acostumbré a vivir en esa realidad y traté de adaptarme a esa realidad. Ahí no me entristecí nunca. Por supuesto que como todas tuve mis períodos de depresiones, pero yo nunca caí en una gran depresión. Pero igual todos los días cuando te despertabas en la mañana tenías que pensar qué ibas a hacer para activarte, para que el día no se pasara muerto. Y tus puntos fijos eran la ida al baño, la comida, era lo único que tenías como punto fijo. Vos sabías que a la mañana sonaba la corneta y venía el desayuno. Y después... (Gracia Dri).

Nos tenían en un microscopio; vos estabas siempre con ellos mirándote, y así tuviste que aprender a esconder tus emociones hasta el máximo; que no se te transparentara lo que te hacía feliz ni lo que te hacía doler porque eso iba a ser usado contra vos. Vos los tenías siempre encima a ellos, permanentemente. Vos estabas entre las cuatro paredes de un laboratorio perfecto. Ellos hacían todo tipo de experimento, con tus sentimientos, con tu cabeza, con tu físico, con tu resistencia en todos los planos. Era un laboratorio muy cruel donde todo estaba en juego: tu pasado, tu presente, tu familia (Alba Antúnez).

La precisa descripción de Alba Antúnez puede resumir el sentido general de los testimonios sobre la ronda. Las entrevistas revelan que no todas las rehenas vivieron experiencias idénticas ni siquiera durante sus pasajes por las mismas unidades militares. Tales diferencias en los recuerdos facilitan y hacen más verosímil una caracterización de la ronda como un hecho histórico. Se desarrolló durante más de tres años, tuvo por escenarios numerosos cuarteles donde la custodia de las prisioneras estaba a cargo de oficiales y tropas diferentes. Razones suficientes para multiplicar y diversificar los registros de las protagonistas que rotaron solas, en parejas o grupos de tres durante meses por las unidades militares. Además las rehenas fueron personas que afrontaron la ronda a partir de sus experiencias vitales anteriores y de las sensibilidades de cada una. Sobran los motivos para que algunos cuarteles sean unánimemente recordados por la crueldad militante de oficialidad y tropa contra las

prisioneras, mientras que los recuerdos sobre otros sean matizados y tal vez contradictorios. Hemos considerado los matices y las diferencias, pero omitimos su transcripción porque no nos propusimos ofrecer una crónica, sino una caracterización de la experiencia humana y política que representó la ronda.

Para las mujeres la ronda fue sobrevivir en forma solitaria en las manos de un colectivo disciplinado que las odiaba, las consideraba personas despreciables y sin derechos. Esa categorización de las rehenas facilitó sumirlas en un sistema de vida organizado a partir de la amplia libertad de sus captores para agredirlas física y emocionalmente.

Tales agresiones fueron ejecutadas sin limitaciones legales ni éticas, en forma sistemática y como parte de un programa opresivo caracterizado por privaciones de todo tipo, arbitrariedad en las condiciones de vida, castigos injustificados, permanente exposición a un mundo masculinizado y soez, soledad e incertidumbre sobre la vida e integridad física. Ese régimen de vida buscaba una enajenación de las personas respecto a sí mismas en un nivel mucho más radical que en cualquier otra de las condiciones de reclusión producidas por los militares hasta ese momento.

La violencia como espectáculo

Las rondas de rehenas y rehenes adquieren sentido político si se proyectan como una amenaza desde el universo carcelario hacia la sociedad que se quería reorganizar como un sistema de castigo total. Para ese propósito era necesario lograr que aquello que sucediese a una prisionera se convirtiera en vivencia y amenaza para todas, y que ese saber colectivo del terror posible circulara como un eco social. Nada mejor que el rumor para esparcir y consolidar el miedo.[8] Por eso la prisión y especialmente la tortura fueron sistemáticamente negadas y regularmente expuestas.

> La intención era mostrarle a la familia que estábamos en una situación límite, para que trascendiera. [...] Cuando llegué al lugar donde debía efectuarse la visita sacan las esposas de atrás y me las ponen adelante.

[8] «En un ambiente donde el miedo está instalado el «rumor» tiene la cualidad de consolidar la situación de temor, creando un estado de parálisis.» Alma Bolón y Gabriela Campodónico en *La voz paralizante. Anotaciones sobre el rumor del 2 de agosto de 2002*. Disponible en: ‹http://www.unesco.org.uy/shs/fileadmin/templates/shs/archivos/anuario2002/Anuario02-03.pdf›.

> Me llevan a un asiento tipo banco de plaza y me instalan de espaldas al ventanal. [...] En determinado momento oigo que entra gente. [...] y lentamente como un telón de comienzo de acto me van sacando la capucha. Allí me encuentro en primer lugar a Alejandra, mi hija, que parecía un osito. Mis viejos andaban por los 73 y 74 años [...] Los habían hecho entrar a todos juntos y los pusieron frente a mí, para que vieran el descapuche. [...] Nosotros teníamos que oler mal. Y nuestra familia tiene que haber sentido el mal olor. Estábamos barbudos, no nos habíamos afeitado [...] Yo tenía la cabeza rota en esa primera visita. Ellos no me habían atendido. Tenía una herida en la frente y la cabeza hinchada. [...] cuando mi familia se sentó frente a mí, leí el horror en sus ojos. Pensé entonces, cómo podía tener la cara el capitán que estaba vigilando la visita, y cómo podía tener la torpeza de mostrarnos así frente a la población civil. Luego constaté que era una política. La política de aterrorizar a la familia y a través de la familia a la población civil.[9]

Las formas directas de la pedagogía social del miedo se realizaron en la mayoría de los muchos lugares de detención donde las personas torturadas estaban confinadas, y se reproducían conforme a un libreto que evoca el cumplimiento de una orden de servicio. Muchas veces durante los años de aplicación sistemática de la tortura los militares entregaron a los familiares de las víctimas ropas ensangrentadas y cargadas de excrementos, para que esas huellas dijeran lo que el régimen quería comunicar.[10] El sufrimiento y los castigos arbitrarios no fueron asuntos que los militares quisieran mantener en secreto nunca y fue una conducta seguida por todas las Fuerzas Armadas.

El siguiente fragmento corresponde a una situación vivida por un grupo de prisioneras en dependencias de la Armada Nacional en el año 1977.

> Llegamos al galpón de la visita. Hay solo enormes y grises muros. En un rincón, como suspendido, un guardia con ametralladora en su mangrullo y tras la máscara que le esconde el rostro a nuestros ojos identificadores, sus ojos vigilantes como los de una lechuza. «Siéntense en el banco y no se saquen las vendas hasta que se les dé la orden.» Un gran silencio. Los pies de Julia golpetean el piso suavemente. Al final se oye el ruido del portón de hierro que destraba sus cerrojos y la voz de Cristina: «Guardia, ¿podemos sacarnos la capucha?». Silencio. La puerta ya no tiene cerrojos y tras ellas se oye el murmullo tumultuoso de los

---

[9] Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro, o. cit.

[10] Marisa Ruiz, *Ciudadanas...* o. cit.

> niños. «Guardia, van a entrar los niños, ¿me puedo sacar la venda?» «Silencio, 24, porque la subo y se queda sin visita.» «Pero, guardia, van a entrar los niños y estamos con venda.» La puerta de hierro cruje al correr sobre sus rieles y sentimos entonces los pasos rápidos y pequeños de los niños. Ahora se han callado aunque algunos corren y detrás vienen las botas de las milicas trayendo despacio a los más pequeños. El grupo se acerca hasta nosotras y ninguno habla. Diego se acerca y se me sube a la falda trepando. Lo abrazo y le hablo como si no pasara nada. «Ahora se pueden sacar la venda.» Los niños nos miran, en silencio. Tienen algo de flor marchita en los ojos.[11]

En el marco de tales *performances* del horror institucional se sitúan las rondas. En cualquier perspectiva de análisis, las rondas y su exhibición no pueden ser entendidas como accidente ni desborde del odio hacia el enemigo derrotado. Solo pueden haberse ejecutado tal como ocurrieron si fueron propósito oficial de un régimen que gobernaba sobre la base de la tortura, negaba oficialmente su utilización y simultáneamente hacía de ellas un espectáculo. La expresión más radical de la violencia de un régimen basado en la tortura fueron los asesinatos y las desapariciones. Pero su forma espectacular fueron las rondas, porque esa situación condensa la tortura sin límite ni objeto práctico, la inminencia de la muerte, y también la desaparición que se produce cada vez que las mujeres son sustraídas de un cuartel y trasladadas con destino no informado.

En suma

Las rondas parecen destinadas a que la sociedad vea aquello de lo que es capaz el nuevo poder sin que nadie pueda impedirlo. Así satisfacen, más que cualquier otra condición vivida por prisioneras y prisioneros, una necesidad clave del poder absoluto: transformar la violencia en un espectáculo que se exhibe y niega en una siempre recreada ostentación de impunidad. Constituyeron una señal del nuevo poder que reunía las cualidades de acto oficial y de rumor, colocando a las personas a merced de un poder ya conocido en su capacidad de daño que esta vez actuaba abiertamente como agente mafioso y secuestrador impune. Cada rehén y rehena trasmitían con su sola existencia un mensaje de violencia sin límites e impunidad absoluta.

---

[11] María Condenanza. *La espera*. North Dakota: Universidad de North Dakota, 2000, p. 22.

Capítulo VI
La última fuga de Yessie Macchi

El trazo por excelencia de la soberanía no es el poder de muerte sobre el subyugado sino su derrota psicológica y moral.[1]

La ronda de mujeres terminó tres años después de iniciada y cuando aún faltaban ocho para que la declinación de la dictadura obligara a concluir la de los hombres.

Ninguna fuente empírica revela que la dictadura tuviera una práctica menos brutal hacia las mujeres que hacia los hombres. En 1976 la dictadura cursaba sus años de terrorismo abierto, y como un símbolo del nuevo poder las rondas se sucedían con la regularidad de una rutina consolidada. Nadie recuerda haber tenido entonces indicios de que los militares tuvieran previsto interrumpirla. Pero así ocurrió.

Todas las rehenas coinciden en que ese final abrupto estuvo directamente relacionado con el embarazo que Yessie Macchi planificó, logró, defendió y llevó a término en Punta de Rieles.

En el presente capítulo recuperamos la memoria de Yessie sobre las circunstancias en que se propuso y logró embarazarse, y analizaremos el significado de ese acto de subversión al orden terrorista que determinó el fin de la ronda para ella y sus compañeras.

Esto todavía nos pertenece

Yessie Macchi afirmó que al inició de *su ronda* en 1973 cargaba sobre sí varios «duelos pendientes». Había sido apresada por última vez a mediados de 1972 cursando un embarazo de tres meses en el mismo operativo en que fue asesinado su compañero, Leonel Martínez Platero. Ambos resistieron la detención hasta el límite de sus posibilidades materiales. Martínez Platero cayó en una emboscada y fue asesinado.

Yessie, sola, cuando no pudo seguir disparando y ya herida, lanzó su arma sin balas contra los militares que la rodeaban, los insultó y luchó con ellos hasta ser reducida a golpes. En esa circunstancia abortó. Permaneció varios meses internada en el Hospital Militar donde fue

---

[1] Rita Segato. *Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez* (nueva versión). Brasilia: Universidade de Brasilia, 2004, p. 7.

interrogada por diferentes comandos de la represión[2], fue trasladada a unidades militares y devuelta al Hospital Militar para continuar su tratamiento o ser «recauchutada» de las torturas. Como ya mencionamos, ingresó a Punta de Rieles en febrero de 1973 y empezó la ronda con el grupo de las primeras ocho rehenas en junio de ese año.

Sus compañeras de ronda fueron Gracia Dri, Stella Sánchez y Elisa Michelini. Con ellas compartiría experiencias especialmente duras, ya fuera por las condiciones impuestas por los militares o por la situación anímica en que se encontraban ella o sus compañeras. Estar en soledad y confrontarse con lo que definió como «sus propios fantasmas» fueron algunos de sus desafíos personales.

En el transcurso de la ronda Yessie Macchi fue torturada muchas veces aun sin mediar interrogatorios. Para los militares ella fue un objeto privilegiado para el castigo. En una ocasión la Armada Nacional solicitó y obtuvo permiso del Ejército para torturarla en la unidad donde estaba «rotando» en ese momento. Luego de ese episodio, en el cuartel de San Ramón y en soledad, tuvo lo que ella definió como su «primera crisis grande»:

> ... Entonces, en esa crisis sí pensé muchas cosas. Pensé mucho en el hijo que se me había ido, que me habían sacado... Pensaba mucho que hablaba con él, que le contaba la historia nuestra, que le contaba de su padre que había sido asesinado cuando yo caí... y fue una, fue la primera vez y la última que me permití el lujo, porque realmente era un lujo, de avanzar un poquitito por lo menos en los duelos que tenía que hacer (Yessie Macchi).

Como para todas las mujeres y los hombres que formaron parte de las rondas, los militares alternaban con ella un régimen basado en momentos de mucho rigor y torturas con otros de «afloje». En uno de estos últimos, al cabo de un período de soledad y «verdugueo», Yessie fue trasladada al Batallón Florida, donde empieza a compartir la ronda con Elisa Michelini, quien será su compañera hasta el final.

Ellas dos solo se conocían de nombre, al punto que Elisa Michelini al principio «tenía miedo de que Yessie no fuera Yessie».[3] Ambas venían muy maltratadas por las torturas recibidas, pero en ese lugar vivieron una etapa de relativa tranquilidad. Entre ellas surgió una gran amistad:

---

[2] Entre otros mencionó a Ramón Trabal y Esteban Cristi, jefes de la inteligencia y de la principal división del ejército uruguayo respectivamente.

[3] Elisa estaba tan desconfiada —nunca había visto a Yessie— que al principio pensó que Yessie no era la que decía. Entrevista con Elisa Michelini.

> Nos llevan a un lugar que ni se le podría llamar calabozo, era como un cuarto con rejas y dos camas. Elisa venía de la tortura directamente de la casa de Punta Gorda. En mi recuerdo por lo menos venía deshecha, pero no deshecha de la cabeza, deshecha físicamente; era un trapito. Yo también. Entonces ahí empieza el tira y afloje. Teníamos recreo todos los días, podíamos salir juntas... nos permitían en el paquete alguna verdura y alguna fruta, había orden explícita de no molestarnos, podíamos pasar a un baño que quedaba enfrente cuantas veces quisiéramos. Había un compañero del penal de Libertad y hablábamos con él, que estaba ahí sin hacer nada tampoco, tomando mate todo el día, sentado en la puerta de su calabozo... Había un ambiente distendido... Estuvimos ahí unos meses con Elisa, y a las dos nos hizo mucho bien. Elisa rápidamente engordó y se puso más energética. Yo también me empecé a sentir muchísimo mejor en todo sentido. Había tenido la crisis emocional, psíquica y me empecé a sentir mucho mejor. Y de ahí un día nos trasladan de vuelta (Yessie Macchi).

La distensión concluyó con un nuevo traslado con destino al cuartel de Artillería n.º 1 conocido como «La Paloma» situado en la zona de La Boyada en el Cerro de Montevideo.

Ambas rehenas calificaron las condiciones imperantes en La Paloma como «insoportables»:

> Viene el peor calabozo que estuvimos en todo el tiempo. Cuando llegamos ahí ya nos tenían preparado un lugar que le llamaban la mazmorra. Eran minicalabozos; en el primero habían puesto un letrero que decía: «Asesinas». Ahí mismo en el nuestro, afuera, estaba la guardia con un perro y con la radio prendida todo el tiempo con cumbias, cumbias, cumbias de día y de noche. Este calabozo era espantoso, no podíamos dormir las dos para el mismo lado en el suelo. Teníamos que dormir una para un lado, otra para el otro; era diminuto y era casi imposible que dos personas estuvieran ahí adentro. Sin embargo nosotras estuvimos... (Yessie Macchi).

El tratamiento que recibían las rehenas en La Paloma no era ajeno a las denuncias de Zelmar Michelini[4] sobre las torturas en Uruguay.

---

4 Zelmar Michelini formó parte de la Red Internacional de Activistas de Derechos Humanos e hizo continuas denuncias en foros internacionales. Una de las más significativas fue la que presentó en el Tribunal Russell II en Roma. El Tribunal Russell, o Sastre-Russell, era una entidad privada que se dedicó a investigar los crímenes de Estados Unidos en Vietnam de 1966 a 1967. Luego se fundó el Rusell II, que investigó los

> … Las reglas con nosotros eran muy claras y precisas: verduguearnos lo que hiciera falta, y todo el tiempo. Todo esto no es casual, porque Zelmar estaba en Buenos Aires haciendo denuncias sobre la situación nuestra, y cuando a Elisa la sacaron a torturar, la madre había ido a hablar con Cristi. La había tratado mal, y aparte de babosearla, no recuerdo con qué palabras había hecho una especie de amenaza hacia el marido… hacia Zelmar. Por eso cuando llegamos a La Paloma y vimos eso, dijimos: «Esto viene muy, muy feo»… (Yessie Macchi).

Yessie calificó a La Paloma en ese momento como un lugar de «tortura y de muerte».

> Porque a todo esto, en La Paloma había otro edificio, una barraca inmensa, que estaba en ese momento con más o menos 200 presos del Partido [Comunista]. Entonces venían los gritos de ahí, venían las radios con ruidos fuertes de ahí y sabíamos a través de una compañera que vino de ahí a las mazmorras que ellos estaban a media ración. Ya la ración alimenticia era malísima en ese cuartel… Es decir, casi no comíamos. Estaban a media ración de esa media ración, y que estaban la mitad parados y los otros sentados y después se alternaban, y los iban llamando a la tortura (Yessie Macchi).

En el año 1976 La Paloma concentraba, al igual que otros cuarteles, muchos cientos de personas que habían sido detenidas y torturadas en lugares especializados (centros clandestinos conocidos como el «infierno chico» y el «infierno grande», entre otros) y estaban allí en tránsito hacia las cárceles. Un tránsito que en la mayoría de los casos se extendía por meses, y en el que el tratamiento a las personas presas era continuidad y refinamiento de la tortura con la deliberada intención de destruir física y moralmente a las y los detenidos. Para una aproximación a las circunstancias concretas que cercaban la vida de las rehenas, incluimos aquí un fragmento de testimonio que revela rasgos de la vida de los prisioneros en ese galpón situado a pocos metros de las mazmorras donde estaban Yessie y Elisa.[5]

> Tengo ganas de orinar. Pero está de guardia el Malevo y va a haber que aguantarse. Hijo de puta. Lo hace con toda la pega, para que nos sintamos

---

crímenes de las dictaduras militares en el Cono Sur. Michelini realizó denuncias sobre la represión en Uruguay en Roma en marzo de 1974.

[5] José Jorge Martínez. *Crónicas de un derrota.* Montevideo: Trilce, 2008.

> una basura, todo el día pendientes de la vejiga. Para hacernos sentir en su poder, para castigarnos un día sí y otro también. [...] Mejor pensar en otra cosa. Falta poco para la polenta. [...] Hace algunos días en la polenta habían puesto ojos de vaca. [...] Hace frío. Estoy sentado en el colchón en posición militar. [...] Consiste en estar durante horas tieso, con las manos sobre las rodillas y sin movernos ni un milímetro. Donde alguno acomode un pie la queda; de plantón, con los pies separados ocho baldosas y por indisciplinado y rebelde sujeto a los golpes de los soldados que pasan. [...] Estoy sentado sobre el colchón enrollado. Hombres y mujeres mezclados [...] los ojos tapados con vendas de tela de poncho donación del Infierno Grande, y las manos atadas, al principio con pedazos de cable y ahora, avance en el respeto de los derechos humanos, con cuerdas. Por supuesto no puedo hablar con nadie... Ahora a mi derecha está Scarlatti, un municipal a quien yo imagino bajo y gordo. Le ha dado incontinencia, una desgracia en estas condiciones en que estamos. Insiste en que lo lleven al baño; primero, como ya lo conocen, no le hacen caso; después si está de guardia buena lo llevan, si está la pesada le pegan. Entonces se orina encima, su colchón tiene un olor nauseabundo y vive acatarrado; cuando el frío aprieta le ataca congestión. Finalmente lo llevan al Hospital Militar. Volverá tiempo después en pleno período especial de apriete, para hacernos la vida más torturante a los incomunicados. Porque volvió con una hemiplejia que le ha paralizado medio cuerpo; eso no obsta para que tenga que saltar como un resorte cada vez que se abre la puerta y, como no lo logra recibe una tanda de garrotazos.

Esas eran las condiciones de reclusión de Yessie Macchi cuatro años después de ser detenida acumulando sobre sí la exposición a diferentes niveles de violencia cuartelera apenas interrumpida durante cuatro meses en Punta de Rieles. En ese momento y lugar escaló un nivel más profundo de desesperación y rebeldía.

> No sé qué pasaba adentro mío en esos momentos, pero creo que no haber elaborado mis duelos, la bronca que tenía adentro por tantos cuarteles, tanta tortura, venía un milico de otro cuartel y te dejaban en un cuarto con él y otra vez el toqueteo y la «máquina». Yo tenía una necesidad de rebeldía muy grande, porque además yo había pasado por el juez militar que me baboseó, me dijo que antes de 45 años no salía. Y yo de eso estaba segura, porque no había ninguna perspectiva de nada (Yessie Macchi).

En las condiciones que transcurría la vida de las rehenas no quedaban muchas opciones de rebeldía; ni siquiera la evasión que ya había practicado en dos ocasiones y tentado sin suerte en otras dos.

> Yo ya había pensado dos veces fugarme de los cuarteles. Una fue en el 4.º de Caballería y otra fue desde el Batallón Florida. En las dos veces me fue, no, no, ni siquiera intenté. Mejor dicho lo planifiqué, porque después cuando pasé para afuera el plan, me bocharon los dos planes porque eran inviables… y no pude (Yessie Macchi).

Sin posibilidades de evadirse, viviendo cada día en un sistema de opresión absoluto que solo parecía agravarse, y con la perspectiva de muchos años de prisión por delante, Yessie Macchi se orientó hacia una nueva estrategia: la maternidad se dibujó como otra forma de fuga al poder opresor.

> Son muchas cosas muy confusas y muy entreveradas. Voy a empezar por lo peor. Porque en ese momento ya yo estaba en un estado de odio hacia ellos tan grande, pero tan grande, que por algún lugar tenía que demostrarles que estábamos por encima de todo lo que ellos hacían, las torturas, las muertes que ya sabíamos de varias, la forma como nos tenían, prácticamente como animales en caballerizas. De todas esas cosas, de las palizas que nos daban, porque ahí mismo en La Paloma a mí me torturaron de vuelta y a Elisa la fueron a buscar unos tipos que la habían torturado en la casa de Punta Gorda. A pesar de eso nosotros teníamos la vida, y la vida la teníamos nosotros. No nos podían quitar eso. Podían matarnos de pronto, pero no nos podían quitar la posibilidad de tener vida dentro de nosotros mientras estuviéramos en los calabozos… era como un rencor hacia ellos. Pensábamos: «Esto todavía podemos hacerlo. Todavía esto nos pertenece a nosotros. Todavía somos capaces de tener hijos. Todavía somos capaces de amar»… Fue quizás lo más rencoroso, lo más vengativo… pero ahí me apoderé de mí. Pero también estaba el hecho —porque las cosas nunca son tan sencillas— también estaba el hecho de que pensaba que no podía ser que yo muriera sin tener un hijo, una hija. Que no podía ser, quizás era un sentimiento egoísta, pero yo quería eso que me habían sacado cuando, cuando me hicieron abortar cuando caí. Yo quería eso, quería ese bichito que me lo habían arrancado… Y quería tenerlo (Yessie Macchi).

Su deseo de maternidad nació como respuesta a las grandes pérdidas del pasado inmediato —su libertad, su compañero y un embarazo que hubiera querido conservar—, pero también como acto de rebeldía ante esa sobrevida degradada.

Las torturas, manoseos, hambreamientos, así como los momentos de afloje, eran el trazo de un poder que no se realizaba solamente ase-

sinando, sino mediante la derrota psicológica y moral de sus víctimas cuando las transformaba en audiencia de la exhibición de ese poder dominador.[6] Yessie Macchi dijo acerca de su decisión de embrazarse: «Ahí me apoderé de mí», porque para romper con el lugar asignado por los opresores desplegó ante ellos su propio poder de mujer.

Para las presas la opresión se condensaba en la trama de circunstancias cotidianas mediante las cuales los militares procuraban enajenar su capacidad y voluntad de ser personas. En un extremo se realizaba imponiendo la inmovilidad física y moral que describe José Jorge Martínez. Las resistencias, que siempre son personales, se realizan buscando «resquicios dentro de la cuadrícula trazada desde el poder para moverse sustrayéndose a su mirada».[7]

La mirada del poder estaba concentrada en la Yessie Macchi militante, guerrillera, sediciosa, desplegando un sistema paranoico de mortificaciones y aflicciones provocadas bajo las justificaciones del aseguramiento de las personas dentro de la prisión, buscando su desmoralización y la derrota de su identidad militante.

Yessie Macchi no podía fugar del cuartel ni cambiar las condiciones de reclusión a menos que se convirtiera en una colaboradora de los militares. Entonces su moral combatiente mutó hacia la voluntad de ser madre, y allí se sustrajo a los límites trazados por el poder.

Su rebeldía se realizó reapropiándose de su persona en un lugar donde el poder opresor no la podía limitar. Recuperó la soberanía sobre sí misma y evitó quedar reducida a la condición de un cuerpo enajenado y disponible únicamente para el sufrimiento en manos de los militares. Actuó la afirmación de Carlos Liscano: «nadie puede pedirle al cuerpo que aguante y decirle al mismo tiempo que es un asco».[8]

Yessie trazó para su cuerpo aprisionado y degradado por los militares el proyecto de convertirse en espacio de encuentro amoroso y productor de vida para derrotar las mazmorras y la muerte. Fue una estrategia que le permitió seducirse a sí misma para llevar adelante una nueva subver-

---

[6] «Sin la subordinación psicológica y moral del otro lo único que existe es poder de muerte, y el poder de muerte, por sí solo, no es soberanía. Sin dominio de la vida en cuanto vida, la dominación no puede completarse. El trazo por excelencia de la soberanía no es el poder de muerte sobre el subyugado, sino su derrota psicológica y moral...». Rita Segato, o. cit., p. 7.

[7] Pilar Calveiro. *Familia y poder*. Buenos Aires: Araucaria, 2005, p. 100.

[8] Carlos Liscano. *El furgón de los locos*. Montevideo: Planeta, 2001, p. 101.

sión al orden destructor, solo accesible para una mujer que convoca la solidaridad cómplice de un hombre dispuesto a jugarse con ella.

Un obrero y un milico

La trama de circunstancias que permitieron concretar el embarazo reconoce un papel central a otras dos personas. El principal fue Mario Soto, un militante del MLN detenido en 1974 que se encontraba recluido junto con otros dirigentes tupamaros en el cuartel de La Paloma. El otro, no menos importante, fue un anónimo soldado circunstancialmente a cargo de la vigilancia de los presos.

En un segundo plano —no menor— están la familia de Yessie, que accedió a secundar su proyecto, y Elisa Michelini, que fue su cómplice directa.

Mario Soto era un obrero nacido en los sectores más humildes de la población rural, fue detenido y torturado en 1974 como integrante del MLN. Su historia quedó más unida a la tragedia de las jóvenes militantes del MLN Diana Maidanic, Silvia Reyes y Laura Raggio, asesinadas por las Fuerzas Armadas, que a la participación que tuvo en el proyecto de Yessie Macchi.

En las mazmorras de La Paloma Yessie y Mario entablaron una intensa relación a través de la pared medianera de sus calabozos:

> Entonces, cuando llegamos a La Paloma y vimos eso dijimos: «Bueno, ta, esto viene muy, muy feo». Pero nos adaptamos como pudimos. Habían otros compañeros que estaban presos, al lado mío en el calabozo... las mazmorras estaban llenas. Al lado del calabozo donde estábamos Elisa y yo, había un compañero que hacía dos años que estaba en las mazmorras... El que estaba al lado nuestro se llamaba Mario Soto, y él era de origen un albañil, con una historia de vida tremenda: madre peona de campo, él era hijo del dueño del campo, ella después terminó prostituta en un quilombo del campo. El Consejo del Niño lo saca de al lado de ella en un momento porque él recoge una azada, tenía 11 años, él recoge una azada para matar a un tipo que estaba golpeando a la madre. Es decir, toda una historia propia de las peores leyendas rurales que se puedan encontrar en la literatura uruguaya, él había vivido... Empezamos a hablar a través de un agujerito que él había hecho en la pared. Las paredes de esos calabozos, tenía la suerte, la única suerte de vivir en esos calabozos, que eran finitas y se deshacían de nada. Hizo un agujerito ahí,

> este, contra el piso, con esos enchufes que venían antes, que no vienen más, que tenían como un capuchón de goma en cada extremo, lo usábamos para hablar de noche. Como los milicos tenían la radio prendida todo el tiempo, nosotros hablábamos muy bajito, a través de ese tubito, no había ningún problema de que nos oyeran. Siempre cubriéndonos con frazadas. Bueno, ahí nos contamos nuestras vidas, la de él era muy desgraciada. La mía no lo era en ese sentido, pero lo era en otro. Se fue armando una relación ahí, que yo diría que fue al principio más que nada de empatía, diría que después empezó a ser de comodidad o de respaldo, de apoyo, y que después terminó siendo de cariño. Eh... fueron largas esas noches. Hasta que... él tenía además un problema muy feo en el momento que había caído, él mismo se echaba las culpas de un montón de cosas que habían pasado, que no viene al caso contar. Entonces yo estaba permanentemente también alentándolo a él... (Yessie Macchi).

La amistad, el cariño y el acompañamiento crecieron entre ellos en un momento de tratamiento especialmente duro en las mazmorras, situación que Yessie recordó vinculada a las denuncias de las torturas que por entonces formulaba Zelmar Michelini.

> Porque empezaron a llover las denuncias de Michelini desde Buenos Aires, y a partir de que un día vino la orden de que teníamos que ducharnos, ir al baño y todo con milico con rifle dentro del baño. Y nosotras nos negamos, obviamente. Y todo lo demás que nos hacían, como meternos la pistola por la ventanilla y apretarla como si nos fueran a matar a cada rato, tenernos de plantón muchas horas. Todo eso le llegó a Zelmar, y él lo denunció todo en la prensa, en *La Opinión*. Lo denunció en el Tribunal Bertrand Russell. Entonces vino la represión peor todavía con nosotras. Ahí ya no asomábamos la cabeza para afuera para nada, y recuerdo bien que eran los compañeros que les permitían salir a hacer fajina que siempre nos llevaban algo para lavar y nos devolvían algo limpio, porque si no viviríamos también en la mugre total, como en una perrera. Eso era como una perrera... y además con ese letrero [en la puerta del calabozo] que decía «Asesinas»... y se pusieron mucho más locos los oficiales y los suboficiales también con su prepotencia... (Yessie Macchi).

En esas circunstancias, en Yessie tomó forma la necesidad de romper la clausura impuesta a su vida.

> Entonces yo ya estaba harta de esa situación. Me di cuenta que había llegado a otro límite que no me conocía, no podía dar un paso más. Y un día que estaba hablando con Mario por el agujero le dije: «Mario, ¿vamos

> a tener un hijo?». Me nació como en cada momento de mi vida que yo había hecho una ruptura y había empezado una etapa nueva. Él me dijo: «¿Qué?». Porque a él obviamente lo agarró desprevenido. Yo le expliqué que sentía necesidad, que yo 45 años presa por delante no me quedaba nada que esperar, salvo resistir, aguantarme, pelearla, pero quería dejar algo mío, quería tener algo mío que quedara. Él lo entendió. Él tenía muy pocos años de pena y era arriesgar mucho. Pero al final estuvo de acuerdo que él lo criaría al niño o a la niña, una vez que saliera; y entre tanto yo le iba a preguntar a mis padres si la podían criar ellos (Yessie Macchi).

Para no frustrarse, el propósito de ambos encontró el punto de apoyo en la familia de Yessie y en Elisa Michelini.

> Dos visitas creo que me costó, porque mis padres no entendían de qué se trataba, y mi madre se asustó muchísimo cuando entendió. «¿Y no decís que este es el peor cuartel donde pasaron? ¿Y cómo yo le voy a explicar a la gente esto?», decía mi madre. Me acuerdo de eso porque era un razonamiento que no se me había venido jamás a la cabeza. Cuando vos estás viviendo en un mundo que es un mundo tan limitado en cuanto a sensaciones, percepciones, contactos, no pensás en qué estarán pensando [afuera], pensás en lo inmediato. Pero, ¡qué se me va a ocurrir que de pronto la situación de Elisa o la mía, o la de las otras compañeras o compañeros podía ser una bandera de lucha, una expectativa para gente de afuera! Entonces, este, le dije que me lo dejaran pensar a mí [se ríe] porque me, me trastocó la situación esa. Entonces fui y lo hablé con Mario, también con Elisa, y me decían que no tenía nada que ver, que al contrario, que para mucha gente iba a ser asombroso que yo en esas condiciones pudiera tener un hijo o una hija… (Yessie Macchi).

Tomada la decisión, elaboraron una estrategia para concretarla. El primer paso fue procurarse condiciones para el contacto íntimo; para ello buscaron conquistar la complicidad de un soldado.

> Mario tenía una cosa que era muy importante; era un tipo muy hábil con las manos, entonces solía hacerles regalos a los guardias para obtener ventajas, como se hace siempre en esas situaciones de sobrevivencia. Y algunos le tenían cariño. Y además cuando estaba bien era muy alegre. Cuando estaba mal era un desastre, pero cuando estaba bien era muy alegre: tamborileaba en la pared, cantaba. La cuestión es que así él se hizo amigo de un cabo. Muy pero muy amigo. Y Mario le dijo que se había enamorado de mí, que quería pasar la noche conmigo. Y el cabo le dijo: «Bueno, esperá que me toque la guardia y yo te hago la pierna».

> Entre hombres esas cosas siempre se arreglan, ¿no? «Pero tiene que estar fulano de guardia conmigo, dejame que yo arregle.» Después vino a mí, con una sonrisa toda cómplice me dice: «Le ponen mi nombre si sale varón»... Pobre, se jugó el pellejo... (Yessie Macchi).

Con las colaboraciones necesarias para concretar los encuentros, establecen acuerdos entre ellos para evitar la identificación de su cómplice en la tropa, y también para evitar que el embarazo fuera usado como una provocación contra la imagen de los prisioneros y prisioneras.

Se trataba nada menos que de comprometerse a aguantar la «máquina» que sobrevendría al conocimiento del embarazo por parte de los militares sin delatar al soldado ni aceptar firmar una declaración que desmintiera la paternidad de Mario. Además se propusieron casarse para consolidar esa pareja surgida en condiciones tan especiales. El cumplimiento de ese compromiso le representó a Mario Soto un nuevo período de torturas, el aumento de la condena que ya tenía en dos años más, y también la omisión de una atención adecuada y oportuna al cáncer que terminaría con su vida.

> Lo único que planificamos con Mario fue todos los cuidados necesarios para que no se enteraran nunca quién nos iba a dejar estar juntos, el cuidado absoluto hacia quien nos facilitaba la oportunidad. En segundo lugar, aguantar por más que la situación apremiara mucho, porque ellos iban a tratar de enchastrarme a mí diciendo que era hija de un milico. Y planificamos casarnos para testimoniar aún más nuestra unión. Entonces Mario le pidió a un amigo de él que pidiera a mis padres que mandaran hacer dos alianzas con mi nombre en la de él y el suyo dentro de la mía. Y la fecha que pusimos fue la fecha de una vuelta que nos acordábamos muy bien que nos tuvieron todo un día verdugueando a todos los que estábamos en las mazmorras. Le pusimos esa fecha por si buscaban la fecha en que habíamos estado juntos, que saliera la fecha que estaba de guardia un sargento hijo de puta... (Yessie Macchi).

Yessie mencionó que hubo seis encuentros entre ella y Mario en los días que el soldado amigo estaba de guardia, hasta que finalmente quedó embarazada. La confirmación se produjo el mismo día que Elisa Michelini recibió la noticia del asesinato de su padre.

> ... Yo sé que la noche en que ella tuvo visita fue la noche en que por primera vez en mi vida yo vomité. ¡Por primera vez en mi vida! Vomité. Y ahí confirmé mi embarazo. Porque en mí vomitar no era, era así, impo-

> sible. Entonces cuando volvió Eli de la visita, contando lo que le habían dicho del padre, por supuesto los familiares como siempre, atenuando los hechos, que no había sufrido, que no lo habían torturado, que había sido una cosa rápida. Que lo habían traído, cómo había sido el entierro. Ella venía llorando por el padre y yo lloraba por ella y por lo del padre, y después le dije: «Elisa, vomité, estoy embarazada». Y ahí nos pusimos como dos guasas a llorar de vuelta, pero ya con otro llanto, ¿no? Con un llanto de alegría. Fue un momento muy intenso, creo que de los más intensos que he vivido en mi vida, esa noche. En que llorábamos por las dos cosas, por la muerte y por la vida, ¿no? (Yessie Macchi).

Como parte de su estrategia habían decidido que una vez confirmado el embarazo convenía a sus planes de legitimación de la paternidad «legalizar» su relación sentimental; para ese fin solicitaron permiso para casarse por poder.

> Entonces yo le mandé una carta de amor a Mario a través de un guardia que sabía que era un alcahuete y sabía que se la iba a entregar al comandante. Y efectivamente pasó eso, el comandante puso a Mario de plantón toda una noche y le hizo alguna pasada de mano bastante fuerte. A mí no me tuvieron de plantón ni nada pero ya a la mañana siguiente el comandante de ahí —Escala se llamaba— me mandó a llamar ahí al patio y me dice: «Pero usted, ¿qué piensa? ¿Me va a decir que se enamoró de ese?». Le contesté que sí y que «No solamente nos enamoramos, sino que nos queremos casar». «¿Cómo se va a querer casar?» «Sí, nos queremos casar, por poder.» El tipo ya ahí ya no sabía para dónde mirar, y yo le digo: «Mire, yo no sé cuándo voy a salir, pero yo quiero estar casada con este hombre, lo quiero mucho. Él me quiere mucho a mí. Le vamos a pedir a nuestros abogados que nos preparen los papeles para casarnos por poder». «Bueno, usted sabrá lo que hace, a mí no me importa nada, pero aquí no se anden carteando.» Y al día siguiente nos sacaron a las dos de ahí. Una vez que se conoció nuestra relación nos sacaron enseguida de ahí. No se conoció que yo estaba embarazada, se conoció nuestra relación. Y nos llevaron al 4.º de Caballería… (Yessie Macchi).

Yessie fue trasladada junto con Elisa al 4.º de Caballería, ya con un embarazo de varios meses en curso. En esa unidad un oficial sospechó al verla de poncho en un día caluroso y la hizo revisar por la médica del cuartel, y así las Fuerzas Armadas conocieron la noticia de su gravidez.

> Se hizo una reunión de comando ahí y vino el comandante y subcoman-

dante de La Paloma, y el comandante de ese cuartel, Licovsky, y vino el S 2 de ese cuartel, capitán Lucero. Y todos preguntaban cómo había sido. Y yo con el cuento de siempre. Estaban todos histéricos, pero había una cosa que fue muy clara para mí, y es que los tipos me tiraban golpes pero ningún golpe fue en el abdomen. Yo me di cuenta que no me daban ningún golpe podía poner en peligro el embarazo. ¡Porque no sabían qué hacer! Escala, el de La Paloma, me dijo: «Esta misma noche te hago abortar y te mato a vos también»... y yo le dije: «Va a tener que cargar con este problemita. De afuera todo el mundo lo sabe, quien lo tiene que saber. Y saben de cuánto estoy y saben todos los pasos que voy dando». Entonces estaban como con una impotencia que al final se disolvió la reunión. Me mandaron al calabozo de vuelta. Me llevó Lucero, que era capitán del S 2, me pidió para ver el anillo. Escribió como si fuera muy importante la fecha que había en el anillo, todo eso era previsible, y me mandaron al calabozo con Elisa. Quedamos dos, tres días hasta que vino el mismo comandante y nos dijo: «Preparen sus cosas». Nosotras le preguntamos: «¿Dónde vamos, comandante?, ¿como siempre, a otra unidad?». «Ah, no —dijo él—, los cuarteles no son lugares para mujeres.» ¡Ah! Cuando cerró la puerta nos dimos un abrazo con Elisa y dijimos acá se terminó, esta etapa se terminó. Los cuarteles no son lugares para mujeres, y ahí nos llevaron de vuelta para el penal... (Yessie Macchi).

En suma

Para los militares el embarazo de Yessie Macchi rompió la estructura simbólica dentro de la cual tenía sentido mantener mujeres en la ronda. Por eso las rehenas dejaron de serlo y volvieron a Punta de Rieles a continuar enfrentando las nuevas políticas de opresión junto con el colectivo de sus compañeras. Para esa comunidad el fin de la ronda supuso la desaparición de una amenaza que las acompañaba desde 1973. Probablemente para los familiares y allegados, así como para quienes luchaban por la defensa de los derechos de las personas presas, el fin de la ronda haya supuesto una pequeña pero cierta indicación de que el régimen podía retroceder.

Capítulo VII

La vuelta a Punta de Rieles y el primer silencio

El embarazo de Yessie es reconocido como el acontecimiento que interrumpe la ronda, y muchas personas lo identifican como expresión de resistencia al orden terrorista en al menos tres planos: como demostración de fisuras en el sistema de opresión, como recuperación de la agencia de la prisionera sobre sí misma y como sustracción —aunque sea fugaz— de la iniciativa política de los represores.[1]

Es una derrota del orden dictatorial terrorista como sistema eficiente para doblegar a las personas y reducirlas a la obediencia absoluta.

> Al comprobar que el mecanismo hace agua como para que dos personas supercontroladas pueden encontrarse y embarazarse, los militares dijeron: «No va a volver a pasar». La interpretación que yo le di es así, yo creo que el embarazo no podían tolerarlo [y por eso terminaron la ronda]... (Miriam Montero).

Embarazarse no fue la única forma de resistencia, claro está, pero el embarazo hace explícita una pérdida de control de los militares sobre el territorio que se proponían dominar en forma absoluta: el cuerpo, las emociones y la conciencia de las rehenas.

> No hay ninguna duda. Para los tipos fue meterles el dedo en el culo. ¿Cómo puede ser? Con las medidas que habían tomado, de tenernos controladas las 24 horas del día, ¿qué había pasado? Y además, si había pasado eso podía pasar cualquier otra cosa. Yo creo que para los tipos fue muy duro el tema de Yessie, cuando constatan el embarazo, porque es como que no tienen seguridad de su propia gente, ese es el tema... Así que toman la medida de que: «No queremos ninguna mujer en los cuarteles porque son un peligro» (Lía Maciel).

El embarazo de Yessie interpuso una experiencia vital constructiva en un escenario dominado por la destrucción, el sufrimiento y la muerte.

---

[1] Usamos la noción *agencia* estrictamente en la acepción —de Amartya Sen— que reivindica «la capacidad del sujeto para llevar la vida que tiene razones para valorar», porque nos parece que justamente en ese plano se realizó la resistencia de Yessie Macchi al orden terrorista: ella no lo derrotó, pero el orden tampoco la derrotó a ella, que expresó su resistencia en forma personalísima. Véase el significado de *agencia*: Sen. *Inequality reexamined.* Nueva York: Harvard University Press, 1992, pp. 56-72.

> Comprendíamos eso, y es una cosa muy buena: que en las trincheras [además de cadáveres] se hacen hijos… (Flavia Schilling).

> … Era una vida y festejamos la llegada de Paloma más allá de la valoración de en qué circunstancias haya quedado embarazada. Nosotros vivíamos situaciones muy límites: vivías el dolor de toda la etapa terminal de alguien como Hilda Delacroix y yo me acuerdo al otro día de su muerte hubo una compañera que tuvo familia. Vos acababas de llorar a Hilda y se te llenaba de pañales, después vivías la primera sonrisa de un bebé. Eso había que disfrutarlo porque es impresionante la vida en medio de todo eso… es lo más grande que te puede pasar (María Elena Curbelo).

En tercer lugar lo hecho por Yessie tuvo efectos políticos también positivos para todas sus compañeras de ronda, aunque estaban dispersas por diferentes cuarteles. Yessie y Mario, con la colaboración de Elisa Michelini y un anónimo soldado, tomaron sobre sí los riesgos de una empresa que revirtió positivamente sobre las rehenas, sus compañeras de prisión, familiares y entornos más o menos próximos. Todas aquellas personas sobre quienes la ronda pesaba como una manifestación del poder opresivo recibieron un mensaje que revelaba zonas de precariedad de ese poder.

> Yo amo a Paloma y a Yessie por eso, entre otras cosas… (Lía Maciel).

> Nosotros dijimos: ¿qué fue lo que pasó?, porque yo lo vimos como fue el punto culminante, si ella no hubiera quedado embarazada la ronda hubiera seguido. O sea que para nosotros fue una liberación que ella quedara embarazada (Gracia Dri).

Incluso quienes inmediatamente fueron muy duras en la crítica moral y política a Yessie, con la perspectiva de los años reconocen el valor de su acción en la finalización de la ronda.

> [El embarazo] me calentó tanto que no tuve tiempo de pensar eso. Ahora reconozco que volvimos por ella; si no, no sé, de pronto un tiempo más estábamos. Nunca en las condiciones de los hombres. No sé si nos pensaban dejar once años como a ellos, no sé y eso no lo vamos a saber nunca, ni ellos lo sabían. Pero me queda claro que gracias a lo que ella hizo volvimos al penal… (Raquel Dupont).

Cuando volvieron a Punta de Rieles, las rehenas fueron instaladas en un sector donde al principio estuvieron solas, y al cabo de una «cuarentena» fueron incorporadas otras compañeras junto a su sector.

> No volvieron todas juntas, venían en pareja de acuerdo a los cuarteles. Una de las primeras en llegar fue Yessie con Elisa y con Estela Sánchez. En ese momento vivíamos mucho «verdugueo», de trabajo forzado, de las milicas encima de todo. Mucho infierno, muy privadas, muy privadas de todo. A ellas las llevaron y las instalaron en un sector que estaba vacío, a todas a oscuras en una celda. A los pocos días nos cambian a Adriana Castera, a la mamá de Adriana Castera que estaba presa también, a Lucía Topolansky, a mí... nos cambian al sector con ellas. Y fue una alegría de todas; ellas además estaban entre ellas y querían de alguna manera tener contacto con el resto... (Sonia Mosquera).

La recepción a Yessie —y tal vez a sus otras compañeras— no se desarrolló como si vinieran de superar una prueba muy dura en la resistencia al sistema de opresión. Una parte influyente de la colectividad —entre ellas había al menos una de las rehenas— vivió el embarazo de Yessie como un asunto de controversia en torno a la moralidad militante.

> [Cuando volvemos al penal] me entero que esta estaba embarazada. Con Yessie Macchi estaba Elisa Michelini, y Yessie Macchi entabla una relación con un tipo —que era un alcahuete— que lo tenían caminando por el pasillo libremente. Entonces ella queda embarazada. Yo por eso con Elisa no me llevo nada bien, porque para mí fue una alcahueta de ella, ¿cómo le va a permitir eso? Yo si estoy con una compañera le digo: «Pero, loca, ¿cómo vas a estar acostándote con este?». Me pasé yo qué sé cuánto tiempo sin hablarle. Después nació la chiquilina y la chiquilina era rica, pobrecita, y bueno, ahí cambiamos... (Raquel Dupont).

La noticia del embarazo de Yessie había llegado antes que las rehenas a Punta de Rieles y había provocado en algunas prisioneras, «sobre tablas», sentimientos de perplejidad o rechazo.

> ... Al principio quedé absolutamente sorprendida y anonadada porque nunca me lo hubiera imaginado, era de esas posibilidades que se pueden dar pero no lo esperás. No me pareció que por el hecho de ser Yessie Macchi, por todo lo que significaba ella hubiera que censurarla. Yo la acepté, pero hubieron muchísimas dudas, muchos reparos, y hubo compañeras que se desmoralizaron con ella. Cuando se enteraron que

había sido una decisión fue peor todavía, porque eso era una conducta trasgresora de la moral revolucionaria... (Sonia Mosquera).

Antes de tomar contacto con las razones de Yessie se calificó su situación como trasgresión a la moral revolucionaria, lo que dio lugar a un castigo ejemplarizante en el interior de la colectividad. Una reacción favorecida por lo que Yessie recordó como una operación de «enchastre» implementada por los militares.

La hicieron como tenían que hacerla y la hicieron bien. En ese momento en el penal de Punta de Rieles existía un grupo de compañeras, muy poco numeroso pero de mucha influencia, que de hecho fueron las que llevaron adelante una línea política que dividió al penal. Eran vanguardistas, eran como una secta. Y entonces los militares iban por allá y les decían: «¿Vieron su, su dirigenta? Viene con una panza». Yo qué sé; les dirían que me acostaba con un milico. No sé qué decían porque nunca me lo contaron tampoco. Porque así como en el resto del penal nadie les creyó nada y estuvieron muy de acuerdo con el hecho de que yo volviera embarazada, en el caso de ellas sí lo creyeron, o por lo menos lo pusieron en duda. Pero no lo hablaron conmigo, sino entre otras compañeras. A mí simplemente me quitaron la palabra. Eran del MLN. Era un sector y unas pocas compañeras, pero con una influencia política muy fuerte. A algunas de ellas yo ni las conocía de antes, compañeras nuevas, caídas más adelante que yo, caídas en el 73, 74. Eso es toda otra historia que habrá que analizar cuando algún día se diga la verdad de la historia del penal de Punta de Rieles (Yessie Macchi).

La descalificación respecto a la conducta esperable para una líder derivó en el establecimiento de un cerco de silencio en torno de ella. Un procedimiento de disciplinamiento entre pares que profundizaba las principales formas de opresión usadas por los carceleros.

Ellos apuntaban a destruirte en la condición humana, o sea... el hecho de que sonreír a una compañera de otro sector implicaba una sanción, el hecho de saludarla, de darle la mano también. Ellos apuntaron y fracturaron nuestra propia identidad. La incomunicación era el centro... (Sonia Mosquera).

La valoración sobre el significado del embarazo no fue unánime, sin embargo muchas de quienes disintieron de la postura más activa y beligerante resienten no haber podido asumir una defensa más eficiente de Yessie.

> Entonces Yessie empezó a sufrir, no tanto cuestionamientos que alguien le dijera: «¿Cómo hiciste eso?», [que] ella hubiera podido resistir mas, discutir o enfrentar, sino el silencio, la exclusión, en algunos casos el desprecio. Eso fue de una crueldad terrible [...] nosotras hubiéramos podido absorber eso, porque yo creo que tendríamos que haber podido, y no provocar esa cosa de dejarla sola... (Ivonne Trías).

La disidencia del «tratamiento de silencio» parece haberse concretado mediante una estrategia defensiva basada en la construcción de un grupo protector de Yessie y su embarazo.

> ... Es increíble, ¿no? Porque hubo gente que criticaba. Y tú no criticás una mujer que está con ocho meses... Tú le das un abrazo y la ayudás a enfrentar, y te solidarizás con ella por haber tenido que esconder durante meses la cosa más linda que es un embarazo... Entonces hubo una tensión. No todos, pero hubo gente de otros sectores, hubo algunas personas, del propio sector B, que por ejemplo le hicieron un hielo así, no le hablaban... ¿Qué hicimos, entre nosotras? Eli Michelini, Margarita Michelini, las hermanas Ibarburu, ¡qué sector maravilloso y compañeras fantásticas! Entonces hicimos un cerco protector para ella, para ayudarla, y fue muy interesante porque fue una ayuda que no era solo afectiva, fue una ayuda muy cotidiana. Hasta que nació Paloma, y después que nació, entonces nos turnábamos para cambiar pañales. Esa cosa maravillosa de dar la mamadera, y vivimos con un dolor inmenso cuando ella se fue.[2] Y después apoyarla, pero todo fue muy, muy difícil. Fue muy hablado, fue muy explicitado... (Flavia Schilling).

Para el grupo más próximo el acompañamiento durante la gestación y posteriormente el cuidado colectivo de la hija de Yessie parecen haber representado un espacio vital que se cargó de significados positivos. Así se expresa mediante lo que algunas compañeras dejaron registrado como vivencias vicarias de maternidad. Por ejemplo cuando esperaban el nacimiento de quien sería Paloma y tejían entre muchas una colcha para ella, o «leían un libro de un pediatra inglés» para estar todas mejor capacitadas para recibirla colectivamente.

> A veces en algún tramo [de la lectura del libro] especialmente sobre el significado de la maternidad, lloramos un poquito, pero con esas lágrimas lindas, que no son tristes ni angustiadas, que expresan la emoción de haber sido tocadas en el corazón (Flavia Schilling).

---

[2] Paloma fue separada de Yessie a los ocho meses.

La gestación y primera crianza de la hija de Yessie parecen haber transcurrido en un cuadro caracterizado por la hostilidad pública de las más influyentes, la protección privada de las más próximas y la simpatía silenciosa de otras muchas prisioneras.

> Lo que pasa es que mi situación era esta: [menos ese grupo del MLN] todas las compañeras de todos los partidos estaban de acuerdo [...] Pero tampoco me amargó mucho eso, yo qué sé. Yo salvo esos meses que tuve que convivir en una misma celda con unas mujeres que eran como autistas, completamente cerradas, sectarias. No me hablaban. Tampoco, si teníamos visita de niños y venía Paloma que ya sabía más o menos hablar, tampoco la saludaban a ella... fue una situación más que política diría que fue patológica. [...] Salvo eso, yo el resto de la cana, comparado a lo que ya había vivido, no puedo decir que la pasé bien, pero la pasé, la pasé... Con mucho cariño hacia muchas compañeras, con muchas amistades grandes (Yessie Macchi).

El silencio interpuesto entre el embarazo de Yessie y los episodios resistentes aceptados por el colectivo presenta todas las características de un acto militante.

> ... existían todas las posibilidades reales, y yo lo admitía, de que se podía discutir el hecho. Si políticamente convenía, si no convenía, si había sido bueno o malo para los fines que perseguíamos de dar a conocer nuestra lucha, etcétera, etcétera. Todo eso era posible; lo que pasa es que yo no era mirada como una persona solamente, además. Tenía responsabilidades. Y ese es el hecho que a mí me hubiera gustado discutir, pero no, no, no me dejaron discutirlo, salvo en una última oportunidad, cuando nos juntamos algunas compañeras al final de la cana. Pero con las primeras no, no, no lo pude discutir. Y con las últimas no fue una discusión, fue un mea culpa (Yessie Macchi).

Yessie hace mención a una única ocasión de debatir cara a cara con un grupo de dirigentas presas sobre los significados políticos de su embarazo. Ocurrió nueve años después del final de la ronda, cuando las prisioneras percibieron que a corto plazo serían liberadas. En esas circunstancias, algunos grupos políticos que se sentían «desdibujados» en la resistencia común de todas las prisioneras decidieron discutir sobre cómo saldrían a la calle.

> ... cada grupo trató de ver con qué saldo salía, cómo salía, cómo recuperar un poco su identidad política. Fueron como cuatro o cinco reunio-

nes durante cuatro o cinco días. Mientras nosotras nos reuníamos, las compañeras de los otros partidos hacían guardias por si entraba algún oficial, o sea que fue todo muy organizado (Yessie Macchi).

El contenido de esas reuniones —recordado por Yessie y otra entrevistada que no integraba el MLN— revela que el embarazo ocurrido casi una década antes mantenía su potencialidad controversial.

> A mí las compañeras que estaban en el sector conmigo en ese momento me plantean que me haga una autocrítica por el nacimiento de mi hija. Y yo, la verdad, en aras de la unidad del grupo me la hice... (Yessie Macchi).

> Fue muy dramático, yo tuve siempre la tesitura de que si estabas ahí y estabas en esa situación tenías que establecer un entendimiento para sobrevivir a esa situación, de que las cosas se iban a resolver cuando tuvieras libertad de análisis y opciones. Entonces esas reuniones de autocrítica de cosas internas me parecían que no tenían mucho sentido... (Ivonne Trías).

El debate sobre los hechos era extemporáneo, pero la actualización de las resignificaciones moralizantes y la descalificación de las protagonistas revelan un núcleo de preocupaciones duradero y lacerante.

> ... Fue durísimo. Me fustigué como una Magdalena. Pero me la hice porque me daba cuenta que si no el grupo iba a seguir desunido como siempre. Porque siempre estuvimos medias con desavenencias, más que nada ideológicas. Y yo me dije: «Acá no me queda otra, yo voy a hacer una autocrítica, las dejo tranquilas a ellas, me flagelo un poco, y ta. Que chorree un poco de sangre y se acabó todo». Entonces yo dije que yo había usado a Mario como vehículo para mis necesidades primarias, que no había pensado en lo que podía pensar la gente afuera. No me acuerdo, pero fue durísimo. Y no lo sentía además. Fue tan fuerte, tan fuerte, porque yo, además de lo único que me negué a hablar fue de Elisa. De mi relación con Elisa, de qué parte ella tuvo que ver en mi relación con Mario o no. Yo hablé de mí misma, nada más. Tampoco hablé de Mario, hablé de mí misma, nada más... Y vos sabés que una compañera que murió hace relativamente poco, Julia Armand Ugon, en la mitad de una de las tantas sesiones de autocrítica me llevó aparte y me dijo: «Yessie, no te castigues más —me dijo—, porque todo esto que estás diciendo ni vos misma lo sentís, decime la verdad». «No.» «¿Por qué lo hacés entonces? Esto es horroroso, yo no lo aguanto más.» Le

> digo: «Bueno, es lo que me están pidiendo; me están pidiendo sangre y les estoy dando sangre». Ella se sentía horrible. Yo no; yo me puse mi careta de hierro y lo hice. Después quedé como un mes contracturada, pero la careta de hierro me la puse... (Yessie Macchi).

Los silencios de Yessie Macchi sobre su embarazo se manifestaron en diferentes planos de su vida y durante muchos años. Algunos defensivos y tal vez otros resistentes a diferentes formas de opresión. Hasta 1995 o 1996 su embarazo fue un tema «vedado» al que nadie, tampoco ella, parece haber deseado volver. Excepto cuando se vio forzada a actuar porque el tema fue actualizado como medio de lucha política interna y amenazaba la integridad emocional de su hija.

> ... Hubo un cuestionamiento fuerte que hizo que yo me retirara de la militancia. Yo pedí una investigación. Cuando se dio una serie de hechos, muy feos, digamos, de lleva y trae y cuenta, para evitar, también para maniobrar con posiciones políticas internas, digamos... yo puse mi militancia arriba de la mesa y le dije al ejecutivo: «Hasta que esto no se investigue hasta lo último, hasta que no se sancione a quien hay que sancionar, yo no milito más. Acá está toda mi militancia, ustedes balanceen». Y se aclaró todo. [...] no era por el tema ese de que fuera hija de un milico; eso no estaba en cuestión. Cuestionaban a Mario, cuestionaban a Mario por un lado y me cuestionaban a mí por el hecho de haber tenido relaciones con él [...] La vida de Mario siempre la acepté, para mí fue un excelente tipo. Pero yo no estaba dispuesta a que su hija se viera manchada con todo eso, no estaba dispuesta. Entonces por esa razón, yo misma muchas veces no acepté las responsabilidades políticas que me daban (Yessie Macchi).

En suma

El embarazo de Yessie Macchi y Mario Soto provocó un primer y largo silencio que se originó en la cárcel cuando las rehenas volvieron de la ronda. A ese le siguieron otros silencios.

Un indicador de la potencia con que ese embarazo y sus circunstancias quedaron fijados entre las situaciones indignas de recordarse es que no mereció ninguna mención en un trabajo reciente en el que la maternidad en prisión es reivindicada porque la defensa de la propia «vida y la de los

bebés y niños pequeños» se conceptúa como una estrategia que permitió a «las mujeres rescatarse de la demolición buscada por el torturador».[3]

Junto con el embarazo de Yessie desaparecieron la ronda como acontecimiento y las rehenas como protagonistas de un hecho represivo, de singular crueldad humana y significado político.

En el próximo capítulo indagaremos algunas cualidades de los silencios que las rodearon y los posibles significados que tienen como fundamentos para la descalificación, invisibilización y negación de las rehenas.

---

[3] Maren Ulriksen en Graciela Jorge, *Maternidades en prisión política*. Montevideo: Trilce, 2010, p. 13. En esa obra de investigación el nombre de Yessie y su hija Paloma Soto aparecen en el cuadro en el que se anotan fechas y lugares de nacimiento. Pero la subversión de Yessie en el cuartel de La Paloma y la experiencia de crianza de su hija no registran una sola línea en todo el trabajo de testimonios.

Capítulo VIII

Ellas no cuentan

Los grupos solo se plantean los problemas que pueden tolerar...
PIERRE BOURDIEU

En el capítulo anterior informamos que pese al amplio reconocimiento de lo decisivo que fue el embarazo de Yessie Macchi para que los militares optaran por interrumpir la ronda, aquel acontecimiento quedó sumido en el silencio e invisibilizado desde el retorno mismo de las rehenas a Punta de Rieles. Ahora corresponde formular y fundamentar nuestras hipótesis acerca de los motivos de la invisibilidad, descalificación y negación de las rehenas.

Para esta etapa final de nuestra investigación asumimos como un desafío el hallazgo de Pilar Calveiro sobre la relación entre los silencios que reflejan y refuerzan subordinaciones y otros que revelan la capacidad de resistencia.[1] Cuando decimos *ellas no cuentan* expresamos la negación de que son objeto, así como la reserva de ellas mismas acerca de sus propias experiencias.

Dividiremos este análisis en tres planos que a nuestro juicio delimitan campos de fuerza donde se producen, enlazan y contraponen los silencios de sumisión y resistentes. En el último capítulo analizaremos la permanencia del silencio sobre las rehenas por más de dos décadas.

Ahora, indagamos en primer lugar las evidencias acerca de cómo el orden de géneros representó una limitación crucial a la posibilidad de que las rehenas pudieran historizar su experiencia como parte del capital colectivo de resistencia en las cárceles. A continuación, el análisis hurgará en los conflictos surgidos al retorno de las rehenas a propósito de las formas de resistencia y los nuevos liderazgos adoptados por las prisioneras en la cárcel de Punta de Rieles durante la ronda. En tercer lugar, se intentará colocar la experiencia de las rehenas en diálogo con algunos hallazgos acerca del autosilenciamiento que se impusieron sobrevivientes de programas de destrucción en diferentes lugares del mundo.

[1] «En las relaciones de fuerte autoritarismo se impone un silencio de sumisión, con un gran componente de humillación; es el no poder decir. Pero al mismo tiempo que este, a un lado de él, confundiéndose aparentemente uno con otro, toma cuerpo un silencio resistente, que puede tener distintas significaciones. Una de ellas es el aplazamiento del enfrentamiento, rodearlo para después abordarlo desde otro lugar o en otras circunstancias. Este tipo de silencio se vincula con la espera.» Pilar Calveiro. *Familia y poder*, o.cit, p. 150.

Lo intolerable

Antes de que se produjeran otros conflictos alrededor del retorno de las rehenas, el penal de Punta de Rieles recibió la noticia del embarazo de Yessie, un acto que cuestionó el orden previsible y aceptable dentro del sistema de terror-resistencia en que vivían las prisioneras. Porque una de las militantes más notorias por sus antecedentes en la clandestinidad y la lucha armada regresaba a la cárcel con la evidencia de una experiencia sexual durante la ronda.

Se trata de un acontecimiento que, de la manera en que ocurrió, solo puede protagonizarlo una mujer. Esa singularidad permite observar cómo se articularon en la cárcel la violencia política y de género para proyectarse posteriormente como invisibilización y negación de esa forma de resistencia femenina.

Entendemos necesario considerar ese embarazo como un acontecimiento que incluye la maternidad como una de sus dimensiones, pero está atravesado por los significados políticos de la sexualidad, es decir, los usos socialmente legítimos e ilegítimos del cuerpo de las mujeres.

En esa perspectiva el embarazo se presenta como una trasgresión al orden de géneros que establece un sistema de valoraciones y señales indicativas de lo que son y, sobre todo, lo que deben ser un hombre y una mujer.

Se trata de un deber ser práctico que funciona como un consenso tácito de esquemas cotidianos, no reflexivos y considerados naturales (Bourdieu). La naturalización de la diferencia de roles sociales entre hombres y mujeres toma su fuerza en la diferencia biológica —los sexos— y se proyecta al campo cultural.

Los cuerpos son origen y sede de los roles masculino y femenino; por eso las prescripciones fundantes del orden de géneros tienen que ver en principio con los usos adecuados e inadecuados, legítimos e ilegítimos de los cuerpos.

El terror de Estado desplegado para «someter a la población y reducir las posibilidades de resistencia [...] convirtió los cuerpos de millares de personas [prisioneras] en un campo de batalla por el poder».[2] Esos cuerpos como campos de batalla sufrieron y resistieron desde la tota-

---

[2] Double Blinds: «Latin American Womens» Prison Memories», Author(s): Mary Jane Treacy Source: Hypatia, vol. 11, n.º 4, *Women and Violence* (Autumn, 1996), pp. 130-145. Published by: Blackwell Publishing on behalf of Hypatia, Inc. Stable URL: ‹http://www.jstor.org/stable/3810397›. Visitado el 21 de enero de 2010. Traducción de M. R. y R. S.

lidad de sus significados sociales, en primer lugar las masculinidades y feminidades dominantes. Sin embargo, como hemos señalado, la representación de la prisión política es «asexuada» y conlleva una tácita atribución de género masculino. La negación del «orden de géneros» y las formas concretas y diferenciadas de las violencias experimentadas en las prisiones por mujeres y hombres hace desaparecer un plano crucial del dispositivo de arrasamiento y de la resistencia.

En contraste con la creciente relevancia que se les reconoce en muchos campos a los géneros en la organización jerárquica de las relaciones sociales, esa dimensión está prácticamente desglosada de los análisis y de la bibliografía relativos al terrorismo de Estado. En Uruguay existen numerosas memorias de mujeres y menciones a la participación de las mujeres en episodios de la lucha política y la represión. No así a las formas de opresión basadas en la sexualidad.[3]

Algunos estudios referidos a experiencias en prisiones de diferentes países de América Latina sostienen que la violencia represiva basada en relaciones de género fue clave para socavar la identidad de las personas presas. Esa valoración parte del reconocimiento de que los militares comparten con la sociedad (incluidos prisioneros y prisioneras) una comprensión de masculinidad y feminidad que podría reducirse a la fórmula *los hombres pueden hacer la guerra y dar la muerte mientras que las mujeres solo deben dar la vida.*

A partir de la fuerza de esos códigos compartidos por todos, los militares buscaron feminizar a los presos para atentar contra su identidad «haciéndolos llevar vestidos de mujeres, burlándose del tamaño de sus penes, de la circuncisión de los judíos, violándolos, centrando la tortura en los genitales [lo que conlleva la amenaza de la pérdida de la

---

3 En el momento de redactarse la versión final de este trabajo está a punto de publicarse *Las Laurencias*, un trabajo colectivo coordinado por Mariana Risso y Soledad González Baica que constituye un esfuerzo para empezar a subsanar ese vacío. En *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de Estado*, se incluye un apartado referido a la «dimensión de género de la represión», en el que se da cuenta de situaciones de tortura y la manera «diferencial en que afectaban a las mujeres», en especial «las formas sexuadas que adquirió la represión y los diferentes códigos utilizados para el tratamiento de varones y mujeres » (Álvaro Rico [coord.], o. cit. t. II, p. 263). Es una descripción valiosa en la medida en que señala el vacío en la investigación sobre las maneras en que el orden de géneros dio sentidos a las violencias sufridas por mujeres y hombres durante las prisiones y en el largo plazo. Posteriormente se publicó una recopilación de testimonios sobre maternidades en prisión política. Graciela Jorge (coord.), o. cit.

virilidad] o incluso llevando a cabo emasculaciones».[4] En la medida en que la prisión se constelaba como una cotidianidad en la que estaban radicalmente recortados la autonomía, la autoridad y el poder de los sujetos, resultaban afectados los atributos sociales más apreciados en las masculinidades hegemónicas.

En el caso de las mujeres, a los ojos de los captores-torturadores estas eran renunciantes a los roles socialmente asignados (la maternidad y el cuidado de los otros), lo cual las colocaba en «la condición de monstruos: hijas que ponen en peligro los padres, madres que abandonan los hijos, mujeres jóvenes embarazadas que abortan».[5] Esas mujeres que habían abandonado el hogar para dedicarse a la lucha política eran seres doblemente peligrosos, porque, a diferencia de los hombres, que solo desafiaban el régimen político, ellas subvertían también la conducta femenina legítima.[6]

La agresión a sus cuerpos tenía por objetivo devolverlas al orden de género dominante, que establece que la renuncia al rol materno representa la pérdida del derecho a ejercerlo. De allí los abortos forzados, el robo de bebés, las vejaciones y humillaciones con base sexual. Las violencias sexuales no ocurrían porque fueran mujeres, sino para que volvieran a serlo dentro del orden de géneros. Si no habían querido reducirse al rol de madres debían ser tratadas como putas, y para eso «el poder terrorista asumía la función no solo de reprimir la disidencia política, sino de restablecer por la fuerza el orden de géneros».[7]

Para refundar —por la violencia— ese orden, los hombres fueron sustraídos al sistema de relaciones y funciones sociales en el que se realizan las masculinidades.[8] Esa misma finalidad se procuraba para las

---

[4] Mary Jean Tracey, 1996, o. cit.

[5] Ibídem.

[6] «Al no aceptar los límites físicos y simbólicos impuestos, son vistas como una impureza social casi mítica que puede contaminar a toda la sociedad [...] sus actividades como guerrilleras por las que presumiblemente fueron detenidas, parece ser menos importante que la trasgresión de las normas de comportamiento femenino y el uso aceptable del cuerpo de mujer.» Por eso padecieron en forma especial torturas basadas en «fantasías sexuales sádicas de destrucción y castigo, en violaciones y abortos forzados». Ibídem.

[7] Ibídem.

[8] Los militares estuvieron muy atentos, durante las prisiones prolongadas, a explotar todas las posibilidades de socavar la resistencia cuestionando a los hombres por no ser proveedores de sustento a sus familias y satisfacción sexual a sus mujeres. Rafael Sanseviero (testimonio inédito).

mujeres, en primera instancia buscando reducir sus cuerpos a los usos socialmente legítimos; en primera instancia el *ser para (los) otros*.[9]

Las *violencias con base sexual* o *sometimiento sexual* en las prisiones fueron aquellas formas de opresión de cualquier índole que se apoyaron en la diferenciación sexual de las personas y los roles de género, es decir, las feminidades y masculinidades dominantes.

A continuación, aportaremos algunas referencias sobre esas formas de sometimiento contra las mujeres presas, cómo marcaron las conductas y organizaron los sistemas valorativos de los colectivos frente a las diferentes formas de resistirse.

En las fuentes nacionales no abundan las referencias a los recorridos a lo largo de los cuales los agentes torturadores buscaron el sometimiento sexual, ni tampoco a las estrategias de resistencia de las mujeres. Sin embargo existen testimonios que revelan cómo el cuerpo se imponía políticamente a las mujeres como una debilidad naturalizada que las obligaba a construir un férreo sistema defensivo.

> ... para las mujeres en general el tema del sexo siempre fue visto como un punto que había que cuidar mucho, era un punto de debilidad que vos sabías que estaba presente desde que te interrogaban, te torturaban, que vos eras una mujer hasta... [en] todas tus actitudes tenía que estar presente. Teníamos una actitud de mucho cuidado con los milicos, sean soldados o sean oficiales, evitar el juego que se establece entre mujer y hombre. Teníamos como un temor de que todas las cuestiones vinculadas al cuerpo y al sexo fueran debilidades incontrolables y en ese sentido pensábamos que en los cuarteles y en cualquier lugar que vos estuvieras tenías que comportarte cuidando eso... (Ivonne Trías).

Temor, debilidad incontrolable y necesidad de cuidados extremos son sentimientos asociados a la condición sexual femenina en prisión. La imposición del poder fáctico del torturador y las violencias derivadas del orden de géneros produjeron un sometimiento sexual que en algunos casos se manifestó como relaciones afectivas «consensuadas» entre prisioneras y agentes del poder torturador (entendiendo por tales

---

[9] «La violencia ejercida por el poder contra las mujeres sería un llamado al orden de subordinación en tanto mujeres, mientras que para los hombres esa misma violencia sería para desterrarlos del orden de privilegio en tanto hombres. Que tales son las jerarquías en los órdenes de géneros dominantes.» Rafael Sanseviero, «Soldaditos de plomo, muñequitas de trapo», en *Las Laurencias*, Mariana Risso y Soledad González. Montevideo: Trilce (en prensa).

a la totalidad de los funcionarios militares o policiales presentes en las unidades o las cárceles).[10]

Para enfrentar el riesgo de sometimiento sexual —ese peligro ingobernable radicado en sus cuerpos— las prisioneras se defendían adoptando un sistema defensivo basado en límites superpuestos entre la represión policíaca y la autorrepresión ideológica del grupo. En ese sistema de valores, cualquier expresión de afectividad y erotismo de las prisioneras constituía una situación intolerable para el grupo.[11] Eran una reglas muy estrictas que encontraban «líneas de fuga» si la sexualidad y el erotismo se gestionaban como un bien colectivo, despersonalizado y en beneficio de la comunidad, «cuando alguien contaba un sueño o recreaba para las otras el anecdotario de vivencias anteriores a la cárcel, que terminarían siendo, muchas veces, el blanco de las fantasías sexuales de cada una esa noche. [...] Sin embargo, las demostraciones afectivas, los cantos, los poemas, la fuerza de un abrazo, eran sin duda una forma de erotizar la vida».[12]

---

[10] «El torturador es, además, hombre, y en tanto tal, posee el conocimiento y la internalización del poder que socialmente mantiene sobre la mujer. Las técnicas de la destrucción psicológica y de la pérdida de identidad política, que son el objetivo principal de la tortura (más allá de la búsqueda inmediata de información) pueden expresarse a veces, para con las mujeres, en una forma específica: su sometimiento por el sexo. La seducción, en una situación tan objetiva de poder, es, ni más ni menos, que una de las formas de la violación. Algunas fueron violadas por la fuerza y otras por la seducción, apelando al dominio ancestral que el varón tiene del cuerpo de la mujer y de su necesidad de existir 'para el otro' e invocando a la 'mujer objeto' que se ha formado en su personalidad [...] En la cárcel, entonces, la mujer que accedió a estas formas del poder masculino, es víctima al mismo tiempo, de la ideología patriarcal y de la violencia-sometimiento del estado policíaco. Ha sido violada.» Lilián Celiberti en, Lilián Celiberti y Lucy Garrido, «Mi habitación mi celda», Montevideo, Cotidiano Mujer, «http://www.cotidianomujer.org.uy/llili/l1.htm». Esta caracterización está incluida en un trabajo pionero «que no tuvo continuadoras» de Lilián Celiberti y Lucy Garrido, quienes reprodujeron un diálogo entre ambas, militantes de diferentes partidos de izquierda, sobre la experiencia de Lilián en la cárcel. El diálogo se desarrolló muy poco después de restablecida la democracia, cuando los relatos masculinos y heroicos ocupaban el centro de la escena pública; por ello muchos de los contenidos del trabajo fueron rupturas con sentidos comunes ya dominantes. Lilián Celiberti fue secuestrada de Brasil con Universindo Rodríguez Díaz y los pequeños hijos de la primera. Se salvaron milagrosamente por la aparición de un periodista brasileño que denunció los hechos a la prensa. Aparecieron vivos en Montevideo en 1979 y ambos cumplieron condenas de cárcel.

[11] «La profundización de vínculos entre dos compañeras era vivida muchas veces con terror por parte del grupo, tanto por el miedo cultural al lesbianismo como por la inseguridad que podía plantearte.» Lilián Celiberti, o. cit.

[12] Ibídem.

En el campo de la sexualidad el grupo parece haber oficiado como un segundo nivel de represión, se desplegaron recursos para la defensa de su identidad política que de hecho resultaban consistentes con la política destructora de la institución carcelaria.

En esas condiciones vivir la sexualidad y el erotismo podría representar formas de resistirse al poder totalizador y destructor, porque «no se puede dejar de ser persona por tantos años sin que algo muy profundo se dañe. La resistencia pasaba [entre otros planos, por] ser persona, justamente, descubrirte mujer».[13]

Se trataría de reponer la unidad indisoluble entre la condición de persona y el uso autónomo del cuerpo. Esa búsqueda de autonomía, aun dentro del poder absoluto, se manifiesta con mucha libertad en relatos sobre la resistencia en prisión cuando se hace hincapié en el valor de mantener los cuerpos limpios y saludables frente a los ataques de la suciedad, la inmovilidad o los castigos. Pero para las mujeres «tener un cuerpo implica sentirse persona a través de la totalidad de los significados de ese cuerpo femenino: sentirse femenina equivale a existir como persona [y] poseer un cuerpo también puede volver esencial ser una persona deseante y deseable sexualmente».[14]

La necesidad de reconocerse y vivirse personas —también sexuadas— como forma de resistencia al poder enajenante chocaba con la necesidad igualmente crucial de no afectar los rasgos asumidos por el grupo como claves de su identidad política. Porque en las prisiones políticas las mujeres enfrentaron «permanentemente el terror de que sus propias afirmaciones de feminidad serán utilizadas en su contra».[15]

El «peligro» de la sexualidad era enfrentado por las prisioneras invisibilizándose como seres sexuados. Esa invisibilidad era entonces —al mismo tiempo— un recurso de resistencia para eludir la manipulación de los captores y —contradictoriamente— un reforzamiento de los mecanismos de opresión carcelarios. Negarse como sujetos sexuados las protegía y también contribuía a lastimarlas.

---

[13] Ibídem.

[14] Mary Jean Tracey, o. cit.

[15] Ibídem.

La subversión insoportable

La pregunta sin respuesta definitiva era: ¿cómo una persona presa se resiste a la anulación de la dimensión erótica de su identidad —que es una parte central del programa destructor de la prisión prolongada— sin afectar una identidad política que le demanda la negación de su sexualidad como una manera de protegerse individual y colectivamente de la manipulación de los opresores?

Si bien «las demostraciones afectivas, los cantos, los poemas, la fuerza de un abrazo, eran sin duda una forma [admitida] de erotizar la vida», el ejercicio de la sexualidad en cualquier forma que asumiera estaba fuera del campo de lo aceptable.[16] ¿Y qué otra cosa fue el embarazo de Yessie Macchi si no la reivindicación radical de su identidad como mujer sexuada?

Aun a una mujer reconocida por su audacia (como Yessie) le estaba vedado utilizar ese atributo militante para fundar una manera de vivir la prisión diferente de aquella dentro de la cual el grupo se sentía «protegido»: es decir, asexuada. Por eso el embarazo que ella buscó como un acto de resistencia a las condiciones en que sobrevivía su perspectiva de 45 años de prisión especialmente cruel en la ronda *dio visibilidad* a aquello que se debía evitar, ocultar y negar.[17]

El acto mediante el cual transformó un «lugar de muerte» y su hora de sufrir en una instancia de placer y reivindicación de su personalidad de mujer la colocó al margen de las formas legítimas de resistencia.

> ... Cuando llegamos de vuelta a Punta de Rieles con Yessie embarazada, hubo un grupo de compañeras que les pareció horrible... Como si ella tuviera que haber venido sufriendo y llorando, y no con una vida en la barriga. Si simplemente hubiéramos retornado con las señales y las marcas de haber sufrido violencia sexual otra hubiera sido la reacción [...] porque para nosotros como mujeres el lugar de víctimas es un lugar tradicional (Flavia Schilling).

---

[16] Lilián Celiberti, o. cit.

[17] Las prescripciones del grupo instalan a las mujeres presas en lo que Bourdieu define como «una de las antinomias más trágicas de la dominación simbólica: ¿cómo rebelarse contra una categoría socialmente impuesta si no es organizándose en una categoría construida de acuerdo con dicha categorización, y haciendo existir de ese modo las clasificaciones y restricciones a las que pretende resistirse?». Pierre Bourdieu, o. cit., p. 145.

Un vínculo sexual consentido en las condiciones de prisión resultó intolerable.

> Bueno, hubo de todo, hubo de todo, porque, claro, yo creo que era muy difícil. La gente que pensó así, la gente que pensó que había sido una violación de los milicos. Duele. Creo que hubo más de una opinión al principio, por lo menos entre la gente que me rodeaba a mí, bastante censuradora. Cuando se enteraron que había sido una decisión fue peor todavía [decían que] ella tenía conducta trasgresora de la moral revolucionaria... (Sonia Mosquera).

En aquel momento el embarazo de Yessie «fue una crisis que afectó de distinta manera. Todo el mundo quedó impactado y pensando que era una especie de afrenta a la ética de los presos [...] No nos parecía que la actitud de un guerrillero preso fuera aprovechar cualquier oportunidad para coger». (Ivonne Trías)

Más adelante aquellos cuerpos de mujeres guerrilleras confinados en el servicio de la causa revolucionaria, que incluía el sufrimiento y la muerte pero no el goce, fueron resignificados en sus potencialidades subversivas.

> Cuando la cosa se empezó a prolongar y los años pasaban, [a] nosotras, un grupo, [el embarazo de Yessie ya] no nos parecía tan grave, y es más, nos preguntábamos: ¿qué hubiera sido si eso hubiera pasado con un compañero [preso] y otra mujer cualquiera? Nadie hubiera dicho nada, tomarían como natural que se había dado una oportunidad de tener un elemento vital, positivo [...] Por ejemplo los compañeros que estaban en Buenos Aires cuando todas las caídas de desaparecidos en Argentina, argentinos y uruguayos digo, y no solo compañeros míos. En esos años esa sensación de guerra y de muerte, que llegabas a tu casa y te acostabas [y pensabas]: «¡Sobreviví un día más!» pautó conductas sexuales muy distintas. Acercamientos súbitos casi furtivos, sentir que estabas tocando al otro... yo creo que también puede interpretarse de esa manera: si vos estás preso y tenés acceso... (Ivonne Trías).

Esa apertura de conciencia no estuvo disponible para las rehenas cuando regresaron a Punta de Rieles bajo el impacto del embarazo de Yessie, porque «en guerra no podías ofrecer un flanco así...».[18] El embarazo como resultado de una relación consensuada situaba a Yessie en unos márgenes de resistencia que excedían lo aceptable para la colecti-

[18] Ivonne Trías entrevistada para esta investigación.

vidad. Al regreso de la ronda ella no era una revolucionaria victoriosa ni una víctima con la voluntad y el cuerpo abducidos por la violencia terrorista del Estado.

Sin embargo, en las condiciones de la ronda ese embarazo puede identificarse como un medio eficiente para convertir a la protagonista en un agente que subvierte el orden destructor.

> [La sexualidad vivida por Yessie] no constreñida por el deber ser, en un cuartel, ¡eso es un acto revolucionario! [...] Yo digo que una de las formas más interesantes en la resistencia nuestra fue rehusar a ocupar el lugar de víctimas (Flavia Schilling).

Concretar un embarazo durante la ronda fue humanizar el espacio que el opresor había definido para el suplicio y reapropiarse del tiempo vital clausurado por la cárcel. La prisionera logró «salir de la retícula [...] hacia algún margen no contemplado, hacia una posición lateral o subterránea [...] en los lugares de invisibilidad o impotencia de los poderes instituidos».[19] La sexualidad y el embarazo se revelan como uno de esos *márgenes de impotencia* que, en este caso, derivó en que el poder *decidiera* que los cuarteles no eran buenos lugares para tener mujeres presas, ni siquiera rehenas.

Como señalamos antes, los significados resistentes de las maternidades en la prisión han sido sistematizados y analizados en una publicación muy reciente.[20] Sus protagonistas son militantes clandestinas que en medio de la represión refieren haber tomado la determinación de embarazarse como afirmación de individualidad y para sustraerse a las clausuras vitales que imponían los riesgos inminentes de prisión, tortura o muerte. En esas condiciones refieren que, una vez detenidas, llevar a término el embarazo representó una clara derrota del sistema que buscaba destruirlas y negarlas como personas.

> Me hicieron submarino y picana, tuve pérdidas. Me llevaron al Hospital Militar. Luego volvieron las sesiones de tortura. Tengo grabado hasta el día de hoy la voz del cabo que me llevaba [a las sesiones de tortura]. «No te gastes en decirme que estás embarazada, no vas a tener un hijo, ni medio hijo, ni cuarto hijo.»[21]

---

[19] Pilar Calveiro. *Poder y desaparición.* Buenos Aires: Colihue, 1998, 2005, p. 100.

[20] Graciela Jorge, *Maternidad en prisión política. Uruguay 1970-1980.* Montevideo: Trilce, 2010.

[21] Ibídem, p. 82.

Todas quienes fueron madres en prisión afirman —basadas en una coincidente gama de sentimientos y recuerdos— que esa circunstancia las fortaleció para afrontar la tortura y el encarcelamiento posteriores. Gestar, parir y criar en prisión fueron afirmaciones de identidad mediante las cuales esas mujeres encontraron nuevos recursos para resistirse al arrasamiento que se procuraba mediante un sistema basado en la tortura.

Contrariamente al significado de estas «maternidades en prisión política» con las cuales la colectividad parece identificarse plenamente, el embarazo de Yessie no fue apreciado como un elemento de cohesión, sino como *una especie de afrenta a la ética de los presos*.

Una de las diferencias más evidentes entre una y otras maternidades es que aquellos encuentros sexuales entre militantes antes de ser detenidos suponían trasgresiones a la disciplina de la clandestinidad.[22] En cambio la maternidad de Yessie impactó, como analizamos antes, en las prescripciones que las prisioneras adoptaban para defenderse del sometimiento sexual. Su embarazo y maternidad se enfrentan radicalmente a los significados socialmente admitidos de la sexualidad femenina; y su interpretación y recuerdo parecen haber quedado fijados en las descalificaciones relacionadas con esos significados.

Como respuesta a la noticia del embarazo de Yessie los militares desplegaron una estrategia de «enchastre» contra ella, que bien pudo ser en primera instancia una manera cómoda elegida por los carceleros para ocultar su incapacidad para ejercer un control absoluto sobre la rehena.

> Otras versiones fueron puestas a circular acerca del embarazo de Yessie. La versión era que el perrero [del cuartel] se suicidó porque dijo que él era el padre del hijo de Yessie [...] Me dijeron que Yessie había causado muchos problemas, que dieron de baja y que sancionaran a muchos militares... (Cristina Cabrera).

Esas «versiones» reproducidas entre las prisioneras evidencian el desplazamiento del centro de atención del embarazo y la maternidad a la naturaleza y los significados del vínculo sexual que los produjo.

> Sí, muchas la criticaron, es más, la llegaron a acusar de que podía ser hijo de un milico [que] para ellas significaba una traición. Primero se

[22] «...el embarazo fue objeto de discusión en las organizaciones políticas. Hubo visiones diferentes sobre el mismo. La más drástica fue la del MLN que planteaba que las parejas clandestinas no tuvieran hijos». Ibídem, p. 108.

corrió la voz de que si era un milico que la había embarazado, si la habían violado o no, o si ella había consentido o no, todos esos bolazos que yo te digo que siempre corren, como pueblo chico... Una comunidad encerrada, imaginate lo que era toda de mujeres, los chusmeros cómo prendían... (Stella Sánchez).

Eso sucedía en un cuadro en el que aparentemente nadie se animaba a descartar en forma absoluta ninguna posibilidad, y la prudencia indicaba en el mejor de los casos dejar en suspenso la credibilidad y el juicio sobre lo sucedido.

[Los rumores sobre el embarazo] los oigo ahí [durante la ronda], fue como una locura. Se los oigo decir a los soldados. ¡No creí ni dejé de creer! Oía nomás, después no sé bien qué pasó, no me acuerdo. [Al principio] no pensé que fuera de un compañero. Pero eso enseguida se supo que no era de un militar (Alba Antúnez).

Otras interpretaciones lo descalifican como una posible relación basada apenas en el «apetito sexual» y proyectan sobre ella otras «responsabilidades» relacionadas con el vínculo que diera origen a su embarazo.

¡Con los compañeros te podés acostar! ¿Por qué no? Si te acostás en libertad, ¿por qué no te podés acostar preso? Si los podés joder a los milicos [los jodés]. Si te gusta, claro, porque hacerlo por hacerlo ¡no! [El problema fue que] Yessie Macchi entabla una relación con un tipo que debía ser un colaborador de ellos... (Raquel Dupont).

Aquel embarazo fue puesto por la voz de los militares bajo el signo de la sospecha, sin que las prisioneras pudieran producir una refutación consistente. Así transcurrió como un episodio político que los carceleros utilizaron de diferentes maneras, y en el que se expresó también algún nivel de lucha de poder en el interior del grupo de prisioneras.

Todo estaba rodeado de una parafernalia, que venían los milicos de recorrida y venían a mirarla como si fuera un fenómeno [y] Yessie era Yessie, con una personalidad muy fuerte, de mucho prestigio, ella tenía conciencia de sí misma, de pionera, y aquello [el silencio y retiro de la palabra de parte de otras presas] tenía una fuerza de destrucción terrible... (Ivonne Trías).

> ... con Flavia lo hablamos y yo a veces decía: «No puede ser esto, es absurdo que cinco mujeres allá arriba, en otro sector, puedan movilizar [contra mí] la opinión de todas las, del resto de las mujeres del penal (Yessie Macchi).

Una referencia de diferente origen revela la facilidad con que, en aquellas condiciones, las resignificaciones del embarazo de Yessie se orientaban a descalificar —aunque de una forma que podría parecer venial— a la protagonista de esos acontecimientos. Un preso comunista que estaba en el mismo cuartel que Yessie y Mario dejó constancia en sus memorias, escritas 27 años después, de su percepción de aquel suceso.

> ... A pocos días de levantada mi incomunicación terminan los dos meses del período especial de apriete: aparecen con tachos llenos de arroz y comemos ansiosos, famélicos, se puede repetir, dos, tres veces, a voluntad, tragamos voraces, uno va a explotar, vomitar. Qué inmenso bienestar, la panza llena. Nos enteramos que el período especial fue una retorsión de los mandos porque una tupa que estaba en los calabozos había conseguido una visita de un compinche también preso, y había quedado embarazada: los maldecimos de todas formas, a ella y su purrete.[23]

La evocación de J. J. Martínez desplaza sin dificultades hacia a Yessie, «su compinche y su purrete» la responsabilidad por el malestar que les provoca la dureza del tratamiento que en ese período les aplican los militares. La voz de este memorialista revela que entre quienes estaban en el cuartel de La Paloma —igual que para muchas compañeras de Punta de Rieles— bajo la presión de las condiciones imperantes de opresión y violencia el acto de rebeldía de Yessie solo pudo ser interpretado como un tipo de desorden reprochable.

Otra versión sobre el embarazo de particular potencia para descalificar a Yessie se produjo en las proximidades del MLN en la forma de un episodio incluido en un cuento dentro de la obra *El color que el infierno me escondiera*, escrita y publicada por Carlos Martínez Moreno cuando estaba exiliado en México.[24]

---

[23] José Jorge Martínez, o. cit., p. 25.

[24] Carlos Martínez Moreno. *El color que el infierno me escondiera*. México: Nueva Imagen, 1981, pp. 149-163. El libro fue publicado en 1981 y fue ganador del género narrativa de la editorial Nueva Imagen. Fue el último realizado por su autor, que vivía

El autor (re)crea los últimos momentos de la vida de un militante del MLN que huye del asedio militar en el balneario Parque del Plata mientras su compañera quedaba en el cerco y era detenida. Abundan las indicaciones para identificar en el fugitivo de la ficción a quien fuera en vida compañero de Yessie Macchi, Leonel Martínez Platero. Este fue asesinado en aquel balneario cuando Yessie cayó baleada enfrentando a los militares.

De esa manera el autor sugiere que Yessie sería la mujer sobre quien Martínez Platero podría haber pensado en los siguientes términos poco antes de ser asesinado: «Jota es una mujer excepcionalmente hermosa, muy pocas lo son tanto en la Orga... Jota: él la llamará Jota, retendrá la inicial del nombre verdadero [...] Lo demasiado inolvidable no conviene, llegado el instante del perseguido: el rostro memorablemente hermoso de Jota no conviene a la Orga, el hijo previsiblemente magnífico que se podría haber tenido con ella tampoco. Que se lo haga un capitán en un cuartel y no violándola».[25]

El color que el infierno me escondiera es una narrativa documental basada —en parte— en memorias personales del autor. Se desarrolla en veintidós episodios centrados en el MLN, posee una línea temporal que atraviesa los años setenta y está firmemente fundamentada en el medio cultural, histórico y sociopolítico uruguayo, según un estudioso de la obra de Martínez Moreno.[26] Este confirmó esa caracterización aclarando que «no es una novela sino una lamentación, una pean fúnebre... que es una alegoría muy directa —casi no tuve que inventar episodios— de las debilidades que gestaron una masacre, más que de la masacre misma».[27]

---

en el exilio desde 1978. Carlos Martínez Moreno era por entonces secretario general de la Convergencia Democrática en Uruguay (CDU), un espacio político creado en 1980, sobre todo por representantes de los partidos Comunista y Socialista, independientes y Wilson Ferreira Aldunate. Tenía como finalidad trabajar sobre la democratización uruguaya buscando apoyo internacional para esta. Martínez Moreno había sido además abogado de varias tupamaras presas. Con motivo de la publicación de *El color...*, un grupo de independientes militantes del Frente Amplio en México pidieron el retiro del apoyo político al escritor en el cargo. Esta gestión no prosperó ante la dirigencia del exilio uruguayo en México. Testimonio personal anónimo.

[25] Ibídem, pp. 158 y 160.

[26] Kenton V. Stone. *The Fall of Uruguay in the novels of Carlos Martinez Moreno*. Lewisburg, Bucknell University Press, London and Toronto: Associated University Press,1994. Véase el capítulo 9 «El color que el infierno me escondiera: After the fall», pp. 166-194.

[27] Nora Erro-Ortham. «Entrevista Carlos Martínez Moreno» en *Hisparamérica*, año

A los efectos de nuestro análisis, la afirmación más relevante del párrafo transcrito es la que supone una relación sexual consensual con un integrante de las Fuerzas Armadas.[28] El cuerpo y posible embarazo de aquella «Jota» que el autor coloca en circunstancias en las que se vuelve inconfundible Yessie Macchi despojan al embarazo de la rehena de toda cualidad subversiva. Al militante identificable como quien fue compañero de Yessie hasta morir es atribuida una visión en la que el embarazo solo existirá para reforzar el valor trágico del héroe masculino. Este al encaminarse a la muerte anuncia que en el cuerpo de «Jota» se realizará el poder de los milicos («en la cama… y no violándola»), de donde nacerá el hijo («previsiblemente magnífico») que pudo ser suyo. El contraste entre el destino atribuido a uno y otro personaje conlleva un programa completo de descalificación moralizante de la sexualidad de las mujeres.

El embarazo permitió que Yessie se sustrajera durante la ronda del lugar de víctima asignado por los verdugos. Pero numerosas versiones sobre ese acto, producidas y reproducidas por diferentes voces, la fijaron a una tela de araña pegajosa que tiene en el centro, opacas y poten-

---

XV, n.º 45, Gaithersburg, MD, diciembre de 1986, p. 65. Este trabajo de Martínez Moreno molestó y perturbó a un núcleo de personas «con y sin relación con el MLN» entre los exiliados en México. Todas se manifestaron incómodas, entre otras razones, por la elección de temas en que militantes del MLN que en ese momento estaban en prisión con largas condenas eran presentados ejecutando acciones que habían negado bajo tortura. En el contexto de esa reacción puede leerse un artículo de Ruben Svirsky, otro exiliado uruguayo en México. Dice Svirsky: «Entre los capítulos de *Caragua* Martínez Moreno intercala uno que transcurre en Parque del Plata, un balneario cercano a Montevideo. Es, con pelos y señales (aunque con errores de hecho bastantes sorprendentes, que no son comunes en el libro) con fechas precisas y referencias hasta de orden estético, el relato de la caída de 'Jota' y de la muerte de su compañero. No me extenderé sobre este capítulo; y no lo hago, porque a estas alturas el autor ya debe haber tomado conciencia de que se excedió al asumir 'ciertas libertades' que, si bien podrían permitirse a un novelista, no corresponden a un cronista. Digamos solo que, cuando hace pensar al fugitivo '¿pensará ella en sí misma, querrá salvarse?', cuando habla de un 'capitán en un cuartel', cuando muestra al compañero de «Jota» marchando desarmado hacia lo que parece un suicidio CMM falta a la verdad. Y afirmo que ello es así, aunque se trate de pasajes imaginados, porque atribuye a personas reales e identificables, actitudes y sentimientos que, él lo sabe, no cabrían en ellos. Demos vuelta la página». Ruben Svirsky, «Cómo se deforma la historia», en *Cuadernos de Marcha*, segunda época, año II, n.º 12, México, marzo-abril de 1981, p. 105.

[28] Es de destacar que en las ediciones uruguayas de la obra no aparecen las afirmaciones transcritas correspondientes a la edición original mexicana. En Carlos Martínez Moreno. *El color que el infierno me escondiera*. Montevideo: Fin de Siglo, 1998, p. 138.

tes, las sospechas y descalificaciones basadas en quién habría sido su compañero sentimental y sexual: un «perrero [seducido] que se suicidó» (Cristina Cabrera), «un colaborador» (Raquel Dupont), un «capitán que no la violó» (Martínez Moreno), un «compinche» (J. J. Martínez).

Todas esas contrafiguras acompañan al embarazo de Yessie como una sombra y tienen en común algún rasgo que contribuye a descalificarla a ella. Tal vez como la única forma accesible a los voceros y voceras para enunciar algo tan intolerable como un vínculo erótico consensual en las condiciones de prisión.

Un mundo (en)cerrado

La vuelta de las rehenas a Punta de Rieles puso en contacto dos maneras de resistir marcadas por diferentes experiencias inmediatas.

> Cuando llegamos —yo no sé si las otras compañeras te han contado— nos tuvieron una semana, quince días, con la reja cerrada, la puerta cerrada de la celda y no nos dimos cuenta. Estábamos tan ocupadas... las otras estaban escandalizadas [con] que [los militares] no nos dejaban salir, nos contaron después; pero para nosotros era una libertad estar entre todas juntas... (Gracia Dri).

El recuerdo de Gracia Dri apenas enuncia desencuentros que se concretaron en algunos planos de fuerte carga simbólica para las militantes y las organizaciones políticas.

Para colocar esos conflictos en su contexto es necesario traer a primer plano los cambios ocurridos en la cárcel durante el tiempo en que las rehenas fueron mantenidas en la ronda. Recurrimos a fuentes testimoniales y bibliográficas para aprehender e interpretar la subjetividad dominante en la cárcel cuando volvieron las rehenas.

En 1976 la cárcel y el país no eran los mismos de 1973. Diferentes hechos políticos confirmaban esa perspectiva: a) el 20 de mayo de 1976 habían sido asesinados en Buenos Aires Zelmar Michelini y Héctor Gutiérrez Ruiz, que representaban junto con Wilson Ferreira Aldunate y otros el mantenimiento de las expectativas de alguna apertura política en el corto o mediano plazo; b) poco después la renuncia del dictador civil Juan María Bordaberry indicaba también, de otra forma, el fin de las especulaciones basadas en los

tiempos políticos anteriores a la dictadura;[29] c) en esos meses habían sido proscritos y se perseguía a los antiguos partidos de la izquierda no armada, al movimiento sindical y estudiantil, y cualquier expresión de disidencia organizada o espontánea; d) decenas de miles de personas de los más variados ambientes iniciaban sus exilios; e) la censura en todos los niveles operaba como una gran mordaza.

En el campo estrictamente represivo, en 1976 se iniciaba la llegada masiva a las cárceles de presos y presas de los partidos recientemente proscritos, principalmente el Partido Comunista, y se multiplicaron los secuestros y las desapariciones de personas en Argentina y otros países de la región, especialmente de militantes tupamaros y de origen anarquista.[30]

Las rehenas habían experimentado en sus personas, durante la ronda de cuarteles, los cambios producidos en el interior de las Fuerzas Armadas durante el avance del Estado terrorista. Para ellas Punta de Rieles era un lugar que en otro momento similar de sus vidas —al final del ciclo de torturas e interrogatorios— habían experimentado como un «paraíso».

Exactamente al contrario que para las rehenas, para quienes habían permanecido en el penal durante los tres años que duró la ronda aquella cárcel tenía perfiles de infierno.

Para una mejor comprensión del contraste de apreciación entre unas y otras presas, repasaremos brevemente lo que dijo una fuente independiente sobre los perfiles claves de las condiciones de reclusión en Punta de Rieles de 1973 en adelante. Contamos con un documento que publicó Amnistía Internacional[31] en julio de 1984, que contiene una descripción basada en testimonios y documentos oficiales, en el que se revela cómo estaba constituido el universo de presas[32] y cómo funcionaba la cárcel de Punta de Rieles. En ese documento abundan las referencias al período que analizamos.

---

[29] Durante algún tiempo se especuló que al concluir el «mandato legal» de Bordaberry en noviembre de 1976 podía haber algún tipo de elección que diera paso a una apertura política.

[30] Para comprender más estos grupos, véase el cáp. 4 de *Izquierda revolucionaria anarquista*, de Rey Tristán, o. cit., pp. 185-258.

[31] AMR 52/28/84/S Amnistia Internacional. Secretariado Internacional. 1 Easton Street. London WCIX 8DJ, Reino Unido.

[32] Amnistía Internacional señalaba la existencia de tres grupos de encarceladas: las integrantes del MLN con condenas de hasta 45 años, las integrantes de partidos políticos legales hasta el golpe de 1973 (el Comunista y otros del Frente Amplio) y las mujeres presas por actividades sindicales. Estos dos últimos grupos sufrían condenas de entre cinco y quince años. También se mencionan grupos de personas detenidas en 1980, 1981 y 1983.

Desde 1973 Amnistía Internacional reclamó numerosas veces a las autoridades la inmediata revisión del sistema penitenciario, porque —afirmaba— «existen pruebas suficientes que sugieren la práctica sistemática del maltrato y hostigamiento psicológico de los presos, práctica que constituye un trato cruel, inhumano y degradante».[33] Esa caracterización del régimen carcelario se basaba en pruebas aportadas con ejemplos concretos e identificación de las víctimas. Por su importancia para apreciar los conflictos que se produjeron al regreso de las rehenas, sintetizamos la descripción de Amnistía Internacional sobre qué pasaba en Punta de Rieles:

a) *Manipulación emocional y reproducción de la situación de tortura*: presencia en la cárcel de los oficiales que habían sido torturadores de las reclusas; amenaza latente de volver a unidades militares para ser torturadas;[34] uso arbitrario de la fuerza física por parte de los militares; sanciones disciplinarias en condiciones que constituían tortura.[35]
b) *Incertidumbre como rasgo dominante de la cotidianidad*: inexistencia de rutinas y previsibilidad, temor a traslados que quebraban una convivencia trabajosamente lograda después de mucho tiempo.
c) *Arbitrariedad*: la relación con las carceleras se basaba en gritos, órdenes contradictorias, sanciones caprichosas y agresiones físicas.
d) *Inestabilidad*: además de los traslados, la música era suspendida o retumbaba en los sectores, se prohibía hablar en las celdas, se realizaban requisas para arruinar el material de lectura, las manualidades, los elementos de alimentación y aseo.
e) *Trabajos forzados*: lo realizaban equipos de hasta 30 personas supervisadas por integrantes de la policía militar femenina. Consistía

---

[33] AM 52/28/84/S, o. cit., p. 2.

[34] Se documentó en muchos casos, incluso a pocos meses de la liberación y del cierre del penal en 1984. En 1984 esto les sucedió a Elizabeth Barone, Ana María Díaz Haro, Paula Laborde y Nibia López. Fueron trasladadas a lugares ignotos y ahí torturadas sin ninguna explicación. La mayoría fueron devueltas a las dos semanas al penal y otra al Hospital Militar. AM, o. cit., p. 5.

[35] Aunque el reglamento del penal incluía un mandato específico contra el uso innecesario de la fuerza, hubo varios casos de presas castigadas físicamente. Las sanciones disciplinarias se cumplían en calabozos de tres metros por dos, con escasa iluminación y condiciones muy severas, por ejemplo recibían la alimentación a través de una ventana, las llevaban dos veces al día al baño, no podían leer ni realizar ninguna actividad física. Varias de las presas cumplieron este régimen más de tres meses de corrido.

en tareas pesadas como excavar, mover grandes piedras y tierra en carretillas, trasladar recipientes cargados, todo se realizaba sin diferencias ya fuera a pleno sol del verano o a bajas temperaturas en invierno. Se castigaba a quienes no querían realizarlo, y la mayor parte de las veces se trataba de tareas inútiles. También estaban obligadas a trabajar once horas diarias en la cocina del penal.[36]

f) *Asistencia médica deficitaria y demorada*: las consultas se hacían delante de un carcelero, no se examinaba adecuadamente a las pacientes y raramente se indicaban exámenes. La medicación era entregada a horas fijas, sin tener en cuenta las necesidades terapéuticas. Cuando eran trasladadas al Hospital Militar para ser atendidas por alguna dolencia grave, el hospital era, según María Elena Curbelo, «... una cámara de torturas...».

Amnistía Internacional afirmaba que el objetivo de ese régimen carcelario era producir en el mediano plazo «la sumisión y despersonalización del individuo, la automatización y el desarrollo de reflejos condicionados». Por eso reclamaba al gobierno uruguayo su inmediata modificación.[37]

Las rehenas fueron devueltas a Punta de Rieles en un momento de radicalización del sistema de opresión interna y cuando en el horizonte más amplio se dibujaba la consolidación de la dictadura para un largo período.

> ... En el 75 ya aquello era lo que nosotros llamábamos la militarización. Fue la etapa más dura y más represiva dentro de la cárcel. Ese año fue terrible, no podíamos hablar entre nosotras, no podíamos mirarnos, te sacaban al toque... ese era el ambiente en el 75, 76 (Ivonne Trías).

La llegada de mujeres pertenecientes a partidos hasta entonces ausentes del mundo carcelario —con quienes las presas más antiguas habían sostenido a veces duros enfrentamientos— incorporó otros elementos de inseguridad en los primeros tiempos de convivencia.

> Y en el 76 pasó otra cosa importante, no solamente que vienen ellas [las rehenas], sino que se produce una especie de concentración en el

[36] Esta modalidad terminó en 1979 debido a un ataque cardíaco de una presa mayor que había estado varias horas al sol nivelando un camino con pesados rodillos. Varias entrevistadas para esta investigación coinciden en esta información.

[37] El mismo informe de Amnistía sobre Libertad.

> penal, porque traen gente del Partido Comunista, que para nosotras fue un momento muy importante y muy grave [...] no para todas, pero para las que teníamos un poco más de cabeza política, ya de antes tenías la idea. ¿Cómo va a ser? ¿Cómo vamos a poder? ¿Nos vamos a pelear? ¿No nos vamos a pelear? Llegaron y pusieron a las más... al cuadro, digamos, con las más pesadas no comunistas. Te digo todo lo que pasó en ese momento, vinieron de los cuarteles del interior, de Paso de los Toros...[38] (Ivonne Trías).

Al volver las rehenas, en Punta de Rieles sus compañeras estaban procesando la adaptación a nuevas condiciones de prisión mediante una estrategia netamente defensiva que contrastaba con el optimismo que había dominado esa misma cárcel tres años antes.

> Cuando ellas llegan al penal nosotros no teníamos diálogo [con los militares]; como que hay un bloque, nosotros éramos un bloque, o sea, porque también era una situación de autodefensa, de autodefensa [...] O sea, nosotros nos cerramos al diálogo. No hablábamos [...] Vos tenés que pensar que nosotros teníamos un reforzamiento de la identidad comunitaria ahí adentro, de comunidad donde nosotros de la reja para adentro era «el nosotros» y «el ellos» de la reja para afuera. De la reja para adentro nosotros tenemos nuestro espacio de libertad, y ese espacio de libertad consistía primero en analizar cada una de las cosas que ellos iban planteando en la cotidiana y construir una respuesta, la res-

---

[38] La existencia de la cárcel de Paso de los Toros aparece en *Memorias para armar*. Por ejemplo, el testimonio de Estela María Ortiz, «Una experiencia intransferible», en *Memoria para armar* 3. Montevideo: Senda, 2003. En ese lugar de detención estuvieron más de 100 mujeres presas entre 1972 y 1977. Las presas provenían de todos los departamentos del interior, la mayoría pertenecían al Movimiento del Liberación Nacional, aunque también llegaron militantes del Partido Comunista y del Partido Comunista Revolucionario. En 1977 todas fueron trasladadas al penal de Punta de Rieles. La referencia de Trías evoca un aspecto muy significativo de la historia de las cárceles políticas. Hasta 1976 esas cárceles alojaban casi exclusivamente a personas reprimidas por su pertenencia a organizaciones insurgentes. A partir de ese año se produjo un viraje radical en la composición de las prisiones, ya que hasta el final de la dictadura la represión se centró en las formas de resistencia desplegadas desde organizaciones sindicales, estudiantiles y especialmente el partido y la juventud Comunistas que por miles permanecieron lapsos años en las prisiones. Las autoridades carcelarias especularon con posibles enfrentamientos entre prisioneras provenientes de diferentes organizaciones. Sin embargo todos los testimonios dan cuenta del crecimiento de una conciencia común y unitaria entre las prisioneras. O. cit., pp. 47-50. Otro testimonio es el de Gladis Bertulo «Recordando», en *Memorias para armar* 1, o. cit., pp. 33-36; el de Teresita Almada de Cruz, «Vivencias», en *Memorias para armar* 2, o. cit., pp. 196-199.

> puesta muchas veces era el silencio, no era una respuesta de violencia... (Sonia Mosquera).

Las actitudes de las rehenas representaron una disrupción en la estrategia de resistencia que habían adoptado las demás presas.

> ... Y en medio de toda esta conmoción las devuelven al penal. Entonces yo creo que toda esa etapa de endurecimiento interior había generado una especie de modo de vida de actitudes defensivas y moral interna muy estricta, un poco rígida en algunos aspectos, que la vuelta de las rehenes puso freno (Ivonne Trías).

Disidencias

Un aspecto crítico de la resistencia fue procurar las mejores condiciones de sobrevida y al mismo tiempo eludir la manipulación de autoridades carcelarias y la inteligencia militar. Estas operaban con un poder discrecional para reconfigurar las condiciones de vida en la cárcel con la finalidad de cumplir su programa destructivo.

Un componente central de ese programa era atomizar la unidad interna de las prisioneras para entorpecer los esfuerzos colectivos por reconstruir diferentes dimensiones de su condición humana.

A ese fin se dirigían, entre otros mecanismos, la desestabilización de los colectivos mediante la rotación en las celdas y sectores, la captación de colaboradoras para obtener información y la producción de situaciones que acarrearan desconfianzas y divisiones entre las prisioneras.

Algunas rehenas fueron descalificadas bajo la sospecha de pertenecer a un grupo difuso cuyas cualidades negativas eran —según la información que brindan— haber sido realojadas en condiciones «ventajosas», dialogar con las autoridades y haber participado en los servicios para las presas que existían en la cárcel.

En las opciones de la mayoría de las rehenas se puede leer una más o menos explícita toma de distancia de los criterios y las orientaciones políticas dominantes en la cárcel en el momento de su retorno.

Consideraremos cuatro planos de prácticas políticas en la cárcel en los que los testimonios refieren que las rehenas, al menos algunas de ellas, se apartan de las estrategias de resistencia dominantes en 1976: el trabajo, el diálogo con los militares, la colaboración en «los servicios» de la cárcel, la disciplina del movimiento.

Trabajo Forzado

Un primer nivel de conflicto de las rehenas con la práctica de sus compañeras en 1976 estuvo relacionado con la actitud adoptada frente a las actividades y los trabajos fuera de las celdas.

En el siguiente fragmento se perfilan las aristas de ese desencuentro.

> ... Primero [fue] el encuentro entre nosotras adentro del carromato, después llegar al penal, bueno, era llegar a un penal, era la libertad... Claro, y después eso es otra larga historia, porque nosotros llegamos a la libertad... Entonces actuamos de esa manera, luz, sol, pasto, una azada, y las compañeras estaban en plena etapa de trabajo a desgano, como respuesta política. Y claro, a nosotras lo primero que hacen es sacarnos al jardín, ahí para que nos vea todo el mundo, a carpir [sonriendo]. Y nosotras agarramos una azada y no sabés lo que éramos, parecíamos una máquina... ¿Qué más queríamos? [Se ríe.] Nos carpimos todo en diez minutos. Claro, y las compañeras... más o menos. Y ahí empieza toda una larga etapa que es pública... conflictos internos, durísimos... porque no estábamos incomunicadas. ¿Cómo le explicábamos a las compañeras que estábamos felices de estar carpiendo?... Estábamos nosotros y habían armado un sector que es el del seleccionado [se ríe], imaginate el seleccionado... pesadas en general... esas compañeras [eran] un lujo... Había contacto, la conversación, explicar, y a su vez ellas nos fueron trasmitiendo... «Bajá la pelota, achiquen con la azada, porque estamos en esto» [se refiere al trabajo a desgano]. «Ah, están en eso, qué bueno.» Pero era dificilísimo, ¿viste? Porque nosotros teníamos unas energías contenidas, entonces era bravo. Pero después se fue... lo fuimos regulando (Lía Maciel).

Para las rehenas *esa* cárcel era «la libertad» respecto a una situación de suplicio, y cada espacio de actividad se valoraba bajo esa luz, mientras que para quienes habían permanecido en Punta de Rieles esas situaciones eran una forma de opresión.

El conflicto emerge incluso en las formas más despolitizadas de recordarlo.

> Y cuando íbamos... en un tiempo que íbamos a la quinta por ejemplo, y eso a mí me parecía regio porque a mí me gusta moverme... Y estaban las boludas que no hacían nada. Además no voy a estar haciendo esfuerzo para que [los milicos me] vieran, ¡no! Simplemente me movía porque era una forma de tener una actividad física (Raquel Dupont).

Aun los recuerdos de ese período que están dominados por la felicidad del fin de la ronda revelan trazos de esa diferencia en la apreciación de cómo enfrentar esa etapa de prisión.

> Y la vuelta a Punta de Rieles fue una fiesta [pero] ¿qué pasó? En ese período que nosotros estábamos afuera... Punta de Rieles endureció [...] empezó a joderse antes que nosotros llegáramos [...] nos pintaron los vidrios... Mientras tanto nosotros veíamos los paisajes, yo pintaba los paisajes de Punta de Rieles, viste [risa]... Nos comunicábamos de celda a celda, después cerraron las celdas, empezaron a hacer las simulaciones de ataque, que eso era horrible [...]. No teníamos taller, no me acuerdo cómo eran los recreos, no sé si teníamos. Sé que era una fiesta si te tocaba ir a cocina. Por ejemplo, para mí que soy activa por ejemplo, el tema de la quinta, que las gurisas estaban en rebeldía mientras que en la época que yo estaba era una conquista ir a la quinta, pero después estaban en rebeldía y había que trabajar poco. Y yo no podía trabajar poco después de haber estado [inmóvil]. Yo le daba a la azada hasta que reventaba porque era una manera de descargarme [...] Era un problemita, no era un problema fuerte, todos: «Che, loca, no trabajes más». «No puedo» les decía yo, «¿qué querés que haga conmigo?, yo tengo que darle a la azada» (Stella Sánchez).

Otras memorias del conflicto sobre la actitud respecto al trabajo se sustraen al tono veladamente culposo en que se sitúan los testimonios anteriores. Nos lo refieren como si hubieran estado capturadas por una fuerza que les imponía actuar diferente de como se había resuelto en la cárcel durante su ausencia («¿qué querés que haga?, yo tengo que darle a la azada» [...] «teníamos unas energías contenidas...»).

Para estas rehenas el conflicto aparece como resultado de un cuerpo de definiciones políticas referidas a cómo enfrentar la situación de prisión que diferían de las dominantes, y en las que además se ponían en juego los liderazgos.

> ... [Al volver] entramos a chocar. No entre nosotras [las rehenas]... Nosotras ya nos conocíamos de muchos años... pero nosotros teníamos una forma de ver la cárcel diferente a lo que estaba ahí. Nosotros veíamos la cárcel como un lugar para pasar lo mejor posible, para estudiar, para trabajar, para estar lo mejor, para trabajar lo más posible, porque sabíamos que eso te mejora la cabeza. Y la gente de ahí estaba para trabajar lo menos posible [...]. Y nosotros, por ejemplo, los primeros días nos sacaron, chochas de la vida, recreo sin capucha, ¿viste?, y estábamos chochísimas y [nos] dicen: «Bueno, hay que cortar todo ese

> pasto, de todo el perímetro». ¡Ah!, nos dieron una azada, hasta los milicos se quedaron parados mirando así porque en dos horas teníamos un alto de pasto hasta acá, estábamos contentísimas de gastar energía, y ya empezamos a pedir para hacer esto, hacer lo otro [...] ya empezábamos a organizarnos, y nos organizábamos. Yessie era muy comandante... tenía mucho carisma con nosotros (Cristina Cabrera).

Un fragmento de carta de Flavia Schilling sitúa las opciones de las rehenas —al menos de algunas de ellas— como resultado de sus necesidades de recuperación al finalizar la ronda.

> *....Cheguei em péssimo estado físico, ainda me canso muito, estou nervosa e sem poder me concentrar muito. Trato de jogar bastante vólei para despertar os reflexos adormecidos, olhar muito para longe como os pobres olhos que ainda se revoltam contra a luz e o espaço aberto, e de trabalhar bem na horta, trabalho do qual continuo gostando demais. [...] Ainda tenho que me equilibrar en muitos aspectos; em primeiro lugar, equilibrarme comigo mesma e, a partir daí, como os demais.*[39]

Eran necesidades imperiosas que las rehenas buscaron afrontar, pero al hacerlo entraron en conflicto con un sistema de valoraciones vigente entre sus compañeras, que a su vez estaban drásticamente condicionadas por las nuevas formas de opresión impuestas en la cárcel.

Esos condicionamientos presentes en todos los niveles de la vida cotidiana parecen haber ahogado el espacio para una reflexión más amplia que diera cabida a estrategias de resistencia diferentes de las adoptadas por la mayoría.

> ... [Esos años vivimos] una situación de encierro bastante larga y que empezaba todo el tema del trabajo forzado, trancadas con candado y sin libros, sin posibilidad de nada. Eso de alguna manera produce o va produciendo un análisis de la situación en la cual nos vemos en medio de un fascismo desenfrenado. Y bueno, entramos a ver las cosas muy en blanco y negro, pero como una necesidad, me parece, de poder soportar esa situación, llegamos a eso reduccionista... Perdimos de vista la complejidad y llegamos a la dicotomía... No hablamos más... (Sonia Mosquera).

El trabajo fuera de las celdas parece haber sido el primer acto de reencuentro público de las rehenas con sus compañeras. Un trabajo que muchas veces era una forma de tormento, con un alto costo en salud

---

[39] Flavia Schilling. o. cit, 1980, pp. 87-88.

—que incluso representó la muerte de una compañera—, que las prisioneras habían resuelto enfrentar con la negativa a realizarlo, asumiendo los castigos que implicaba.

El mensaje que muchas registraron en la manifiesta disposición —o compulsión— de las rehenas a trabajar pudo leerse como un acto de debilitamiento o ataque a la forma de resistencia asumido en ese momento, una actitud que debilitaba la identidad y unidad del colectivo.

Diálogo con los militares

Otro nivel en el que las entrevistadas refirieron diferencias que despertaron recelos se relaciona con la actitud de algunas rehenas de dialogar con las autoridades de la cárcel. No queda claro si las actoras de este conflicto son la mayoría de las rehenas o un grupo numeroso o pequeño de ellas.[40]

Hasta el inicio de la ronda esos diálogos habían sido considerados como una estrategia política legítima por las direcciones políticas tupamaras, tanto durante el período de represión como en la primera etapa de las cárceles.

Sin concitar unanimidad entre las presas, hasta 1973 la postura de dialogar, discutir e intentar influir en los militares era una política tupamara consolidada, a la que ya hicimos referencia, y que pocas voces impugnaron en las entrevistas que mantuvimos.

Durante la ronda las rehenas no pudieron sustraerse a *hablar* con sus carceleros, ya fuera para reclamar por las condiciones de prisión, para enfrentar desbordes y provocaciones, o también para debatir temas políticos.

> ... Nosotras, por ejemplo, en Ingenieros 1, que tenía una relación buenísima con la tropa... Que no son milicos, todos tienen un oficio y trabajan ocho horas en un oficio y ocho horas de milico, pero tienen cabeza de gente, no cabeza de milico... y además tienen otro nivel cultural... Entonces

---

[40] La única de las rehenas que se manifestó contraria a esos diálogos bajo cualquier circunstancia fue Miriam Montero: «[con las compañeras] no nos entendíamos [...] ya había tenido la experiencia del Florida [...] cosas que venían de hace años. Una relación de diálogo y de conocimiento. [...] Yo no, en ningún momento, ni en el pacto del 72, ni en las conversaciones de Florida, yo no acepto, ni acepté, ni acepto que en las condiciones de torturado y torturador se hagan, se pueda hacer una negociación. Entrevista para esta investigación.

> de noche cuando ya no había más oficiales tocábamos la armónica, cantábamos, ellos nos pasaban por una ventanita que tenía así, algún choricito que hacían... coca cola, nosotros le pasábamos alguna torta que nos hubiera mandado nuestra familia, se conversaba, sabíamos todos de fútbol, nos poníamos al día con el mundo gracias a la guardia... (Cristina Cabrera).

Pero aquella posición política que antes de la ronda era legítima, al regreso a Punta de Rieles estaba descalificada.

> ... En ese momento era muy duro lo que se vivía, y lo que se había vivido también en todos esos años que ellas no estuvieron. Entonces era difícil también para ellas entender ese proceso que había hecho el penal, porque ellas no lo habían vivido [...] en el caso de estas compañeras, tuvieron [diálogo con los militares] en ese período, desde la llegada hasta que salieron en libertad. Y bueno, porque de alguna manera ellas tenían un diálogo diferente con los militares, un diálogo donde, yo creo que en las rotaciones por los cuarteles, facilitó o posibilitó una cantidad de minicuestiones, entre comillas, que vos tenías que ser para conseguir determinadas cosas, eso de alguna manera habilitaba el diálogo (Sonia Mosquera).

La estrategia de resistencia que se habían impuesto las presas durante ese período pasaba por no dialogar o hacerlo en condiciones tales que brindaran garantías de que los militares no podrían manipularlas.

> ... el enemigo era tan feroz, la situación era tan siniestra... nos sentíamos como presas de los cazadores... Nos habían cazado, de alguna manera [¿buscaban?, ¿temíamos?] la manipulación, el querer manipular, el querer de alguna manera transformar y docilizarnos... (Sonia Mosquera).

Con ese alerta dominando las aproximaciones e interacciones con los militares, cualquier dinámica más laxa, menos alerta, seguramente era recibida como incongruente y peligrosa.

> Después venían algunos oficiales [por]que cuando habíamos estado en la ronda nosotras conocimos un montón de oficiales [...] de casi todos los cuarteles de Montevideo y eran los que después cuando estaban ahí iban a verme, por supuesto que venían y te saludaban... (Gracia Dri).

El sentido que le atribuyen estas rehenas a su forma de relacionarse con las autoridades de la cárcel da cuenta de un deslinde con la cultura de «enfrentamiento», pero supone una toma de partido por sus compañeras.

> Yo no tenía una actitud de enfrentamiento, porque además conocía el reglamento, el R 21, que vos le podés decir a un jefe lo que se te cante, siempre y cuando no hagas gestos, y no haya testigos. Entonces le dije a uno: «Mire, señor, si usted va a venir a gobernar este penal de mujeres con la bragueta está sonado, le va a durar muy poquito, porque las denuncias le van a llegar inmediatamente al comando». [...] Porque estaba usando a gente que estaba un poco trastornada y las estaba usando tratándolas de enamorar [...] [Una persona X] estaba trastornada, se quería escapar, al otro día decía que estaba embarazada. Pero se lo dije a solas, si yo hago un gesto y lo hago público como hacían [otras compañeras] terminás en el calabozo y no hiciste más nada. [...] incluso hay una compañera que estaba grave, yo pedí: «Mire, la doctora esta no sabe nada, la Marsicano no sabe nada, se está muriendo, llame a las doctoras que están conmigo en el penal y le van a decir que esta mujer se está muriendo, por favor haga algo». Pero se murió. Septicemia tuvo, pero [decían que] era una gripe, ¿eh? Estábamos todas con gripe, pero ella no... (Cristina Cabrera).

A la distancia, algunas de sus compañeras admiten que la opción de esas rehenas era una variante del mismo objetivo de quienes se negaban a todo diálogo con los militares: resistir la opresión.

> Entonces eso, estas chiquilinas no lo aceptaban, ellas entendían de que, bueno, todavía había que hacer otra resistencia... que había que hablar con los milicos, que había que dialogar, que había que negociar... (Sonia Mosquera).

En 1976 la disidencia sobre ese punto también parece haber afectado aspectos considerados centrales en la identidad colectiva.

Colaboraciones

Uno de los medios de los militares para desestabilizar a las prisioneras era rotarlas dentro del penal, desorganizar la estructura de celdas, sectores y barracas rompiendo equilibrios trabajosamente logrados y propiciando situaciones conflictivas.[41]

Las rehenas fueron sometidas a esos procedimientos de desestabilización al poco tiempo de volver a la cárcel, probablemente cuando se superaban las susceptibilidades relacionadas con los trabajos forzados y cuando la convivencia con antiguas compañeras del MLN y de otros

[41] Tal como surge de múltiples testimonios y del documento de Amnistía Internacional glosado en este capítulo.

partidos había permitido un proceso de integración y reconocimiento de unas y otras.

> Claro, [al principio estábamos con] las otras compañeras de la ronda, [y con] Margarita Michelini, que ya estaba, las hermanas Ibarburu, imaginate, ¡qué sector maravilloso! (Flavia Schilling).

> Yo estuve ahí en el celdario, con todas mis amigas hasta que se fue María Elena [Curbelo] que la sacaron del país. [...] ahí me sacan a mí para las barracas (Cristina Cabrera).

> ... había una barraca ahí y nos pusieron con un montón de gente que era una mierda, la verdad juntaron un montón de mierda y nos pusieron ahí, y bueno, y ahí tuvimos que sobrevivir... (Gracia Dri).

> ... volví a Punta de Rieles, estuve en el sector D unos cuantos meses y después me pasaron para la barraca y después para afuera... (Stella Sánchez).

> ... Para seguir embromándome sobre el asunto [del embarazo], hubo una reestructura y me llevaron a la celda misma donde estaban estas mujeres. A mí y a Lía. Fue un castigo muy grande. No me hablaban. Sí, eso fue totalmente la doble cana... (Yessie Macchi).

Los militares producían mensajes tendientes a potenciar la desconfianza y las sospechas.

> ... [Al volver a Punta de Rieles los militares] se empezaron a dar cuenta que yo no tenía nada que ver con la elite... Pero ya estaba ahí escrachada, entonces cuando estuve ahí en la cárcel, me empezó a llamar Barrabino varias veces a hablarme del campo y de fulano y de mengano [...]. Y yo lo escuchaba. ¿Qué iba a hacer? Yo lo escuchaba y un día me preguntó él y Vásquez si yo quería cambiar de sector y le dije que sí porque vi que era una puerta más cerca de la libertad. Y bueno, y como nos cambiaron para las barracas ya se empezó a correr la bola, ¿entendés? [...] Solo porque me cambiaron para la barraca ya entonces era una mierda... y los milicos aprovechaban la posibilidad de quemarte más, me metieron a trabajar en el jardín, como yo estudiaba agronomía me dijo Barrabino: «Te vas a hacer cargo del jardín». Y Cristina se hace cargo de unas pajareras que había ahí... Y yo salía y trabajaba todos los días, y por supuesto que me llamaban. Me llamaban dos por tres y me llevaban para adentro y hablaban conmigo de nada; nunca me preguntaron nada de otra gente, ¿entendés? Pero solo hacer eso era terrible... (Gracia Dri).

> ... Lo que pasa que los milicos también jugaron un poco ese papel, ¿no? [Se decía] «Ella está allá en la barraca...», y ya eso era suficiente (Cristina Cabrera).

El sistema de manipulación basado en la violencia imperante y la administración de diferencias grandes o pequeñas entre las prisioneras propiciaba que las acciones de los carceleros dejaran clavadas espinas de desconfianza, sospecha y descalificación.

> ... En realidad [a algunas de las rehenas se] las veía como muy destruidas, entonces lo que pensaba yo en particular era que ellos manipulaban, las manipulaban, entonces de alguna manera que las llamaban bastante seguido para hablar, abajo en la oficina, podían sacarles información de algo. Pero no sé si era una colaboración intencional, voluntaria... (Sonia Mosquera).

Los testimonios revelan procesos más complejos que los que pueden adscribirse a la dicotomía «enteras o quebradas». Las diferentes respuestas de resistencia de algunas rehenas se relacionan con sus experiencias anteriores, con la toma de posiciones sobre las nuevas condiciones de vida en la cárcel y también con opciones políticas más complejas.

En medio de un dispositivo orientado a corromper la vida colectiva, la unidad y la resistencia de las presas, cada una parece haber desplegado las estrategias que estuvieron a su alcance.[42]

> Cuando llegué a la barraca estaba complicado, porque había presas nuevas que lloraban todo el día, y tienen todo ese desajuste de convivencia que es bravo, y presas viejas con problemas de resentimiento con el MLN [...] Y sí, me hice un lindo grupo de gente, jugaba, teníamos un *training*, tenis, jugábamos al *bowling*, todo el día trabajaba a *full*. Ahí empecé a estudiar, una quería estudiar bioquímica, yo no sabía lo que

---

[42] A propósito de los campos de exterminio argentinos y las formas de resistencia conocidas, Pilar Calveiro sostiene: «Cada sujeto es un complejísimo conjunto en el que se combinan aspectos variados que, en unos casos se articulan en torno a la obediencia y en otros en torno a la resistencia; [...] puede haber formas de obediencia que desemboquen en fugas (como no escapar del campo pero resistir en él) y resistencia que paralicen al hombre (como soportar la tortura pero no ser capaz de trazar una estrategia de supervivencia dentro del campo). Las posibilidades son infinitas y no se pueden reducir a los dos términos de la heroicidad y la traición, insuficientes e irrelevantes». Pilar Calveiro. *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue, 2004, p. 131, y «La zona gris», en Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik, 1989, p. 32.

> era bioquímica, porque en mi época eso no existía, me puse a estudiar bioquímica. Descubrí la antropología, estaba fascinada... mucha creatividad, tenía tiempo de estar al aire [libre], crear, hacer diseños, hacer manualidades. Aprendí a coser con una señora que era costurera [que] me enseñó a coser. Les enseñaba [a las compañeras] un poco a manejar la convivencia, a no pelearse por el sum, a aflojar con el baño, el uso del baño, a no quedarse tres horas bajo la ducha... Una decía: «Ah, qué complicado esto de ser presa». Porque es cierto, ¿no?, acostumbrarte a respetar los espacios y a todo eso... (Cristina Cabrera).

Llama la atención que al concluir la descripción de una situación compleja y exigente, en medio de un núcleo humano conflictivo, Cabrera afirme que «era una buena». Esa manera de situarse a sí misma al servicio de sus compañeras más inexpertes evoca lo que Pilar Calveiro define como aspectos clave e invisibles «de la resistencia dentro los campos». Citando a Todorov los refiere como

> virtudes cotidianas» [son] aquellas acciones individuales que rechazan el orden concentracionario en beneficio de una o varias personas, pero siempre de sujetos específicos, no de ideas abstractas; [esas virtudes] no se practican en grandes actos públicos sino como parte de la cotidianidad; pasan desapercibidas salvo para quienes resultan beneficiados [y por eso] queda menos testimonio de ellas que de los actos heroicos.[43]

Así como también el esmero en algunos cuidados personales.

> ... Y yo pedí una máquina de coser, les cosí los trajes a todas y pintábamos, porque no todas querían tener esas bolsas, y nosotras teníamos todos los trajes entallados, y empezamos a pedir trabajo y a hacer esto y hacer lo otro, y estudiar... (Cristina Cabrera).

Como recuerda Primo Levi, la «compostura y la decencia» de la vestimenta resultaban marcas necesarias, «la armadura externa y visible de nuestra vida moral», que suponía una forma de agenciarse poder sobre sí mismo, incluso o precisamente en lugares donde cuidarse resultaba tan improbable como en los campos de extermino nazis.[44]

---

[43] Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*, p. 132.

[44] «...la ropa tenía su importancia: sombrero y zapatos 'decentes' (entre comillas porque nunca eran decentes) de algún modo este cuidado por la prolijidad formaba parte de la disciplina del campo, al principio lo olvidaba [pero] los antiguos deportados me dijeron:

En un sistema de fuerzas tan desiguales como es una cárcel terrorista, toda interacción *segura* entre prisioneras dramáticamente desempoderadas enfrentadas a un poder absoluto tiende al silencio y la inmovilidad. Esa es la respuesta primera del torturado, que en un extremo se dirige a la huelga de hambre y la muerte.

Sin embargo, en las condiciones de la prisión prolongada, entre centenares de personas diferentes, necesariamente se abren opciones que enfrentan a las prisioneras a decisiones dilemáticas y dan lugar a interpretaciones y juicios también diferentes. ¿Cocinar y procurar cierta mejoría de la comida y equidad en la distribución o negarse y dejar todo librado a la voluntad de los milicos? ¿Organizar la biblioteca o la cantina para cuidar los libros y las provisiones o, sin intervenir, resignarse a lo que provean los carceleros? ¿Quedarse encerradas o salir a trabajar y buscar contacto con los otros sectores y celdas?[45] Como se señaló en capítulos anteriores, antes de la ronda esos dilemas se habían respondido a favor de la necesidad de abrir las celdas y circular.

> ... [Nosotras] negociábamos con el [comando], nosotros íbamos y le decíamos: «Bueno, vamos a hacer tal cosa porque va a ser mejor para todos», nosotros ayudábamos en la cocina, y se mejora la comida y era una mano a los soldados. Entonces ellos nos dejaban, porque lo que nosotros queríamos era tener actividades para no, ¿entendés?, poder manejar un poco el penal en definitiva; y que te daba oportunidad de tener contacto con otros sectores... Seguir organizándonos dentro de la cárcel, ese era el asunto. Lo mismo el taller... (Stella Sánchez).

Asociada a otras desconfianzas, la participación de algunas rehenas en los servicios de la cárcel parece haberse cargado de significados que descalificaban a quienes los llevaban a cabo como colaboradoras o traidoras.

'no debes actuar así: hay que tener los zapatos limpios; hay que lavarse la cara y no escaparle al peluquero' [...] había que hacerlo por respeto a la disciplina del campo y también como armadura externa y visible de nuestra vida moral [...] el que se dejaba llevar estaba en peligro» Primo Levi. *Deber de memoria*. Buenos Aires: Libro del Zorzal, 2006, pp. 9

[45] En un extremo se podía plantear, y se planteó en el penal de Libertad, si ante casos de prisioneros con graves desequilibrios mentales «a veces muy agresivos» lo adecuado era tomar a cargo de la colectividad el cuidado del enfermo asumiendo los riesgos de esa opción que incluía la integridad y la vida de otros presos, o por el contrario negarse a atenderlos «forzando que los militares se hicieran cargo de haberlos enloquecido», aun cuando ello supusiera la posibilidad de que se hiciera más grave e irreversible la enfermedad. Rafael Sanseviero, testimonio inédito.

> ... Yo trabajaba en la cantina de los presos o en la biblioteca de los presos. Eran muchas horas que le dedicaba a eso, pero trabajaba para los presos, no trabajaba para ellos [los militares], yo nunca trabajé en nada que fuera de ellos, era nuestro. En la biblioteca, por ejemplo, Barravino mandaba quemar todos los libros que tuvieran tapa roja, no importa de quién fueran, así fuera Caperucita. Porque él pensaba [son] libros rojos, entonces nosotros nos molestábamos en ponerle otra tapa, en tratar, los libros que eran buenos... que el tipo no se diera cuenta, en llevar al día los catálogos y que todo el mundo... Que fuera un trabajo honesto para todo el mundo igual... y ahí ellas eso lo veían como un colaboracionismo de mi parte [...] Mi juego era completamente distinto, y las compañeras decían que yo era traidora porque trabajaba en la cantina... (Cristina Cabrera).

Esas descalificaciones aparecen todavía en algunas memorias como una barrera o una brecha moral entre las prisioneras. En algunos recuerdos, el juicio basado en presunciones («eran de confianza de ellos») revela la rigidez que tuvo en el momento en que fue asumido bajo la presión y las manipulación de los militares.

> ... después estaban esas, las loritas esas que se supone [...] siempre estaban juntas, yo no sé, pero se supone que tuvieron alguna prebenda ahí, imaginate. O sea que cuando cayeron de nuevo en el penal ya empezaron, las hicieron trabajar en biblioteca y en la cantina, porque eran de confianza para ellos...[46] (Raquel Dupont).

Lo significativo es que, además de emitir una descalificación radical, Raquel toma una distancia respecto a esas compañeras. No enuncia ningún reconocimiento del *nosotras las rehenas*, ni siquiera antes de que ellas asumieran la conducta que la lleva a calificarlas como «las loritas esas». Se tiene la sensación de que le resulta imposible *decirse* como parte de un mismo colectivo —rehenas—, aunque Raquel y las «cuestionadas» formaron parte del primer grupo sacado a la ronda en 1973 y también regresaron juntas. Esa identidad objetiva en el plano

---

[46] La contundencia de la condena recuerda lo anotado por Ana Longoni en su exhaustivo análisis de los textos de memorias y el tratamiento del tema de la traición. Al dejar «en suspenso la consideración de la desigualdad en los vínculos entre víctimas y victimarios y no contemplen la evidente posición de sometimiento de las primeras [...] una distinción obvia pero crucial que en cierta manera parecen olvidar cuando adjetivan las relaciones entre el prisionero y el captor [...] las circunstancias en las que en términos casi absolutos el prisionero no elige, los sucesos lo atraviesan». Ana Longoni, *Traiciones*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, p. 95.

emocional y político ya no existe.

Al decir «cuando cayeron de nuevo en el penal» Raquel adopta el punto de vista y el lugar de quienes estaban en el penal durante la ronda. Esas otras compañeras que habían enfrentado en Punta de Rieles la reconversión del «paraíso» en un «fascismo desenfrenado». Esas compañeras que habían asumido la orientación de la resistencia y se vieron interpeladas por ese «fenómeno» que regresaba, en una primera instancia cargado del prestigio del sufrimiento experimentado, y que cuestionaba las orientaciones más o menos aceptadas por todas (unas «actitudes defensivas y moral interna muy estricta, un poco rígida en algunos aspectos, que la vuelta de las rehenes puso freno», como afirmó Ivonne Trías).

El breve comentario de Raquel Dupont contiene indicaciones sobre los orígenes de la invisibilización y negación de las rehenas. Deja la sensación de que en el momento de ocurrir las situaciones que venimos analizando la colectividad de las rehenas no existía ni siquiera para ellas mismas.

Indisciplinas

Un elemento que parece haber contribuido a la descalificación de las opciones de resistencia adoptadas por algunas rehenas es que coincidía con un replanteo de su relación con la organización política.

> ... Fue difícil, pero como fui a barraca y me encontré con otro tipo de gente, recién caídos que me aceptaban como era... No veían mal mi planteo político de que no quería más del MLN. A nadie le parecía mal mi razonamiento [...] no nos llevábamos mal, a pesar de que me acusaban de traidora y de toda esa historia, porque sabían que mi posición era completamente diferente, es decir, yo no quería militancia política ni obedecer a nadie. Si la medida que se iba a tomar me parecía pertinente la hacía, si me parecía una estupidez no la hacía, por ejemplo si [las soldados] nos decían caminen despacio, que no sé qué, no sé cuánto, yo caminaba despacio. Los problemas no eran [con] las del MLN viejas, porque esas me conocen, saben que soy como soy, si me digo que algo está mal, está mal y punto, pero que no iba a jorobar a nadie ni a delatar a nadie ni a meterme en esos bailes, porque no, nunca me metí, nunca delaté a nadie, nunca nadie sufrió por mi causa nada, de ningún tipo, ni adentro ni afuera, ni de nada (Cristina Cabrera).

La toma de distancia de la organización y disciplinas definidas por el movimiento abarcaron a otras rehenas, no solamente a quienes se descalificaba por su actitud de diálogo y colaboración con los servicios del penal.

En el siguiente fragmento, Flavia Schilling incorpora, respecto a esas «compañeras cuestionadas», otros niveles de reflexión que dan cuenta de aspectos que en las condiciones de vida imperantes en Punta de Rieles no tuvieron espacio. Y sin embargo refiere perfiles de personalidad valiosos en lo humano y también en lo político: el sentido crítico y la entereza ante el sufrimiento.

> Eran personas que no se encuadraban, ellas eran muy libres, ellas no se encuadraban tal vez a un perfil más intelectual. Cristina por ejemplo era mucho más de la acción que intelectual. Ella nunca lo escondió eso, una persona muy franca, y eran personas que mostraron una entereza, una integridad, una resistencia enorme. Jamás me decían nada de lo que les aguardaba, eran personas vitales, personas buenas… que nunca, nunca hicieron nada y que aguantaron todo lo que nosotras aguantábamos, con mucha dignidad, incluso después, después con una separación, sabés, porque les había tal vez marcado cierto error, tal vez por sus experiencias de estar organizadas de afuera…, de ser en última instancia autónomas. Entonces eran personas que eran más solas de alguna manera, que se preservaban más en su autonomía, en su soledad… personas que tal vez, que ya en aquella época no quisieron mucho la relación grupal, pero que nunca hicieron mal a nadie. Al contrario, aguantaron lo que todo el mundo aguantó […] Y la soledad, y después en el penal, ya era en el penal a la vuelta, se mantienen en su reserva, te pueden decir… «La organización no la quiero más, yo no la quiero más a esa organización que me dice qué hacer, porque yo voy a hacer lo que quiero hacer yo, voy a decir lo que quiero hacer», entonces ellas se mantienen más apartadas tal vez, pero nunca haciendo mal a nadie, ellas están como se dice en Brasil «maleadas», pero muy íntegras, bien íntegras… Y aguantaron, en el caso de Cristina mil cirugías, yo te digo así, yo viví todo lo que ella vivió, sufrí todo lo que esa chica sufrió, jovencísima, llena de cortes, con una operación que drenaba todo el tiempo, o sea, el dolor que esa chica vivió, esa gente que [las criticó tanto] no tiene la condición de vivir la situación del otro, o sea tener empatía por el otro, de ahí la condenación muy rápida (Flavia Schilling).

Ivonne Trías resumió así las restricciones políticas y emocionales que

dominaban la vida de las presas en esos momentos de su reclusión.

> ... lo que primó ahí [fue] una especie de complejo de «Altona»,[47] que es una cosa cerrada y de unas reglas durísimas que no se pueden mover... (Ivonne Trías).

En este plano es relevante el recuerdo y reflexión de Elisa Michelini sobre esas «reglas durísimas que no se podían mover» y sin embargo las rehenas contribuyeron a cuestionar y flexibilizar.

Ella reivindicó la flexibilidad de las rehenas frente a la rigidez de las dirigentas que estaban en la cárcel, y reconoció que esas diferencias fueron utilizadas desde el principio por los militares para enfrentar a los dos grupos de presas.

Según Elisa, la mayor flexibilidad de las rehenas no solo se manifestaba —como hemos visto hasta ahora— en lo relacionado con los trabajos o el diálogo con los militares.

Apunta diferencias sobre cómo experimentaban y afrontaban la situación vital —por lo tanto política— de ser prisioneras. Señaló ejemplos propios que revelan otros puntos de tensión, como no obligarse a aceptar la decisión colectiva sobre todos y cada uno de los aspectos, incluso los mínimos detalles, de la vida cotidiana.

También hizo referencia a su opción de manejar libre y ampliamente la información que recibía en las visitas sin utilizarla como un medio de poder político entre compañeras. Dijo haber aceptado de buen grado ser caracterizada por algunas dirigentas como «espontaneísta» e «indisciplinada», porque en cualquier circunstancia que «se cruzaba» con su hermana la abrazaba y besaba, sin limitarse por posibles represalias sobre ella u otras compañeras.

Elisa consideró que debajo de las inflexibilidades subyacían miedos producidos por las violencias y amenazas que experimentaban. Como ejemplo mencionó la actitud, que ella no acompañó, de «negarles la palabra» a algunas compañeras consideradas «colaboradoras» de los militares.

Por último, señaló otra área de diferencias situada en la no aceptación de la derrota política por parte de las organizaciones y su pretensión, rechazada por Elisa, de «seguir incidiendo» en la política desde la cárcel.[48]

---

[47] *Los condenados de Altona* es una obra de teatro de Jean-Paul Sartre, escrita en 1959. La trama central es que Franz, el hijo mayor de la familia, se encuentra encerrado desde el fin de la segunda guerra mundial por las culpas que lo atormentan por haber sido un torturador en un campo. Aunque la obra tiene diversas interpretaciones, suponemos que Ivonne Trías rescata de ella la atmósfera opresiva y de encierro en que viven los miembros de la familia.

[48] Entrevista a Elisa Michelini.

***

El análisis de las situaciones de conflicto que tuvieron lugar entre algunas de las rehenas y el colectivo a su regreso a la cárcel ofrece indicaciones del posible origen de las «versiones» que quizá hayan alimentado la descalificación, invisibilización y negación del conjunto.

Algunas revelaron que las descalificaciones y el aislamiento sufridos en la cárcel las acompañaron mucho tiempo después de liberadas.

> [Ya libre y en el exilio] cuando empezaron a legalizarse les mandé una carta para que tuvieran mi historia... No para limpiarme, sino para que supieran mi vida [porque] la gente me ha tratado como una mierda. [...] tuve que pasar por la prueba de fuego de los compañeros que no me saludaban, pero después hablamos, los invité a mi casa, hablamos y después venía [un compañero] y me pedía perdón por lo idiota que se había portado [...] Yo te digo que era terrible. Y aparte juzgarte porque capaz... nunca te preguntaron. Nunca te preguntaron nada y nunca se sentaron a hablar contigo (Gracia Dri).

Incluso aquella rehena que no aparece destacada en el recuerdo de los conflictos que venimos analizando y nadie cuestiona por sus opciones, sin embargo y pese a su cautela durante la entrevista, refiere una vivencia similar mucho tiempo después de ser liberada cuando se reencontró con algunas de sus antiguas compañeras.

> Y bueno, me encontré con estas mujeres, las del aislamiento... «Hola, ¿cómo estás?» «Bien, bien. ¿Cómo está tu hijo?» «Bien, bien», que esto, lo otro. Bueno, vos le das pie, a lo mejor te dice: «Disculpame», a lo mejor te dice: «Disculpame, qué barbaridad lo que hicimos». Eso me gustaría escuchar. Por lo menos a las que a mí me hicieron padecer aquel aislamiento. Me gustaría escucharla pedir disculpas cuando volvió, pero no pasó nada (Miriam Montero).

El conocimiento venenoso

> ... existe una profunda energía moral en negarse a volver a mostrar las violaciones del cuerpo humano. Al trasmitirme su dolor [Manjit] me enseñó que redimir su vida de las violaciones que había sufrido, exigía un compromiso para toda la vida con un conocimiento venenoso. Al

> digerir ese veneno, ocupándose de los actos de la vida corriente, logró enseñarme a respetar los límites entre la palabra y la exhibición.[49]

Para terminar la exploración de las posibles fuentes de silenciamiento e invisibilidad de las rehenas, desarrollaremos algunas interrogantes como hipótesis a partir de fenómenos subjetivos ampliamente estudiados en contextos de violencia. Se trata de la llamada culpa del sobreviviente, una sospecha genérica que contamina la sobrevida de quienes pasaron por el horror y la negativa social a incorporar esas experiencias a las narraciones colectivas.

Las culpas y la sospecha por la sobrevida son un asunto largamente desarrollado en las investigaciones, memorias y diferentes abordajes científicos o artísticos de experiencias colectivas de violencia.

En Uruguay, con la excepción de algunos trabajos basados en el psicoanálisis, es un tema ausente de las producciones referidas a la represión y el terrorismo de Estado.[50] Parece un asunto lejano y distante de la izquierda uruguaya. Pero esa omisión tan absoluta sugiere preguntarse si el silencio del sobreviviente no está larvado, activo y cuidadosamente protegido precisamente por el silencio colectivo que recubre el tema.

En las entrevistas a las rehenas y sus compañeras de prisión no aparecen menciones a esos asuntos, excepto la siguiente, que es un desliz dentro de una de tantas referencias al impacto que tuvo la noticia del embarazo de Yessie Macchi.

> ... fue muy polémico, y uno comprende, porque las compañeras nos despidieron pensando: «No las vemos más, las matan»... entonces era medio como simbólico, claro, la noticia de que una de las rehenes está embarazada era un hecho confuso... Vos estás denunciando que estás totalmente aislada del mundo, entonces, ¿cómo quedaste embarazada?... (María Elena Curbelo).

La perplejidad respecto al embarazo incluye una afirmación que, sin acusar, deja constancia de un problema: «las compañeras pensaban 'no las vemos más... las matan'...». Pero volvieron vivas (sanas y una de ellas embarazada); esa manera de decir deja abierta la interrogante de cómo y por qué no fueron consumidas por el sistema destructivo en que

---

[49] Veena Das. «*Life and words*», en Paz Moreno Feliú, *El corazón de la zona gris. Una lectura etnográfica de Auschwitz*. Madrid: Trota, p. 17.

[50] Marcelo Viñar, «La memoria y el porvenir. El impacto del terror político en la mente y la memoria colectiva», en Álvaro Rico (comp.) *Uruguay cuentas pendientes*. Montevideo: Trilce, 1995. *Fracturas de memoria* o. cit.

estuvieron instaladas por más de tres años. Una interrogante que pudo robustecerse a medida que la ronda de los hombres se prolonga muchos años más allá del momento en que quedó interrumpida la de las mujeres.

Sin embargo, al igual que otro tipo de conflictos que hemos señalado en apartados anteriores, cualquier duda acerca de la sobrevida parece quedar subsumida en aquello que desordena el sistema de valores sin matices que dominaba en ese momento la cárcel. Esto fue que una rehena resultó ser un tipo de víctima capaz de sustraerse al lugar asignado de mujer violentada sexualmente y, contrariando ese destino de alguna forma inexplicable, tomó su cuerpo para sí en «un hecho confuso».[51]

Podemos suponer que la relevancia que adquirió el embarazo de Yessie como conflicto de moralidad política e identidad grupal absorbió o relegó la mayoría de las otras cuestiones que pudieran suscitarse acerca del final de la ronda.

Eso no indica en forma definitiva que los significados de la sobrevida y otras culpas asociadas no hayan colaborado en la construcción del discurso de negación de las rehenas, en forma similar a como sucedió en otros países. En principio solo dice de la inexistencia de manifestaciones al respecto.

Con la reserva y los resguardos a que obliga comparar experiencias que son en muchos aspectos diferentes, tomaremos algunas indicaciones acerca de la descalificación y sospecha sobre las y los sobrevivientes que han sido estudiadas en otros contextos.

Nuestra finalidad es ver si contienen sugerencias que permitan al menos esbozar un cuadro más completo del proceso de invisibilización y negación de las rehenas uruguayas.

Fundamentaremos brevemente la pertinencia del uso de la categoría *sobrevivientes* en el contexto del terrorismo de Estado uruguayo.

Trabajosamente, en forma demorada y mediante intervenciones provenientes de diferentes campos (incluso el del derecho), en Uruguay se ha llegado a calificar como *víctimas* a quienes fueron objeto de la

---

[51] Sobre este asunto y en un sentido amplio, vale la siguiente reflexión de Boaventura de Souza Santos respecto a la resistencia que despiertan siempre las estrategias de resistencia de las mujeres a los lugares socialmente asignados. «Pero la cultura patriarcal tiene [...] otra dimensión particularmente perversa: la de crear en la opinión pública la idea de que las mujeres son oprimidas y, como tales, víctimas indefensas y silenciosas. Este estereotipo hace posible ignorar o desvalorizar las luchas de resistencia y la capacidad de innovación política de las mujeres.» «La persistencia histórica del patriarcado». Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-166480-2011-04-18.html>. Visitado el 19 de abril de 2011.

represión durante la vigencia del Estado terrorista.[52] Muchas personas resienten aceptar ese «lugar» por considerarlo incongruente con la voluntad militante que los llevó a asumir riesgos y opciones políticas en un régimen autoritario o dictatorial.

Sin embrago, con independencia de sus móviles y aun del tipo de actividades que hubieran realizado, se trata de víctimas de la acción criminal del Estado. Esta calificación corresponde porque durante la dictadura el Estado elaboró y puso en práctica un dispositivo de larga duración, basado en la tortura y la prisión prolongada, cuya finalidad era destruir física, psíquica y emocionalmente a las personas prisioneras. Haber atravesado esas experiencias califica a prisioneras y prisioneros políticos uruguayos como sobrevivientes a un programa de destrucción sistemático que los tuvo como objeto.

Ahora llevaremos la atención al silencio social sobre los sobrevivientes y su escasa audibilidad pública, la desconfianza que provoca en los colectivos militantes su sobrevida, y la culpa que acarrea su propia sobrevida para las y los protagonistas.

La vergüenza del justo

Para pensar en la negación de estas sobrevivientes en particular podemos intentar una mayor aproximación a los sentidos y significados concretos que tuvieron las supervivencias en otros contextos. Primo Levi dedicó esfuerzos especiales a trasmitir la experiencia de los campos nazis donde estuvo recluido y a los cuales sobrevivió. En una de sus obras expone las condiciones de existencia de los prisioneros bajo el imperio de lo que nombra como «la violencia inútil».[53] Para explicar el significado de una expresión que admite provocativa, enumera y detalla por sus efectos una amplia gama de dispositivos omnipresentes en la vida de los «deportados» cuya única finalidad era producir sufrimiento. Se refiere entonces a la desnudez del cuerpo expuesto sin pudor ni consideraciones, a las privaciones de todo lo elemental (alimentos, sueño, abrigo, ropa adecuada, higiene), a los castigos arbitrarios, a la amenaza

---

[52] Véase Ley de Reconocimiento y Reparación a las Víctimas de la Actuación Ilegítima del Estado. Disponible en:<http://www0.parlamento.gub.uy/leyes/AccesoTextoLey.asp?Ley=18596&Anchor=>.

[53] Primo Levi. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik Editores, 1989, p. 91.

de muerte en cualquier momento, a las torturas refinadas o brutales, al acecho de la enfermedad... Ese régimen se condensaba en «la violencia a la vez estúpida y simbólica del uso impío que se hizo (no esporádica sino metódicamente) del cuerpo humano como un objeto, como un objeto sin dueño, del cual podía disponerse de manera arbitraria».[54] Esta última caracterización define en cualquier latitud y tiempo la marca que acompaña a quienes sobrevivieron a la tortura utilizada como sistema. También aplica para el Uruguay del terrorismo de Estado y en particular para las rehenas.

Podemos sustituir el trasfondo de la guerra y el genocidio de millones de personas en Europa por un país de poco más de dos millones y medio de habitantes cuya sociedad pasó en pocos años de ser un modelo reconocido de convivencia democrática a ostentar el mayor número de personas en prisiones políticas y torturadas respecto a su población. La dictadura uruguaya, con la finalidad de eliminar toda oposición, aplicó en todo su territorio un programa de violencias organizadas en un sistema basado en los mismos principios y métodos relevados por Levi.

Es verdad que en la economía del exterminio la violencia inútil del *Lager* nazi tenía una finalidad práctica, según argumentaron algunos perpetradores. Esa finalidad era degradar a quienes iban a morir para eliminar toda posible resistencia y, sobre todo, facilitar moralmente la tarea de los ejecutores al hacer desaparecer de las víctimas todos los rasgos reconocibles de humanidad.[55]

También el sistema de opresión implementado en Uruguay tuvo una finalidad práctica diferente de la crueldad sin objeto o la diligencia burocrática de «conseguir información urgente y a cualquier precio», como argumentan los defensores oficiosos de los «apremios físicos». La tortura procuraba desmontar la identidad democrática-resistente de miles de personas y se proyectaba como pretensión de fundar un nuevo orden social basado en el miedo. El núcleo fundacional de ese sistema, que se extiende desde los directamente afectados hacia la totalidad del «lazo social», es que «el hombre deja de verse y reconocerse en el rostro del prójimo y transforma a su semejante, en enemigo [hasta] autorizarse a su destrucción».[56] El retorno a la ley del más fuerte, lugar que

---

[54] Ibídem.

[55] Ibídem, p. 108.

[56] Marcelo Viñar, o. cit., p. 61.

ocupa el Estado terrorista.[57]

Como resultado de esa experiencia colectiva, una antigua sociedad de proximidades (como la uruguaya) pasó a compartir un bagaje de dolores, recelos, desconfianzas, resentimientos y culpas sin nombre. No solamente las víctimas directas de la violencia, sino toda la colectividad parece compartir a partir de la dictadura el «compromiso para toda la vida con un conocimiento venenoso». Probablemente, al igual que los individuos, la sociedad necesite redimirse de ese conocimiento «ocupándose de los actos de la vida corriente» y asumiendo, tal vez sin entusiasmo, la idea de «dar vuelta la página y olvidar el pasado».

Esa compulsión colectiva al olvido podría aportar otra explicación a la negativa social de dar visibilidad a los sobrevivientes como tales. Quizá porque su comparecencia en el espacio público «enuncian algo tremendo y doloroso [e] introducen en el mundo [un] extremo de violencia [que ya] nadie quiere ver».[58]

Los sobrevivientes, portadores del testimonio del horror, vienen a reponer aquello que la sociedad uruguaya ha querido olvidar: el terror experimentado frente a un tipo de violencia antes desconocida, las subordinaciones cotidianas al poder totalitario, las miserias y claudicaciones. Parecería que el sobreviviente, aun sin proponérselo, puede desbaratar la ilusión de indemnidad de quienes no fueron abducidos por el sistema que dominó a la sociedad uruguaya por más de una década.

También en este punto es posible considerar el conocimiento que tuvo Primo Levi sobre la incapacidad que experimentan quienes están «del otro lado» para atravesar la barrera de significados que interpone el horror. En una de sus memorias anotó que los soldados rusos que liberaron el campo donde estaba recluido enmudecieron al encuentro con el primer grupo de sobrevivientes y las evidencias de lo que allí había sucedido.[59] Su explicación para ese aturdimiento remite a un tipo de impacto, profundo y duradero, producto de la exposición a la violencia del poder absoluto.

> [Esos soldados rusos sentían] la misma vergüenza que [los prisioneros del campo] conocíamos tan bien; [...] la que siente el justo ante la culpa cometi-

---

[57] Según definición ya glosada de Miguel Benasayag (o. cit.).

[58] Giorgio Agamben. *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos, 2000, p. 52.

[59] «No nos saludaban, no sonreían, parecían oprimidos, más que por la compasión, por una timidez confusa que les sellaba la boca y les clavaba la mirada sobre el espectáculo funesto que los esperaba al otro lado de las cercas que venían a derribar, compuesto por sobrevivientes en pie, moribundos y montañas de cadáveres.» Primo Levi, o. cit., p. 63.

> da por otro, que le pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente y no ha sido capaz de contrarrestarla.[60]

Para la víctima directa y para *el justo* que sufre por la violencia que conoce, la culpa y la vergüenza parecen ser un vínculo que los une en el silencio y los separa irremediablemente mediante la palabra.

Desde 1985 en Uruguay la palabra legítima sobre el terrorismo de Estado está dominada por un discurso militar y militarista que niega la peripecia ciudadana y subsume las vivencias de las víctimas en la contabilidad burocrática de «la guerra». El silencio de todos confina a mayor profundidad la palabra de los sobrevivientes porque, como recuerda Viñar citando a Müller-Hohagen, si otros «no toman la iniciativa de hablar de los abismos de este siglo, los perseguidos y sus descendientes no podrán hacer otra cosa que permanecer mudos».[61]

La vida dolorosa

Ese vivir sin gloria es quizá lo que menos se puede escuchar en los relatos de los sobrevivientes, lo que les ocurrió allí dentro del campo (y les ocurre más tarde fuera): su duro —y a la vez cotidiano, invisible— aprendizaje alejado de la épica setentista.

La culpa y la sospecha mantienen silenciados ciertos niveles de la experiencia de los sobrevivientes incluso en las sociedades que reconocen y condenan ampliamente los crímenes de Estado terrorista, como Argentina.

En ese país la política de asesinato masivo a los «enemigos de la patria» dejó también un número indeterminado de sobrevivientes cuya existencia y experiencia permanecieron durante largo tiempo a la sombra de las víctimas desaparecidas. Una situación que en principio se explica fácilmente por la magnitud del genocidio perpetrado, pero que posteriormente expuso dimensiones más complejas que permiten explorar alguna hipótesis de nuestro interés.

La irrupción con vida y palabra de este nuevo tipo de víctimas provocó un primer movimiento de rechazo justamente a causa de su sobrevida:

> Los que atravesaron por el espacio y el tiempo suspendido del campo clandestino y retornaron a este mundo generan desconcierto, incomodi-

[60] Ibídem.

[61] Marcelo Viñar, o. cit., p. 62.

> dad, sospechas en los otros. Sobre ellos pesa la culpa de estar vivos y la suposición de que para vivir hicieron un pacto con el Mal cuando miles a su alrededor morían.[62]

Semejante sospecha arraigó en una colectividad fijada en su dolor por los miles de asesinados sin tumba cuya muerte fue dolorosa y trabajosamente admitida por quienes habían luchado para rescatarlos de los abismos de la dictadura. Una colectividad que sobrellevó durante años la negación soez de su dolor mientras se perdonaba y premiaba a los criminales. Esas decenas de miles de personas muertas y desaparecidas operaron como fundamento de la desconfianza hacia las víctimas que no murieron y aparecieron.

Ello fue así no obstante el conocimiento existente de

> que la sobrevivencia dependía en grandísima, casi absoluta, medida de la voluntad de los captores y en mucho menor proporción de la capacidad de los secuestrados para aprovechar circunstancias, conocimientos, habilidades [y] las decisiones de quién fueron los que sobrevivieron (salvo en muy excepcionales fugas) fue de las fuerzas represivas.[63]

Incluso aquellas personas que acusaron a los genocidas y fueron claves en sus procesos y condenas sufrieron los efectos de una «desconfianza sobre todo sobreviviente que, llevada a sus extremos, podría incluirnos a todos los que quedamos vivos, [y] sigue siendo asunto polémico en los ámbitos de los organismos de derechos humanos y, en general en todo sitio relacionado a esta historia...».[64]

Al respecto dice Longoni que siendo testigos del terror y antiguos militantes políticos, «el relato de los sobrevivientes solo circula en los ámbitos

---

[62] Ana Longoni. *Traiciones*. Buenos Aires: Grupo Norma, 2007, p. 31. La autora analizó las razones de la escasa audibilidad social de los sobrevivientes tomando como base los significados que tiene la manera en que están construidas las figuras del traidor y la traidora en tres obras de amplia repercusión como memorias de la represión y el horror: *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso; *Los compañeros*, de Rolo Diez, y *El fin de la historia*, de Liliana Heker..

[63] Ibídem, p. 30.

[64] La cita corresponde a una réplica de Luis Mattini a la acusación de «vivo sospechoso» formulada por Hebe de Bonafini de que Jorge Julio López es o era un sobreviviente que testimonió contra Echecolatz y volvió a ser «desaparecido» en democracia como consecuencia de ese testimonio. Luis Mattini, «La ordalía en el siglo XXI. Hebe de Bonafini y los desaparecidos 'dudosos', en *La Fogata.* Disponible en: <http://www.lafogata.org/recopilacion/luis_06-1.htm>. Visto el 25 de febrero de 2008.

judiciales», mientras se mantiene el «halo de sospecha por el cual un desaparecido que reaparece se transforma en un traidor [porque] si el desaparecido por algo ha desaparecido, el sobreviviente algo hizo para sobrevivir».[65]

Es posible sospechar que semejante descalificación hacia toda sobrevida haya cedido algo cuando se pudieron apreciar con mayor proximidad los aportes de este nuevo tipo de víctimas a la reconstrucción de la historia del terror, y también por el efecto sanador que tuvieron los actos de justicia facilitados por sus testimonios.

Pero no es evidente que ni siquiera las y los protagonistas signifiquen su sobrevida como derrotas o fisuras del sistema de exterminio, porque las descalificaciones que empañan su imagen parecen nutrirse tanto de aquello que despiertan en los otros («desconcierto, sospecha e incomodidad») como de sus propios, difusos pero densos, sentimientos de vergüenza y culpa.

La fuerza de esos sentimientos fue reconocida entre los sobrevivientes de los campos de exterminio nazis.[66] La culpa que perdura en el largo plazo entre quienes atravesaron el terror, como explica una y otra vez Primo Levi, es un sentimiento opaco e inasible pero de extraordinario poder: «... en el plano racional, no se podría encontrar nada de qué avergonzarse, pero a pesar de ello se sentía la vergüenza [...] yo me sentía inocente [pero] enrolado entre los salvados [estaba] en busca permanente de justificación ante mí y los demás».[67]

Además del sentimiento de estar usurpando la vida de otros, porque están vivos cuando «debieron morir», en la autodescalificación del sobreviviente aparecen otros motivos. Una vez liberados les resulta intolerable recordarse a sí mismos cuando estaban abducidos por un sistema que los *envileció* despojándolos de las dignidades elementales que

---

65 Ana Longoni. Disponible en <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-2007-03-02.html>. Visitado en mayo de 2011.

66 En un capítulo significativamente llamado «La vergüenza», Primo Levi se pregunta a sí mismo: «¿Es que te avergüenzas de estar vivo en lugar de otro? Y sobre todo ¿de un hombre más generoso, más sensible, más sabio, más útil, más digno de vivir que tú?». Su respuesta categórica es que a los sobrevivientes los atormenta «una suposición [...] la sombra de una sospecha: de que todos seamos el Caín de nuestros hermanos, de que cada uno de nosotros [...] hayamos suplantado a nuestro prójimo y estemos viviendo su vida. Es una suposición, pero remuerde; está profundamente anidada, como la carcoma; por fuera no se ve, pero roe y taladra». Primo Levi, o. cit., p. 71.

67 Ibídem, p. 72.

dan sentido a la condición humana.[68]

Este nivel de autodescalificación se dibuja en un grupo de entrevistas a sobrevivientes argentinas que sufrieron el arrasamiento de la condición humana mediante brutales y sofisticados mecanismos de manipulación emocional basados en la tortura.[69] Sus testimonios revelan cómo las manipulaciones sufridas instituyeron barreras de larga duración que les impidieron incorporarse con voz propia —es decir, a partir de sus experiencias concretas— a la comunidad de víctimas del terrorismo.[70] Para nuestros propósitos, esas entrevistas aportan evidencia de la manera en que las culpas del sobreviviente se basan en un sistema de señales producidas por la acción del agente torturador y la situación de tortura, pero ese origen permanece opaco para quienes lo padecen.

Las entrevistas revelan un continuo donde el terror impuesto por el poder torturador se proyecta en el sobreviviente como imposibilidad de colocar sus propias respuestas a las condiciones que le fueron impuestas como responsabilidad de los perpetradores.[71] De esa manera las estrate-

---

[68] «No era precisamente vergüenza pero era percibido como tal [porque] a la salida de la oscuridad se sufría por la conciencia recobrada de haber sido envilecido [...] eran salidas dolorosas, precisamente porque nos daban ocasión de medir desde afuera nuestro envilecimiento.» Ibídem, p. 66.

[69] Decimos manipulación emocional porque entendemos que esa es la situación de una persona sometida a la disyuntiva de sufrir todo el daño que decidan infligirle agentes de un poder absoluto o ceder a las exigencias de ese poder. Unas exigencias que no eran únicamente de información, sino que se cumplían cuando la víctima era considerada absorbida en su voluntad por el poder. Por esa razón para el poder opresor la «recuperación» de los «subversivos» solo podía realizarse si estos renunciaban a su identidad.

[70] Testimonios de sobrevivientes (Marga Cruz, Nilda Rey, Andrea Bello, Víctor Basterra, Cristina Muro, Miriam Lewin, Manú Actis, Ana Testa, Celia Gaglieto de Testa) reproducidos en *El alma de los verdugo* (2007), una producción de TVE dirigida por Vicente Romero basado en una idea de Baltasar Garzón. Visto en julio 2012. Disponible en: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/informe-semanal/informe-semanal-alma-verdugos/592458/>.

[71] Es interesante destacar que similar situación evidenciaron mujeres que fueron entrevistadas para una reciente investigación estando privadas de la libertad en Uruguay por haber matado a sus parejas o exparejas que las hacían víctimas de violencia. Todas ellas tenían grandes dificultades para reconocerse como víctimas de violencia doméstica. Las condiciones habilitantes para que las mujeres se reconozcan como víctimas de violencia parece estar sólidamente vinculadas al grado de legitimidad social que adquieren sus experiencias. «El sentido total de los componentes del ser víctima de violencia doméstica parece emerger cuando ya están privadas de libertad: a partir del intercambio con otras mujeres que vivieron hechos similares y con otros agentes (asistentes sociales, periodistas, personal policial).» Susana Rostagnol. *No era un gran amor*. Montevideo: Instituto Nacional de las Mujeres, MIDES, 2009, p. 42. Disponible en: <http://www.juntaflorida.

gias o casualidades que dieron lugar a la sobrevida quedan fijadas como responsabilidad de la víctima, que por esa razón se siente compelida a guardar un silencio vergonzante. Es una culpa que atraviesa todos los relatos y se expresa como apelación a una comprensión que se reconoce imposible, como si la carga del sobreviviente pudiera contaminar a quien lo escucha («... es una situación difícil de enfrentar para los que hemos pasado por ella y para los que miran desde afuera...»).

Estas personas pueden relatar las torturas físicas sufridas o presenciadas, e incluso describirlas, así como el cuadro general del cautiverio en un sistema de inusitada crueldad implementado para que transcurriera su existencia mientras esperaban la realización del poder sin límites. Es decir, la muerte.

Es posible suponer que el reconocimiento social e institucional que tuvo el genocidio perpetrado por el Estado argentino las habilita a contar esta parte propia de la experiencia colectiva. La legitimidad que existe para hablar sobre lo que ya se sabe de los tormentos infligidos por los represores argentinos les confiere una cuota de libertad para decir de sí mismas en esas circunstancias.

Sin embargo, cuando necesitan compartir otras formas de manipulación sufridas, carecen de palabras adecuadas. Estas parecen haber quedado incautadas en una dimensión de sufrimiento tan inenarrable que ni siquiera pudieron compartirla antes entre ellas mismas: «... se ha guardado demasiado tiempo el silencio sobre esto, es una situación que ni siquiera entre nosotras las sobrevivientes hablamos...». Eso no dicho parecen ser las circunstancias en que, por voluntad de los captores, ocurrió su supervivencia en un contexto donde la muerte podía suceder en cualquier momento, por decisión de los mandos, por un guardia pasado de rosca, por una vuelta de más en «la máquina»... o tal vez nunca. Un margen mínimo de esperanza que nadie podía abandonar en forma absoluta, que en estas personas se concretó y las enrola «en el bando de los salvados» convirtiendo la vida en culpa.

Pero además, mientras esperaban la muerte, y la mayoría fueron asesinados, los captores desplegaron su enorme poder para provocar sufrimiento físico y manipulación emocional. Un recurso de manipulación que exponen estos testimonios fue la sustracción de algunas personas en forma temporal del lugar de las víctimas para hacerlas partícipes involuntarias del lugar de los victimarios. En estos testimonios parece ausente un dato fundamental: en ninguna de las situaciones experimentadas las víctimas pudieron *elegir*

gub.uy/desarrollo/jdf/temporal/NO%20ERA%20UN%20GRAN%20AMOR.pdf>.

un destino diferente para sí mismas, y menos aún para quienes murieron. Pero igualmente experimentan, como los deportados sobrevivientes de la segunda guerra mundial, «la misma vergüenza que nos invadía después de las selecciones y cada vez que teníamos que soportar un ultraje [a otro]».[72]

La señal duradera de «envilecimiento» en la memoria de estas personas es haber sido parte involuntaria, pero real, del sistema de opresión y haber sobrevivido. Las manipulaciones basadas en la tortura tuvieron como resultado desterrar a las víctimas del universo de significados de humanidad antes conocidos, dejándolas solas a merced del poder torturador. En ese destierro permanecen años después y no parece haber comprensión que restituya su derecho a compartir el mismo espacio con una comunidad que se dice intacta.[73]

En Uruguay es una materia todavía pendiente indagar cuánta sobrevida dolorosa cargaron sobre sí las antiguas prisioneras políticas, en particular

---

[72] Primo Levi, o. cit., p. 63.

[73] Sobe este extremo parece paradigmático el siguiente testimonio. Una mujer recuerda que fue secuestrada cuando era muy joven y su interrogatorio duró semanas. No era integrante de ninguna organización armada, pero sí militante de izquierda peronista. Le preguntaban sobre personas y situaciones que no conocía y por lo tanto nada podía decir con la esperanza de detener su tormento. Mientras la torturaban bajo la supervisión de un médico, permaneció siempre atada con cables de manos y pies; dijo haber sido violada en cuatro ocasiones por varios de ellos que la penetraron reiteradamente, y que en muchas ocasiones los torturadores se masturbaban sobre su cuerpo. En la entrevista comparte los sentimientos que experimentó: *humillada, despreciada, insultada, impotente*. Se refiere todavía con terror al momento en que «me arrastraron hasta un helicóptero donde me ataron de los pies y me tiraron al vacío». Mientras recuerda y dice, frota y acaricia sus muñecas como si todavía necesitara aliviar el dolor de las ligaduras que la ataban una década atrás a la «parrilla» de tortura. No obstante el evidente esfuerzo que le demanda recordar y decir, el relato es fluido. De algún modo se encuentra en el terreno de lo que al momento de la entrevista ya se sabe que les ocurrió a muchas prisioneras. Al finalizar la entrevista, cuando intenta compartir algo personalísimo dentro de una experiencia similar a la de tantas compañeras, pone en evidencia aquello para lo que hasta ese momento no tuvo palabras: «Conocí el horror, la soledad, el miedo, el terror, [supe lo que es] no encontrar la diferencia entre la vida y la muerte, a no medir nunca el espacio. En una oportunidad, gritando «porque todo era una soledad muy grande, porque todo era tinieblas, todo eran presunciones, todo era hostigamiento, insultos» gritando le pedía a un torturador que por favor me diera la mano, que era lo único que le pedía, que por favor me tomara de la mano porque no, no, no podía soportar». El pedido de piedad al torturador, formulado desde el desamparo, parece anclar la memoria a una claudicación al menos tan significativa como los dolores físicos y humillaciones morales que sufrió. Esa «debilidad» son la culpa y vergüenza que hacen su vida dolorosa en el presente, mientras el torturador se pierde afuera del foco. Vicente Romero, *El alma de los verdugos* (documental), 2007.

las rehenas, y la relación de esos sentimientos con su autoinvisibilización y negación. En las memorias conocidas hasta ahora hay pocas indicaciones al respecto. No contamos con bases empíricas ni documentales para sustentar que esos sentimientos tengan la misma importancia en la negación de las rehenas que la que sí tuvieron en el silenciamiento de quienes padecieron suplicio en otros contextos. Tampoco podemos descartarlos como inexistentes y, en última instancia, la ausencia casi absoluta de referencias a estos temas induce a pensarlos como esas lagunas en las memorias que denotan la relevancia de aquello que ni siquiera puede ser nombrado.

A los efectos de nuestra hipótesis, que es situar la culpa y la vergüenza del sobreviviente como agentes simbólicos que pueden haber operado en la autonegación de las rehenas, tal vez esa laguna exprese un solapamiento entre los silencios opresivos y los silencios resistentes que aplazan la palabra de los grupos subordinados en espera de condiciones más favorables para pronunciarse.

En suma

Las formas que adoptó la resistencia de los diferentes grupos de prisioneras a la opresión impuestas por los carceleros, muchas veces entraron en conflicto. En lo que respecta a las memorias de las resistencias, predominaron y se propagaron con mayor facilidad aquellos relatos que reforzaban los principales rasgos de identidad grupales preexistentes a la epopeya de resistencia. En esas condiciones subjetivas, las luchas de las rehenas por su propia vida e identidad personal y política entraron en conflicto con los deberes atribuidos a la condición militante, seguramente al igual que las historias concretas de muchos miles de resistentes a la dictadura. Un lugar especialmente relevante parecen haber tenido los discursos del *deber ser político y sexual* en la prisión, como fundamento para descalificar y negar a las rehenas a partir de los «desórdenes» de Yessie Macchi en esos planos. Los discursos de resistencia enunciados desde el orden político contribuyen a enmascarar las violencias basadas en el orden de géneros. Unas operaciones discursivas discriminatorias que refuerzan la subordinación de las mujeres y reproducen el orden naturalizado. Todo tipo de violencia hacia las mujeres

se argumenta o justifica desde *otros lugares*, ya que el orden de géneros constituye un lenguaje que «el agresor y la colectividad comparten [y por eso] pueden entenderse...» sin necesidad de palabras.[74] Tal vez por esa razón el *entendimiento* existente hasta el momento entre la comunidad y los perpetradores de la dictadura elude la violencia de género privilegiando el relato de las violencias políticas, particularmente en su expresión militar. Se omite de ese modo el reconocimiento de las dimensiones ciudadanas que tuvo esa violencia, entre otras, las formas específicas que adquirieron la opresión y resistencia de las mujeres como tales. Por esa razón las memorias de las mujeres pueden producir rupturas en la economía simbólica de los relatos consagrados como verdades oficiales. Las mujeres no son funcionales a la mística guerrera porque formaron parte de un movimiento derrotado, que cuenta su resistencia y sobrevivida desde un lugar de género diferente del de quienes dominan la escena pública, que son los hombres guerreros e intactos.[75]

Tal vez las antiguas prisioneras uruguayas hayan aplazado su momento de traer al tiempo presente el recuerdo de algunas de sus más duras experiencias como respuesta a la opresión que ejerce sobre ellas la facilidad con que la comunidad explica sus resistencias y sobrevidas como disfuncionales al orden político. En esas explicaciones ellas vuelven a quedar instaladas, sin que se haga explícito, en el lugar que *deben* ocupar las mujeres durante la guerra: víctimas pasivas de la violencia del vencedor. El silencio mantenido hasta ahora acerca de su vida dolorosa podría ser entonces no solo expresión de la vergüenza del sobreviviente, sino al mismo tiempo una manera de resistirse a esa categorización.

---

[74] Rita Segato, o. cit., p. 6.

[75] Precisamente a esa contradicción se refiere una de las sobrevivientes argentinas al concluir su testimonio: «...sé que [lo que digo] trae trastornos, porque hay muchos compañeros que no les gusta hablar de este tema, [por]que es importante que uno sea un héroe, héroe de las pelotas, de nada, no sé de qué guerra tampoco». En Vicente Romero, o. cit.

Capítulo IX

La inadecuación femenina

> *... el trabajo político es en lo esencial un trabajo sobre las palabras, es que las palabras contribuyen a formar el mundo social. En política nada es más realista que las disputas de palabras. Colocar una palabra por otra es cambiar la visión del mundo social, y por lo tanto, contribuir a transformarlo...*
>
> PIERRE BOURDIEU [1]

Después de analizar los posibles orígenes de la invisibilidad de las rehenas, queremos llevar la atención a la persistencia de su negación por más de veinticinco años.

Caracterizamos la invisibilidad de las rehenas como una negación porque sucede contemporáneamente a la explosión de influencia política del MLN. Nuestro análisis indagará la invisibilidad de las rehenas como un hecho político en el marco de la disputa política en la posdictadura. Su permanencia en la oscuridad durante tres décadas coexiste con una copiosa bibliografía tupamara centrada, entre otras personas, en algunos de los rehenes hombres. Para ellos la condición de supliciados por la dictadura representa un valor reconocido, y haber sido rehenes es una cualidad asociada al reconocimiento que reciben en otros planos.[2] En cambio ninguna de las rehenas figura en las numerosas «historias tupamaras» publicadas, y apenas se las menciona —en general en forma inexacta o incompleta— en algunos de los más recientes trabajos de investigación sobre la represión durante la dictadura.

¿Por qué las memorias del *tupamaro* tienen un amplio espacio social de circulación y las memorias de *estas* (y otras) *tupamaras* son marginales?

Un análisis centrado en la subordinación de género y la discriminación femenina en la política podría responder en forma válida esa pregunta. Pero ese enfoque nos parece insuficiente, entre otras razones porque aquellas respuestas que explican todo suelen servir como coartada para enmascarar las violencias concretas que afectan a sujetos o grupos concretos y cada día.

Reformulamos entonces nuestras preguntas para interrogar a diferentes fuentes sobre cuál sería la disfuncionalidad de este grupo de mujeres y sus memorias respecto de un relato sobre el pasado reciente en el que sus pares varones encuentran un alto reconocimiento social.

---

[1] Pierre Bourdieu. Entrevista a propósito de su libro *¿Qué significa hablar?* Disponible en: ‹http://sociologiac.net/2008/01/17/entrevista-pierre-bourdieu-que-significa-hablar/›. Visto en junio de 2011.

[2] Tal es el caso de José Mujica (presidente de la República) y Eleuterio Fernández Huidobro (referente más reconocido del MLN) o Mauricio Rosencof (dramaturgo y escritor) y Henry Engler (científico destacado a nivel mundial).

Los amables demonios en la historia falsa de la dictadura

Para aprehender las posibles divergencias de las memorias de mujeres con el discurso político dominante en el período en que las rehenas fueron invisibilizadas es necesario identificar los rasgos claves del relato que sostiene ese discurso. Y en particular cómo se relacionan las memorias de hombres y mujeres con esa historia hegemónica.

Los tupamaros —representados desde 1985 en forma vicaria por los rehenes— volvieron al escenario público durante la redemocratización, hablando en nombre de un movimiento político hasta ese momento reprimido, encarcelado, disperso, silenciado, pero en cuya existencia y actos pasados se habían fundamentado los atropellos dictatoriales durante más de una década. En esas condiciones los contornos del MLN eran borrosos para una parte de la población que solo conocía la versión dada machaconamente por los dictadores. Desde la conferencia de prensa que dieron los rehenes al ser liberados, el MLN *encarnó* ante la comunidad en un grupo de personas que tomaron la palabra para proclamar su aceptación y lugar dentro de las reglas de juego democrático y republicano.[3]

Después de la derrota política de los militares, la incorporación de los tupamaros al sistema representaba una confirmación de la victoria cultural de los antiguos partidos políticos. Era un reconocimiento implícito del fracaso de aquel proyecto insurreccional iniciado a mediados de los años sesenta que los distinguió en la izquierda, en el país y en el mundo.

Pero las necesidades del nuevo discurso de poder no se agotaban en que los antiguos insurgentes aceptaran formar parte del statu quo reinstalado después de once años de dictadura. También precisaba la permanencia en la memoria colectiva de aquellos rasgos que situaban a los tupamaros como *un otro* cuya sola existencia evocaba la violencia pasada. Desde ese lugar simbólico estarían reforzando las virtudes del proyecto político cultural del «cambio en paz».[4]

---

[3] Durante la conferencia de prensa inaugural de la nueva etapa del MLN, Eleuterio Fernández Huidobro se refirió reiteradamente al compromiso que asumían con la «democracia primaveral» que vivía el Uruguay calificando el respeto a esa democracia como un «mandato del pueblo uruguayo» que ellos «los tupamaros» estaban dispuestos a acatar y militando democráticamente «sin cartas en la manga». *Las Bases*, año I, n.º 20, domingo 17 de marzo de 1985.

[4] A esto nos referimos extensamente en el capítulo 1 del presente trabajo. El cambio en paz fue primero la consigna electoral de Julio Sanguinetti en 1984 y después la principal línea interpretativa de la dictadura durante la posdictadura y hasta el presente. El núcleo de esa propuesta sitúa al conjunto de la sociedad, especialmente a los partidos

De esa manera, tupamaros y militares «pacificados» daban sustento a una tríada en cuyo vértice se situaba cómodamente un mediador político cuya autoridad dependía de la *actualización y re-presentación en el espacio* público de la violencia protagonizada por los antiguos combatientes. Los dos demonios y el pacificador son los actores principales y excluyentes del escenario dibujado por el nuevo discurso de poder en la posdictadura. La perspectiva aportada por la teoría de los dos demonios ponía de relieve la capacidad del gobernante democrático de disciplinar y encauzar los efectos contemporáneos y los peligros futuros de los antiguos enfrentamientos.[5]

Apropiarse de la teoría de los dos demonios en clave democrática no fue una operación sencilla. Carlos Demasi demuestra que hasta 1985 esa formulación era sostenida en soledad por los dictadores, y no obstante ello terminó convirtiéndose en la principal «herramienta conceptual para explicar el golpe de Estado» mediante una operación que reformulaba los datos del pasado con la finalidad de reorganizar simbólicamente el futuro.[6]

Hacia el pasado esa teoría asentaba la afirmación de que la dictadura «fue el resultado del embate de dos sujetos (guerrilla y militares)» simé-

---

políticos Blanco y Colorado, como víctima de la acción de «dos demonios» «algunos militares y los tupamaros». Julio Sanguinetti y otros dirigentes gustan construir una frontera moral entre un sistema político virtuoso (Rico) y la violencia política de los demonios, refiriéndose a sí mismos como parte de «los 3 millones de uruguayos que no fuimos golpistas ni tupamaros». Julio María Sanguinetti. *La agonía de la democracia.* Montevideo: Taurus, 2008, p. 13.

[5] En el siguiente párrafo, un poco pueril o tal vez por eso mismo, Julio Sanguinetti expone sin reticencias el parasitismo cultural del miedo a los «dos demonios» como fuente de legitimidad de su forma de hacer política. «Trato de sopesar las palabras; no siempre uno acierta exactamente en la que querría, pero lo intenta. Recuerdo que en mi primera toma de posesión, me habían convencido de que tenía que escribir el discurso. El día antes le digo a Martha (Canessa, su esposa e historiadora), 'bueno, tengo que escribir el discurso', a lo que ella responde, '¿vos estás loco?, qué vas a escribir el discurso. Además, no sabés leer' 'lo que es verdad, porque leo muy mal'. Pero había tanto lío Mujica y Eleuterio estaban en la cárcel y (Julio) Rapela y los generales todavía estaban arriba de los tanques, por lo que una palabra fuera de lugar podía generar una situación difícil. En ese momento, Martha me dice: 'Mirá, acabás de pasar por una campaña electoral muy dura, con entrevistas complicadas y no has metido la pata. ¿Por qué la vas a meter ahora? Hablá como sabés y te va a salir bien'. Y salió bastante bien» Julio Sanguinetti. *Galería*, n.º 421. Montevideo, 11 de diciembre de 2008 Destacado de los autores.

[6] Carlos Demasi, «Un repaso a la teoría de los dos demonios», en Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro Rico (coord.) *El presente de la dictadura.* Montevideo: Trilce, 2004, p. 69.

tricamente ajenos a la sociedad, con lo cual quedaban ocultas las responsabilidades de los sectores políticos más conservadores, que eran «mayoritarios en el gobierno hasta la disolución del Parlamento [y fueron] por lo tanto responsables (por acción u omisión) de toda la transferencia de atribuciones realizada desde el poder civil hacia los militares».[7]

La transformación de la dictadura en un episodio casi marginal a la gestión y responsabilidad de las elites políticas cerraba el paso a la reivindicación que solo la izquierda, y en especial el Frente Amplio, hubiera podido formular de haberse opuesto consecuentemente a la transformación autoritaria y dictatorial de las instituciones durante el lustro 1968-1973. Por otra parte, en 1985 era muy visible la persecución de que fue objeto la izquierda durante la dictadura. Sin embargo, el «uso astuto de una herramienta elaborada por los militares [la teoría de los dos demonios] permitió invertir el orden identificando globalmente a la izquierda con «la sedición» (como lo habían matrizado los militares), y haciéndola culpable del golpe junto a las Fuerzas Armadas».[8] Así resultó que cuando la sociedad civil volvía a ocupar el espacio público, ventilando y removiendo las trazas del cotidiano vivir bajo el terrorismo de Estado, «la cultura del miedo y la percepción de amenaza» dominantes en la dictadura empezaron a reciclarse discursivamente como «el riesgo a repetir la violencia sesentista en el presente y desestabilizar las instituciones políticas». Semejante recreación de la teoría de los dos demonios tuvo gran eficacia simbólica para sustituir la reflexión ciudadana por una «historia oficial producida desde el poder democrático [y] basada en los secretos del Estado terrorista».[9] En ese espacio de lo no dicho desaparecía la violencia estatal contra la sociedad civil, enmascarada sistemáticamente mediante la recreación de las argumentaciones basadas en la «guerra antisubversiva». Antes que se formalizaran las preguntas ¿por qué?, ¿cómo sucedió?, ¿quiénes fueron los responsables?, la teoría de los dos demonios buscó cauterizar discursivamente las heridas y el reclamo de respuestas más complejas.

Su efecto político y cultural más duradero fue la deslegitimación de los reclamos provenientes de quienes eran presentados como los agentes exclusivos de la violencia pasada: los dos demonios. Con un matiz de

---

[7] Ibídem, p. 70.

[8] Ibídem.

[9] Álvaro Rico. *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura.* Montevideo: Trilce, 2004, p. 21.

enormes proyecciones: las demandas de verdad y justicia promovidas por las víctimas del terrorismo de Estado, en principio respaldadas por la izquierda, fueron calificadas como «revanchismo» y contrapuestas al «silencio prudente» de unas Fuerzas Armadas que en verdad callaban porque estaban moralmente descalificadas por sus responsabilidades represivas y políticas.[10]

En ese período dio comienzo un proceso destinado a «justificar conductas y reposicionar ante la sociedad la autoridad de los institutos represivos del Estado, deslegitimados socialmente a partir de su deslealtad al orden democrático constitucional precedente».[11]

La deslegitimación del reclamo de justicia se condensó discursivamente en un modelo de «pacificación nacional» articulado mediante dos instrumentos presentados por sus promotores como complementarios: la «amnistía para los sediciosos» —una formulación que hace desaparecer de la escena a la sociedad que padeció el terrorismo de Estado— y la «caducidad de la pretensión punitiva» para los militares. El mediador político construye así el discurso de la generosidad hacia los desvíos del pasado reciente. Es una racionalidad que ocluye las memorias de la sociedad afectada por la dictadura en la medida en que da prioridad a un tipo de equilibrio democrático sustentado en el compromiso de no desatar las antiguas pasiones y violencias para no (re)vivir el pasado al que nadie quiere volver.

Con relación al futuro, la adopción de la teoría de los dos demonios facilitó presentar como *responsabilidad de otros* las restricciones acor-

---

[10] En el primer Parlamento democrático (1985-2000) la izquierda hizo denuncias sobre las desapariciones, torturas, los asesinatos de Héctor Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini, se opuso a la ley de caducidad en 1986 y fue promotora del referéndum para derogarla. Pero desde la derrota del voto verde (abril de 1989) esa causa quedó por muchos años reducida a las acciones de grupos de víctimas indirectas (familiares de desaparecidos y asesinados) y organizaciones defensoras de los derechos humanos.

[11] Álvaro Rico, o. cit., p. 176. Aldo Marchesi sitúa una referencia para el comienzo de ese proceso en el acto de «recordación de los caídos en defensa de las instituciones democráticas», el 14 de abril de 1985 cuando «a través de la conmemoración [de la muerte de cuatro integrantes del Escuadrón de la Muerte a manos de los tupamaros en 1972] intenta reconstruir aquel 'nosotros' de 1972 que integraba a los partidos tradicionales y a las Fuerzas Conjuntas como defensoras del Estado. [...] Los 'demonios' eran ahora «la sedición» y el grupo de «militares golpistas» (ni siquiera la totalidad de las Fuerzas Armadas); en cambio los partidos tradicionales volvían a ser, junto con el ejército (como en 1972), las garantías del orden y de la vigencia de la constitución». Citado por Carlos Demasi en o. cit., p. 71.

dadas por las elites para la transición a la democracia, entorpeciendo de paso el debate crítico sobre las cualidades y limitaciones del proceso social que se estaba inaugurando. Ese discurso dominante en la posdictadura operó entonces como un cerrojo para la revisión crítica del pasado inmediato y se extendió como una clausura para la exploración de cualquier otro posible futuro.[12]

La historia oficial de la dictadura quedó reducida a difusas versiones sobre cruentos enfrentamientos y «excesos» protagonizados por policías y militares como respuesta a la provocación tupamara cuya consecuencia fue la caída de las «ejemplares instituciones» de un país excepcional.[13]

Nuestra hipótesis es que la baja o nula audibilidad que reciben las rehenas y otros protagonismos civiles obedece a su disfuncionalidad respecto de las necesidades de un discurso de poder que se presentó a sí mismo como única opción para organizar la pacificación de un país atravesado hasta ese momento por la violencia política (dictatorial).

Los derrotados; males en la guerra y bienes de paz

En los relatos masculinos el pasado se construye a partir de los «momentos de gloria» logrados [...] En cambio, en los relatos de las mujeres, el vínculo con el pasado es una memoria que reivindica sobre todo instantes, resquicios que les permitieron sobrevivir y, como contraparte, procesos de largo alcance, lentos y casi invisibles.[14]

---

[12] «La política se reinstitucionaliza en el Uruguay posdictadura como representación de la no-violencia y de la paz, sinónimo de negociación y tolerancia, justamente después de más de una década de violencia institucional abierta bajo el terrorismo de Estado. A través de ello en vez de explicar y asumir el fenómeno, la política institucional se dedica a recrear una ilusión social, se hace sinónimo de buenos modales democráticos, pacificación y superación civilizada de las diferencias. Y todo vuelve a recomenzar desde el principio ideal.» Álvaro Rico, o. cit., 2004, p. 176.

[13] Después de haberse hecho fuerte en esa versión durante veinte años, Julio Sanguinetti, uno de sus principales animadores, se permitió dar otra vuelta de tuerca «reconociendo» «casi con vergüenza» no haber percibido antes, que junto con la sedición, en la caída de las instituciones debían reconocerse las culpas del movimiento sindical y estudiantil, de una intelectualidad desafecta a la democracia, de unas autoridades de la educación prescindentes en fin, todos los actores que en verdad fueron las víctimas de la dictadura y los principales resistentes a su establecimiento. Julio Sanguinetti. *La caída de la democracia*. Montevideo: Taurus, 2008, p. 13.

[14] Calveiro, o. cit., 2005, p. 143.

La recreación de las historias de guerra, en rigor, la invención de una guerra, no era funcional exclusivamente al discurso del poder. Este abducía los grandes derrotados (los dos demonios) asignándoles un lugar destacado en la restauración simbólica de posdictadura. Ese lugar fue testimoniar con su propia existencia la metáfora de la excepcionalidad uruguaya: la coexistencia de los demonios *decía* más que cualquier argumento sobre las virtudes de la sociedad pacificada de las «viejas pasiones» y reconciliada de las «antiguas enemistades».

El discurso del poder funciona como punto de encuentro de los antiguos demonios ahora devenidos *voces autorizadas para decir* sobre el principal insumo interpretativo de la historia reciente: la guerra.[15] Allí *los combatientes* podían intercambiar *bienes simbólicos* sin obligarse a renegar de su anterior enemistad, sino —por el contrario— usándola para reforzar el lugar adquirido en una interpretación de la dictadura en la que su protagonismo es inobjetable.

El funcionamiento de ese intercambio de bienes es sencillo aunque la construcción discursiva enmascare su sentido. Porque «en los relatos masculinos el pasado se construye a partir de los «momentos de gloria» logrados» [16]; entonces las versiones sobre la guerra de ambos bandos contienen valoraciones del *otro* que, aunque opuestas, funcionan como legitimadores mutuos cuando se reconocen virtudes en el campo militar.[17]

Cuanto más prestigio militar recaiga sobre la guerrilla, tanto más se incrementa el valor de sus vencedores, de la misma manera que la exposición de la violencia de cuartel fortalece el prestigio de quienes la desafiaron y sufrieron.

---

[15] Demasi indica acerca del consenso sobre la teoría de los dos demonios: «...la universalidad de la aceptación refleja la diferente utilidad que la explicación ha logrado tener; incluso tiene adeptos entre el MLN, ya que los muestra a ellos también como protagonistas de hechos importantes en la institucionalidad uruguaya a pesar de que cuando estos cambios se produjeron la guerrilla se encontraba fuera de combate». Carlos Demasi. «Ante la teoría de los dos demonios, ¿qué dos demonios?», en *Memorias.ur*. Montevideo: Fundación Vivian Trías, 2003. Disponible en: <http://www.paginadigital.com.ar/articulos/2003/2003quint/noticias18/1204711-7.asp>. Visto en julio de 2011.

[16] Calveiro, o. cit., 2005, p. 143.

[17] Lo más revelador de lo irrelevante que resulta la *coherencia del discurso* mediante el cual los antiguos combatientes intercambian bienes simbólicos son los cumplidos que se prodigan mutuamente respecto a la *honorabilidad guerrera* que se reconocen. Son atribuciones formuladas por los mismos sujetos que en otros momentos de su mismo discurso se calificaron mutuamente como traidores, asesinos, criminales y sostuvieron que la eliminación de ese *otro* era condición para la realización de su propio proyecto político.

Esa reconstrucción discursiva es congruente con que en 1985 el capital político más evidente del MLN era la capacidad de sus militantes para la lucha y el sacrificio contra el autoritarismo cuartelero. En ese momento los militares estaban desacreditados como actores políticos y solo podían aspirar a replegarse sobre su único acto reconocido por unanimidad, esto es, la victoria sobre el MLN, un enemigo siempre presentado como talentoso, violento y tenaz.

Por otra parte, y para finalizar, es necesario atender que una lectura del pasado reciente reducida a una clave bélica tenía la virtud de satisfacer a un amplio espectro de agentes y actores sociales. No solamente la derecha política, los militares y los tupamaros encontraban un lugar confortable en las historias de la guerra; también acomodaban, por motivos diferentes, a una nueva subjetividad de centro y centroizquierda que redefinía su lugar en el mundo al cabo de una experiencia tan traumática como la dictadura.[18]

En este plano, y en sintonía con el discurso que dominó el pensamiento y la subjetividad en la posdictadura, *el combatiente tupamaro y sus memorias* condensan una narración que *informa* aproximadamente lo siguiente: la violencia nacida de la pasión por la justicia y contra el autoritarismo concluyó con una derrota del proyecto revolucionario que se continuó con el «derrumbe de la democracia».

Así es que una densa experiencia política de la sociedad terminaba resignificada como «el pasado al que nadie quiere volver»; un sentido común que los antiguos combatientes evocaron con la eficiencia y el automatismo que solo logra el lenguaje de la violencia.[19]

---

[18] Demasi insiste en esa particularidad del momento en que se instala el discurso de los dos demonios: «La etapa de instauración de la 'teoría de los dos demonios' coincidió con el debate sobre la amnistía, especialmente con la que beneficiaría a los militares. En aquel momento se hizo fuerza en un discurso que justificaba la amnistía a los militares por una razón de 'equidad' para equipararlos con los beneficios que habían recibido los antiguos guerrilleros». Una situación cuyo desenlace fue la ratificación mediante voto popular de la opción hecha por el gobierno de Sanguinetti y la abrumadora mayoría del Partido Nacional. «esto es lo curioso, un gobierno que resistió con uñas y dientes el referendo [contra la ley de caducidad], termina con un referendo que el 16 de abril de 1989, por 58 por ciento contra 42, convalidó esta salida.» Mirada desde esta perspectiva, la universalidad de la aceptación refleja la diferente utilidad que la explicación ha logrado tener [...] En ese contexto, la argumentación contra la teoría de los dos demonios parece una causa perdida.» Carlos Demasi, o. cit., 2003.

[19] «...cuando un sistema de comunicación con un alfabeto violento se instala, es muy difícil desinstalarlo, eliminarlo. La violencia constituida y cristalizada en forma de sis-

Aunque los tupamaros sostuvieron un discurso político de *contra-hegemonía* en el sistema político y también en la izquierda, ello no fue contradictorio con que las memorias siempre actualizadas de sus antiguas hazañas guerrilleras tuvieran un amplio espacio de circulación y reconocimiento en el marco del nuevo discurso de poder.

Podemos enunciar entonces que la «audibilidad y fácil trasmisión» de las memorias tupamaras masculinas obedece a que su contenido no interpela, y más bien fortalece, la línea interpretativa del pasado que sirvió como fundamento del prestigio y las decisiones políticas de las sucesivas elites gobernantes.[20]

¿Por qué no funcionan de la misma manera las memorias de las rehenas y en general de las mujeres, al punto de quedar sumidas en una invisibilización radical?

Para responder esa pregunta no podemos remitirnos a inexistentes memorias de las rehenas. Su contribución a develar nuestras interrogantes se volcó en capítulos anteriores en los que dimos cuenta de las diferencias respecto a los hombres, a propósito de sus formas de aproximarse y experimentar la pertenencia a un movimiento armado, a la clandestinidad, la represión, la tortura y la cárcel.

Buscaremos algunas indicaciones sobre las disfuncionalidades de las memorias de las mujeres respecto al discurso dominante en aportes

---

tema de comunicación se transforma en un lenguaje estable y pasa a comportarse con el casi-automatismo de cualquier idioma.» Rita L. Segato, o. cit., p. 12.

[20] No incluimos en este análisis, pero merecen ser mencionados, los debates contemporáneos a la redacción final de este trabajo en los que el elenco de gobierno encabezado por el presidente Mujica se fue alineando nuevamente con la teoría de los dos demonios como fundamento de sus opciones relacionadas con los debates relativos a las acciones de la justicia contra los criminales de lesa humanidad y la eliminación de la Ley de Caducidad del ordenamiento jurídico uruguayo. A propósito, sostiene Demasi: «El discurso del MLN durante este período siempre se mantuvo situado en la teoría de los dos demonios y siempre vio con mucha desconfianza todo lo que implicara la revisión del pasado reciente o la posibilidad de llevar a la justicia a los militares que hubieran cometido violaciones a los derechos humanos. El discurso de Mujica el 18 de mayo [de 2011] vuelve a esa línea. No recordaba en los últimos tiempos un planteo tan tajante en el marco de la teoría de los dos demonios como el que hizo ese día. Me sorprendió que diera un paso más –ya lo han hecho otras veces los tupamaros– cuando dice algo así como 'si yo que anduve con el arma al cinto digo que no hay que hacer estas cosas, entonces nadie tiene por qué meterse'». «Los dos demonios del presidente con el historiador Carlos Demasi». Disponible en: ‹http://www.brecha.com.uy/component/flexicontent/items/item/8545-los-dos-demonios-del-presidente›. Visitado en mayo de 2011.

de otros colectivos femeninos y prisioneras individuales.[21] No se trata de inferir qué habrían podido decir las rehenas en caso de haber escrito una obra monumental del tipo de *Memorias del calabozo*. Lo que se intentará es identificar en los relatos y memorias producidos por mujeres aquellas particularidades que aparentemente fracturan la lógica del discurso de guerra.

Para avanzar en este terreno necesitamos todavía identificar cuáles particularidades de las memorias de hombres parecen facilitarles una circulación sin conflictos con el relato dominante.

Los rasgos sobresalientes de los relatos masculinos construidos «a partir de los momentos de gloria» son la sobrerrepresentación de un sujeto individual, nunca colectivo, que encarna un ideal o una entidad que al mismo tiempo lo trasciende y contiene. Semejante localización tiende a confinar *naturalmente* las dimensiones personales de los relatos masculinos de la vida en prisión, dentro de una *racionalidad política* que en el caso del MLN es de política armada.

Esa opción supone subordinar la memoria personal a la identidad política, lo cual se expresa en la elección de los temas y el sentido pedagógico que adopta su relato.

Las violencias sufridas son expuestas con altruismo y como tributo del combatiente a la causa; desde un horizonte colectivo describen las condiciones generales de represión, cómo funciona el sistema de opresión y las formas de resistencia militante. En contadísimas ocasiones mencionan nombres de perpetradores, lo cual refuerza el perfil de una lucha entre entidades (bélicas) y no entre individuos arrasados y opresores dueños del poder. Son excepcionales los ejemplos de memorias de hombres que revelan al individuo martirizado que relata, para hacer saber los dolores pasados, los momentos de debilidad, las dudas o cualquier situación que desdibuje al *enunciador* trascendente.[22]

La trilogía *Memorias del calabozo* de Eleuterio Fernández Huidobro y Mauricio Rosencof representa el prototipo de estas memorias cuyo tema es la descripción de las formas que utilizaron los verdugos para

[21] En algunos casos en forma explícita o anónima están presentes algunas de las antiguas rehenas.

[22] A este respecto resultan excepcionales obras como *El furgón de los locos* de Carlos Liscano y *Crónica de una derrota* de José Jorge Martínez. Ya en los títulos de ambas se prefigura un sujeto radicalmente diferente de lo que venimos señalando, lo cual se concreta en los contenidos.

provocar sufrimiento y las maneras en que el rehén lo sobrelleva. En sentido estricto, se trata de largas y detalladas exposiciones sobre la capacidad de la dictadura de producir daño a las personas y sobre todo de cómo estas pudieron soportarlo.

Lo que singulariza esas memorias de varones es una insalvable distancia entre el narrador y lo narrado, donde el centro del asunto y lo importante es la disputa misma, expresada como lucha entre la violencia cuartelera y la conciencia de un revolucionario casi despersonalizado. Por ejemplo, desde ese lugar del decir, Mauricio Rosencof recordará así sus momentos de «debilidad»: «... ¿mi angustia particular?... ni había dramatismo, era como estar en una batalla, ¿eh?, estaba encarado así, estaba dentro de las leyes de juego [...] Pensamos en el suicidio como medida de lucha, no para autodefuncionarnos...».[23]

Un enfoque muy diferente de una situación similar es referido por otro hombre, también rehén, pero cuyas memorias no adquirieron la estatura épica de los mencionados: «... entonces estoy continuamente con eso [alucinaciones], ¿no? es una lucha con esas voces impresionante, ¿no? Al punto que yo lo único que empiezo a pensar [es] en el suicidio, ¿viste?, sacarme eso de encima...».[24] Para Henry Engler la locura es solo sufrimiento, y el suicidio no es una «forma de lucha», sino un recurso humano para terminar con el sufrimiento. En el sentido que venimos proponiendo nuestra interpretación, el de Engler no es un testimonio combatiente tipo, sino la memoria de cómo vivió y resistió la prisión un sujeto subalterno: *el loco* que ya no soporta la vida a que lo condenan sus verdugos y quiere morir. En apoyo de nuestra interpretación de la excepcionalidad está el hecho de que estas, y posiblemente otras memorias similares de prisioneros hombres, carecen del recono-

[23] Esta definición de Mauricio Rosencof está contenida en la entrevista que se le realizara y exhibiera en la película *Decile a Mario que no vuelva* de Mario Handler. La incluimos porque nos parece que tipifica mejor que muchos otros ejemplos posibles lo que venimos desarrollando. Sobre el mismo tema, en el tomo II, p. 26, de *Memorias del calabozo*, Eleuterio Fernández Huidobro relata con humor irónico un fallido «intento de suicidio» con un desconocido medicamento que había acumulado y escondido: «después de tomar la decisión por la mañana empecé a medir las consecuencias [...] Estuve cada vez más nervioso pensando en eso a medida que se acercaba la hora señalada. Caminaba febrilmente de acá para allá. Buscaba argumentos para no tomarlas, para perdonarme. No los había». Cuando finalmente tomó las pastillas y no sufrió ningún daño, remata el relato demoliendo la tensión dramática: «en el Uruguay de ese entonces hasta los venenos venían adulterados». *Decile a Mario que no vuelva*, de Mario Handler.

[24] Versión tomada de la película *El círculo*, 2008, dirigida por José Pedro Charlo.

cimiento de que gozan las memorias combatientes, aun tratándose en el caso de Engler de un rehén y una personalidad ampliamente reconocido en el campo científico.[25]

Las memorias tipo de hombres y mujeres denotan narradores situados en diferentes lugares sociales que a la hora de recordar evocan poderes también diferentes. Semejante diferencia en las maneras de recordarse no puede reputarse como «objetiva» en el sentido de que no expresa la ausencia de sentimientos o formas de resistencia similares entre mujeres y hombres en las cárceles. Solo revela la imposibilidad de los hombres militantes de reconocerse a posteriori en aquellas estrategias de resistencia adoptadas en situaciones de subordinación, «tretas del débil», que en la vida social son propias de mujeres,[26] niñas y niños, ancianos, desvalidos y grupos objeto de desprecio. Precisamente las condiciones que los opresores construyeron minuciosamente en las prisiones para arrasar a las personas y aterrorizar a la sociedad.

Un pasaje de *Memorias del calabozo* es elocuente de esa manera masculina y combatiente de actualizar el recuerdo de algo tan elemental y universalmente humano como son los esfuerzos por mantener la salud en el contexto de una política de aniquilamiento. Mauricio Rosencof: «... vamos a estar siempre atentos al más leve movimiento anormal de la tropa [...] pensando en un rescate [...] esperando algo, una incursión». Eleuterio Fernández Huidobro: «Un tiroteo o algo por el estilo [...] Entonces uno pensaba siempre, soñaba, me ponían el caso de los compañeros, lo que yo haría... y uno pensaba que frente a circunstancias tenía que estar en un estado de salud más o menos aceptable porque, si no, iba a pasar vergüenza frente a los compañeros si tuviera que cortar, saltar o hacer un esfuerzo físico».[27]

Los *poderes* que memoran los hombres parecen expresar, antes que una experiencia inventada o mutilada, el lugar donde el narrador *desea* ser reconocido en el momento de comunicar sus experiencias.

En el caso de *Memorias del calabozo* ese lugar es por definición el de un «rehén de guerra». Una situación que en el momento de dar

---

[25] Hay dos obras de Mauricio Rosencof que se apartan significativamente de esta lógica masculina. Ellas son *El bataraz*. Montevideo: EBO, 2005, y *Las cartas que no llegaron*. Montevideo: Alfaguara, 2003. Ninguna de ambas ha ocupado el lugar político que tuvo *Memorias del calabozo*.

[26] Marisa Ruiz, *Ciudadanas*, o. cit., pp. 25-36.

[27] Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro, o. cit., p. 76.

sus memorias (ya liberados) los autores asumen como verdadera en su significado militar («cualquier cosa que hiciera el MLN, sería contestada con la muerte o el castigo corporal en esos nueve militantes»).[28] Reproduce así sin cuestionamientos una interpretación de la condición de rehén que pudo asumirse acríticamente en 1973, pero que la experiencia de los once años siguientes reveló como un dispositivo político del Estado terrorista que rebasaba ampliamente su sentido (militar) original. Como ya propusimos, sostenemos que el cuerpo de las y los rehenes fue convertido en el territorio donde los dictadores ejercieron un castigo ejemplarizante dirigido a impactar la subjetividad colectiva y no para evitar acciones de un (inexistente) ejército enemigo. El «castigo corporal» no fue una amenaza supeditada a lo que «hiciera el MLN», sino la condición terrible de existencia a que se los sometió efectivamente durante once años, y a la cual resistieron como humanamente pudieron. De esta resistencia se habla en cada página de esas memorias. Sin embargo, se tiene la sensación de que para los autores el hecho monumental de haber resistido semejante experiencia no adquiere significado suficiente sin remitirla a la condición original de rehenes de guerra, como grupo combatiente de una elite militar.

Para concluir el repaso de las formas masculinas de la memoria mencionaremos lo que ofrece la única constancia que quedó de los últimos días de cárcel política en el penal de Libertad. Es un relato especialmente útil para nuestros fines porque puede compararse con lo dicho por las mujeres en circunstancias idénticas.[29]

Lo distintivo de «Bitácora de Libertad» es una vez más el relato impersonal y dominado por signos políticos:

---

[28] Ibídem, p. 13.

[29] *Bitácoras del final, crónica de los últimos días de las cárceles políticas uruguayas* es una presentación unitaria de tres materiales, «Bitácora de Libertad» (escrita por Abel Barboza), «Bitácora de Punta de Rieles» (Anónimo) y «Bitácora del Calabozo» (escrita por Ivonne Trías). A diferencia de las *Bitácoras* de las mujeres, que decidieron rescatar en forma anónima sus vivencias durante los últimos meses de la cárcel de Punta de Rieles mientras los hechos iban sucediendo, la «Bitácora de Libertad» es una recreación ex post liberación. Su objetivo no es preservar la memoria de los últimos días de la cárcel, sino responder a una «obligación para con el pueblo». Dice su autor: «He pensado que así como la gente nos cuenta con ojos húmedos y una indudable emoción en la voz, la marcha del 10 de marzo sobre el Penal de Libertad, y el posterior cordón a Jefatura, nosotros tenemos que hacer nuestro modesto aporte, también narrando lo que se vivía desde el otro lado de las rejas». Abel Barboza, «Bitácora de Libertad», en *Bitácoras del final*. Montevideo: Centro de Integración Cultural, 1987, p. 81.

> Cerca del mediodía, se nos indicó que debíamos quedarnos cada uno en su celda, y de allí en adelante toda nuestra atención se concentró en la ventana. Adentro se escuchaba la voz de los Sargentos y el roce de los bultos sobre el piso «número tal, para abajo», y allí marchaba el abrazo y las escaleras se hacían nube de esperanza; mientras tanto el gran responsable de todo esto, avanzaba por el camino que conducía hacia el Penal desde la Ruta. Se nos perdía la vista con la cantidad de gente y vehículos que se habían congregado[30] [...] Llegamos a la noche con un puñado de hombres que aún estaban prisioneros; 50 hombres para un campo de concentración que ya era famoso en todo el mundo.

Cuando llega la hora de su traslado para ser liberado, la distancia entre el narrador y la emoción humana de la situación que vivía se hace más rotunda: «El sábado [...] se estuvo haciendo un superficial chequeo médico a los prisioneros». El autor no aporta información sobre cómo vivieron, qué hicieron, qué sintieron en el último día de prisión: «... no me detengo mucho en detalles porque puede resultar pesada la lectura». Lejos de recuperar los rasgos humanos de una experiencia que debió ser conmovedora, el relato construye una sensación de ajenidad entre los acontecimientos y sus protagonistas:

> Amaneció el domingo con la orden de tener las cosas prontas para ser liberados. Lejos de caer en nerviosismos desmedidos, todos los compañeros se mostraban con una tranquilidad que parecía irreal [...] ya marchábamos por la calle interna rumbo al ómnibus [para ser trasladados y liberados] cuando constatamos que faltaban seis compañeros. Alguien recordó que los había visto charlando y truqueando juntos [...] y entonces pegamos el grito a varias voces. Este detalle creo que puede graficar lo que anteriormente les decía: no hubo ningún nerviosismo.

La imagen que se proyecta no es la de un grupo de hombres a punto de recuperar la libertad al cabo de más de una década de sufrimientos, incertidumbres y amenaza permanente contra su vida. Eran luchadores que se encaminan a la consumación de su destino.

> El ingreso a Conventuales [primer destino después de ser efectivamente liberados y donde se realizó la conferencia de prensa de los rehenes] fue

---

[30] Barboza hace referencia a la manifestación de familiares y ciudadanos que se congregaron en las proximidades del penal de Libertad cuando se votó la amnistía y fueron liberados los últimos presos de esa cárcel.

> algo extraordinario también; manos y más manos [que] estrechamos al ingresar y lo mismo ocurrió a la salida, porque ese día, y luego de más de una década de lucha, nuestro pueblo demostró que nunca, nunca, nunca jamás se resignaría a que en la cárcel vegeten los hijos suyos.[31]

La «Bitácora de Libertad» revela que en el relato tipo masculino no solo las memorias personales de la resistencia están subordinadas a la identidad política, sino que la anhelada libertad personal termina adquiriendo su verdadero valor y sentido cuando aparece vinculada a significados trascendentes. Que en el caso de los tupamaros tuvo la forma de política mediante las armas. Tal vez esto último es lo que rubrica la «Bitácora de Libertad» cuando su autor recuerda que el momento de mayor emoción durante el proceso de liberación fue mirar los ojos de los policías que los custodiaban a la salida mientras «la multitud afuera rugía: paredón, paredón, ni olvido ni perdón».

Vulgares, subalternas y civiles

¿Qué llevaron al escenario de la redemocratización las mujeres liberadas de las cárceles a partir de 1985, mientras el discurso oficial pugnaba por consolidar a los dos demonios como verdad absoluta e interpretación única de la historia reciente?

Para responder esta interrogante buscaremos indicaciones en diferentes fuentes. Ellas son algunas memorias colectivas e individuales acerca de las vivencias y experiencias durante los meses previos a la liberación de las últimas presas (setiembre de 1984 - marzo de 1985) y otras producidas: *Bitácoras del final* (1984 - 1985), 1987; *Bitácora del calabozo* (1984) 1987; otras memorias elaboradas también colectivamente veinte años después de la liberación, *Ovillos de la memoria* 2008. También incluimos contenidos de *Mi habitación mi celda,* de Lilián Celiberti y Lucy Garrido (1989) y *Oblivión,* de Edda Fabbri (2007).

Personas en sociedad

La «Bitácora de Punta de Rieles» es una fuente excepcional porque recoge casi día por día los acontecimientos y vivencias en la cárcel entre noviembre de 1984 y el traslado a Jefatura de Policía de Montevideo para ser libera-

[31] Abel Barboza, o. cit., p. 90.

das en marzo de 1985. Está escrita en forma anónima por uno de los últimos grupos de mujeres presas, y en ese colectivo que recuerda se encontraban algunas de las antiguas rehenas que todavía no habían sido liberadas.

Las autoras recuerdan que una primera Bitácora —secuestrada por los militares— «se empezó a escribir en la celda 8 del sector C, cuando el 'paro cívico' del 27 de junio de 1984 aproximaba el fin de las cárceles políticas uruguayas».[32]

Esa referencia denota un colectivo de prisioneras *religado* con la sociedad que en esos momentos está recuperando el espacio público como escenario de la política. La Bitácora aparece como una «crónica ciudadana» —escrita en el interior de la cárcel— que revela la identificación de esas mujeres con la experiencia que en ese momento se desarrolla plural y diversa en el espacio público.

> La realidad de un país que quería salir de la dictadura, y se sentía capaz de hacerlo, entraba a chorros al penal alentando nuestra resistencia a una política destructiva cada vez más sofisticada. [...] el aumento impresionante de la Resistencia dentro del Penal, como el que iba desde hacer agujeros en las mamparas que tapiaban las ventanas [...] hasta el tirar las mismas mamparas abajo [...] la lucha que engendró arrancarnos el uniforme gris, sacarnos la camisas con el número de presas y andar de civil [...] levantar nuestras banderas, sacarlas por las ventanas, y defenderlas.[33]

La crónica de cada día revela cómo estas mujeres asumen activamente la reconquista de las libertades propias hasta el extremo de disputar con las autoridades carcelarias por las condiciones concretas de reclusión. No «esperan la libertad» para recuperar dignidades, sino que, al igual que la sociedad de la que se sienten parte, corren los límites todo el tiempo, en una radicalización de lo que ha sido la conducta dominante en esa cárcel desde años atrás.

Relatan sucesos ocurridos en las celdas, sectores, recreos, ventanas, visitas y calabozos que van instituyendo una nueva realidad política en la cárcel, que no se diferencia de la experiencia de una sociedad que contemporáneamente iba superando el miedo a la violencia del Estado imperante durante una década.

---

[32] Esta fue requisada por las autoridades de la cárcel y nunca recuperada.

[33] Anónimo, «Bitácora de Punta de Rieles», en *Bitácoras del final*. Montevideo: Centro de Integración Cultural, 1987, p. 10.

En *Los ovillos de la memoria* se incluyen algunos relatos reveladores de la violencia en que estaban inscritas las disputas por nuevos espacios de libertad. Los siguientes episodios están fechados poco antes de empezar a escribirse la primera Bitácora.

> I) De pronto entran varias soldados y coordinadoras a la celda 4 [y] nos dicen que cerremos las ventanas [...] vuelven al rato con dos oficiales a la celda tolete en mano [...] Le ordenan a Elisa Michelini que salga de la celda [...] En el corredor las soldados impiden que las otras compañeras del sector se acerquen [...] El oficial Alfredo Centurión me da el primer golpe. [...] Me vuelve a pegar, me ordena cerrar la ventana y le contesto que no voy a hacerlo, me tira contra la ventana y me ordena salir [...] A los tres o cuatro días me sacan [del calabozo] al S 2 y me comunican la sanción. Tengo 120 días; por intento de agresión a un oficial y desacato al negarme a contestar...[34]

> II) Firme acá. ¿No va firmar? [...] Me encerraron en una celda de la enfermería. Una cabo y una soldado me ordenaron quitarme la camisa del uniforme. Comencé a gritar, llamando a las compañeras para que ubicaran qué parte del edificio estaba. Me inmovilizaron entre varias soldados y me amordazaron. Sentía la boca dormida llena de sangre. No acaté la orden de sacarme la camisa, me la arrancaron a la fuerza. Transcurrieron dos horas o más de una lucha silenciosa [...] me resistí a bajar la escalera [...] me arrastraron hacia abajo [...] nos sentíamos tan desprotegidas, tan indefensas [dominadas por] el sentimiento de pánico...[35]

No pasa desapercibida en este fragmento la referencia —tan propia de la civilidad— a una persona indefensa y temerosa que igualmente encuentra fuerzas para resistirse a la prepotencia del poder.

Lo cotidiano

Una singularidad de las memorias de mujeres son sus centros de atención. Con similar o mayor relevancia que los momentos de enfrentamiento físico a la represión y las reafirmaciones políticas, estas memorias contienen un pormenorizado recuento de la trama cotidiana de sus vidas y sentimientos. Construyen una voz colectiva que revela, a veces en un tono

---

[34] Taller Testimonio y memoria del colectivo de ex presas políticas. *Los ovillos de la memoria*. Montevideo: Senda, 2006, p. 262.

[35] Ibídem, p. 268.

íntimo, lo diverso y ambiguo de la condición humana. En este plano se registra la mayor distancia, una verdadera ruptura con el relato edificante del combatiente intacto. Estas mujeres entendieron relevante dejar constancia de las luchas libradas en cada plano y espacio de su vida en la cárcel.

A continuación incluimos una síntesis de los temas que aparecen en las Bitácoras.

Cuidado mutuo («levantarse y preparar el desayuno para las otras» y «aligerar la tarea de las que están en el calabozo»), introspección («quedarse en la cama pensando porque hay tanto para pensar»), cuidado de los bienes colectivos («organizar la sacada de bienes de la cárcel»), detalles («mirar por las ventanas», «los vehículos en que son trasladadas las liberadas», «los problemas de salud de las compañeras enfermas»), incertidumbres («aprender a caminar diferente, a entablar conversaciones, a tener de nuevo nombre y apellido»), tristeza («el dolor de las muertes y enfermedades al final de la cárcel»), alegría («festejo de los últimos cumpleaños en la cárcel»), resistencia a la represión cotidiana («el prepoteo de las soldados en el recreo, en las visitas, en las tareas», «mirar por los agujeros de las ventanas», «las últimas sanciones»), forzar la comunicación («gritar y cantar para los otros sectores y a los calabozos»), gestos solo válidos para ellas mismas («saludar a los aviones que traen desexiliados y sobrevuelan el penal»), atención permanente a las noticias políticas («la Amnistía, la instalación del parlamento, la asunción de Sanguinetti, la legalización de los partidos políticos»), reafirmación de su identidad («cantamos el cielito de los tupamaros y la internacional a las compañeras liberadas»).

El ansia de libertad

Un tema permanente en la «Bitácora de Punta de Rieles» es la libertad. En realidad la llegada de la libertad es el centro de esas memorias escritas sobre la marcha de unos acontecimientos que «sacudían y hacían reflexionar» a sus protagonistas. Dicen las autoras que en las Bitácoras

> volcaban detalladamente todos los movimientos de una libertad, tiempo exacto de lo que demoraba desde la primera voz de alerta «milica con tolete para barraca» al «¡hasta siempre compañeras!» de despedida a la que se iba [y] ¿Cómo era posible que en un establecimiento militar de reclusión de presos políticos, se enarbolaran banderas rojas o del Frente Amplio?.[36]

Contrariamente al relato masculino de una liberación vivida «sin ner-

---

[36] Anónimo, o. cit., p. 13.

viosismo» ni emociones «excesivas», la «Bitácora de Punta de Rieles» registra la libertad de cada compañera como una conmoción única e intransferible que debe quedar registrada. Un registro que se repite una y otra vez sin pudor ni vergüenza, cada día en un formato similar al anterior, en el que cambian los nombres pero no la pasión por los detalles.

18 horas

> Acaban de llamar a Ana! Para pasar a visita médica e irse en libertad. Cuánto tiempo esperamos esta libertad. Por suerte hoy las diez del C podemos cantar «Camarada» por última vez en este sector. Saludamos a Ana; en ella a todas las compañeras comunistas que pasaron por ésta cárcel. -Nos avisan del sector A que llamaron a Lole para vista médica y libertad. -También del sector B nos avisan que llamaron a Lía para irse en Libertad [sic]. - Todo el penal alerta. Todas las ventanas. Nosotras cantamos el cielito en el corredor. Salud compañeras! Empezamos las libertades de febrero. -Nos avisan que Lía —que está en la enfermería— firmó la libertad definitiva. - Pidieron las cosas de todas y viene la «cucaracha». -Se van juntas en la «cucaracha» Lía y Lole. Cantamos la Internacional y flamea la bandera del Frente. Llegan a la barrera vieja y bajan saludando. Sale Lole con su madre. ¡Salud Lole! ¡Hasta pronto! Cantamos. Entran dos soldados, la cabo y un oficial. Las soldados nos quieren empujar de la ventana. Les dan la orden de irse y todos se retiran. Llega un taxi, se baja el hermano de Lía. Sale Lía. ¡Salud Lía! ¡Hasta pronto! Cantamos y agitamos banderas. Ana aún está esperando. Vino el «rancho», estamos comiendo cuando entra la cucaracha. Se va Ana, cantamos la Internacional y flamea la bandera del Frente. Ana baja en la barrera con el puño en alto, ¡salud Ana! Queda arriba, todavía no ha venido nadie a buscarla. Las compañeras nos avisan que le sacaron la foto de Alejandro (el sobrino de M.ª Elia y Lucía [Topolansky]) que se la habían regalado: siempre un detalle para herir o molestar. Seguimos caminando. Son las 21 h., ya oscureció. Vemos a pesar de lo oscuro llegar un taxi. Se baja Coca, la madre de Ana. Sale Ana, ¡Salud Ana! ¡Hasta pronto! Cantamos. Se van abrazadas, saludando. Al final de este día somos 34 compañeras.

La fragilidad humana

Cuando las mujeres recuerdan y comunican sus memorias parecen no tener dificultades en asociar una libertad que celebran en todos sus significados con la incertidumbre y los temores a que estuvo verdade-

ramente asociado el pasaje de la prisión a la vida social. «Pasó mucho tiempo, fuimos creciendo. Lo hicimos de un modo extraño, sin crecer. Esto casi nadie lo entiende. Nos dicen que maduramos con tanto sufrimiento. Yo no lo creo así. Qué fue lo que pasó con nosotras, cómo crecimos, es difícil de saber...»[37]

Hay un reconocimiento explícito de los cortes y pérdidas producidos por la prisión en las vidas personales.

> ... porque todos nuestros amores estaban hechos de distancias, de silencios y de ausencias [...] y nuestras ausencias se poblaban de noches sin cuerpos, casi sin poder recordar, para no sentir el costado tan hueco, simplemente para no sentir aquellas ausencias, heladas noches de escarcha atrofiando los sentidos, aprendiendo lo que puede sentir una monja. Que por olvidar, a veces hasta nos olvidábamos de menstruar.»

En un registro semejante, Edda Fabbri elige recordar así.

> No fue una vida heroica, por lo menos no lo fue en el sentido de estar construida en torno a actos de heroísmo. Claro que los hubo. Pero no son esos los que ahora necesitamos recordar. [...] También y durante mucho tiempo he pensado que algo delicado se rompió en mí. Algo que solo podía pensarlo así, en términos de cosas chiquitas que a veces uno rompe sin querer y después que están rotas uno las mira en la mano y no sabe qué hacer. Algo que no tiene arreglo y era único.[38]

El relato de todas las luchas —incluso física con los carceleros— queda enlazado con vivencias individuales que en los días finales en la cárcel eran temores, expectativas angustiantes, viejas frustraciones y nuevas incertidumbres. No hubo solo felicidad; la libertad contenía algo amenazante que las mujeres no omiten. «Se volcaron durante esos seis meses las primeras interrogantes y angustias que aparecían en nuestras charlas ante una vida nueva. Para una madre que nunca vivió con su hijo, para una mujer que nunca vivió con el compañero que amaba. La incertidumbre del trabajo, qué ocupación podía tener sin oficio ni experiencia.»[39] «Fue un tiempo en que teníamos que hacer muchas cosas que estaban pendientes, necesitábamos trabajar, conocer la realidad. [...]

---

[37] Edda Fabbri. *Oblivión*. Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido, 2007, p. 25.

[38] Edda Fabbri, o. cit., p. 18.

[39] Anónimo, o. cit., p. 13.

Todo el mundo quería, por ejemplo ir a trabajar, ser madre, hacer las cosas que habían quedado para atrás.»[40]

La posibilidad de incluir expresiones de fragilidad humana en el relato de las múltiples formas de resistencia política en las cárceles constituye una frontera rotunda entre las memorias de la resistencia civil y las historias combatientes.

Estas últimas, como hemos señalado, se recortan en torno a entidades macizas, binarias: el bien y el mal, aquí los amigos y allá los enemigos, aquí el héroe y más allá la traición.

Las memorias de mujeres —no todas, pero sí muchas de ellas— exponen algo que las distingue de las historias combatientes. Introducen en el universo de la política, de las luchas por la justicia y en lo que nos ocupa, la historia reciente de la resistencia a la opresión en las cárceles, una presencia que desbarata toda posibilidad de pensar esta historia en términos de guerra. Es la persona vulgar que resulta disfuncional en el escenario de la guerra porque revela el poder de resistencia desde la debilidad humana, una condición incompatible con el heroísmo guerrero.[41]

Veamos dos ejemplos más de esta manera femenina de memorar la prisión.

En *Mi habitación mi celda*, de Lilián Celiberti, se recupera y casi celebra la ambigüedad esencial de una experiencia de resistencia construida a partir de la debilidad de la persona sometida a un poder absoluto. Entrelazado con el relato de aquellos aspectos que pueden ser más *universales* (detención, tortura, ardides para eludir interrogatorios sobre temas cruciales), Lilián despliega un denso inventario de sus sentimientos en la prisión.

---

[40] *Los Ovillos de la memoria*, Montevideo, Senda, 2006, p. 287.

[41] El tema del significado político y humano del culto al «heroísmo» no ha sido objeto de debate en Uruguay. Como casi nada. Incluimos una referencia del pensamiento argentino a este respecto para ilustrar apenas el asunto que venimos discutiendo. «Porque el culto a los héroes, culto propio del discurso del poder, es el mayor contrabando ideológico metido en los movimientos emancipatorios. La revolución es obra de seres humanos comunes, cuya virtud es el compromiso con el deseo, la rebeldía contra lo existente. Los héroes de la épica son un invento griego y por algo no eran hombres sino dioses. Nuestros 'héroes' libertarios no son dioses, son mujeres y hombres frágiles, pletóricos de vida. Nada más gráfico para expresarlo que el humor de Quino: su personaje Felipe, frente a una estatua que reza: 'luchador incansable', piensa: 'la gracia es cansarse y seguir luchando'.» Luis Mattini, «La ordalía en el siglo XXI. Hebe de Bonafini y los desaparecidos 'dudosos'», 2008. Disponible en: ‹www.lafogata.org›.

Desde el principio propone su relato como la «visión personal de un gran dolor colectivo»; una visión que en ningún momento pretende universalizar. Rechaza la interpretación de la resistencia en la cárcel como una guerra librada por seres superpoderosos: «la batalla es por la dignidad colectiva y la victoria es de quienes resistieron y se organizaron pese a todas las limitaciones, las cobardías y los miedos».

Cuando es liberada no elude lo contradictorio de sus sentimientos porque una parte de ella «quedó en la cárcel». La prisión dejó marcas en su persona y cuando se refiere a la tortura remite a una experiencia de humillación: «la tortura es sordidez, falta de control sobre vos misma [...] sos un montón de carne, huesos, mierda y dolor y miedo» cuyo recuerdo «provoca vergüenza e indignación».

Pero además, y como parte sustantiva de su experiencia en la prisión, recupera detalladamente una amplia gama de sentimientos de culpa que la acompañaron y agobiaron: por no «haber hecho un escándalo» al ser detenida, por «no proteger» bien a los hijos, por no «poder» cortarse bien las venas, por «abandonar» a los hijos, por el «soldadito» que fue preso por ayudarla, por la compañera reclutada por ella y caída por «su responsabilidad», por «hacerse» sancionar y no ver al hijo, por «complicarse» la vida con culpas, por «poner todo en juego» con una estratagema política para provocar una campaña internacional por su liberación, por «su falta de heroísmo» para llevar hasta el final la huelga de hambre...

Estas, entre otras muchas referencias, ocupan largos espacios en sus memorias y permiten colocar las resistencias de esta mujer en un lugar de inconfundible proximidad con la cotidianidad de cualquier integrante de una sociedad oprimida.

El siguiente y último fragmento de testimonio que queremos incluir en este apartado es una *memoria* que expone de un modo excepcional los sentimientos de una *personalidad política* enlazados sin complejos con las tribulaciones, los conflictos y las esperanzas de *la persona* que cumple su última sanción a rigor mientras se «apronta» para ser liberada tras doce años de prisión.

> Mi pensamiento va de los grandes temas a la frivolidad con movimientos veloces: este noviembre en el mundo reagan-nicaragua-chile-uruguay-el pelo que se endurece con el jabón-el salario en la conapro-una canción-congreso de FEDEFAM-un deseo... los múltiples adioses que aún debo

> decir. [...] Es importante este calabozo. Y en su actual composición con compañeras del 72 y del 83. Avancé un trecho importante al recuperar una zona de sentimientos y sensaciones casi olvidadas. Está vinculada a Carlos Alfredo y es parte de una búsqueda de respuesta que intenté varias veces.[42] Fue a raíz de esta «recuperación» que soñé con él y guardé ese buen sentimiento a lo largo del día. Lo llamo sentimiento de intimidad y sé que le corresponde al único hombre con el que conviví. Estoy contenta con esta ganancia de realidad [...] Viene la doctora, para que no pierda más peso indica un refuerzo de la dieta. A mí lo que me interesa cambiar la leche por compota para evitar la diarrea. Mi propósito de evitar que este calabozo tan bien elegido produzca estragos fiscos consta de varios puntos: 1.º sueño y alimentación; 2.º gimnasia; 3.º cosmética: jabón de coco y anticaspa, pedir vaselina para los intestinos y embadurnarme la cara [...] Trato de pensar que tengo 34 años, pero no me dice nada. Hago relaciones, comparaciones, por ejemplo cuando me trajeron a la cárcel tenía 21 años, cuando nació Marcos tenía 24. Pero no avanzo mucho y dejo el tema. [...] En Nicaragua estado de alerta. Esto me ocupa buena parte del día todos los días. [...] Quiero pensar si Marcos será para mí Mi hijo o Mi sobrino. [...] El calabozo es más chico que yo. Tengo 34 años, según dicen, y un volcán que acumula lava [...] saldré de [la cárcel] como un tren que sale de un túnel, con ese ruido y velocidad, y esa apertura a la luz [...] Voy a pensar un poco en los reencuentros inmediatos. He pensado mucho en el otro, en el gran reencuentro con la calle [...] Va a ser dura la pelea. Y sé que entre polémicas furiosas, entre las jornadas extenuantes y las amarguras y los goces de la lucha política voy a encontrar el tiempo para elegir mis vestidos, para compartir mi pasión con un hombre, para comer con mi familia y mis amigos. No tengo dudas... y ya me voy.[43]

Los ejemplos que elegimos en las memorias de mujeres disponibles buscan denotar la opción que estas suelen hacer por un abordaje de la experiencia carcelaria que privilegia aquellos planos en los que lo recordado provoca proximidad con las posibles vivencias de la sociedad a la cual pertenecen.

No son las memorias de un sujeto extraño a la sociedad, de un combatiente; en rigor solo pueden ser las memorias inconfundibles de *una mujer* que fue prisionera de la dictadura.

---

[42] Se refiere a su compañero desaparecido durante la represión contra su partido en la Argentina.

[43] Ivonne Trías, «Bitácora del calabozo», en *Bitácoras del final*. Montevideo: Centro de Integración Cultural, 1987, p. 78.

La diferente elección del lugar social desde el cual memoran hombres y mujeres queda indeleble en las últimas palabras elegidas por quienes redactaron «Bitácoras de Libertad» y «Bitácoras de Punta de Rieles». Ambas corresponden a lo que se quiere comunicar sobre el último momento en la prisión.

La Bitácora masculina se cierra con un último mensaje edificante.

> De aquí en más todos los hombres que luchen por una Patria Libre, deben tener muy en cuenta que a veces, el tiempo que corre, nos desgasta, nos obstaculiza, nos puede hacer perder parcialmente el optimismo que nuestras convicciones implícitamente conllevan; por eso hoy debemos, a la luz de la experiencia vivida, trasmitirles que no existe esfuerzo sin recompensa, porque esta en sí, es el esfuerzo mismo.[44]

Semejante exposición ofrece la imagen de un individuo que omite compartir sus sentimientos en semejante viraje de su vida y elige reafirmar sus anteriores certezas como justificación de los sufrimientos padecidos.

Para cerrar la «Bitácora de Punta de Rieles» las autoras elijen dejar constancia de su felicidad por el fin de un tiempo de sufrimientos «¡Hoy nos vamos de la cárcel! Fin de esta cárcel maldita».[45]

Una identidad política recreada

Por último nos detendremos en lo que dijeron hombres y mujeres en el momento de ser liberados de la cárcel. En especial en la identidad política que proclamaron tupamaros y tupamaras en ese momento, porque fue desde ese discurso que unos y otras dialogaron con la sociedad y el relato dominante.

Tanto hombres como mujeres reafirmaron su identidad de izquierda, con la siguiente diferencia: el discurso de los hombres está monopolizado por la ordenada y apodíctica palabra de los rehenes, mientras que las mujeres se expresan en un coro desordenado, menos interesado en la partitura que en la lealtad a sus experiencias recientes.

Los rehenes postularon que su reingreso a la vida política representaba la continuidad de su antigua identidad tupamara.

---

[44] Abel Barboza, o. cit., p. 90.

[45] Anónimo, o. cit., p. 54.

> ... Usted me pregunta si el Movimiento de Liberación Nacional se disolvió. Tenemos que averiguarlo. [...] Nosotros pensamos que donde estén los viejos militantes del MLN está el MLN. Y aquí están los fundadores del MLN. Los que lo inventaron, los que le pusieron la estrella, la «T», el nombre «tupamaros», y la consigna. Si se disolvió o no ustedes podrán decir. Nosotros salimos a luchar. Y pensamos que esta lucha es la misma lucha que iniciamos hace una cantidad de años [...] Nosotros que comenzamos nuestro movimiento robando de un Club de Tiro unos fusiles rotos para ocupar un campo, entendemos que hoy somos también un puñado de fusiles rotos y que vamos a ofrecer al pueblo uruguayo más lucha por la tierra, en el marco de la legalidad...[46]

Para ellos esa antigua personalidad parece encontrar nueva fuerza en el significado que atribuyen a las expresiones de respeto y reconocimiento recibidas durante los momentos de su liberación.

> Y nosotros hoy, cuando salimos de Jefatura y cuando vinimos ayer por la carretera rumbo a aquí, cuando vimos las multitudes recibir a los compañeros liberados, nos hemos dado cuenta —hemos podido palpar— que 22 años de lucha y de sacrificio ha quedado un fruto y que es una hora frutal de cosecha. Y nosotros vamos a salir a cosechar lo que hemos sembrado. Que nada fue en vano.[47]

Algunas mujeres, también liberadas en ese contexto de júbilo y movilización social fueron más cautas al valorarse a sí mismas y sacar conclusiones trascendentes.

> Lo que fue anoche en la plaza tampoco tengo palabras para describir lo que era la actitud de la gente hacia nosotros, incluso a nivel parecía que todo ese homenaje que se nos tributaba era demasiado, sentía que yo no lo merecía. Nos sorprendió a todos ese sentimiento, como que se nos idealizaban demasiado.[48]

La apreciación del propio lugar es otra diferencia notoria entre hombres y mujeres al ser liberados. El discurso de los rehenes está susten-

---

[46] Eleuterio Fernández Huidobro, conferencia del MLN, *Las Bases*, año I, n.° 20, domingo 17 de marzo de 1985.

[47] Eleuterio Fernández Huidobro, ibídem.

[48] Lucía Topolansky, en «Punta de Rieles. Un comité de base más», *Las Bases*, año I, n.° 20, domingo 17 de marzo de 1985.

tado en la convicción de contar con capacidad inmediata de formular propuestas políticas concretas y de verdadera relevancia para la realidad uruguaya de entonces.

> Nosotros pensamos iniciar una movilización (para plebiscitar una reforma constitucional) lo antes posible. Consultando a los compañeros y a las organizaciones gremiales y políticas de nuestros país que están expresadas en la carta del compañero Raúl Sendic. Pero pensamos lanzarla de inmediato, tratando por todos los medios de juntar las firmas necesarias para que estos puntos de reforma constitucional puedan ser plebiscitados en estas mismas elecciones que en este mismo año se van a realizar...[49]

Esa convicción no aparece relativizada por su radical marginación política durante más de una década («hemos vivido enterrados vivos», «aislados del mundo», «ignorantes de una cantidad de cosas») y su tono es de la audacia puesta al servicio de la voluntad («el pueblo nos sacó de las cárceles para luchar, tenemos un compromiso que vamos a cumplir», «vamos a empezar ya mismo una movilización para juntar firmas»).[50]

En las mismas condiciones, las mujeres exponen una idéntica combatividad pero contenida por el pudor que a ellas les impone la necesidad de enfrentar una realidad desconocida.

> Hay que tener en cuenta que muchos estábamos presos antes del golpe de Estado, o sea que no vivimos una experiencia como la de la huelga general, este hecho nos retrasa más todavía. Cada nueva tanda de compañeras que llegaba nos arrimaba un poco de calle, puntos de referencia más cercanos a la realidad [...] La intención es no desaprovechar esa experiencia, sabiendo que afuera es diferente que adentro, las vivencias nuestras están acumuladas como experiencia, pero no tengo claro cómo se puede aplicar aquello en esta realidad porque aún lo desconozco.[51]

La cautela de las mujeres incluye rechazar que se atribuya valor universal a las definiciones políticas, incluso aquellas que a ellas mismas

---

[49] Probablemente Eleuterio Fernández Huidobro se refiera a una consulta popular que estaba prevista para finales de 1985 según lo establecido en el acto institucional n.°19 de la dictadura, que finalmente no se llevó a cabo. Conferencia de prensa, *Las Bases*, año I, n.° 20, domingo 17 de marzo de 1985.

[50] Conferencia de prensa, *Las Bases*, año I, n.° 20, domingo 17 de marzo de 1985.

[51] María Elia Topolansky. «Punta de Rieles. Un comité de base más», en *Las Bases*, año I, n.° 20, domingo 17 de marzo de 1985.

les resultan relevantes y valiosas. «Para mí es importante que te puedo decir que soy integrante del PVP, porque eso significa haber defendido un vínculo. Claro, lo digo en la situación de cualquiera que sale después de 12 años que aún no ha podido ponerse al día, discutir la evolución [de los acontecimientos políticos].»[52]

El corte entre la vida personal y la política reaparece rotundo en la condición del militante masculino de posdictadura, con el previsible sacrificio de la dimensión personal-familiar. «Hoy ha sido liberada mi compañera. Yo hace 13 años que no la veo. No sé si está aquí o se fue para la casa.»[53] En cambio el discurso de las mujeres integra sin dificultades las dimensiones públicas y militantes con las personales, en el plano familiar, doméstico y laboral. En ninguno de los niveles de reflexión la incertidumbre parece un estorbo, sino la condición asumida al cabo de la experiencia vivida como personas, militantes mujeres.

> Se va a necesitar mucho apoyo y comprensión porque tenemos que salir a una lucha que va de las condiciones materiales a integrar situaciones familiares nuevas, y también al plano político, informarse, poder llegar a decir nuevamente, bueno, esto es lo que yo soy, esto es lo que rescato de mi experiencia, poder superar los problemas, las marcas de la tortura. Venimos de momentos donde cada uno se probó a fondo en sus convicciones, ahora puede haber fallas, es como tener que replantearse toda la vida de aquí en más...[54]

La divergencia más notoria entre los discursos de varones (rehenes) y mujeres (rehenas o no) recién liberados de la cárcel es el replanteo de las definiciones políticas.

Desde la conferencia de prensa en Conventuales los hombres reafirmaron tanto su condición de integrantes del MLN como la autoridad para hablar en nombre de esa personalidad política. «... entiendo hablar en nombre de todos los compañeros, porque entiendo interpretar el sentir de todos los compañeros de la organización...»[55]

---

[52] Ivonne Trías. «Punta de Rieles. Un comité de base más», *Las Bases*, año I, n.º 20, domingo 17 de marzo de 1985.

[53] Eleuterio Fernández Huidobro durante la conferencia de prensa en Conventuales, en *Las Bases*, año I, n.º 20, domingo 17 de marzo de 1985.

[54] Elisa Michelini, en *Aquí*, año II, n.º 96, miércoles 13 de marzo de 1985.

[55] Eleuterio Fernández Huidobro. Se trata de una definición que en aquel momento fue apreciada como contundente y excluyente. Un grupo de integrantes del MLN que disentía de

Los mensajes de las mujeres contenían unas definiciones diferentes sobre sus pertenencias políticas y reportaban que la experiencia de resistencia y debate entre presas de diferentes partidos y movimientos había dado lugar a replanteos y nuevos compromisos políticos.[56] Un nuevo contenido para su antiguo compromiso político que expresaban desde la sensibilidad individual y el quehacer colectivo.

Así lo consignó, por ejemplo, Ivonne Trías en la «intimidad» de su «Bitácora del calabozo»: «entre mis reencuentros más ansiados caigo en la cuenta de que mis mejores amigas pertenecen a distintos partidos. Pienso en encontrarlas juntas, mi amiga del PC, a la del MLN, a la del PST y a la camarada más querida de mi propio partido. Y saber qué significa eso políticamente y decirlo...».

Para nuestro análisis resulta relevante el mensaje emitido por las mujeres cuando trasmitían los nuevos capitales obtenidos en la cárcel.

> La experiencia de Punta Rieles no creo que haya sido simple convivencia política; nosotros tuvimos que enfrentar desde 1972 cambios políticos muy grandes, interpretarlos y responder en el marco de un núcleo pequeño y con elementos políticos muy particulares [...] Creo que es importante que los que estuvimos allí mantengamos como grupo las cosas que hemos aprendido, como son la actitud unitaria, que se transforma en aporte concreto para nuestra vida de acá afuera. Esa actitud unitaria se expresaba en la necesidad común de interpretar los fenómenos que estábamos viviendo y de responder en forma colectiva. Interpretar los fenómenos políticos en un período tan largo nos implicó ir modificando nuestros puntos de vista propios recibiendo el aporte de otros. Fijate que en los comienzos del penal la composición era casi totalmente MLN y OPR, y ahora al final estaban representados todos los grupos políticos. También como mujeres hicimos una experiencia nueva, la mayor parte de las compañeras no tenían capacidad de análisis independiente, por la problemática femenina, y allá dentro lo tuvimos que obtener; ese es también un terreno ganado.[57]

---

esas definiciones realizó *otra conferencia de prensa* en la que proclamaron su condición de frenteamplistas y reclamaron un debate sobre la identidad del MLN. En ese momento tal debate no se produjo. *Búsqueda*, año XIV, n.º 272, Montevideo, 20 al 26 de marzo de 1985.

[56] Las interacciones entre diferentes agrupamientos políticos en prisión tenían como contraparte (o sustento) la unidad de los «familiares» que actuando en forma mancomunada dieron espacio a un reconocimiento mutuo que no había sucedido hasta entonces. Véase Marisa Ruiz, *Ciudadanas*, o. cit., pp. 31-37.

[57] Ivonne Trías, en *Las Bases*, año I, n.º 20, domingo 17 de marzo de 1985.

La voz de estas mujeres recién liberadas reporta también que las tragedias y los secretos vinculados a la opresión terrorista parecen haber encontrado mejores paliativos y formas más fértiles para enfrentarlos cuando fueron capaces de romper con los antiguos sectarismos y secretismos.

> El MLN fue la organización con más dificultades [porque] prácticamente cuando dieron el golpe la mayoría estaba presa, no vivió la huelga general y eso dejó una serie de secuelas. Le costó más comprender las nuevas coordenadas del país y ubicar así los propios errores. Sobre eso también trabajamos, pero no lo hicimos en forma cerrada, sino que con todas las compañeras de todas las organizaciones, te pongo por ejemplo el problema de las traiciones, un problema de todas las organizaciones políticas, donde el punto de vista político ideológico lo fuimos ubicando entre todas.[58]

El discurso femenino a la salida de las cárceles comunicaba la existencia de un nuevo capital cultural basado en la experiencia de la unidad y la diversidad construida en condiciones de opresión. Esa experiencia no fue completamente ajena al conjunto de los hombres presos, pero sus voceros no parecían asignarle relevancia cuando tomaron la palabra al ser liberados. Tal vez porque la desconocían. En los capítulos finales de *Memorias del calabozo*, cuando recuerdan sus impresiones al volver al penal de Libertad en 1984, Eleuterio Fernández Huidobro y Mauricio Rosencof dejan constancia de su orfandad de una experiencia semejante a la trasmitida por las mujeres de Punta de Rieles.

> MR: ... Oímos el nombre de Rosario Pietrarroia y no lo podíamos creer ¿qué hace aquí? ¿de qué lo acusan? FH: No teníamos idea de la cantidad de militantes del Partido Comunista que estaban presos en Libertad, y cuando la tuvimos no entendíamos el porqué. MR: ¿desde cuándo? Y cuando supimos el tiempo: «¿Tanto?». FH. Qué lejos estábamos de conocer lo que había pasado todos esos años.[59]

La divergencia entre las identidades políticas de hombres y mujeres quedó expresada en los títulos que puso un medio de prensa escrita a la cobertura de los testimonios inmediatamente posteriores al cierre de ambas cárceles. Para los primeros la noticia fue «Conferencia del MLN» y para las segundas, «Punta de Rieles: un comité de base más». El cierre de la

---

[58] María Elia Topolansky, ibídem.

[59] Mauricio Rosencof y Eleuterio Fernández Huidobro, o. cit., t. III, p. 120.

cárcel de hombres queda concentrado en una única voz que proporcionó los argumentos de la reafirmación tupamara. Para las mujeres, un reportaje a cinco recién liberadas pertenecientes a cuatro organizaciones políticas diferentes que sin negar sus orígenes políticos develaron los perfiles de una nueva identidad.[60] «...Hubo mucha discusión, discutir la evolución concreta, pero hay cosas que se acompasaron como el propio proceso, como ser la integración al FA. [...] Todo esto culminó, en lo que podemos definir como mejor síntesis, en que en Punta Rieles nos sintiéramos como un comité de base más del FA.»[61] Una nueva identidad presentada como el resultado de una forja trabajosa, sin idealismos pero con convicción y pasión.

> Allá dentro abordamos una definición común, la de frenteamplistas, sin que ello significara perder la identidad partidaria, pero fue muy importante lograr ese plano de unidad que reunía a todos los grupos, para todas las experiencias individuales. Implicó mucho trabajo, sentarse a discutir en fin, es cierto, allá nos consideramos un comité de base más. Y tenemos nuestras banderas, las reuniones, los actos... los actos políticos tuvieron su importancia [cambió] nuestra relación con la gente que venía de visita al penal. Pasó de ser un saludo lejano a una participación mayor. La última vez que estuve en el calabozo, llegué a tener desde allí conversaciones con los familiares que venían a la visita. Después de tantos años, es la primera vez que oía una consigna gritada por un hombre fue en el calabozo. El compañero nos gritaba esa que dice «somos o no somos etc» y todos respondían, y yo desde el calabozo: «somos vamos vemos con el frente venceremos...[62]

Antes de ser liberadas las últimas mujeres presas fueron dejando constancia en sus bitácoras de sus nuevas definiciones políticas. En ocasiones combinan detalles intimistas de la vida colectiva y personal con la novedad política que incorporan a sus vidas.

> A las 16 horas vuelve Ivonne al sector [...] Más flaca pero reconocible en todo, entera y llena de futuro. Nos quedamos charlando atropelladamente hasta que sucumbimos agotadas, solo para pasar una mala noche cada uno, sin sueño pero con muchos proyectos rondando nuestras almohadas. El jueves de mañana (hoy) nos pasamos en el preparativo

[60] Las entrevistadas son Lucía y María Elia Topolansky, Rosa Barriex, Antonia Yáñez e Ivonne Trías.

[61] María Elia Topolansky, *Las Bases*, año I, n.º 20, domingo 17 de marzo de 1985.

[62] Ivonne Trías, ibídem.

> para recibir al resto de las compañeras [que estaban sancionadas en el calabozo] Preparamos comida con lo que tenemos —no mucho pero para ellas deliciosa— y arreglamos una celda con un gran cartel que dice: Bienvenidas compañeras, y abajo [ilegible en el original]... banderas de tela del FA y las banderas de Democracia Avanzada[63], la IDI y el MLN. Junto con las insignias de la 99, el PS, y el PDC[64]. Encima de la bandera del FA, la bandera de Amnistía con una paloma roja.[65]

El fragmento transcrito revela un grupo de mujeres claramente comprometidas con una nueva mirada política de la izquierda y dispuestas asumirla públicamente. En el caso de las integrantes del MLN debían ser algunas de las consideradas «pesadas» y prisioneras durante muchos años. Es posible que muy pocas entre ellas tuvieran experiencias políticas diferentes del MLN. Esas eran las militantes que se manifestaban identificadas con una colectividad cuya orientación había enfrentado políticamente la opción insurreccional por la cual pagaron con su prisión. Ahora recibían a sus compañeras sancionadas con las banderas de sus antiguas conformaciones políticas, junto a las más viejas de la izquierda no armada (PS, PDC, 99) y otras recientes (DA, IDI); ello con total independencia de si entre ellas había o no personas presas integrantes de algunas de esas organizaciones. Lo que van escribiendo en su Bitácora durante ese período parece orientado a no dejar espacio a la duda sobre una definición por el Frente Amplio que adoptó un grupo de mujeres, mayoritariamente presas, por haber integrado organizaciones armadas en los años setenta.[66]

---

[63] Se refieren a Democracia Avanzada, que fue el nombre electoral que utilizaron el partido Comunista (todavía ilegalizado) y sus aliados para la elección de 1984, y a la Izquierda Democrática Independiente, agrupamiento político surgido en el último tramo de la dictadura para aglutinar entre otros, antiguos militantes de los Grupos de Acción Unificadora y de corrientes venidas a la izquierda desde el Partido Colorado (Pregón)..

[64] Partido Socialista, Partido Demócrata Cristiano y nombre del grupo de Zelmar Michelini.

[65] Anónimo, o. cit., p. 37.

[66] De la «Bitácora de Punta de Rieles»: «5 de febrero [de 1985]: hoy a los 14 años de firmado el acta constitución del FA, mientras en todo el país, exilio y los penales están realizando asambleas abiertas, aquí en una celda del penal de Punta de Rieles, once militantes frenteamplistas nos reunimos. En nuestra condición de presas políticas nos reconocemos unidas a un sentimiento de afirmación frenteamplista. Durante los años transcurridos hemos logrado definirnos como parte activa del FA. Y esa definición queremos transformarla en un compromiso real de participación militante [...] en la

En suma

Cuando las presas políticas afirman una nueva identidad partidaria o la vigencia de «antiguos amores ideológicos», revelan la permanencia de su voluntad de lucha al cabo de más de una década de sufrir en carne propia el terrorismo del Estado. Ello pone de manifiesto su autonomía y disipa la imagen de mujeres involucradas en una empresa ajena (masculina) por inadvertencia, novelería o arrastradas por otros. Ellas pasaron por los centros de tortura y las cárceles en primera persona, porque dentro de sus marcos etarios e históricos asumieron la lucha por una transformación revolucionaria de aquella sociedad que sentían obturada. Pero a diferencia del discurso masculino, la resignificación de la experiencia política en prisión expuesta, entre otras, por muchas militantes tupamaras al salir de Punta de Rieles, interpela la explicación dominante del pasado inmediato. Esta se basa en la teoría de los demonios y se sostiene mediante la evocación sin fin de la violencia insurgente y la contra violencia institucional. Una construcción cultural que no soporta la voz de aquellas antiguas guerrilleras que salen de la cárcel bajo la bandera de un Frente Amplio eminentemente identificado con la epopeya civil y ciudadana de las luchas desarmadas contra las violencias de Estado.

Finalmente

La invisibilidad de estas once militantes sobrevivientes al terrorismo de la dictadura constituye un hecho político multidimensional cuyas raíces, motores y posibles sentidos expusimos e interpretamos de acuerdo a nuestra principal hipótesis, ahora reelaborada como conclusión.

La invisibilidad de las once rehenas de la dictadura no constituye una situación excepcional ni oculta secretos vergonzosos e inconfesables. El silencio, descalificación y negación que las rodea revela la incapacidad de la sociedad uruguaya de reconocerse colectivamente en la experiencia de quienes sufrieron directamente la acción terrorista del Estado. También da cuenta de la obscena actualidad que tienen en Uruguay los sistemas de subordinación por género, donde los discursos políticos hegemónicos a derechas e izquierdas dan legitimidad a las estructuras de subordinación simbólica de las mujeres.

---

construcción colectiva para aprender y crecer en lo que reconocemos como la verdadera fuerza representativa de los intereses de nuestro pueblo.» Ibídem.

Post scriptum

Sobre este libro, Marisa y Rafael.

Empezamos a investigar a las rehenas en 2005 y terminamos en 2010; mientras avanzábamos se fueron escribiendo y descartando muchas partes de lo que resultó este libro, terminado a mediados de 2012.

Concluyeron entonces siete años durante los cuales tuvimos que individualizar quiénes fueron en verdad rehenas; averiguar paraderos –Gracia Dri en Suecia, Flavia Schilling en Sao Paulo y Stella Sánchez perdida hasta ese momento para su compañeras, en un Aceguá que resultaba más remoto que Brasil o Estocolmo; concretar encuentros –en algunos casos con una gran dosis de buena suerte; exponer nuestro propósito, convencer o seducir– algunas deseaban hacer saber su historia pero otras rechazaron, en principio, lo que sentían sería leído como un indebido afán de protagonismo. Después de entrevistar –una, dos o tres veces a cada una de ellas y procesar las conversaciones, hubimos de decidir el contexto donde sus recuerdos adquirieran sentido; historicidad. ¿La situación política imperante durante la ronda?, ¿la prisión prolongada?, ¿la liberación?, ¿los años plomizos de la impunidad?, ¿las épicas masculinas/tupamaras?, ¿la subordinación simbólica de las mujeres?, ¿la historia inacabada de la violencia política de la dictadura y la violación de los derechos humanos aquí, en América latina? Todas esas dimensiones político culturales, entre otras, compusieron al marco de nuestro análisis. Una amplia bibliografía nacional e internacional aportó organicidad a nuestra propuesta teórica y analítica. Los testimonios de Ivonne Trías y Sonia Mosquera fueron clave para desentrañar nuevos significados para la vida cotidiana en las cárceles durante la dictadura, un espacio cubierto de respetos reverenciales, silencios y ocultamientos.

Este libro está atravesado por tres obsesiones, que son, además de la amistad, el punto de encuentro entre los autores, la lucha por la justicia de género, contra la tortura y contra la impunidad. El origen de la investigación, y por lo tanto del libro, fue una conversación donde el nombre de Alba Antúnez evocó lo que todos y todas habíamos olvidado. El suplicio de las rehenas (y no solo de los rehenes) había sido parte de la vida de las presas y presos políticos durante los años de la ronda, asunto denunciado y luchado aquí y en el exilio en defensa de la vida e integridad de miles de mujeres y hombres torturados por la dictadura. Asumir que también nosotros las habíamos olvidado se nos volvió obligación de recuperar esa parte sepultada de la historia de la represión y la resistencia, para darla a conocer. Un compromiso con nuestra propia historia durante la dictadura y con las luchas contemporáneas contra las impunidades y por los derechos de las mujeres. Nuestro reconocimiento a estas once mujeres rehenas forma parte de la lucha por la justicia.

Bibliografía

AGAMBEN, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-Textos. 2000.
ALDRIGHI, Clara y Guillermo Waksman. «Chile, la gran ilusión». En Silvia Dutrénit Bielous (comp.) *El Uruguay del exilio. Gentes, circunstancias, escenarios*. Montevideo: Trilce. 2006.
ALDRIGHI, Clara. *La intervención de Estados Unidos en Uruguay (1965-1973)*. Tomo 1. *El caso Mitrione*. Montevideo: Trilce. 2007.
—*La izquierda armada: ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros*. Montevideo: Trilce. 2001.
—*Memorias de insurgencia*. Montevideo: EBO. 2009.
ARAÚJO, Ana Marisa. *Tupamaras. Des femmes* de *L'Uruguay*. París: De Femmes. 1980.
BARRÁN, José Pedro y Benjamín Nahum. *Batlle, los estancieros y el Imperio británico: el nacimiento del batllismo*. Montevideo: EBO. 1979.
BENASAYAG, Miguel. *Utopía y Libertad*. Buenos Aires: EUDEBA. 1998.
BLIXEN, Samuel. *Fugas. Historia de hombres libres en cautiverio*. Montevideo: Trilce. 2004.
— *La comisión aspirina*. Montevideo: Trilce. 2007.
— *Sendic*. Montevideo: Trilce. 2000.
— *Seregni. La mañana siguiente*. Montevideo: Ediciones Brecha. 1997.
BOTTERO, Mónica. *Mujeres*. Montevideo: Monte Sexto. 1988.
BOURDIEU, Pierre. *La distinción*. Madrid: Taurus. 1998.
— *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. 2000.
BROQUETAS, Magdalena e Isabel Wschebor. «El tiempo de los "militares honestos". Acerca de las interpretaciones de febrero de 1973». En Marchesi, Markarian, Rico y Yaffé. O. cit. *El presente de la dictadura*.
BUTTAZZONI, Fernando. *El tigre y la nieve*. Montevideo: EBO. 1986.
CAETANO, Gerardo y José Rilla. *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI*. Montevideo: CLAEH-Fin de Siglo. 2005.
CALVEIRO, Pilar. *Familia y poder*. Buenos Aires: Araucaria. 2005.
— *Poder y desaparición*. Buenos Aires: Colihue. 2004.
CÁMARA DE REPRESENTANTES. *Diario de sesiones*. Sesión del 8 de marzo de 1985.
CAMPODÓNICO, Miguel Ángel. *Mujica*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo. 1999.
CENTRO DE INTEGRACIÓN CULTURAL. «Bitácoras del final. Crónica de los últimos días de las cárceles políticas uruguayas». En *Escritos de la cárcel*. Montevideo: Centro de Integración Cultural. 1987.
CIOLLARO, Noemí. *Pájaros sin luz. Testimonios de mujeres de desaparecidos*. Buenos Aires: Planeta. 1999.
CONDENANZA, María. *La espera*. North Dakota: Universidad de North Dakota. 2000.
CORES, Hugo. *Memoria de la resistencia*. Montevideo: EBO. 2002.

— *El 68 uruguayo*. Montevideo: EBO, 1997.
—*Uruguay hacia la dictadura,* 1968-*1973. La ofensiva de la derecha, la resistencia popular y los errores de la izquierda.* Montevideo: EBO. 1999.
CORTI, Aníbal. «La brutalización de la política en la crisis de la democracia uruguaya». En_*El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay.* Montevideo: CSIC-CEIU-CEIL-ICP-Udelar-Trilce. 2004.
COSTA, Omar. *Los tupamaros*. México: Colección Ancho Mundo. 1971.
DEMASI, Carlos, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Álvaro RICO y Jaime Yaffé. *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985*. Montevideo: CEUI-Ediciones de la EBO. 2009.
DEMASI, Carlos. «Un repaso a la teoría de los dos demonios». En Aldo Marchesi, Vania Markarian y Álvaro Rico (comps.) *El presente de la dictadura*. Montevideo: Trilce. 2004.
DI CANDIA, César. *Ni muerte ni derrota. Testimonios sobre Zelmar Michelini*. Montevideo: Atenea. 1987.
ESTEFANEL, Marcelo. *El hombre numerado*. Montevideo: Aguilar. 2007.
FABBRI, Edda. *Oblivión*. Montevideo: Ediciones del Caballo Perdido. 2007.
FRANCO, Jean. *The Decline and Fall of the Lettered City. Latin American in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press. 2002.
GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *100 años de soledad.* Buenos Aires: Sudamericana. 1967.
GIL, Daniel. *El capitán por su boca muere o la piedad de Eros*. Montevideo: Trilce, 1999.
GILLESPIE, Charles G. *Negociando la democracia. Políticos y generales en Uruguay*. Montevideo: FCU-ICP. 1996.
GONZÁLEZ BERMEJO, Ernesto. *Las manos en el fuego. Basado en las memorias de David Cámpora*. Montevideo: EBO. 1985.
GONZÁLEZ, Soledad y Mariana Risso (comps). *Las Laurencias*. Montevideo: Trilce.
GRAÑA, François. *Los padres de Mariana. María Emilia Islas y Jorge Zaffaroni: la pasión militante*. Montevideo: Trilce. 2011.
HABERKORN, Leonardo. *Historias tupamaras. Nueve testimonios sobre los mitos del MLN*. Montevideo: Fin de Siglo. 2008.
—*Milicos y tupas*. Montevideo: Fin de Siglo. 2011.
HAMPSTEN, Elizabeth. «Flor de susto en Soca». En *Testimonio y memoria en el Uruguay*. Seminario *Del testimonio a la historia*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación-Editorial Crysol. 2002.
HARARI, José. *Contribución a la historia del ideario del MLN-Tupamaros. Análisis crítico*. Tomo l. Tesis de Doctorado en Economía y Sociedad de la Universidad de París. Montevideo: Ediciones Plural. 1987.
ISRAEL, Sergio. *Agente Rojo*. Montevideo: Fin de Siglo. 2010.
JORGE, Graciela. *Historia de 13 palomas y 38 estrellas. La fuga de la cárcel de Mujeres*. Montevideo: TAE. 1994.

—*Maternidades en prisión política*. Montevideo: Trilce. 2010.

Kampwirth, Karen. *Women and guerrilla movements: Nicaragua, El Salvador, Chiapas, Cuba*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press. 2002.

Kenton, V. Stone. *The Fall of Uruguay in the novels of Carlos Martínez Moreno*. Londres: Lewisburg, Bucknell University Press; Toronto: Associated University Press. 1994.

Labrousse, Alain. *Una historia de los tupamaros*. Montevideo: Fin de Siglo. 2009.

Leibner, Gerardo. *Camaradas y compañeros; una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, t. II. *La era Arismendi 1955-1973*. Montevideo: Trilce. 2011 pp. 515-570.

Lessa, Alfonso. *La revolución imposible*. Montevideo: Fin de Siglo. 2002.

Levi, Primo. *Deber de memoria*. Buenos Aires: Libro del Zorzal. 2006.

—*Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Muchnik. 1989.

Leydesdorff, Selma, Luisa Passerini y Paul Thompson (eds.). «Gender and Memory». En *International Yearbook of Oral History and Life Stories*, vol. IV. Oxford: Oxford University Press. 1996.

Liscano, Carlos. *El furgón de los locos*. Montevideo: Planeta. 2001.

Longoni, Ana. *Traiciones*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma. 2007.

Machado, Ferrer, Marta Fagúndez y Carlos Ramos. *Los años duros. Cronología documentada (1964-1973)*. Montevideo: Monte Sexto. 1987.

Markarian, Vania. *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. 2012.

Martínez Moreno, Carlos. *El color que el infierno me escondiera*. México: Nueva Imagen. 1981.

Martínez, José Jorge. *Crónicas de una derrota*. Montevideo: Trilce. 2008.

Massera, J. P. *Lenin y los estudiantes* (inédito).

Mercader, Antonio y Jorge Vera. *Tupamaros: estrategia y acción*. Montevideo: ALFA. 1969.

Moreno Feliú, Paz. *El corazón de la zona gris. Una lectura etnográfica de Auschwitz*. Madrid: Trota. 2010.

Osiel, Mark. *Mass atrocity, collective memory and the law*. New Brunswick (Estados Unidos) y Londres: Transaction publishers. 1997.

Rey Tristán, Eduardo. *A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya.1955-1973*. Montevideo: Editorial Fin de Siglo. 2005.

Rico, Álvaro (coord.). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de estado en el Uruguay (1973-1985)*. Montevideo: Facultad de Humanidades. CEIU. 2008.

—*Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura*. Montevideo: Trilce. 2004.

Rico, Álvaro, Jorge Landinelli y María Sara López. *La caída de la democracia. Cronología comparada de la historia reciente del Uruguay (1967-1973)*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria-CEIU-Facultad de Humanidades. S/f.

Rosencof, Mauricio y Eleuterio Fernández Huidobro. *Memorias del calabozo*, tomo III, Montevideo: TAE. 1989.
Rosencof, Mauricio. *El bataraz*. Montevideo: EBO. 2005.
—*Las cartas que no llegaron*. Montevideo: Alfaguara. 2003.
Rostagnol, Susana. *No era un gran amor*. Montevideo: Instituto Nacional de las Mujeres, MIDES. 2009.
Ruiz, Marisa. *Ciudadanas en tiempos de incertidumbre*. Montevideo: Doble Clic. 2010.
— *La piedra en el zapato. Amnistía y la dictadura uruguaya. La acción de Amnistía Internacional en los sucesos del 20 de mayo de 1976 en Buenos Aires, Argentina*. Montevideo: Universidad de la Republica, Departamento de Publicaciones. 2006.
Sanguinetti, Julio María. *La agonía de una democracia*. Montevideo: Taurus. 2008.
Schilling, Flavia. *Querida familia*. Porto Alegre: Editora CooJornal. 1978.
— *Querida libertade*. San Pablo: GED. 1980.
Segato, Rita. *Territorio, soberanía y crímenes de segundo estado: la escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Brasilia: Universidad de Brasilia. 2004.
Sen, Amartya. *Inequality reexamined*. Nueva York: Harvard Universitiy Press. 1992.
Taller de género y memoria. *Memoria para armar*, 3 tomos. Montevideo: Senda. 2001.
Taller De Testimonio. *Los ovillos de la memoria*. Montevideo: Senda. 2006.
Terra, Mercedes. *Historia y memorias de Lil Gonella de Chouy Terra. Una mujer del mañana*. Montevideo: Mano a Mano. 2008.
Tróccoli, J. «La ira de Leviatán». En *Revista Tres*. Montevideo. 1996.
—*La hora del depredador*. Montevideo: Fin de Siglo. 1997.
Vescobi, Rodrigo. *Ecos revolucionarios. Luchadores sociales, Uruguay, 1968-1973*. Montevideo: No. 2003.
Viñar, Marcelo y Maren Ulriksen. *Fracturas de memoria*. Montevideo: Trilce. 1993.

Relevamiento de prensa

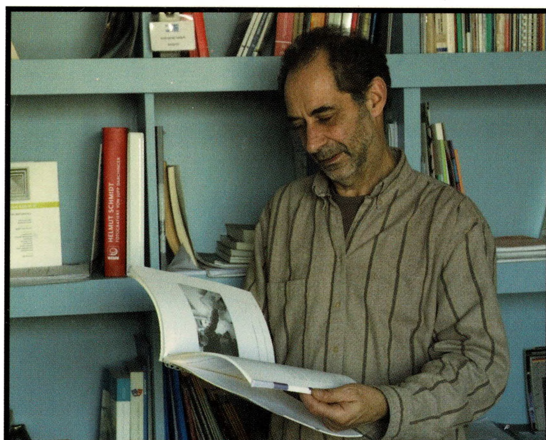
Semanario *Búsqueda*; julio 1984 - abril 1985
Semanario *Aquí*; enero, abril 1985
Semanario *Las Bases*; enero - abril 1985
Semanario *Mate Amargo,* 1986 - 1997
Semanario *Asamblea*; enero - abril 1985
Diario *El País*; enero - abril 1985
Diario *La Hora;* agosto 1984 - abril 1985

Agradecimientos a:

Julio Calzada, por provocar la investigación y por su lectura de este libro; Evana Bruzzone, por sus búsquedas hemerográficas; Serrana Mesa, por la comprometida transcripción de las entrevistas; Susana Rostagnol, por el estímulo y el apoyo permanentes; Susana Dominzaín, por exigirnos la terminación del libro; Américo Migliónico, por colaborar como siempre, de múltiples maneras; Margarita Michelini, por enviar mails con recuerdos oportunos, responder nuestras consultas y realizar valiosas sugerencias. Anahit Aharonian, por contestar preguntas difíciles por mail; Silvia Dutrénit Bielous y Martín Puchet Anyul, por su lectura y comentarios desde lejos pero tan cerca; Álvaro Rico y Carlos Demasi, por su aporte generoso de materiales y Librería del Virrey, por su apoyo permanente. También a los amigos y amigas personales de los autores, por soportar muchas veces que ambos vivieran, en conversaciones y festejos, una vuelta al pasado que no termina de pasar.

Impreso y Encuadernado en
MASTERGRAF srl
Gral. Pagola 1823 - CP 11800 - Tel.: 2203 4760*
Montevideo - Uruguay
E-mail: mastergraf@netgate.com.uy

Depósito Legal 360.307 - Comisión del Papel
Edición Amparada al Decreto 218/96



Rafael Sanseviero

Nací en Montevideo el año 1956. Mi familia nos recibió —a mí, una hermana y un hermano— con las facilidades y expectativas de entonces. Creo que nos alimentamos con más ilusión que frustraciones. Las esperanzas de más justicia y mejor libertad a nosotros nos llevaron al partido y a la juventud comunista. Terminé la escuela pública enganchado a la fantasía de un liceo que abría las puertas a la cuestión principal de entonces: la lucha. Cinco años después, la dictadura se lo cobró en la moneda corriente por aquella época: persecución, tortura y muchos años de cárcel. Me llegó la libertad al mismo tiempo que al país, su nueva democracia; ninguna de las dos se calca sobre los sueños de antes, durante ni después. Pero entre lo que pasa y el deseo de cambiarlo sigue quedando espacio para la voluntad. Ahora elijo los intentos sin sentirme en falta por todo lo mucho que no puedo. Mientras, pasan y quedan el amor, la crianza de los hijos, la convivencia con las viejas, lo que me deprime y lo que me alegra; por supuesto también lo que me da bronca. Buena es la rabia; por ejemplo la que provoca la mentira sistemática y el abuso de poder. La investigación y el libro sobre las rehenas salen de ahí.

Entre junio de 1973 y setiembre de 1976 la dictadura uruguaya mantuvo en condición de "rehenes" a once tupamaras detenidas y recluidas durante la represión contra la insurgencia.

Alba Antúnez, Cristina Cabrera, Elisa Michelini, Flavia Schilling, Gracia Dri, Yessie Macchi, Lía Maciel, Maria Elena Curbelo, Miriam Montero, Raquel Dupont y Stella Sánchez, quedaron instaladas en un régimen de vida diseñado y ejecutado con la finalidad de provocar sufrimiento continuo y sin otra finalidad que el daño mismo.

Meses después que esas mujeres, fueron colocados en idéntica situación nueve prisioneros políticos hombres integrantes de la misma organización que ellas.

Desde el final de la dictadura y hasta el presente, la epopeya de esos nueve hombres es unánimemente reconocida como símbolo de la resistencia a la represión dictatorial. La memoria de las mujeres rehenes desapareció o nunca existió.

Este libro es el primer resultado de una investigación realizada con la finalidad de recuperar esa historia, dar la palabra a sus protagonistas y develar las razones de su invisibilización.

Marisa Ruiz y Rafael Sanseviero asumieron el desafío de encontrar a cada una de las "rehenas" y entrevistarlas, reconstruir sus trayectorias humanas y proponerse una línea interpretativa sobre el pesado silencio que se mantuvo intacto hasta ahora sobre ellas. Sin eludir temas ni asumir tabúes, fundamentan la invisibilización y negación de las rehenas como una manifestación de las relaciones de poder entre hombres y mujeres. En especial porque los contenidos de las memorias masculinas han sido funcionales al statu quo y las elites posdictatoriales, mientras que la palabra de las mujeres tiende a interpelar los relatos fundacionales del nuevo y amnésico Uruguay.


ISBN 978-9974-49-576-0
9 789974 495760

FIN DE SIGLO
EDITORIAL